



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

N.º 1280

VIDA Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA,
TOMO CUARTO.

1380 166483
VIDA Y HECHOS

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

COMPUESTA POR

MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.

*Con muy bellas Estampas, gravadas sobre
los Dibujos de Coypel, primer Pintor
de el Rey de Francia.*

EN QUATRO TOMOS.
TOMO QUARTO.



EN AMSTERDAM Y EN LIPSIA,
Por ARKSTEE y MERKUS.

M D C C L V.

T A B L A

DE LOS

CAPITULOS.

LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO XXXIII.

DE la sabrosa plática que la Duquesa, y sus donzellas passaron con Sancho Pança, digna de que se lea, y de que se note. Fol. I

CAP. XXXIV.

Que cuenta de la noticia que se tuvo, de como se avia de desencantar la sin par Dulcinèa del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro. II

CAP. XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinèa, con otros admirables sucesos. 22

CAP. XXXVI.

Donde se cuenta la estraña, y jamás imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias de la Condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Pança escribió à su muger Teresa Pança. 32

CAP. XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida. 41

CAP. XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la dueña Dolorida. 44

CAP. XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda, y memorable historia. 53

CAP. XL.

De cosas que atañen, y tocan à esta aventura, y à esta memorable historia. 57

CAP. XLI.

De la venta de Clavileno, con el fin desta dilatada aventura. 64

Tom. IV.

*

T A B L A.

C A P. XLII.

De los consejos que dió Don Quixote à Sancho Pança antes que fuéssè à governar la Insula, con otras cosas bien consideradas. 79

C A P. XLIII.

De los consejos segundos que dió Don Quixote à Sancho Pança. 86

C A P. XLIV.

Como Sancho Pança fué llevado al Gobierno, y de la estraña aventura, que en el Castillo succedió à Don Quixote. 94

C A P. XLV.

De como el gran Sancho Pança tomó la possession de su Insula, y del modo que comenzó à governar. 108

C A P. XLVI.

Del temeroso espanto cencerril, y gatuno, que recibió Don Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora. 118

C A P. XLVII.

Donde se prosigue como se portava Sancho Pança en su gobierno. 124

C A P. XLVIII.

De lo que le succedió à Don Quixote con doña Rodriguez la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura, y de memoria eterna. 136

C A P. XLIX.

De lo que le succedió à Sancho Pança rondando su Insula. 148

C A P. L.

Donde se declara quiénes fueron los encantadores, y verdugos que acotaron à la dueña, y pellizcáron, y arañaron à Don Quixote, con el suceso que tuvo el Page, que llevó la carta à Teresa Pança muger de Sancho Pança. 163

C A P. LI.

Del progreso del Gobierno de Sancho Pança, con otros sucesos tales como buenos. 176

C A P. LII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña Dolorida ó Angustiada, llamada por otro nombre doña Rodriguez. 188

L I-

T A B L A.

LIBRO OCTAVO.

CAP. LIII.

Del fatigado fin y remate que tuvo el Gobierno de Sancho Pança. 199

CAP. LIV.

Que trata de cosas tocantes à esta història, y no à otra alguna. 207

CAP. LV.

De cosas sucedidas à Sancho en el camìno, y otras que no ày mas que ver. 218

CAP. LVI.

De la descomunàl, y nunca vista batalla, que passò entre Don Quixote de la Mancha, y el Lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña doña Rodriguez. 229

CAP. LVII.

Que trata de como Don Quixote se despidiò del Duque, y de lo que le sucediò con la discreta, y desembuelta Altisidora Donzella de la Duquesa. 236

CAP. LVIII.

Que trata de como menudearon sobre Don Quixote aventuras tantas, que no se davan vagar unas a otras. 241

CAP. LIX.

Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucediò à Don Quixote. 258

CAP. LX.

De lo que sucediò à Don Quixote yendo à Barcelona. 269

CAP. LXI.

De lo que le sucediò à Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto. 287

CAP. LXII.

Que trata de la aventura de la Cabeça encantada, con otras niñerías que no pueden dexar de contarse. 291

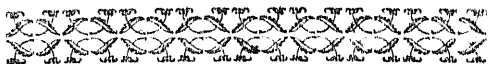
CAP. LXIII.

De lo mal que le avinò à Sancho Pança con la visita

T A B L A.

<i>sita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.</i>	308
C A P. LXIV.	
<i>Que trata de la aventura, que mas pesadumbre dió à Don Quixote de quantas hasta entonces le avian sucedido.</i>	322
C A P. LXV.	
<i>Donde se dà noticia quien era el de la blanca Luna, con la libertad de Don Gaspar Gregorio, y de otros sucesos.</i>	328
C A P. LXVI.	
<i>Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oyrá el que lo escuchare leer.</i>	336
C A P. LXVII.	
<i>De la resolucion que tomó Don Quixote de hazer-se pastor, y seguir la vida del campo en tanto que se passava el año de su promessa, con otros sucesos en verdad gustosos, y buenos.</i>	344
C A P. LXVIII.	
<i>De la cerdosa aventura que le aconteció à Don Quixote.</i>	351
C A P. LXIX.	
<i>Del mas raro, y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino à Don Quixote.</i>	358
C A P. LXX.	
<i>Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia.</i>	366
C A P. LXXI.	
<i>De lo que à Don Quixote le sucedió con su escudero Sancho yendo à su aldea.</i>	376
C A P. LXXII.	
<i>De como Don Quixote, y Sancho llegaron à su aldea.</i>	384
C A P. LXXIII.	
<i>De los agüeros que tuvo Don Quixote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan, y acreditan esta grande historia.</i>	391
C A P. LXXIV.	
<i>De como Don Quixote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.</i>	398

V I D A



VIDA Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.
PARTE CUARTA.



LIBRO SEPTIMO.
CAPITULO XXXIII.

De la sabrosa platica que la Duquesa, y sus donzèllas passaron con Sancho Pança, digna de que se lea, y de que se note.

CUENTA, pues, la història, que Sancho no durmió aquella siesta, fino que, por cumplir su palabra, vino en comiendo à ver à la Duquesa, la qual con el gusto que tenia de oírle, le hizo sentar junto à si en una silla baxa, aunque Sancho de puro bien-criado no queria sentarse; pero la Duquesa le dixo, que se sentasse como governador, y

Tom. IV. A ha-

2 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

hablàsse como escudèro , puesto que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Ruý Diaz campeador. Encogió Sancho los ombros, obedeciò, y sentòse, y todas las donzèllas, y duèñas de la Duquesa le rodearon, atentas con grandíssimo silencio à escuchàr lo que diría : Pero la Duquesa fuè la que hablò primero, diziendo: Aora que estàmos solos, y que aquí no nos oye nadie, quería yo , que el Señor Governador me absolvièsse ciertas dudas que tengo, nacidas de la història , que del gran Don Quixote anda ya impressa : Una de las quales dudas es, que pues el buen Sancho nunca viò à Dulcinèa, digo, à la Señora Dulcinèa del Tobòso, ni le llevò la carta del Señor Don Quixote , porque se quedò en el libro de memoria en Sierra Morena , como se atreviò à fingir la respuèsta, y aquello de que la hallò ahechàndo trigo , sièndo todo burla , y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la fin par Dulcinèa, y todas que no vienen bien con la calidàd, y fidelidàd de los buenos Escudèros? A estas razònes, sin responder con alguna, se levantò Sancho de la silla, y con passos quedos , el cuerpo agoviado , y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles; y luego esto hecho, se bolviò à sentàr, y dixo: Aora, Señora mia, que hè visto, que no nos escùcha nadie de solapa fuèra de los circunstantes , sin temor, ni sobresàlto responderè à lo que se me hà preguntado, y à todo aquello que se me preguntare : Y lo primero que digo es, que yo tengo à mi Señor

Señor Don Quixote por loco reynatado, puesto que algunas vezes dize cosas, que à mi parecèr, y aun de todos aquellos que le escùchan, son tan discretas, y por tan buen Carril encaminadas, que el mismo Satanàs no las podria dezir mejòres: Pero con todo esto verdaderamente, y sin escrùpulo à mi se me hà assentado, que es un mentecato. Pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo à hazèrle creèr lo que no lleva piès, ni cabeça, como fuè aquello de la respuesta de la carta; y lo de, avrà, seys, ô ocho dias, que aun no està en història (conviene à saber) lo del encanto de mi Señora Doña Dulcinèa, que le hè dado à entendèr, que està encantada, no siendo mas verdàd que por los cerros de Ubeda. Rogòle la Duquesa, que le contàsse aquel encantamiento, ô burla; y Sancho se lo contò todo del mismo modo que avia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su platica, dixo la Duquesa: De lo que el buen Sancho me hà contado, me anda brincando un escrùpulo en el alma, y un cierto susurro llega à mis oydos, que me dize: Pues Don Quixote de la Mancha es loco, menguado, y mentecato; y Sancho Pança su escudero lo conoce, y con todo esso le sirve, y le sigue, y và atenido à las vanas promèssas suyas, sin duda alguna deve de ser èl, mas loco, y tonto que su amo: Y siendo esto assi como lo es, mal contado te serà Señora Duquesa, si al tal Sancho Pança le dàs Insula que gobièrne; porque el que no sabe governarse à si, como sabrà governar

4 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

à otros? por. Dios, Señora, dixo Sancho, que esse escrúpulo viene con parto derecho; pero dígame vuestra merced, que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco, que dize verdad; que si yo fuera discreto, dias ha que avia de aver dexado à mi amo; pero esta fuè mi Suerte, y esta mi mal andança. No puedo mas; seguirle tengo; somos de un mismo lugar; he comido su pan; quièrole bien; es agradecido; dióme sus pollinos; y sobre todo yo soy fiel; y assi es imposible, que nos pueda apartar otro suceso, que el de la pala, y azadon. Y si vuestra altanería no quisiere que se me de el prometido Gobierno, de menos me hizo Dios; y podría ser, que el no darme, redundasse en pro de mi conciencia; que maguera tonto, se me entiende aquel refran de, *por su mal le nacieron alas à la Hormiga*; y aun podría ser, que se fuèsse mas ayna Sancho escudero al Cielo, que no Sancho Gobernador. Tan buen pan hazen aquí como en Francia, y de noche todos los gatos son pardos; y assaz de desdichada es la persona, que à las dos de la tarde no se ha desayunado; y no ày estomago que sea un palmo mayor que otro, el qual se puede llenar, como suèle decirse, de paja, ó de heno; y las avezitas del campo tienen à Dios por su proveedor, y dispensero; y mas calientan quatro varas de paño de Cuenca, que otras quatro de limiste de Segovia; y al dexar este mundo, y meternos la tierra adentro; por tan estrecha senda, và el Principe, como el Jornalero; y no ocupa mas pies de tierra el cuerpo del Papa, que

que el del Sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro; que al entràr en el hoyo, todos nos ajustàmos, y encogèmos, ô nos hazen ajustàr, y encogèr mal que nos pese; y a buenas noches. Y torno à dezir, que si vuestra Señoría no me quisière dàr la Insula por tonto, yo sabrè no darsème nada por discreto; y yo he oydo dezir, que detras de la Cruz està el diablo; y que no es oro todo lo que reluze; y que de entre los bueyes, arados, y coyundas sacàron al labrador Bamba para ser Rey de España; y de entre los brocados, passatiempos, y riquezas sacàron à Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trobas de los Romances antiguos no mienten) Y como que no mienten, dixo à esta sazón Doña Rodriguez la dueña, que era una de las escuchantes; que un Romance ày que dize: *Que metièron al Rey Rodrigo vivo en una tumba llena de sapos, culebras, y lagartos, y que de alli à dos dias dixo el Rey desde dentro de la tumba con voz doliente, y baxa: Ya me comen, ya me comen por dō mas pecado avia.* Y segun esto mucha razòn tiene este Señor en dezir, que quière mas sèr labradòr que Rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa, oyèndo la simplicidad de su dueña, ni dexò de admiràrse en oyr las razones, y refranes de Sancho, à quien dixo: Ya sabe el buen Sancho, que lo que una vez promete un Cavallero, procura cumplirlo aunque le cueste la vida. El Duque mi Señor y marido, aunque no es de los andantes, no por esto dexa de ser Ca-

6 D. QUIXOTE DE LA MANCHA;

vallero, y assi cumplira la palabra de la prometida insula, à pesàr de la envidia, y de la malicia del mundo. Estè Sancho de buen animo; que, quando menos lo piense, se verà sentàdo en la silla de su insula, y en la de su estàdo, y empuñarà su Gobierno, que con otro de brocàdo de tres altos lo deseche. Lo que yo le encargo es, que mire como gobierna sus vassallos, advirtièdo que todos son leales, y bien nacidos. Eссо de gobernarlos bien, respondiò Sancho, no ày para que encargàrmelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compassiòn de los pobres; y *à quien cueze, y amasa no le hurtas hogaza*; y para mi santiguada que no me han de echàr dado falso: Soy perro viejo, y entièndo todo Tus, Tus, y sè despavilàrme à sus tiempos; y no consiènto que me anden mufarañas en los ojos, porque sè donde me aprieta el Zapato: Digolo, porque los buenos tendràn conmigo mano y concavidad, y los malos ni pie, ni entràda. Y parèceme à mi, que en esto de los Gobièrnos todo es comenzar; y podria sèr, que à quinze dias de Gobierno me comièsse las manos tras el oficio, y supièsse mas del, que de la labor del campo en que me he criàdo. Vos tenèys razòn; Sancho, dixo la Duquesa, que nadie nació enseñado; y de los hombres se hazen los Obispos, que no de las piedras.

PERO bolvièdo à la platica, que poco hà tratàvamos del encanto de la Señora Dulcinea, tengo por cosa cierta, y mas que averiguada, que aquella imaginaciòn que Sancho

tuvo

tùvo de burlàr à su Señor, y dàrle à enten-
 dèr, que la labradora era Dulcinèa, y que si
 su Señor no la conocia, devia de ser por estàr
 encantàda, toda fuè invencion de alguno de
 los encantadores, que al Señor Don Quixote
 perfiguen; porque real, y verdaderamènte yo sè
 de buena parte, que la villana que diò el brinco
 sobre la pollina, era, y es Dulcinèa del Tobòso;
 y que el buen Sancho, pensando ser el engañador,
 es el engañado; y no ày ponèr mas duda en esta
 verdàd, que en las cosas que nunca vîmos: Y sepa
 el Señor Sancho Pança, que tambien tenèmos
 acà encantadòres, que nos quièren bien, y nos
 dizen lo que passà por el mundo pura, y sen-
 zillamènte sin enredos, ni maquinas: Y crèa-
 me, Sancho, que la villana brincadòra era, y
 es Dulcinèa del Tobòso, que està encantàda
 como la madre que la pariò, y quando me-
 nos nos pensèmos, la avèmos de vèr en su
 propia figura, y entonces saldrà Sancho del en-
 gaño en que vive. Bien puede ser todo esto,
 dixo Sancho Pança; y agora quiero crèer lo
 que mi amo cuenta de lo que viò en la cuèva
 de Montesinos, donde dize que viò à la Seño-
 ra Dulcinèa del Tobòso en el mismo trage,
 y habito, que yo dixe que la avia visto, quan-
 do la encantè por solo mi gusto? y todo de-
 viò de sèr al revès, como vuestrà merced,
 Señora mia, dize; porque de mi ruyn inge-
 nio no se puede, ni deve presumir, que fa-
 bricàsse en un instante tan agùdo embùlte; ni
 crèo yo que mi amo es tan loco, que con tan
 flaca, y magra persuasion como la mia, creyès-
 se una cosa tan fuèra de todo termino. Pero,

8 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

Señora, no por esto será bien, que vuestra bondad me tenga por malevolo, pues no está obligado un porro como yo à taladràr los pensamientos, y malicias de los pèssimos encantadores. Yo fingì aquello por escapàrme de las riñas de mi Señor Don Quixote, y no con intencion de ofendèrle; y si hà salido al revès, Dios està en el Cielo, que juzga los corazones. Assì es la verdad, dixo la Duquesa: Pero digame aora Sancho, que es esto que dize de la cuèva de Montefinos, que gustaria saberlo? Entonces Sancho Pança le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyèndo lo qual la Duquesa, dixo: Deste suceso se puede inferir, que pues el gran Don Quixote dize, que viò allì à la mesma labradòra, que Sancho viò à la salida del Tobòso, sin duda es Dulcinèa; y que andan por aquí los encantadores muy listos, y demasiadamente curiosos. Esto digo yo, dixo Sancho, que si mi Señora Dulcinèa està encantada, su daño será, que yo no me tengo de tomàr con los enemigos de mi amo, que deven de sèr muchos, y malos: verdad sea, que la que yo vi, fuè una labradòra, y por labradòra la tùve, y por tal la juzguè; y si aquella era Dulcinèa, no ha de estàr à mi cuenta, ni ha de corrèr por mi, ò sobre ello morena. No sino andense à cada triquete conmigo à dime, y dirète; Sancho lo dixo, Sancho lo hizo, Sancho tornò, y Sancho bolviò, como si Sancho fuèsse algun quienquiera, y no fuèsse el mismo Sancho Pança, el que anda yà en libros por esse mundo adelante.

lante, segun me dixo Sanfon Carrasco, que por lo menos es persona Bachilleràda por Salamanca, y los tales no pueden mentir, sino es quando se les antoja, ô les viene muy à cuento: Assi que no ày para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y segun oý dezir à mi Señor, que mas vale el buen nombre, que las muchas riquezas, encàxenme esse Gobierno, y veran maravillas; que quien ha sido buen escudéro, serà buen Governadòr. Todo quanto aquí hà dicho el buen Sancho, dixo la Duquesa, son sentencias catonianas, ô por lo menos sacadas de las mesmas entrañas del mismo Micael Verino, *florentibus occidit annis*. En fin, en fin, (hablando à su modo) *debaxo de mala capa suele avèr buen bebedòr*. En verdàd, Señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con Sed, bien podrìa sèr, porque no tengo nada de hipocrita: Bebo quando tengo gana, y quando no la tengo, y quando me lo dãn, por no parecèr ô melindròso, ô mal criado; que à un brindis de un àmico, que coraçòn ha de avèr tan de marmol, que no haga la razòn? Pero aunque las calço, no las enfuzio: Quanto mas que los escudèros de los Cavallèros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan par florestas, selvas, y prados, montañas, y riscos sin hallàr una misericordia de vino, si dãn por ella un ojo. Yo lo crèo assi respondió la Duquesa; y por aora vàyase Sancho à reposàr, que despues hablaremos mas largo; y daremos orden como vaya presto à encaxarse,

se, como el dize, aquel Gobierno. De nuèvo le besò las manos Sancho à la Duquesa, y le suplicò le hizièsse mercèd de que se tuvièsse buena cuenta con su ruzio, porque era la lumbre de sus ojos. Que Ruzio es este? preguntò la Duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por no nombràrle con este nombre, le suelo llamàr el Ruzio; y à esta Señora Dueña le roguè quando entrè en este Castillo,uvièsse cuenta con èl; y azoròse de manera, como si la huvièra dicho, que era fea, ô vieja, devièndo sèr mas propio, y natural de las dueñas pensàr Jumentos, que autorizàr las falas. O vâlame Dios, y quan mal estàva con estas Señoras un Hidalgo de mi lugar! Seria algun villano, dixo Doña Rodriguez la dueña, que si el fuèra hidalgo, y bien nacido, el las pusièra sobre el cuerno de la Luna. Ahora bien, dixo la Duquesa, no aya mas, calle Doña Rodriguez, y fosièguese el Señor Pança, y quèdele à mi cargo el regalo del Ruzio, que por ser alhaja de Sancho, le pondrè yo sobre las niñas de mis ojos. En la Cavalleriza basta que estè, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra Grandeza, ni èl, ni yo somos dignos de estàr solo un momento; y assi lo consentirìa yo, como darme de puñaladas; que aunque dize mi Señor, que en las cortesias antes se hà de perdèr por carta de mas, que de menos, en las jumentiles, y asniñas se hà de ir con el compàs en la mano, y con medido termino. Llèvele, dixo la Duquesa, Sancho, al Gobierno, y allà le podrà regalar
co-

como quisiere , y aun jubilarle del trabajo. No piense vueſſa merced , Señora Duqueſſa , que hà dicho mucho , dixo Sancho , que yo he viſto ir mas de dos afnos à los Gobiernos ; y que llevàſſe yo el mio , no ſeria coſa nuèva. Las razones de Sancho renovaron en la Duqueſſa la riſa , y el contentò ; y embiàndole à reposar , ella fuè à dâr cuenta al Duque de lo que con èl avia paſſado , y entre los dos dièron traça , y orden de hazer una burla à Don Quixote , que fuèſſe famòſa , y vinièſſe bien con el eſtilo cavallerèſco , en el qual le hizièron muchas , tan propias y diſcrètas , que ſon las mejores aventuras que en eſta grande hiſtòria ſe contiènèn.



CAPITULO XXXIV.

Que cuenta de la noticia que ſe tuvo , de como ſe avia de deſcancantar la ſin par Dulcinèa del Tobòſo . que es una de las aventuras mas famoſas deſte libro.

GRANDE era el gùſto que recibian el Duque , y la Duqueſſa de la converſacion de Don Quixote , y de la de Sancho Pança ; y y confirmàndose en la intenciòn que tenían de hazerles algunas burlas , que llevàſſen viſlumbres , y aparièncias de aventuras , tomaron motivo de la que Don Quixote yà leſavia contrado de la cuèva de Montefinos , para hazerle una que fuèſſe famòſa ; pero de lo que mas la Du-

12 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

Duquesa se admirava era, que la simplicidad de Sancho fuèssè tanta que havièssè venido à creèr fer verdàd infalible, que Dulcinèa del Tobòso estuvièssè encantada, avièndo sido el mismo el encantador, y el embustero de aquel negocio: Y assi avièndo dado orden à sus criados de todò lo que avian de hazèr, de allì à seys dias le llevàron à caça de monteria con tanto aparato de Monteros, y Caçadores, como pudièra llevàr un Rey coronado. Dièronle à Don Quixote un vestido de monte, y à Sancho otro verde de finissimo paño, pero Don Quixote no se lo quiso ponèr, dizièndo, que otro dia avia de bolvèr al duro exercicio de las armas, y que no podia llevàr consigo guardaropas, ni reposterias. Sancho, si tomò el que le dièron con intencion de vendèrle en la primera ocasiòn que pudièssè.

LLEGANDO, pues, el esperado dia, armòse Don Quixote, vistiòse Sancho, y encima de su Ruzio (que no le quiso dexar, aunque le davan un Cavàllo) se metiò entre la tropa de los Monteros. La Duquesa saliò bizarramente adereçada, y Don Quixote de puro cortès, y comedido tomò la rienda de su Palafren, aunque el Duque no queria consentirlo; y finalmente llegàron à un bosque, que entre dos altissimas Montañas estàva donde tomàron los puestos, paranças, y verèdas; y repartida la gente por diferentes puestos, se començò lo caça con grande estruendo, grita, y vozeria de manera, que unos à otros no podian oyrse assi por el ladrido de los Perros, como por el son de las bozinas.

Apeò.

Apeòse la Duqueffa, y con un agùdo venàblo en las manos se pùso en un pueſto por donde ella fabia, que folían venir algunos Javalies. Apeòse aſſimifmo el Duque, y Don Quixote, y puſieronſe à ſus lados. Sancho ſe pùso detrás de todos ſin apeàrſe del Ruzio, à quièn no osàva deſamparàr, porque no le ſucedieſſe algun deſman; y apenas avian ſentàdo el piè y puèſtoſe en ala con otros muchos criados ſuyos, quando acòſàdo de los perros, y ſeguido de los Caçadores, vièron que hàzia ellos venia un deſmeſuràdo Javali cruxiendo dientes, y colmillos, y arrojàdo eſpùma por la boca, y en vièndole, abraçàdo ſu eſcùdo, y pueſta mano à ſu eſpàda, ſe adelantò à recibirle Don Quixote. Lo miſmo hizo el Duque con ſu venàblo, pero à todos ſe adelantàra la Duqueffa, ſi el Duque no ſe lo eſtorvára: Solo Sancho en vièndo al valiènte animal, deſamparò al Ruzio, y diò à corrèr quanto pùdo; y procuràdo ſubirſe ſobre una alta Encina, no fuè poſſible; antes eſtando yà à la mitàd del, aſſido de una rama, pugnàdo por ſubir à la cima, fuè tan corto de ventùra, y tan deſgraciàdo, que ſe deſgajò la rama, y al venir al ſuèlo, ſe quedò en el ayre aſſido de un gancho de la Encina ſin podèr llegar al ſuèlo; y vièndoſe aſſi, y que el ſayo verde ſe le raſgava, y parecièndole que ſi aquel fiero animal alli llegàva, le podìa alcançàr, començò à dàr tantos gritos, y à pedir ſocorro con tanto ahincò, que todos los que le oyan, y no le veyan, creyèron que eſtava entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el

col.

colmilludo Javali quedò atravesàdo de las cuchilladas de muchos venàblos, que se le pusieron delante; y bolviendo la cabeça Don Quixote à los gritos de Sancho, que yà por ellos le avia conocido, viòle pendiente de la Encina, y la cabeça abaxo, y al Ruzio junto à èl, que no le desfamparò en su calamidad. Y dize Cide Hamete, que pocas vezes viò à Sancho Pança sin ver al Ruzio, ni al Ruzio sin ver à Sancho: Tal era la amistad, y buena fè, que entre los dos se guardàvan. Llegò Don Quixote, y descolgò à Sancho, el qual vièndose libre, y en el suelo, mirò lo desgarrado del sayo de monte, y pesòle en el alma; que pensò que tenia en el vestido un Mayorazgo. En esto atravesàron al Javali poderòso sobre una Azèmila, y cubrièndole con matas de romero, y con ramas de mirto, llevaron como en Señal de vitoriosos despojos à unas grandes tiendas de campaña, que en la mitad del bosque estàvan puestas, donde hallaron las mesas en orden, y la comida aderezada, tan sumptuosa, y grande, que se echava bien de ver en ella la grandeza, y magnificencia de quien la dava. Sancho mostràndo las llagas à la Duquesa de su roto vestido, dixo: Si esta caça fuèra de liebres, ò de pajarillos, seguro estuvièra mi sayo de verse en este extremo: No sè que gusto se recibe de esperar à un animal, que si os alcanza con un colmillo os puede quitàr la vida. Yò me acuerdo avèr oído cantàr un Romance antiguo que dize: *De los osos seàs comido, como Fabila el nombrado.* Èste fuè un Rey Godo, dixo Don Quixote,

xote , que yèndo à Caça de monteria , le comiò un Oso. Eſſo es lo que yo digo, respondiò Sancho, que no querria yo que los Principes, y los Reyes se pusièſſen en semejantes peligros à trueco de un gusto, que parèce que no lo avia de sèr, pues consiste en matàr à un animal , que no hà cometido delito alguno. Antes os engañais, Sancho, respondiò el Duque , porque el exercicio de la caça de monte es el mas conveniènte , y necessàrio para los Reyes, y Principes, que otro alguno: La caça es una imagen de la guerra: Ay en ella estratagemas, astucias, è insidias para vencèr à su salvo al enemigo: Padècense en ella frios grandissimos , y calores intoleràbles: menoscàbase el ocio, y el sueño: Corrobòranse las fuerças: agilitanse los miembros del que la ùsa , y en resolucion es exercicio que se puede hazèr sin perjuyzio de nadie, y con gusto de muchos ; Y lo mejor que el tiene es, que no es para todos, como lo es, el de los otros generos de caça, excepto el de la volateria, que tambien es solo para Reyes , y grandes Señores. Assi que, ô Sancho, mudad de opinion , y quando seays Governadòr, ocupaos en la caça, y verèys como os vale un pan por ciento. Eſſo no, respondiò Sancho, el buen Governadòr la pierna quebrada, y en casa. Bueno serìa que vinièſſen los negociantes à buscàrle fatigados, y èlestuvièſſe en el monte holgàndose; assi en hora mala andaria el Gobierno. Mia Fè, Señor, la caça, y los passatiempos mas han de sèr para los holgaçanes, que para los Governadores. En lo que yo pienso entretènèrme es,

c n

en jugar al Triunfo embidado, las Pasquas, y à los bolos, los Domingos, y Fiestas; que essas caças, ni caços no dizen con mi condiçion, ni hazen con mi conciencia. Plega à Dios, Sancho, que assi sèa, porque del dicho al hecho ay gran trecho, dixo el Duque. Aya lo que huviere, replicò Sancho, que al buen pagador no le duèlen prendas; y mas vale al que Dios ayùda, que al que mucho madruga; y tripas llevan piès, que no piès à tripas (quiero dezir) que si Dios me ayùda, y yo hago lo que devo con buena intencion, sin duda que governarè mejor que un girifalte. No sino pònganme el dedo en la boca, y veràn si aprieto, ò no. Maldito sèas de Dios, y de todos sus Santos, Sancho maldito, dixo Don Quixote; y quando serà el dia, como otras muchas vezes he dicho, donde yo te vèa hablàr sin, refranes una razòn corriente, y concertada? Vuestras Grandezas dèxen à este tonto, Señores mios, que les molerà las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil Refranes traydos tan à fazòn, y tan à tiempo, quanto le dè Dios à el la falud, ò à mi, si los querrìa escuchar. Los Refranes de Sancho Pança, dixo la Duquesa, puesto que son mas que los del comendador Griego, no por esso son menos de estimar por la brevedad de las Sentencias. De mi sè dezir, que me dèn mas gùsto, que otros, aunque sèan mejor traydos, y con mas fazòn acomodados.

CON estos, y otros entretenidos razonamientos falièron de la tienda al bosque; y en

re-

requerir algunas paranças, y presto se les pasó el día, y se les vino la noche, y no tan clara, ni tan fefga, como la fazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro escùro que truxo consigo, ayudò mucho à la intencion de los Duques. Assi como començò à anochecèr un poco mas adelante del crepùsculo, à deshora pareciò, que todo el bosque portodas quatro partes ardía; y luego se oyèron por aquí y por allí, por acà, y por acullà infinitas cornetas, y otros instrumèntos de guerra, como de muchas tropas de cavallería, que por el bosque pasàva. La luz del fuego, el son de los bèlicos instrumèntos casi cegàron y atronàron los ojos, y los oydos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estàvan. Luego se oyèron infinitos Lelilies al ùso de Moros quando èntran en las batallas. Sonàron trompètas, y clarines, retumbàron tambores, resonàron pífaros, casi todos à un tiempo, tan continuo, y tan aprièssa, que no tuvièra sentido el que no quedàra fin èl al son confùso de tantos instrumèntos. Pasmòse el Duque, suspendiòse la Duquesa, admiròse Don Quixote, temblò Sancho Pança; y finalmente aun hasta los mismos sabidòres de la causa se espantàron. Con el temor les cogiò el silencio, y un postillon que en trage de demonio les pasó por delante tocàndo en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco, y espantòso son despedía. Ola, hermano correo, dixo el Duque, quièn soys? Adonde vays? Y que gente de guerra es la que por este

Tom. IV. B bos-

bosque parèce que atravièssa? Alo que respondiò el correo con voz horrisòna, y defenfa, dàda: Yo soy el diablo; voy à buscàr à Don Quixote de la Mancha; la gente que por aquí viene, son seys tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante tràen à la fin par Dulcinèa del Tobòso. Encantàda viene con el gallàrdo Frances Montelinos à dár orden à Don Quixote de como hà desèr defencantàda la tal Señora. Si vos fuèrades diablo, como dezis, y como vuestra figura muestra, dixo Don Quixote, yà huvièrades conocido al tal Cavallèro, pues le tenèys delante. En Dios y en mi conciencia, respondiò el diablo, que no miràva en ello, porque tràygo en tantas cosas divertidos los pensamièntos, que la principal à que venia, se me olvidàva. Sin duda, dixo Sancho, que este demonio deve de ser hombre de bien, y buen Christiano, porque à no serlo, no juràra en Dios, y en conciencia. Aora yo tengo para mí, que aun en el mesmo Infierno deve de avèr buena gente. Luego el demonio sin apeàrse, encaminàndo la vista à Don Quixote, dixo: A ti, el Cavallèro de los Leònes (que entre las garras dellos te vèa yo) me embia el desgraciàdo, pero valiente, Cavallèro Montelinos, mandàndome, que de su parte te diga, que le espères en el mismo lugàr que te topàre, à causa que tràe consigo à la que llaman Dulcinèa del Tobòso, con orden de darte la que es menestèr, para defencantàrla; y pot no ser para mas mi venida, no hà de ser mas mi estada. Los demonios como yo queden contigo,

tigo, y los Angeles buènos con estos Señores; y en diziendo esto, tocò el desaforado cuerno, y bolviò las espaldas, y fuèsse fin esperar respuesta de ninguno. Renovòse la admiracion en todos, especialmente en Sancho, y Don Quixote: En Sancho por ver, que à despècho de la verdàd querían que estuvièsse encantada Dulcinèa: En Don Quixote, por no poder assegurarle, si era verdàd ô no lo que le avia passado en la cuèva de Montesinos. Y estando elevàdo en estos pensamientos, el Duque le dixo: PienSA vueSsa merced esperar, Señor Don Quixote? Pues no? respondiò èl: aquí esperarè intrèpido, y fuèrte si me vinièsse à embestir todo el Infierno. Pues si yo vèo otro diablo, y oygo otro cuerno como el passado, asì esperarè yo aquí como en Flandes, dixo Sancho. En esto se cerrò mas la noche, y començaron à discurrir muchas luzes por el bosque; bien asì como discurren por el Cielo las exalaciones secas de la tierra, que parècen à nuestra vista estrellas que corren. Oyòse asì mismo un espantoso ruído, al modo de aquel que se causà de las ruèdas maziças que fuèlen traèr los carros de buèyes, de cuyo chirrio áspero, y continuado se dize, que huyen los Lobos, y los Osos, si los ày por donde passan. Añadiòse à toda esta tempestad otra, que las aumentò todas, que fuè, que parecia verdaderamente, que à las quatro partes del bosque se estàvan dando à un mismo tiempo quatro rencuentros, ô batallas; porque allí sonàva el duro estruendo de espantosa artillería; acullà se disparavan infinitas esco-

pètas; cerca casi sonàvan las voces de los combatientes; lexos se reysteràvan los Lelilies agarrènos. Finalmènte las cornètas, los cuèrnos, las bozinas, los clarines, las trompètas, los tambòres, la artilleria, los arcabùzes, y sobre todo el temeròso ruydo de los carros formàvan todos juntos un Son tan confùso, y tan horrèndo, que fuè menester, que Don Quixote se valièsse de todo su coraçòn para sufrirle; pero el de Sancho vino à tierra, y diò con el desfàyado en las faldas de la Duquesa, la qual le recibìo en ellas, y à gran prièssa mandò, que le echàssen agua en el rostro. Hizose allí, y èl bolviò en su acuèrdo à tiempo que yà un carro de las rechinàntes ruedas llegava à aquel Puesto. Tiràvanle quatro perezòsos buèyes todos cubièrtos de paramèntos nègros: En cada cuèrno traían atada, y encendida una grànde hacha de cera, y encima del carro venia hecho un assiento alto, sobre el qual venia sentàdo un venerable viejo con una barba mas blanca que la mesma niève, y tan luenga, que le passàva de la cintura: Su vestidura era una ropa larga de negro bocazì, que por venir el carro lleno de infinitas luzes, se podìa bien divisàr, y discernir todo lo que en èl venia. Guiàvanle dos feos demonios vestidos del mesmo bocazì, con tan feos rostros, que Sancho avièndolos visto una vez, cerrò los ojos por no vèrlos otra. Llegàndo, pues, el carro à igualàr al puesto, se levantò de su alto assiento el vièjo venerable, y puesto en piè, dando una gran voz, dixo: Yo sòy el sabio Lirgandèo; y passò el carro

carro adelante sin hablàr mas palabra. Tras este passò otro carro de la misma manèra con otro viejo entronizàdo, el qual haziendo que el carro se detuvièsse, con voz no menos grave, que el otro, dixo: Yo soy el sàbio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida; y passò adelante. Luego por el mismo continènte llegò otro carro; pero el que venia sentàdo en el trono no era viejo como los demas, sino hombron robùsto, y de mala caradura; el qual al llegar, levantàndose en piè como los otros, dixo; con voz mas ronca, y mas endiablàda: Yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula, y de toda su parentela; y passò adelante. Poco desviados de alli hizieron alto estos tres carros, y cesò el enfadoso ruýdo de sus ruèdas; y luego se oyò otro, no ruýdo, sino un son, de una suave, y concertada musica formaco, con que Sancho se alegrò, y lo tuvo à buena señal; y assi dixo à la Duquesa (de quien un punto, ni un passo se apartava:) Señora, donde ày musica, no puede àver cosa mala. Tampoco donde ày luzes, y claridad, respondiò la Duquesa. A lo que replicò Sancho: Luz dà el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria sèr, que nos abrasàssen; pero la musica siempre es indicio de regozijos, y de fiestas. Ello dirà, dixo Don Quixote, que todo lo escuchàva; y dixo bien, como se muèstra en el Capitulo siguiente.



CAPITULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinèa, con otros admirables sucesos.

AL compàs de la agradàble musica vièron, que hàzia ellos venìa un carro de los que llaman Triunfales, tiràdo de seys mulas pardas, encubertadas, empèro, de lienço blanco, y sobre cada una venìa un disciplinante de luz, assimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos vezes, y aun tres mayor que los passados, y los lados, y encima dèl ocupàvan otros doze disciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas: (Vista que admirava y espantava juntamente) y en un levantado trono venìa sentada una Ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argenteria de oro, que la hazian fino rica, almenos vistosamente vestida. Traya el rostro cubierto con un transparente, y delicado cendal, de modo, que sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubria un hermosissimo rostro de donzella, y las muchas luzes davan lugar para distinguir la belleza, y los años, que al parecer no llegavan à veynte, ni baxavan de diez y siete. Junto à ella venìa una figura vestida de una ropa de las que llaman

rozagantes hasta los piès, cubierta la cabeça con un velo nègro: Pero al punto que llegó el carro à estàr frente à frente de los Duques, y de Don Quixote, cessò la musica de las chirimias, y la de las harpas, y laudes, que en el carro sonàvan; y levantàndose en piè la figùra de la ropa, la apartò à entrambos lados, y quitàndose el velo del rostro, descubriò patentemente ser la mesma figura de la muerte descarnada, y fea, de que Don Quixote recibì pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hizieron algun sentimiento temeròso. Alcàda, y puesta en piè esta muerte viva, con voz algo dormida, y con lengua no muy despierta, començò à dezir desta manera.

Yo soy, Merlin, aquel que las històrias
Dizen, que tùve por mi padre al diablo,
Mentira autorizàda de los tiempos,
Principe de la magica, y monarca,
Y archivo de la ciencia Zoroastrica,
Emulo à las edàdes, y à los figlos,
Que solapàr pretènden las hazañas
De los andantes bravos Cavallèros,
A quien yo tùve, y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadòres,
De los Magos, ô Magicos contino
Dura la condicion, àlpera, y fuèrte,
La mia es tierna, blànda, y amoròsa,
Y amiga de hazèr bien à todas gentes.
En las cavèrnas lobregas de Dite,
Donde estàva mi alma entretenida,
En formàr ciertos rombos, y caractères;

24 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

Llegò la voz doliente de la bella
Y fin par Dulcinèa del Tobòso.

Sùpe su encantamiènto, y su desgracia
Y su transformacion de gentil dama
En rustica aldeàna: Condolìme,
Y encerràndo mi espìritu en el huèco
Desta espantòsa, y fiera notomìa,
Despues de avèr rebuèlto cien mil libros
Desta mi ciencia endemoniàda, y torpe,
Vengo à dàr el remedio que conviène
A tamaño dolor, à mal tamaño.

O tu Gloria y honor de quantos visten
Las tunicas de azèro, y de diamante,
Luz, y farol, fendèro, norte, y guìa
De aquellos, que dexàndo el torpe sueño,
Y las ociòsas plumas, se acomodan
A ùsar el exercicio intoleràble
De las sangrièntas, y pesadas armas,
A ti digo, ô varon como se deve
Por Jamàs alabàdo, à ti valiente

Juntamènte, y discreto Don Quixote,
De la Mancha esplendor, de España estrella,
Que para recobràr su estàdo primo
La fin par Dulcinèa del Tobòso,
Es menestèr que Sancho tu escudèro,
Se dè tres mil açotes, y trecièntos
En ambas sus valientes posadèras
Al ayre descubièrtas, y de modo,
Que le escuèzan, amarguen, y le enfaden;
Y en esto se resuelven todos quantos
De su desgracia han sido los autores;
Y à esto es mi venida, mis Señores.

Voto à tal, dixo à esta fazòn Sancho,
no

no digo tres mil açotes, pero assi me darè yo tres, como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantàr; yo no sè que tienen que vèr mis posas con los encantos? Par Dios, que si el Señor Merlin no hà hallado otra manera como desencantàr à la Señora Dulcinèa del Toboso, encantada se podrá ir à la sepultura. Tomàros he yo, dixo Don Quixote, Don Villano, harto de ajos, y amarràros hè à un arbol desnudo, como vuestra madre os pariò; y no digo yo tres mil, y trecientos, sino seys mil, y seyscientos açotes os darè tan bien pegados, que no se os caygan à tres mil, y trecientos tirones: Y no me repliquèys palabra, que os arrancarè el alma. Oyèndo lo qual Merlin, dixo: No ha de ser assi, porque los açotes, que hà de recibir el buen Sancho, han de sèr por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que èl quisiere, que no se le pone termino señalado; pero permìtesele, que si èl quisiere redimìr su vexaciòn por la mitad deste vapulamiento, puede dexàr que se los dè agena mano, aunque sea algo pesada. Ni agena, ni pròpia, ni pesada, ni por pesàr, replicò Sancho, à mi no me hà de tocàr alguna mano. Parì yo por ventura à la Señora Dulcinèa del Toboso, para que paguen mis pòsas lo que pecaron sus ojos? El Señor mi amo si, que es parte suya, pues la llama à cada passo, mi vida, mi alma, sustento, y arrimo suyo, se puede, y deve açotàr por ella, y hazèr todas las diligencias necessarias por su desencanto: Pero açotàrme yo, abernuncio.

APENAS acabò de dezir esto Sancho, quando levantàndose en piè la argentada Ninfa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitàndose el suil velo del rostro, le descubrió tal, que à todos pareció mas que demasiadamente hermòso; y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablàndo derechamente con Sancho Pança, dixo: O malaventurado escudero, alma de cantaro, coraçòn de alcornoque, de entrañas guygénias, y apedernaladas! Si te mandàran, ladrón desuella-caras, que te arrojaras de una alta torre al suèlo; si te pidièran, enemigo del genero humano, que te comieras una dozena de sapos, dos de lagartos, y tres de culèbras; si te persuadièran à que mataras à tu muger, y à tus hijos con algun truculèto, y agùdo Alfange, no fuèra maravilla, que te mostràras melindroso, y esquivo: Pero hazer caso de tres mil, y trecièntos açotes, que no ày niño de la doctrina, por ruyn que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, y espànta à todas las entrañas piadosas de los que lo escùchan, y aun à las de todos aquellos, que lo vinièren à sabèr con el discurso del tiempo! Pon, ô miseràble, y endurecido animal, pon, digo, effos tus ojos de machuèlo espantadizo en las niñas destos mios comparàdos à rutilantes estrellas, y veràslos llorar hilo à hilo, y madexa à madexa, haziendo furcos, carrèras, y sendas por los hermòsos campos de mis mexillas. Muèvate, focarròn, y mal intencionado monstro, que la edàd tan florida mia (que aun se està toda via en el diez

Y...

y... de los años, pues tengo diez y nueve, y no llevo à veynte) se consume, y marchita debaxo de la corteza de una rustica labradora; y si aora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el Señor Merlin (que està presente) solo porque te eternèzca mi belleza; que las lagrimas de una afligida hermosa buèlven en algodòn los riscos, y los tigres en ovèjas. Dàte, dàte en essas carnaças, bestion indòmito, y fàca de baron esse brio, que à solo comèr, y mas comèr te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz; y si por mi no quieres ablandarte, ni reduzirme à algun razonable termino, hazlo por esse pobre Cavallero, que à tu lado tienes (por tu amo digo) de quien estòy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espèra fino tu rigida, ô blanda respuesta, ô para salirse por la boca, ô para bolverse al estomago.

TENTÒSE, oyendo esto, la garganta Don Quixote, y dixo bolviendose al Duque: Por Dios, Señor, que Dulcinèa hà dicho la verdad; que aqui tengo el alma atravesada en la garganta como una nuèz de ballèsta. Que dezis vos à esto, Sancho? preguntò la Duquesa. Digo Señora, respondiò Sancho, lo que tengo dicho, que de los agotes avernuncio. Abrenuncio avèys de dezir, Sancho, y no como dezis, dixo el Duque. Dèxeme vuestra grandeza, respondiò Sancho, que no estòy agora para miràr en fofilezas, ni en let-
ras

28 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

ras mas à menos; porque me tienen tan turbado estos açotes que me han de dár, ô me tengo de dár, que no sè lo que me digo, ni lo que me hago. Pero querría yo sabèr de la Señora mi Señora Doña Dulcinèa del Toboso, adonde aprendiò el modo de rogàr que tiene? Viene à pedirme, que me àbra las carnes à açotes, y llàmame alma de càntaro, y bestion indòmito, con una tira mira de malos nombres, que el diablo los sùfra? Por ventura son mis carnes de brònze? O vàmè à mi algo en que se defencànte; ô no? Que canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores, y de escarpines (aunque no los gasto) tràe delante de sî para ablandàrme, fino un vitupèrio y otro, sabièndo aquel refran, que dizen por ay: *Que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña; y que dàdivas quebràntan peñas, y à Dios rogàndo, y con el maço dando; y que, mas vale un toxia, que dos te darè.* Pues el Señor mi amo, que avía de traèrme la mano por el cerro, y halagàrme para que yo me hizièsse de lana, y de algodón cardado, dize que si me coje, me amarrará desnùdo à un árbol, y me doblará la parada de los açotes? Y avian de consideràr estos lastimàdos Señores, que no solamènte piden que se açote un escudèro, fino un Governadòr, como quien dize, bebe con guindas. Aprèndan, aprèndan, mucho de en hora mala, à sabèr rogàr, y à sabèr pedir, y à tenèr criança; que no son todos los tiempos unos, ni estàn los hombres siempre de un buen humor. Estòy yo

aora

aora rebentàndo de pena, por vèr mi sayo
 verde roto, y viènen à pedirme, que me
 açote de mi voluntàd, estàndo ella tan agena
 dello como de bolvèrme Cazique? Pues en
 verdàd, amigo Sancho, dixo el Duque, que
 fino os ablandàys mas que una breva madùra,
 que no avèys de empuñar el Govièrno. Bue-
 no sería, que yo embiàsse à mis insulanos un
 Governadòr cruèl, de entrañas pedernalinas,
 que no se doblèga à las lagrimas de las affigi-
 das donzellas, ni à los ruegos de discretos im-
 periòsos, y antiguos encantadores, y sabios?
 En resolucìon, Sancho, ô vos avèys de fer
 açotàdo, ô os han de açotàr, ô no avèys de
 fer Governadòr: Señor, respondiò Sancho,
 no se me darian dos dias de termino para pen-
 sàr lo que me està mejor? No en ninguna
 manera, dixo Merlin: Aquì en este instànte
 y en este lugàr hà de quedàr assentàdo lo que
 hà de sèr deste negocio. O Dulcinèa bolverà
 à la cuèva de Montefinos, y à su pristino està-
 do de labradòra, ô yà en el sèr que està, fe-
 rà llevada à los Eliseos campos, donde eitarà
 esperàndo, se cumpla el numero del vapulo.
 Ea buen Sancho, dixo la Duquesa, buen
 animo, y buena correspondencia al pan que
 avèys comido del Señor Don Quixote; à qui-
 èn todos devèmos sèrvir, y agradàr por su
 buena condicion, y por sus altas Cavallerias.
 Dad el Si, Hijo, desta açotàyna, y vàyase el
 diablo para diablo, y el temor para mezquino;
 que un buen coraçòn quebrànta mala ventùra;
 como vos bien sabèys. A estas razones rel-

pon-

pondio con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin, le preguntò: Dígame vuestra merced, Señor Merlin: Quando llegó aquí el diablo corréo, y dió à mi amo un recado del Señor Montefinos, mandàndole de su parte, que le esperàsse aquí, porque venía à dár orden de que la Señora Doña Dulcinèa del Tobòso se desencantàsse (y hasta agora no hemos visto à Montefinos, ni à sus semejanzas) donde està? A lo qual respondió Merlin: El diablo, amigo Sancho, es un ignorante, y un grandísimo vellaco: Yo le embié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montefinos, sino mio; porque Montefinos se està en su cuèva, entendiendo, ô por mejor decir, esperàdo su desencanto, que aun le falta la cola por defollar. Si os deve algo, ô tenèys alguna cosa que negociàr con èl, yo os lo traerè, y pondrè donde vos mas quisièredes; y por aora acabàd de dár el *Sí* desta disciplina; y creèdme, que os serà de mucho provecho, assi para el alma, como para el cuerpo: Para el alma, por la caridad con que la harèys: Para el cuerpo, porque yo sè, que soys de complexion sanguínea, y no os podrá hazer daño sacàros un poco de sangre. Muchos medicos ày en el mundo; hasta los encantadores son medicos, replicò Sancho: Pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo vèo, digo que sòy contento de darme los tres mil, y trecientos açotes con condicion, que me los tengo de dár cada, y quando que yo quisiere, sin que se me ponga tassa en los dias, ni en el tiempo; y yo procurarè salir de la

dèu,

dèuda lo mas presto que sèa possible, porque goze el mundo de la hermosura de la Señora Doña Dulcinèa del Tobòso, pues segun pareçe, al revès de lo que yo pensàva, en efeto es hermòsa. Ha de sèr tambien condicion, que no he de estàr obligàdo à sacarme sangre con la disciplina; y que si algunos açotes fuèren de mosquèo, se me han de tomàr en cuènta. Iten, que si me erràre en el numero, el Señor Merlin (pues lo sabe todo) hà de tenèr cuydàdo de contarlos, y de avisarme los que me faltan, ô los que me sòbran. De los sobrados no avrà que avisàr, respondiò Merlin, porque en llegàndo al cabàl numero, luego quedará de improvisò defencantada la Señora Dulcinèa, y vendrà à buscàr como agradecida al buen Sancho, y à dàrle gracias, y aun premios por la buena obra: Assi que no ày de que tenèr escrupulo de las sobras, ni de las faltas; ni el Cielo permita, que yo engañe à nadie, aunque sèa en un pelo de la cabeça. Ea pues, à la mano de Dios, dixo Sancho, yo consiento en mi mala ventùra: Digo, que yo accepto la penitencia con las condiciones apuntadas. A penas dixo estas ultimas palabras Sancho, quando bolviò à sonàr la musica de las chirimias, y se bolvièron à disparàr infinitos arcabuzes, y Don Quixote se colgò del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente, y en las mexillas. La Duquesa, y el Duque, y todos los circunstantes dièron muestras de avèr recibido grandissimo contento; y el carro començò à caminàr; y al passàr, la hermosa Dulcinèa in-

inclinò la cabeça à los Duques, y hizo una gran reverencia à Sancho. Yà en esto se venía à mas andàr el alva alegre, y risueña; las florezillas de los campos se descollàvan, y erguian; y los líquidos cristales de los arroyuelos murmurando por entre blancas y pardas guijas, ivan à dár tributo à los rios que los esperàvan. La tierra alegre; el Cielo claro, el ayre limpio, la luz ferèna cada uno por sí, y todos juntos davan manifiestas señales, que el dia, que al aurora venía pisando las faldas, avía de sèr ferèno y claro. Y fatisfechos los Duques de la caça, y de avèr conseguido su intencion tan discreta y felizmente, se bolvièron à su castillo con presupuesto de segundar en sus burlas; que para ellos no avía veras que mas gusto les dièssen.



CAPITULO XXXVI.

Donde se cuenta la estraña, y jamàs imaginada aventura de la dueña dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Pança escribiò à su muger Teresa Pança.

TENÍA un Mayordomo el Duque de muy burlèsco, y desenfadado ingenio, el qual hizo la figura de Merlin, y acomodò todo el aparato de la aventura paàsada, compuso los versos, y hizo que un page representàsse à
Dul-

Dulcinèa. Finalmènte con intervencion de sus Señores ordenò otra del mas graciòso, y estraño artificio, que puede imaginàrse. Preguntò la Duquesa à Sancho otro dia, si avía començado la tarèa de la penitencia que avía de hazer por el desencanto de Dulcinèa? Sancho respondiò que si, y que aquella noche se avía dado cinco açòtes. Preguntòle la Duquesa, que con que se los avía dado? Respondiò, que con la mano. Eßo, replicò la Duquesa, mas es dárse de palmadas que de açòtes; yo tengo para mi, que el Sabio Merlin no esterà contento con tanta blandura: menestèr ferà, que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrójos, ò de las de Canelones, que se dexen sentir; porque la letra con sangre entra; y no se ha de dár tan baràta la libertad de una tan gran Señora, como lo es Dulcinèa, por tan poco precio. Y advièrtà Sancho, que las obras de Caridad que se hacen tibia y floxamènte, no tiene merito, ni valen nada. A lo que respondiò Sancho: Dè-me vuestra Señoría alguna disciplina, ò ramal conveniènte; que yo me darè con él, como no me duèla demasiado: Porque hago saber à vuestra mercèd, que aunque soy rustico, mis carnes tiènen mas de algodòn, que de esparto; y no serà bien, que yo me descrie por el provecho ageno. Sea en buena hora, respondiò la Duquesa; yo os darè mañana una disciplina, que os venga muy àl justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fuèran sus hermanas propias. A lo que dixo Sancho: Sepa vuestra Alteza, Señor-

ra mia, de mi anima que yo tengo escrita una carta à mi muger Teresa Pança, dandole cuenta de todo lo que me hà sucedido despues que me apartè della: Aquì la tengo en el seno, que no le falta mas de ponèrle el sobreescrito. Querría que vuestra discrecion la leyèse; porque me parèce, que vâ conforme à lo de Governadòr, digo, al modo que deven de escribir los Governadores. Y quien la notò? preguntò la Duquesa. Quien la avia de notàr sino yo, pecador de mi? respondiò Sancho. Y escrivistela vos? dixo la Duquesa. Ni por pienso, respondiò Sancho, porque yo no sè leèr, ni escribir, puesto que sè firmàr. Veàmosla, dixo la Duquesa, que à buen segùro, que vos mostràys en ella la calidad, y suficiencia de vuestro ingenio. Sacò Sancho una carta abierta del seno, y tomàndola la Duquesa, viò que dezía desta manera.

Carta de Sancho Pança

A Teresa Pança su Mugèr.

SI buenos açotes me davan, bien Cavallèro me iva: Si buen Govièrno me tengo, buenos açotes me cuesta. Esto no entenderàs tu, Teresa mia, por aora; otra vez lo sabràs. Has de saber, Teresa, que tengo determinàdo, que andes en coche. (que es lo que haze al caso) porque todo otro andàr es andàr à gatas. Mugèr de un Governadòr eres; mira te roerà nadie los Zancajos, Ay te embio
un

un vestido verde de caçador que me diò mi Señora la Duquesa: Acomòdale en modo, que sirva de faya, y cuerpo à nuestra hija. Don Quixote mi amo, segun he oýdo dezir en esta tierra, es un loco cuerdo, y un mentecato gracioso, y que yo no le vòy en çaga. Hemos estado en la cuèva de Montesinos, y el sabio Merlin hà echado mano de mi para el desencanto de Dulcinèa del Toboso, que por allà se llama Aldonça Lorenzo. Con tres mil y treientos açotes, menos cinco, que me he de dàr, quedara desencantada como la madre que la parió. No diràs desto nada à nadie; porque pon lo tuyo en consejo, y unos diràn que es blanco, y otros que es negro. De aquí à pocos dias me partirè al Govierno, adonde vòy con grandissimo desseo de hazer dineros; porque me han dicho, que todos los Governadores nuevos vàn con este mesmo desseo. Tomarèle el pulso, y avisarète, si has de venir à estar conmigo ó no. El Ruzio està bueno, y se te encomienda mucho, y no le pienso dexar, aunque me llevàran à ser gran Turco. La Duquesa mi Señora te besa mil vezes las manos: Buèlvele el retorno con dos mil; que no ày cosa que menos cueste, ni valga mas barata, segun dize mi amo, que los buenos Comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra malèta con otros cien escudos como la de marras; pero no te dè pena, Teresa mia, que en salvo està el que repica, y todo saldrà en la colada del Govierno; sino que me hà dado gran pena, que me dizen, que si una vez le pruevo, que

36 D. QUIXOTE DE LA MANCHA;

me tengo de comèr las manos tràs èl; y si assi fuèsse, no me costaria muy baràto; aunque los estropeàdos, y mancos yà se tienen su canongia en la limòsna que piden: Assi que por una via, ô otra tu has de sèr rica, y de buena ventùra. Dios te la dè como puede, y à mi me guarde para servirte. Deste Castillo à veynte de Julio 1614.

Tu marido el Governadòr

Sancho Pança.

EN acabàndo la Duquesa de leèr la carta, dixo à Sancho: En dos cosas anda un poco descomedido el buen Governadòr; La una en dezir, ô dár à entendèr, que este Govièrno se le han dado por los açòtes que se hà de dár, sabièndo èl, que no lo puede negàr, que quando el Duque mi Señor se lo prometìò, no se soñava avèr açòtes en el mundo: La otra es, que se muèstra en ella muy codiciòso, y no querria, que orègano fuèsse; porque la codicia rompe el faco; y el Governadòr codiciòso haze la Justicia desgovernada. Yo no lo digo por tanto, Señora, respondiò Sancho, y si à vueffa mercèd le parèce, que la tal carta no vâ como deve de ir, no ày fino rasgarla, y hazèr otra nueva; y podria sèr que fuèsse peor, si me lo dexan à mi caletre. No, no, replicò la Duquesa, buena està esta, y quièro que el Duque la vèa.

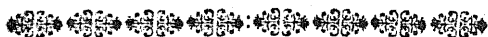
CON esto se fuèron à un Jardin, donde avian de comèr aquel dia, y la Duquesa mostrò

strò la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandissimo contento. Comièron; y despues de alçados los mantèles, y de avèrse entretènido un buen espàcio con la fabròsa conversacion de Sancho, à deshora se oyò el son tristissimo de un Pifaro, y el de un ronco, y destemplado tambòr. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial, y triste harmonia, especialmente Don Quixote, que no cabia en su affiento de puro alborotado. De Sancho no ày que dezir, sino que el miedo le llevò à su acostumbrado refugio, que era el lado ò faldas de la Duquesa; porque real, y verdaderamente el son que se escuchava era tristissimo, y melancòlico. Y estàndo todos assi suspensos, vièron entràr por el Jardin adelante dos hombres vestidos de luto tan luengo y tendido, que les arrastrava por el suèlo. Estos venian tocando dos grandes tambores assimesmo cubiertos de negro. A su lado venia el Pifaro negro, y pizmiènto como los demàs. Seguia à los tres un personage de cuèrpo agigantado, amantado, no que vestido, con una negrissima loba, cuya falda era assimesmo desahorada de grande: Por encima de la loba le ceñia, y atravessava un ancho Tahali tambien negro, de quien pendia un desmesurado Alfange de guarniciones, y vayna negra. Venia cubierto el rostro con un transparente velo negro por quien se entreparecia una longuissima barba blanca como la nieve. Movia el passo al son de los tambores con mucha gravedad, y repòso. En fin su grandeza, su contoneo, su negrura, y su acom-

pañamiènto pudiera, y pùdo suspènder à todos aquellos, que, sin conocèrle, le miràron. Llegò, pues, con el espacio, y prosopopèya referida à hincàrse de rodillas ante el Duque, que en piè con los demàs que allí estèvan, le atendia; pero el Duque en ninguna manera le consintió hablàr hasta que se levantàsse: Hizolo assi el espantàjo prodigiòso, y puesto en Piè alçò el antifaz del rostro, y hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas blanca, y mas poblada barba, que hasta entonces humanos ojos avían visto; y luego desencaxò, y arrancò del ancho, y dilatado pecho una voz grave, y sonora; y poniendo los ojos en el Duque, dixo: Altissimo, y poderiòso Señor, à mì me llaman Trifaldin el de la barba blanca: Sòy escudèro de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la dueña dolorida, de parte de la qual traygo à vuestra grandeza una embaxàda; y es, que la vuestra magnificencia sèa servida de dàrle facultad y licencia, para entràr à dezirle su cuyta, que es una de las mas nuevas, y mas admirables, que el mas cuytado pensamiènto del orbe puede avèr pensado: Y primero quiere saber, si està en este vuestro Castillo el valeròso, y jamás vencido Cavallèro Don Quixote de la Mancha, en cuya busca viene à pie, y sin desayunàrse desde el reyno de Candaya hasta este vuestro estàdo, cola, que se puede, y deve tenèr à milagro, ò à fuerça de encantamiènto. Ella queda à la puerta desta fortaleza, ò casa de campo, y no aguàrda para entràr sino vuestro beneplàcito. Dixe, y tosiò luego, y mano-
scòse

señe la barba de arriba à baxo con entrambas manos, y con mucho sosiego estùvo atendiendo la respuesta del Duque, que fuè: Yà, buen escudèro Trifaldin de la barba blanca, hà muchos dias que tenèmos noticia de la desgracia de mi Señora la Condesa Trifaldì, à quien los encantadores la hazen llamàr, La dueña dolorida. Bien podèys, estupèdo escudèro, dezirle que entre, y que aquí està el valiente Cavallèro Don Quixote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo ampàro, y toda ayuda: Y asimismo le podrèys dezir de mi parte, que si mi favor le fuère necesario, no le ha de faltàr, pues yà me tiene obligado à darsèle el sèr Cavallèro, à quièn es anexo y concerniente favorecer à toda suerte de mugeres, en especial à las dueñas viudas, menoscabadas, y doloridas, qual lo deve estàr su Señoría. Oyendo lo qual Trifaldin inclinò la rodilla hasta el suèlo, y haziendo al pñaro, y tambores señal, que tocàssen el mismo son, àl mismo passo que avia entrado, se bolviò à salir del Jardin, dexando à todos admirados de su presencia, y compostura. Y bolviendose el Duque à Don Quixote, le dixo: En fin, famoso Cavallèro, no pueden las tinieblas de la malicia, ni de la ignorancia encubrir, y escurecèr la luz del valòr, y de la virtud. Digo esto, porque apenas hà seys dias, que la vuestra bondad està en este Castillo, quando yà os vièn en à buscàr de lueñas, y apartadas tierras, y no en carroças, ni en Dromedarios, sino à piè, y en ayunas, los

tristes, y los afligidos, confiados que han de hallar en este fortísimo brazo el remedio de sus cuitas, y trabajos: Mercèd à vuestras grandes hazañas, que corren, y rodèan todo lo descubierta de la tierra. Quisiera yo, Señor Duque, respondió Don Quixote, que estuvièra aquí presente aquel bendito religioso, que à la mesa el otro dia mostrò tener tan mal talante, y tan mala ojeriza contra los Cavalleros andantes, para que vièra por vista de ojos, si los tales Cavalleros son necessarios en el mundo; y tocàra por lo menos con la mano, que los extraordinariamente afligidos, y desconsolados en casos grandes, y en desdichas enormes no vãn à buscar su remedio à las casas de los letrados; ni à la de los sacristanes de las aldeas; ni al cavallero que nunca ha acertado à salir de los terminos de su lugar; ni al peregrino cortesano, que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hazer obras, y hazañas, para que otros las cuenten, y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necessidades, el amparo de las donzellas, el consuelo de las viudas, en ninguna fuerte de personas se halla mejor, que en los Cavalleros andantes; y de serlo yo, dòy infinitas gracias al Cielo, y dòy por muy bien empleado qualquier desmán, y trabajo, que en este tan honroso exercicio pueda sucederme. Venga esta Dueña, y pida lo que quisiere; que yo la librarè su remedio en la fuerza de mi brazo, y en la intrépida resolución de mi animoso espíritu.



CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña dolorida.

EN estremo se holgàron el Duque, y la Duquesa de vèr quan bien iba respondièdo à su intencion Don Quixote, y à esta sazòn dixo Sancho: No querria yo que esta Señora Dueña pusièsse algun tropieço à la promessa de mi Gobierno; porque yo he oydo dezir à un boticario Toledano, que hablava como un filguèro, que donde intervinièssen Dueñas, no podia sucedèr cosa buena. Válamè Dios, y que mal estàva con ellas el tal boticario? De lo que yo faco, que puestas todas las Dueñas son enfadòsas, è impertinentes de qualquiera calidad, y condicion que sèan, que seràn las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa Tres faldas, ô Tres colas? (Que en mi tierra, faldas, y colas, colas, y faldas todo es uno.) Calla, Sancho amigo, dixo Don Quixote; que pues esta Señora Dueña de tan lueñas tierras viene à buscarme, no deve de ser de aquellas, que el boticario tenia en su numero: Quanto mas, que esta es Condesa; y quando las Condesas firven de Dueñas, serà firvièdo à Reynas, y à Emperatrizes, que en sus casas son Señorissimas, que se firven de otras Dueñas. A esto respondiò Doña Rodriguez, que se hallò pre-

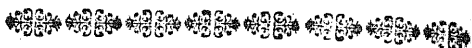
42 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

sente: Dueñas tiene mi Señora la Duquesa en su servicio, que pudièran ser Condesas, si la fortuna quisièra; pero *allà van leyes, do quièren Reyes*; y nadie diga mal de las Dueñas y mas de las antiguas, y donzellas; que aunque yo no lo soy, bien se me alcança, y se me trasluze la ventaja que haze una Dueña Donzella à una Dueña viuda; y quien à nosotras trasquilò, las tixeras le quedàron en la mano. Con todo esso, replicò Sancho, ày tanto que trasquilàr en las Dueñas, segun mi barbero, quanto serà mejor no menear el arroz, aunque se pegue. Siempre los escuderos, respondió Doña Rodriguez, son enemigos nuestros; que como son duendes de las antefalas, y nos vèen à cada passo, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmuràr de nosotras, desenterràndonos los hueffos, y enterràndonos la fama. Pues màndoles yo à los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo, y en las casas principales, aunque muràmos de hambre, y cubràmos con un negro mongil nuestras delicadas, ô no delicadas carnes, como quien cubre, ô tapa un muladar con un Tapíz en dia de procession. A fè, que si me fuèra dado, y el tiempo lo pidièra, que yo dièra à entender no solo à lo presentes, sino à todo el mundo, como no ày virtùd que no se encièrre en una dueña. Yo crèo, dixo la Duquesa, que mi buena doña Rodriguez tiene razòn, y muy grande; pero conviène, que aguarde tiempo para bolvèr por sí, y por las demas dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal
 boti.

boticario, y defarraygàr la que tiene en su pecho el gran Sancho Pança. A lo que Sancho respondió: Despues que tengo humos de Governadòr se me han quitado los vaguydos de escudèro, y no se me dà por quantas dueñas ày, un cabrahigo.

A DELANTE pasàran con el coloquio dueñesco, fino oyèran, que el pifaro, y lostambores bolvian à sonar, por donde entendièron, que la dueña dolorida entrava. Preguntò la Duquesa al Duque, si sería bien ir à recibirla, pues era Condesa, y persona principal? Por lo que tiene de Condesa, respondió Sancho, antes, que el Duque respondièsse, bien estòy en que vuestras Grandezas salgan à recibirla; pero por el de dueña, soy de parecer, que no se muèvan un passo. Quien te mete à ti en esto, Sancho? dixo Don Quixote. Quien, Señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo metèrme como escudèro, que ha aprendido los terminos de la cortesía en la escuela de vuestra mercèd, que es el mas cortès, y bien criado Cavallèro, que ày en toda la cortesania: Y en estas cosas, segun he oído dezir à vuestra mercèd, tanto se pierde por carta de mas como por carta de menos; y al buen entendedor pocas palabras. Assi es como Sancho dize, dixo el Duque: Verèmos el talle de la condesa, y por èl tantearemos la cortesía que se le deve. En esto entraron los tambores, y el Pifaro como la vez primera. Y aqui con este breve capitulo diò fin el autor, y començò el otro, siguiendo la mesma aventura, que es una de las mas notables de la història.

C A-



CAPITULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que diò de su mala andança la Dueña dolorida.

DE TRÀ's de los tristes músicos començaron à entràr por el Jardin adelante hasta cantidad de doze dueñas, repartidas en dos hilèras, todas vestidas de unos mongiles anchos, al parecèr de anascote baranàdo, con unas tocas blancas de delgàdo canequi, tan luengas, que solo el ribete del monzil descubrian. Tras ellas venia la condèssa Trifaldi, à quien traÿa de la mano el escudèro Trifaldin de la blanca barba, vestida de finissima, y negra vayeta por frisàr (que à venir frisàda, descubrièra cada grano del grandor de un garvanço de los buenos de martos:) La cola, ô faldà, ô como llamarla quisièren, era de tres puntas, las quales se sustentàvan en las manos de tres pages assimismo vestidos de luto, haziendo una vistòsa y matemàtica figura con aquellos tres angulos acùtos, que las tres puntas formàvan, por lo qual cayèron todos los que la falda puntiaguda miràron, que por ella se devia de llamar *La Condèssa Trifaldi*, como si dixèssimos, *La Condèssa* de las tres faldas; Y assi dize Benengeli, que fuè verdàd, y que de su propio apellido se llamava la *Condèssa Lobuna*, à causa que se criàvan en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos, fuèran zorras, la llamàran la condèssa zorrùna,

na, por sèr costumbre en aquellas partes tomàr los Señores la denominacion de sus nombres de la cosa, ô cosas en que mas sus estàdos abundan: Empero esta condèssa por favorecer la novedad de su falda, dexò el Lobuna, y tomò el Trifaldi. Venían las doze dueñas, y la Señora à passo de procession, cubièrtos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se tralluzia. Assi como acabò de parecèr el dueñesco esquadron, el Duque, la Duquesa, y Don Quixote se pusieron en piè, y todos aquellos que la espaciòsa Procession miràvan. Pararon las doze dueñas, y hizieron calle, por medio de la qual la Dolorida se adelantò sin dexarla de la mano Trifaldin: Vièndo lo qual el Duque, la Duquesa, y Don Quixote se adelantaron obra de doze passos à recibirla. Ella, puestas las rodillas en el suèlo, con voz antes basta y ronca, que sutil y delicada dixo: Vuestras grandezas sèan servidas de no hazèr tantas cortesias à este su criado, digo, à esta su criada, porque segun sòy de dolorida, no acertarè à respondèr à lo que devo, à causa que mi estraña, y jamàs vista desdicha me hà llevàdo el entendimiènto no sè adonde, y deve de sèr muy lexos, pues quanto mas le busco, menos le hallo. Sin èl estaria, respondiò el Duque, Señora condèssa, el que no descubrièsse por vuestra persona vuestro valor, el qual, sin mas vèr, es merecdòr de toda la nata de la corte-fia, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias: y levantàndola de la mano, la llevò

à

46 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

à assentàr en una filla junto à la Duquesa; la qual la recibì assimismo con mucho comedimiento. Don Quixote callava, y Sancho andàva muèrto por vèr el rostro de la Trifaldi, y de alguna de sus muchas dueñas, pero no fuè possible, hasta que ellas de su grado, y voluntad se descubrièron. Sossegados todos, y puestos en silencio, estàvan esperàndo quien lo avia de rompèr, y fuè la dueña dolorida con estas palabras.

CONFIADA estòy, Señor poderosissimo, hermosissima Señora, y discretissimos circunstantes, que ha de hallàr mi cuytissima en vuestros valerosissimos pechos acogimiento no menos plácido, que generoso, y doloroso; porque ella es tal, que es bastante à enternecèr los màrmoles, y à ablandàr los diamantes, y à molificàr los azeros de los mas endurecidos coraçones del mundo: Pero antes que salga à la plaça de vuestros oýdos (por no dezir orejas) quilièra que me hizieren sabidoria, si està en este gremio, corro, y compaña el acendradissimo Cavallero Don Quixote de la Manchissima, y su escuderissimo Pança? El Pança, antes que otro respondièsse, dixo, Sancho, aqui està, y el Don Quixotissimo assimismo; y assi podeys dolorosissima dueñissima dezir lo que quisièridissimis, que todos estàmos prontos, y aparejadissimos à sèr vuestros fervidorissimos. En esto se levantò Don Quixote, y encaminàndo sus razones à la dolorida dueña, dixo: Si vuestras cuytas, angustiada Señora, se puèden promètèr alguna esperança de remedio por algun valor, ô fuer-

fuerças de algun andante Cavallèro, aquí estàn
 las mías, que aunque flacas, y breves, todas
 se emplearàn en vuestro servicio. Yo soy Don
 Quixote de la Mancha, cuyo asunto es, acu-
 dir à toda fuèrte de menesteròs; y sièndo
 esto assi, como lo es, no avèys menester,
 Señora, captàr benevolèncias, ni buscàr pre-
 àmbulos, sino à la llana, y sin rodèos, dezir
 vuestros males, que oydos os escùchan, que
 sabràn sino remediàrlos, dolèrse dellos. Oy-
 èndo lo qual la dolorida Dueña, hizo señal
 de querèr arrojàrse à los piès de Don Quixote,
 y aun se arrojò, y pugnàdo por abraçàrse-
 los, dezía: Ante estos piès, y piernas me ar-
 ròjo, ô Cavallèro invicto! por sèr los que
 son basas y columnas de la andante Cavalleria:
 Estos piès quièro besàr, de cuyos passos pen-
 de, y cuèlga todo el remedio de mi desgra-
 cia, ô valeròso andante, cuyas verdaderas fa-
 zañas dexan atràs, y escurècen las fabulosas
 de los Amadises, Esplandianes, y Belianises,
 Y dexàndo à Don Quixote, se bolviò à San-
 cho Pança, y asièndole delas manos, le dixo:
 ô tu el mas leal escudèro, que jamàs sirviò à
 cavallèro andante en los presentes, ni en los
 passados figlos, mas luengo en bondad, que
 la barba de Trifaldin mi acompañadòr, que
 està presente! bien puedes preciàrte, que en
 servir al gran Don Quixote, sirves en cifra à
 toda la catèrva de Cavallèros, que han trata-
 do las armas en el mundo: Conjùrote por lo
 que debes à tu bondad fidelissima, me sèas
 buen intercessòr con tu Dueño, para que lue-
 go favorezca à esta humilissima, y desdicha-
 da.

disfísima Condessa. A lo que respondió Sancho: De que sea mi bondad, Señora mia, tan larga, y grande como la barba de vuestro escudero; à mi me haze muy poco al caso: Barbada, y con bigotes tenga yo mi alma quando desta vida vaya, que es lo que importa; que de las barbas de acá, poco, ô nada me curo: Pero fin essas focaliñas, ni plegarias yo rogarè à mi amo (que sè que me quiere bien, y mas aora que me hà menester para cierto negocio) que favorezca y ayude à vuestra merced en todo lo que puidere. Vuestra merced desembaule su cuyta, y cuèntenosla; y dexe hazer, que todos nos entenderemos. Rebentavan de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que avian tomado el pulso à la tal aventura, y alabavan entre si la agudeza, y dissimulaciòn de la Trifaldi, la qual, biviendose à sentar, dixo:

DEL famoso Reyno de Candaya, que cae entre la gran Trapobana, y el Mar del Sur dos leguas mas allà del cabo Comorin, fue Señora la Reyna Doña Maguncia viuda del Rey Archipiela su Señor, y marido, de cuyo matrimonio tuvieron, y procrearon à la Infanta Antonomafia heredera del Reyno; la qual dicha Infanta Antonomafia se criò, y creció debaxo de mi tutela, y dotrina, por sèr yo la mas antigua y la mas principal Dueña de su madre.

SUCEDIÒ, pues, que yendo dias, y viniendo dias la niña Antonomafia llegó à edad de catorze años con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de pun-

to la naturaleza. Pues digámos aora que la discrecion era mocosa; assi era discreta, como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si yà los hados envidiosos, y las Parcas endurecidas no la hân cortado el estambre de la vida; pero no avrán, que no hân de permitir los Cielos, que se haga tanto mal à la tierra, como sería llevarse en agráz el razimo del mas hermoso verduno del suelo. Desta hermosura (y no como se deve encarecida de mi torpe lengua) se enamorò un numero infinito de Principes, assi naturales como estrangeros, entre los quales osò levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un Cavallero particular que en la corte estàva, confiado en su mocedad, y en su bizarría, y en sus muchas habilidades, y gracias, y facilidad, y felicidad de ingenio; porque hago sabèr à vuestras grandezas, (sino lo tienen por enojo) que tocàva una guitarra, que la hazia hablàr; y mas que era Poëta, y gran baylarin, y sabía hazer una Jaula de Páxaros, que solamente à hazerlas pudièra ganàr la vida, quando se vièra en estrema necesidad; que todas estas partes y gracias son bastantes à derribàr una montaña, no que una delicada donzella: Pero toda su gentileza, y buen donayre, y todas sus gracias, y habilidades fuèran poca ô ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron de suella caras no usàra del remedio de rendirme à mi primèro. Primèro quiso el malandrin, y desfalmado vagamundo, grangearme la voluntad, y coëcharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregasse las llaves de la for-

Tom. IV.

D

tales

50 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

taleza que guardàva. En resolucìon èl me adulò el entendimiènto, y me rindiò la voluntad con no sè que dices, y brincos que me diò; pero lo que mas me hizo postràr, y dàr conmigo por el suèlo, fuèron unas coplas, que le oý cantàr una noche desde una reja que cayà à una callejuela donde èl estàva, que à mal no me acuèrdo, dezian:

De la dulce mi enemiga
Nace un mal que al alma hiere;
Y por mas tormento quière,
Que se sienta, y no se diga.

Pareciòme la Troba de perlas, y su voz de almibar; y despues acà (digo, desde entonces) vièndo el mal en que cayè por estos y otros semejantes versos, hè consideràdo, que de las buenas y concertadas republicas se avian de desterràr los Poètas, como aconsejava Platon, alomènos los lascivos, porque escriven unas coplas, no como las del Marquès de Mantua, que entretiènen, y hazen lloràr los niños, y las mugeres, sino unas agudezas, que à modo de blandas espinas os atravièssan el alma, y como rayos os hièren en ella, dexàndo sano el vestido. Y otra vez cantò.

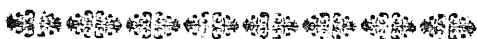
Ven muerte tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el plazèr del morir
No me torne à dàr la vida.

Y deste Jaèz otras coplitas, y estrambòtes
que,

que cantados encantan, y escritos suspenden. Pues que, quando se humillan à componer un genero de verso, que en Candaya se usava entonces, à quien ellos llamavan Seguidillas, alli era el brincar de las almas, el retoçar de la rifa, el deffassosiègo de los cuerpos, y finalmente el azògue de todos los sentidos. Y assi digo, Señores mios, que à los tales Trobadores con justo titulo los devian desterrar à las Islas de los Lagartos; pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los crèn; y si yo fuèra la buena dueña que devia, no me avian de mover sus trasnochados conceptos, ni avia de creèr fer verdàd aquel dezir: Vivo muriendo; ardo en el yelo; tiemblo en el fuègo; espèro sin esperança; pàrtome, y quèdome, con otros impossibles desta ralea, de que estàn sus escritos llenos. Pues que, quando prometen el Fenix de Arabia, la corona de Aridiana, Los cabellos del Sol, del Sur las perlas, del Tibar el oro, y de Pancaya el bàlsamo? Aquì es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamàs piensan, ni pueden cumplir. Pero donde me divièrto? ày de mi desdichada! Que locura, ô desatino me lleva à contar las agenas faltas, tenièndo tanto que dezir de las mias? Ay de mi otra vez sin ventura, que no merindièron los versos, sino mi simplicidad! No me ablandaron las musicas sino mi liviandad; mi mucha ignorancia, y mi poco advertimiènto abrièron el camino, y desembaraçaron la senda à los pasos de Don Clavijo (que este es el nombre

del referido Cavallèro;) y assi siendo yo la medianèra, èl se hallò una y muchas vezes en la estancia de la por mi, y no por èl engañada Antonomafia debaxo del titulo de verdadèro espòso (que aunque pecadora, no confintiera, que sin sèr su marido la llegàra à la vira de la suèla de sus zapatillas.) No, no, effo no, el matrimonio ha de ir delante en qualquier negocio destos que por mi se tratàre: Solamente hùvo un daño en este negocio, que fuè el de la desigualdàd, por sèr Don Clavijo un cavallèro particular, y la Infanta Antonomafia heredèra, como yà hè dicho, del Reyno. Algunos dias estùvo encubièrta, y solapada en la sagacidàd de mirecato esta maraña, hasta que me pareciò, que la iva descubriendo à mas andàr no sè que hinchaçon del vientre de Antonomafia, cuyo temor nos hizo entrar en burèo à los tres; y saliò dèl, que antes que salièsse à luz el mal recado, Don Clavijo pidièsse ante el vicario por su muger à Antonomafia en fè de una cedula que de sèr su espòsa la Infanta le avia hecho, notada por mi ingenio con tanta fuerça, que las de Sancho no pudieran rompèr-la. Hizieronse las diligencias; viò el vicario la cedula; tomo el tal vicario la confèssion à la Señora; confesò de plano; mandòla depositar en casa de un alguazil de corte muy honràdo. A esta fazòn dixo Sancho: Tambien en candaya ày alguaziles de corte, Poètas, y Seguidillas? Por lo que puedo jurar, que imagino, que todo el mundo es uno; pero dese vuestra mercèd prièssa, Señora Trifaldi, que es tarde, y yà me muero

muero por sabèr el fin desta tan larga història.
Si harè respondiò la condèssa.



CAPITULO XXXIX.

*Donde la Trifaldi prosigue su estupèda,
y memoràble història.*

DE qualquiera palabra que Sancho dezía, la Duquesa gustàva tanto, como se desesperàva Don Quixote, y mandàndole que callasse, la Dolorida prosiguiò, dizièndo. En fin al cabo de muchas demandas, y respuestas, como la Infanta se estàva siempre en sus treze sin talir, ni variàr de la primera declaracion, el vicario sentenciò en favor de Don Clavijo, y se la entregò por su legitima espòsa, de lo que recibìò tanto enojo la Reyna Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonasia, que dentro de tres dias la enterràmos. Devìò de morir sin duda? dixo Sancho. Claro està, respondiò Trifaldin, que en Candaia no se entierran las personas vivas, sino las muèrtas. Ya se hà visto, Señor escudèro, replicò Sancho, enterràr à un delmayàdo creyèndo sèr muerto; y pareciame à mi, que estàva la Reyna Maguncia obligàda à desmayarse antes que à morirse, que con la vida muchas cosas se remèdian; y no fuè tan grande el disparate de la Infanta, que obligasse à sentirle tanto. Quando se huviera casàdo essa Señora

D 3

CON

con algun page fuyo, ô con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oýdo dezir, fuèra el daño sin remedio; pero el avèrse casado con un Cavallèro tan Gentilhombre, y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdàd, en verdàd, que aunque fuè necedàd no fuè tan grande como se piensa; porque segun las reglas de mi Señor (que està presente, y no me dexarà mentir) assí como se hazen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hazer de los Cavallèros (y mas si son andantes) los Reyes, y los Emperadores. Razòn tienes, Sancho, dixo Don Quixote, porque un cavallèro andante, como tenga dos dedos de ventùra, està en potencia propinqua de ser el mayor Señor del Mundo. Pero pàsse adelante la Señora dolorida, que à mi se me trasluze, que le falta por contar lo amargo desta, hasta aquí, dulce historia. Y como si queda lo amargo? respondió la Condessa, y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tuèras, y sabròsas las adelfas.

MUERTA, pues, la Reyna, y no desmayada, la enterràmos, y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el ultimo Vale, quando, *quis talia fando temperet à lachrymis?* puesto sobre un Cavallo de madera pareció encima de la sepultura de la Reyna el Gigante Malambruno, primo Cormàno de Maguncia, que junto con sèr cruèl, era encantador, el qual con sus artes en vengança de la muerte de su cormàna, y por castigo del atrevimiènto de Don Clavijo, y por des-
pècho

pècho de la demasia de Antonomafia, los dexò encantàdos sobre la mesma sepultura, à ella convertida en una Ximia de Bronze, y à èl en un espantòso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos està un padron affi mismo de metal, y en el escritas en lengua Siriaca unas letras, que avièndose declaràdo en la Candayesca, y aora en la Castellana, encierran esta sentencia: *No cobraràn su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo à las manos en singular batalla; que para solo su gran valor guardan los Hados esta nunca vista aventura.* Hecho esto sacò de la vàyna un ancho, y desmesuràdo alfange, y assièndome à mi por los cabellos, hizo finta de querèr segàrme la gola, y cortàrme à cercèn la cabeça. Turbème; pegòseme la voz à la garganta; quedè mohina en todo estremo; pero con todo me esforcè lo mas que pude, y con voz tembladòra, y doliènte le dixe tantas, y tales cosas, que le hizieron suspender la execucion de tan riguroso castigo. Finalmente hizo traèr ante sí todas las dueñas del palacio, que fuèron estas que estàn presentes, y despues de avèr exageràdo nuestra culpa, y vituperàdo las condiciones de las dueñas, sus malas mañas, y peores traças, y cargàdo à todas la culpa que yo sola tenia, dixo, que no queria con pena capital castigàrnos, sino con otras penas dilatadas, que nos dièssen una muerte civil, y continua. Y en aquel mismo momèto, y punto que acabò de dezir esto, sentimos todas, que se nos abrian los poros de la cara, y que por

toda ella nos punçavan como con puntas de agujas. Acudimos luègo con las manos à los rostros, y hallàmonos de la manera que aora verèys (Y luego la dolorida, y las demàs dueñas alçando los antifazes con que cubiertas venlan, descubrièron los rostros todos poblados de barbas, quales rùbias, quales negras, quales blancas, y quales albarraçadas, decuya vista mostraron quedàr admirados el Duque, y la Duquesa, pasmados Don Quixote y Sancho, y atònitos todos los presentes) y la Trifaldi prosiguiò: Desta manera nos castigò aquel tollòn, y mal intencionado de Malambruno, cubrièndo la blandura, y morvidèz de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas; que pluguiera al Cielo, que antes con su desmesurado alfange nos huvièra derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cùbre. Porque si entràmos en cuenta, Señores mios (y esto que vòy à dezir agora, lo quisièra dezir hechos mis ojos fuentes, pero la consideracion de nuestra desgracia, y los Mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor, y secos como aristas, y assi lo dirè sin lagrimas. Digo, pues, que adonde podrà ir una dueña con barbas? Que padre, ô que madre se dolerà della? Quien la darà ayuda? Pues aun quando tiene la tètiz lisa, y el rostro martirizado con mil suertes de menjures, y mudas, apenas halla quien bien la quiera; que harà, quando descùbra hecho un bosque su rostro? O dueñas, y compañeras mias, en desdichado punto nacimos! En hora menguada nuestros padres

âres nos engendrâron ! Y diziendo esto, diò muestras de desmayârse.



CAPITULO XL.

De cosas que atañen, y tocan à esta aventura, y à esta memorable història.

REAL y verdaderamènte todos los que gustan de semejantes històrias como esta, deven de mostrârse agradecidòs à Cide Hamete su autor, primero por la curiosidad que tuvo en contârnos las femìnimas della, sin dexâr cosa por menuda que fuèsse, que no la sacàse à luz distintamènte. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciònes, respònde à las tacitas, aclara las dudas, resuélve los argumètos; finalmènte los atomos del mas curiòso desèo manifièsta. O Autor celeberrimo ! O Don Quixote dichòso ! O Dulcinèa famòsa ! O Sancho Pança graciòso ! Todos juntos, y cada uno de por si vivâys siglos infinitos para gusto, y general passatiempo de los vivientes.

DIZE, pues, la història, que assi como Sancho viò desmayâda à la dolorida, dixo: Por la fè de hombre de bien jùro, y por el figlo de todos mis passâdos los Panças, que jamàs he oydo, ni visto, ni mi amo me ha contâdo, ni en su pensamiento hà cabido semejante aventura como esta. Vâlgate mil satanâses, (por no maldecirte) por encanta-

dòr, y Gigante Malambruno ! y no hallàste otro genero de castigo que dàr à estas pecadoras, sino el de barbarlas ? Como ? y no fuèra mejor, y à ellas les estuvièra mas à cuento quitàrles la mitàd de las narizes de medio arriba, aunque hablàran gangòso, que no ponèrles barbas ? Apostarè yo, que no tienen hazienda para pagàr à quien las rape ? Assi es la verdàd, Señor, respondiò una de lasdoze, que no tenèmos hazienda para mondàrnos; y assi hèmos tomàdo algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usàr unos pegòtes, ô parches pegajòsos, y aplicàndolos à los rostros, y tiràndo de golpe, quedàmos rasas, y lisas como fondo de mortero de piedra ; que puesto que ày en Candaya Mugères que andan de casa en casa à quitàr el bello, y à pulir las cejas, y hazèr otros menjures tocantes à mugeres, nosotras las dueñas de mi Señora por jamas quisimos admitirlas, porque las mas oliscan à terceras, avièndo dexàdo de sèr primas ; y si por el Señor Don Quixote no fomos remediàdas, con barbas nos llevaràn à la sepultùra. Yo me pelaria las mias, dixo Don Quixote, en tierra de Moros, sino remediàse las vuestras. A este punto bolviò de su desmayo la Trifaldi, y dixo : El retintin dessa promessa, valeròso Cavallèro, en medio de mi desmàyo llegò à mis oydos, y ha sido parte para que yo del buelva, y cobre todos mis sentidos : Y assi de nuevo os suplico, andante inclito, y Señor indomable, vuestra graciosa promessa se convierta en obra. Por mi no quedará, respondiò Don Quixote. Ved, Seño-

ra, que es lo que tengo de hazèr? Que el animo està muy pronto para serviros. El caso es, respondiò la dolorida, que desde aquí al Reyno de Candaya, si se vâ por tierra, ây cinco mil leguas, dos mas, â menos; pero si se vâ por el ayre, y por la línea recta, ây tres mil, dozientas, y veynte y siete. Es tambien de sabèr, que Malambruno me dixo, que quando la fuerte me deparâsse al Cavallero nuestro libertador, que èl le embiarâ una cavalgadura harto mejor, y con menos malicias, que las que son de retorno; porque hà de sèr aquel mesmo cavallo de madèra sobre quien llevò el valeroso Pierres robada â la linda Magalona, el qual cavallo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y buèla por el ayre con tanta ligerèza, que parèce, que los mismos diablos le llevan. Este tal cavallo (segun es tradicion antigua) fuè compuesto por aquel sabio Merlin: Prestòsele â Pierres, que era su amigo, con el qual hizo grandes viages, y robò, como se hà dicho, â la linda Magalona, llevândola â las ancas por el ayre, dexando embobados â quantos desde la tierra los mirâvan; y no le prestava sino â quien èl quería, ô mejor se lo pagava: Y desde el gran Pierres hasta aora no sabemos, que aya subido alguno en èl. De allì le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dèl en sus viages, que los haze por momentos por diversas partes del mundo; y Oy està aquí, y mañana en Francia, y otro dia en Potosi: Y es lo bueno, que el tal cavallo, ni come, ni duerme, ni gasta herraduras,

60 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

dùras, y lleva un portante por los ayres, fin
 tenèr alas, que, el que lleva encima, puede
 llevàr una taça llena de agua en la mano fin
 que se le derràme gota, segun camina llano y
 reposàdo; por lo qual la linda Magalona se
 holgàva mucho de andàr à cavallo en èl. A
 esto dixo Sancho: Para andàr reposàdo, y
 llano, mi Ruzio, puesto que no anda por los
 ayres; pero por la tierra yo le cutirè con quan-
 tos portantes ày en el mundo. Rièronse todos,
 y la dolorida prosiguiò: Y este tal cavallo (si
 es que Malambruno quiere dàr fin à nuestra
 desgracia) antes que sea media hora entràda la
 noche, estarà en nuestra presència; porque
 èl me significò, que la Señal que me darìa por
 donde yo entendièsse, que avìa hallàdo al
 Cavallero que buscàva seria, embiàrme el ca-
 vallo, donde fuèsse con comodidad, y prestè-
 za. Y quantos caben en esse cavallo? pre-
 guntò Sancho. La dolorida respondiò; dos
 personas, la una en la silla, y la otra en las
 ancas; y por la mayor parte estas tales dos
 personas son Cavallero, y escudero, quando
 falta alguna robada donzella. Querrìa yo sa-
 bèr, Señora dolorida, dixo Sancho, que
 nombre tiene esse cavallo? El nombre, respon-
 diò la dolorida, no es como el cavallo de
 Belorofonte, que se llamava Pegaso; ni como
 el del Magno Alexandro, llamado Buzèfalo;
 ni como el del furioso Orlando, cuyo nom-
 bre fuè Brilladoro; ni menos Bayarte, que fuè
 el de Reynaldos de Montalvàn; ni Frontino,
 como el de Rugèro; ni Bootes, ni Peritoa,
 como dizen, que se llaman los del Sol; ni
 tam-

tampoco se llama Orelia, como el Cavallo en que el desdichado Rodrigo, ultimo Rey de los Godos, entrò en la batalla, donde perdiò la vida, y el Reyno. Yo apostaré, dixo Sancho, que pues no le han dado ninguno deßos famòsos nombres de cavallos tan conocidos, que tampoco le avrán dado el de mi Amo Rozinante, que en sèr propio, excede à todos los que le han nombrado? Affi es, respondio la barbada condèssa, pero toda via le quadra mucho, porque se llama *Clavilèño el Aligero*, cuyo nombre conviène con el sèr de leño, y con la clavija que tràe en la frente, y con la ligerèza con que camina; y affi en quanto al nombre bien puede competir con el famòso Rozinante. No me descontenta el nombre, replicò Sancho, pero con que freno, ò con que xàquima se gobièrna? Ya he dicho, respondiò la Trifaldi, que con la clavija, que bolvièndola à una parte ò à otra el Cavallero que và encima, le haze caminar como quiere, ò yà por los ayres, ò yà rastreando, y casi barrièndo la tierra, ò por el medio que es el que se busca, y se ha de tenèr en todas las acciones bien ordenadas. Ya lo querría vèr, respondiò Sancho; pero pensàr que tengo de subir en èl, ni en la filla, ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es, que apenas puedo tenèrme en mi Ruzio, y sobre una albarda mas blanda que la mesma feda, y queràn agora, que me tubièsse en unas ancas de tabla sin coxin, ni almohada alguna? Par diez, yo no me pienso molèr por quitar las barbas à nadie. Cada qual se rape como mas le vinière

à

62 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

à cuenta, que yo no pienso acompañar à mi Señor en tan largo viage; quanto mas, que yo no devo de hazer al caso para el rapamiènto destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi Señora Dulcinèa. Si soys, amigo, respondiò la Trifaldi, y tanto, que sin vuestra presència, entièndo, que no harèmos nada. Aquí del Rey, dixo Sancho, que tiènen que ver los escuderos con las aventuras de sus Señores? Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? Cuèrpo de mi, aun si dixèssen los historiadores, el tal Cavallero acabò la tal, y tal aventura pero con ayuda de fulano su escudero, sin el qual fuèra imposible acabàr la, bien: Pero que escriban à secas: Don Parlipomenon de las tres estrellas acabò la aventura de los seys Vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero, que se hallò presente à todo, como sino fuèra en el mundo? Aora, Señores, vuelvo à dezir, que mi Señor se puede ir solo; y buen provècho le hàga; que yo me quedarè aquí en compaña de la Duquesa mi Señora; y podria ser, que quando bolvièsse, hallàsse mejorada la causa de la Señora Dulcinèa en tercio, y quinto; porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de açòtes, que no me la cubra pelo. Con todo esso le avèys de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, dixola Duquesa, porque os lo ruegan buenos; que no han de quedar por vuestro inutil temor tan poblados los rostros destas Señoras; que cierto sería mal caso. Aquí del Rey otra vez, replicò

plicò Sancho; quando esta caridad se hizièra por algunas donzellas recogidas, ô por algunas niñas de la dotrina, pudièra el hombre aventuràrsè à qualquier trabajo; pero que lo sufra por quitàr las barbas à dueñas? malaño: Mas que las vièsse yo à todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada. Mal estàys con las dueñas, Sancho amigo, dixo la Duquesa; mucho os vays tràs la opinion del boticario Toledano: Pues à fè que no tenèys razòn, que dueñas ày en mi casa que pueden fer Exemplo de dueñas que (aquì està mi doña Rodriguez, que no me dexarà dezir otra cosa). Mas que lo diga vuestra excelencia, dixo Doña Rodriguez; que Dios sabe la verdàd de todo; y buenas, ô malas, barbadas, ô lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parièron nuestras Madres, como à las otras mugeres: Y pues Dios nos echò en mundo, èl sabe para que; y à su misericordia me atengo, y no à las barbas de nadie. Aora bien, Señora Rodriguez, dixo Don Quixote, y Señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo, que mirarà con buenos ojos vuestras cuytas, y que Sancho harà lo que yo le mandàre. Ya vinièsse Clavileño, y yà me vièsse con Malambruno, que yo se, que no avrìa navaja, que con mas facilidad rapàsse à vuestras mercedes, como mi espada raparìa de los ombros la cabeza de Malambruno; que Dios sufre à los malos, pero no para siempre. Ay, dixo à esta sazòn la dolorida! con buenos ojos miren à vuestra merced todas las estrellas de las regiones

nes celestes, è infundan en vuestro animo toda prosperidad, y valentía, para ser escudo, y amparo del vituperoso, y abatido genero dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos, y focalinado de pages: que mal aya la vellaca, que en la flor de su edad no se metió primero à ser monja, que à dueña. Desdichadas de nosotras las dueñas! que aunque vengamos por linea recta de Varon en Varon del mismo Hector el Troyano, no dexarán de echarnos un Vos nuestras Señoras, si pensassen por ello ser Reynas. O Gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certissimo en tus promessas, embíanos yà al fin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe; que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura. Dixo esto con tanto sentimientola Trifaldi, que sacò las lagrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasò los de Sancho, y propùso en su coraçòn de acompañar à su Señor hasta las ultimas partes del mundo, si es que en ello consistièsse quitàr la lana de aquellos venerables rostros.



CAPITULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

LEGÒ en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso Caballo

vallo Clavilèño vinièsse, cuya tardança fatigava yà à Don Quixote, parecièndole, que pues Malambruno se detenía en embiàrle, ô que èl no era el Cavallèro para quien estàva guardada aquella aventura, ô que Malambruno no osàva venir con èl à singular batalla. Pero vèys aquí quando à deshora entràron por el jardin quatro salvages vestidos todos de verde yedra, que sobre sus ombros traían un gran Cavallo de madèra. Pusieronle de piès en el fuèlo, y uno de los salvages dixo: Suba sobre esta Màquina el que tuviere animo para ello. Aquí, dixo Sancho, yo no subo, porque ni tengo animo, ni soy cavallèro; y el salvage prosiguiò dizièndo: Y ocùpe lasancas el escudèro, si es que lo tiene, y fíete del valeròso Malambruno, que sino fuere de su espàda, de ninguna otra, ni de otra malicia ferà ofendi-do; y no ày mas que torcèr esta clavija que sobre el Cuello tràe puesta, que èl los llevará por los ayres adondelos atiende Malambruno: Pero porque la alteza, y sublimidad del camino no les cause vaguèdos, se han de cubrir los ojos, hasta que el Cavallo relinche, que ferà señal de avèr dado fin à su viage. Esto dicho, dexàndo à Clavilèño, con gentil continènte se bolvièron por donde avian venido. La dolorida assi como viò al Cavallo, casi con lágrimas dixo à Don Quixote: Valeròso Cavallèro, las promèssas de Malambruno han sido ciertas, el cavallo està en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras, y con cada pelo dellas te suplicàmos, nos rapes, y tundàs, pues no està en mas, sino en que su-

bas en èl con tu escudèro, y dès felice principio à vuestro nuevo viage. Effenò harè yo, Señora condèssa Trifaldi, de muy buen grado, y de mejor talante, dixo Don Quixote, fin ponèrme à tomàr coxin, ni calçàrme espuelas, por no detenèrme: Tanta es la gana que tengo de vèros à vos, Señora, y à todas estas dueñas rasas, y mondas. Effenò no harè yo, dixo Sancho, ni de malo, ni de buen talante ni en ninguna manera; y si es que este rapamiènto no se puede hazèr fin que yo suba à las ancas, bien puede buscàr mi Señor otro escudèro que le acompañe, y estas Señoras otro modo de alisàrse los rostros, que yo no soy bruxo para gustàr de andàr por los ayres. Y que diràn mis insulanos quando sepan, que su governadòr se anda passèando por los vientos? Y otra cosa mas, que avièndo tres mil y tantas leguas de aquí à Candaya, si el cavallo se cansa, ò el Gigante se enoja, tardarèmos en dàr la buelta media dozena de años; y yà ni avrà insula, ni insulos en el mundo, que me conozcan; y pues se dize comunmente, que en la tardanca està el peligro, y que *quando te dièren la vaquilla, acudas con la soguilla*; perdonenme las barbas destas Señoras, que bien se està San Pedro en Roma (quière dezir) que bien me estòy en esta casa, donde tanta merced se me haze, y de cuyo dueño tan gran bien espero, como es vèrme Governadòr. A lo que el Duque dixo: Sancho amigo, la insula, que yo os hè prometido, no es movable, ni fugitiva; rayzes tiene tan hondas echadas en los abismos de la tierra, que no la ar-

ran-

rancaràn, ni mudaràn de donde està à tres rirones: Y pues vos sabèys, que sè yo, que no ày ningun genero de officio destos de mayor cantia, que no se grangèe con alguna fuerte de colècho, qual mas, qual menos; el que yo quiero llevàr por este gobierno es, que vays con vuestro Señor Don Quixote à dàr cima, y cabo à està memoràble aventùra; que ora bolvays sobre Clavilèño con la brevedad, que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os tràyga, y buelva à piè hecho romero de meson en meson, y de venta en venta, siempre que bolvièredes, hallarèys vuestra insula donde la dexàys, y à vuestros insulanos con el mismo desèo de recibiros por su Governadòr que siempre han tenido; y mi voluntad serà la mesma: Y no pongays duda en esta verdàd, Señor Sancho, que sería hazèr notorio agravio al desèo que de serviros tengo: No mas, Señor, dixo Sancho, yo soy un pobre escudèro, y no puedo llevàr à cuestas tantas cortesias: Suba mi amo, tàpenme estos ojos, y encomièndenme à Dios, y avisenme, si quando vàmós por essas altanerías, podrè encomendàrme à nuestro Señor, ó invocàr los Angeles, que me favorèzcan. A lo que respondiò la Trifaldí: Bien podeys encomendàros à Dios, Sancho, ó à quien quisièredes, que Malambruno, aunque es encantadòr, es Christiano, y haze sus encantamièntos con mucha sagacidàd, y con mucho tiento sin metèrse con nadie. Ea, pues, dixo Sancho, Dios me ayùde, y la santissima Trinidad de Gàeta. Desde la memorable aventùra de los

batanes, dixo Don Quixote, nunca he visto à Sancho con tanto temor como aora: Y si yo fuèra tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiziera algunas cosquillas en el animo. Pero llegaos aqui, Sancho, que con licencia destos Señores os quiero hablàr à parte dos palabras; y apartàndo à Sancho entre unos arboles del jardin, y assiéndole ambas las manos, le dixo: Ya vèes, Sancho hermano, el largo viage, que nos espèra, y que sabe Dios quando bolverèmos dèl, ni la comodidad ni espacio, que nos daràn los negocios; y assi querría, que aora te retiràsses en tu aposento, como que vàs à buscàr alguna cosa neçessaria para el camino, y en un *daca las pajas* te dièsses à buena cuenta de los tres mil y treientos agotes à que estàs obligado, fiquiera quinièntos, que dados te los tendràs; que el començar las cosas es tenèrlas medio acabadas. Par Dios, dixo Sancho, que vueßa mercèd deve de ser menguado: Esto es como aquello que dizen, en prièßa me vèes, y donzella me demandas. Aora que tengo de ir sentado en una tabla rafa, quiere vueßa mercèd que me lastime las posas? En verdàd, en verdàd, que no tiene vueßa mercèd razòn. Vamos aora à rapàr estas dueñas, que à la buelta yo le prometo à vueßa mercèd, como quien soy, de darme tanta prièßa à salir de mi obligacion, que vueßa mercèd se contente: Y no le digo mas. Y Don Quixote respondiò: Pues con essa promèßa, buen Sancho, vòy consolado, y crèo que la cumpliràs, porque en efeto, aunque tonto, eres hombre veridico. No soy
verde

verde fino moreno, dixo Sancho, pero aunque fuèra de mezcla, cumplièra mi palabra. Y con esto se bolvièron à subir en Clavileño; y al subir, dixo Don Quixote: Tapàos, Sancho, y subid Sancho, que quien de tan lueñas tierras embía por nosotros, no ferà para engañarnos, por la poca gloria que le puederendundàr de engañar à quien del se fía; y pùesto que todo sucedièsse al revès de lo que imagino, la gloria de avèr emprendido esta hazaña, no la podrà escurecèr malicia alguna. Vamos, Señor, dixo Sancho, que las barbas y lagrimas destas Señoras las tengo clavadas en el coraçòn, y no comerè bocàdo que bien me sepa, hasta verlas en su primera lisura. Suba vuefía mercèd, y tàpese primero, que si yo tengo de ir à las ancas, claro està, que primero sube el de la filla. Assi es la verdàd, replicò Don Quixote, y sacàndo un pañuelo de la taldriquera, pidiò à la dolorida que le cubrièsse muy bien los ojos; y avièndoselos cubièrto, se bolviò à descubrir, y dixo: Si mal no me acuèrdo, yo he leydo en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fuè un Cavallo de madèra, que los Griegos presentàron à la Diófà Palas, el qual iba preñado de Cavalleros armados, que despues fuèron la total ruyna de Troya; y assi ferà bien vèr primero lo que Clavileño tràe en su estòmago. No ày para que, dixo la dolorida, que yo le fio, y sè que Malambruno no tiene nada de maliciòso, ni de traydòr. Vuefía mercèd, Señor Don Quixote, suba sin pavor alguno, y à mi daño si alguno le sucediere. Pareciòle à Don Quixote

que qualquiera cosa que replicasse acerca de su seguridad, sería poner en detrimento su valentía, y así sin mas altercación subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que fácilmente se rodaba; y como no tenía estrivos, y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco pintada, ó texida en algun romano triunfo. De mal talante, y poco á poco llegó á subir Sancho; y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras, y no nada blandas, y pidió al Duque, que si fuéssé posible, le acomodassen de algun coxin, ó de alguna almohada, aunque fuéssé del estrado de su Señora la Duquesa, ó del lecho de algun page, porque las ancas de aquel cavallo mas parecían de marmol, que de leño. A esto dixo la Trifaldi, que ningun jaéz, ni ningun genero de adorno sufriría sobre si Clavileño; que lo que podia hazer era, ponerse á mugerías, y que así no sentiría tanto la dureza. Hizolo así Sancho, y diciendo; á Dios; se dexó vendár los ojos, y ya despues de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin, tiernamente, y con lagrimas dixo, que le ayudassen en aquel trance con sendos Pater nosters, y sendas Ave Marias, porque Dios deparasse quien por ellos los dixesse quando en semejantes trances se viessen. A lo que dixo Don Quixote: Ladrón, estás puesto en la horca por ventura, ó en el ultimo termino de la vida para usár de semejantes plegarias? No estás, desalmada, y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del qual descendió no á la sepultura, sino á ser

Reyna

Reyna de Francia (fino mienten las històrias) y yo que vòy à tu lado, no puedo ponèrme al del valeròso Pierres, que oprimiò este mismo lugàr, que yo aora oprimo? Cùbrete, cùbrete, animal descoraçonàdo, y no te salga à la boca el temor que tienes, alomènos en presencia mia. Tàpenme, respondiò Sancho; y pues no quièren que me encomiende à Dios, ni que sea encomendàdo, que mucho que tema, no ande por aquí alguna region de diablos, que dèn con nosòtros en Feraivillo?

CUBRIÈRONSE, y sintièndo Don Quixote que estàva como devìa de estar, tentò la clavija, y apenas hùvo puesto los dedos en ella, quando todas las dueñas, y quantos estàvan presentes, levantàron las voces dizièndo: Dios te guie, valeròso Cavallèro: Dios sea contigo, escudèro intrèpido: Yà, yà vays por estos ayres rompièndolos con mas velocidad, que una saèta; yà començays à suspènder, y admiràr à quantos desde la tierra os estàn miràndo. Tente, valeròso Sancho, que te bamboleas. Mira no te càigas; que serà peor tu cayda, que la del atrevido moço que quiso regir el carro del Sol su Padre. Oyò Sancho las voces, y apretàndose con su amo, y ciñèndole con los braços, le dixo: Señor, como dicen estos que vàmós tan altos, si alcançan acà sus voces, y no parèce sino que estàn hablàndo aquí junto à nosòtros? No repares en esto, Sancho, que como estas cosas, y estas volaterias vàn fuèra de los cursos ordinarios, de mil leguas veràs, y oyràs lo que quisières; y no me aprietes tanto, que me

derribas; y en verdàd que no sè de que te turbas, ni espantas; que osarè juràr; que en todos los dias de mi vida no he subido en calvalgadùra de passò mas llano? No parèce sino que no nos movèmos de un lugàr. Destierra, amigo, el miedo, que en efeto la cosa và como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Assi es la verdàd, respondiò Sancho, que por este lado me dà un viento tan rèzio, que parèce, que con mil fuèlles me estàn soplàndo, (y assi era ello, que con unos grandes fuèlles le estàvan hazièndo Ayre:) Tambien traçada estàva la tal aventùra por el Duque y la Duquesa, y su Mayordomo, que no le faltò requisito, que la dexàsse de hazèr perfecta. Sintièndose, pues soplàr Don Quixote dixo: Sin duda alguna, Sancho, que yà devèmos de llegàr à la segunda region del ayre, adonde se engendra el granizo, y la nieve. Los truènos, los relàmpagos, y los rayos se engendran en la tercera region: Y si es que desta manera vamos subièndo, presto darèmos en la region del fuego; y no sè yo como templàr esta clavija, para que no subàmos donde nos abrasèmos.

EN esto con unas estòpas ligèras de encenderse, y apagàrse, desde lexos pendièntes de una caña les calentàvan los rostros. Sancho, que sintiò el calor, dixo: Que me maten, sino estàmos yà en el lugàr del fuego, ô bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me hà chamuscàdo; y estòy, Señor, por descubrirme, y vèr en que parte estàmos. No has tal, respondiò Don Quixote, y acùerdete del verdaderò cuento del licenciàdo Torralva,

à

à quien llevaron los diablos en volandas por el ayre, Cavallèro en una caña cerrados los ojos, y en doze horas llegò à Roma, y se apeò en torre de Nona, que es unà calle de la ciudad, y viò todo el fracàsò, y asàlto, y muerte de Borbon; y por la mañana yà estàva de buelta en Madrid, donde diò cuenta de todo lo que avia visto: El qual assi mismo dixo, que quando iva por el ayre, le mandò el diablo, queabrièsse los ojos, y los abrió, y se viò tan cerca, à su parecer, del cuerpo de la Luna, que la pudièra affir con la mano; y que no osò miràr à la tierra por no desvanecèrse. Assi que, Sancho, no ày para que descubrièrnos; que el que nos lleva à cargo, darà cuenta de nosotros; y quicà vàmòs tomando puntas, y subièndo en alto, pàra dexàrnos caèr de una sobre el Reyno de Candaya, como haze el Sacre ò Nebli sobre la Garça para cogèr la, por mas que se remònte: Y aunque nos parece, que no ha media hora que nos partimos del Jardin, crèeme, que devèmos de avèr hecho gran camino. No sè lo que es, respondiò Sancho Pança; solo sè dezir, que si la Señora Magallanes, ò Magalona se contentò destas ancas, que no devìa de ser muy tierna de carnes.

TODAS estas platicas de los dos valientes oyan el Duque, y la Duquesa, y los del jardin, de que recibian extraordinario contento: Y querièndo dàr remate à la estraña, y bien fabricada aventura; por la cola de Clavilèño le pegaron fuego con unas estopas; y al punto, por estàr el cavallo lleno de cohètes tronadò.

74 D. QUIXOTE DE LA MANCHA;

nadòres, volò por los ayres con estraño ruido, y diò con Don Quixote, y con Sancho Pança en el Suèlo medio chamuscàdos. En este tiempo yà se avia desaparecido del jardin todo el barbado esquadron de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardin quedàron como desmayados, tendidos por el suèlo. Don Quixote, y Sancho se levantàron mal trechos, y miràndo à todas partes, quedàron atònitos de verse en el mismo jardin, de donde avian partido, y de ver tendido por tierra tanto numero de gente; y creciò mas su admiracion, quando à un lado del jardin vièron hincada una gran lança en el suèlo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el qual con grandes letras de oro estàva elcritito lo siguiènte.

El inclito y valeroso Cavallero Don Quixote de la Mancha feneciò y acabò la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la dueña dolorida, y compaña, con solo intentarla. Malambruno se dà por contento, y satisfecho à toda su voluntad, y las barbas de las dueñas yà quedan lisas, y mondas; y los Reyes Don Clavijo, y Antonmasia en su pristino estado; y quando se cumpliere el escudéril vâpulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos Girifaltes, que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador; que assi està ordenado por el sabio Merlin Protoencantador de los Encantadores.

AVIENDO, pues Don Quixote leydo las letras del pergamino, claro entendiò, que del desencanto de Dulcinèa hablàvan; y dando muchas gracias al Cielo, de que con tan poco peligro

peligro havièsse acabàdo tan gran fecho, reduzièndo à su passada tez los rostros de las venerables dueñas, que yà no parecían, se fuè adonde el Duque y la Duquesa aun no avian buuelto en si; y travàndo de la mano al Duque, le dixo: Ea buen Señor, buen animo, buen animo, que todo es nada; la aventura es yà acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito, que en aquel Padròn està puesto. El Duque poco à poco, y como quien de un pesado sueño recuèrda, fuè bolvièndo en si, y por el mismo tenor la Duquesa, y todos los que por el jardin estavan caydos, con tales muèstras de maravilla y espanto, que casi se podian dàr à entender avèrles acontecido de veras lo que tambien sabian fingir de burlas. Leyò el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fuè à abraçar à Don Quixote, dizièndole, fèr el mas buen Cavallero, que en ningun figlo se havièsse visto. Sancho andava miràndo por la dolorida, por vèr que rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su gallarda disposicion prometia; pero dixèronle, que assi como Clavileno baxò ardiendo por los ayres, y diò en el suelo, todo el esquadron de las dueñas con la Trifaldi avia desaparecido, y que yà ivan rapadas, y sin cañones.

PREGUNTÒ la Duquesa à Sancho, que como le avia ido en aquel largo viage? A lo qual Sancho respondiò: Yo, Señora, sentí, que ivamos, segun mi Señor me dixo, volando por la region del fuego, y quise descubrir-

me

me un poco los ojos; pero mi amo (à quien pedi licencia para descubriirme) no lo confindiò: Mas yo que tengo no se que briznas de curioso, y de deffear faber lo que se me estorva, è impide, bonitamente, y sin que nadie lo vièsse, por junto à las narizes apartè tanto quanto el pañizuelo, que me tapava los ojos, y por alli mirè hàzia la tierra, y pareciòme, que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andavan sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vèa quan altos deviamos de ir entonces. A esto dixo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que dezis, que à lo que parèce, vos no vistes la tierra, fino los hombres que andavan sobre ella; y està claro, que si la tierra os pareciò como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo avia de cubrir toda la tierra. Assi es verdàd, respondiò Sancho, pero con todo esso la descubri por un ladito, y la vi toda. Mirad, Sancho, dixo la Duquesa, que por un ladito no se vèe el todo de lo que se mira. Yo no sè essas miradas, replicò Sancho; solo sè, que serà bien que vuestra Señoría entiènda, que pues volàmos por encantamiènto, por encantamiènto podìa yo vèr todà la tierra; y todos los hombres por do quiera que los miràra; y si esto no se me crèe, tampoco creerà vuefça merced, como descubrièndome por junto à las cejas, me ví tan junto al Cielo, que no avia de mi à èl palmo y medio; y por lo que puedo juràr, Señora mia, que es muy grande ademas: Y sucediò, que ivamos por parte donde

donde estàn las siete cabrillas; y en Dios, y en mi anima (que como yo en mi niñez fuý en mi tierra Cabrerizo) que assi como las ví, me dió una gana de entretenèrme con ellas un rato; y fino lo cumplièra, me parèce, que rebentàra. Vengo pues, y tomo, y que hago, Sin dezir nada à nadie ni à mi Señor tampoco, bonita, y palitamente me apeçè de Clavilèno; y me entretuve con las cabrillas (que son como unos Alhelies, y como unas flores) casi tres quartos de hora; y Clavilèno no se moviò de un lugar, ni passò adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras, preguntò el Duque, en que se entretenía el Señor Don Quixote? A lo que Don Quixote respondiò: Como todas estas cosas, y estos tales suceßos vãn fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dize: De mi se dezir, que ni me descubrí por alto, ni por baxo, ni ví el cielo, ni la tierra, ni la mar, ni las arenas: Bien es verdàd, que sentí, que passava por la region del ayre, y aun, que tocava à la del fuego; pero que passàsemos de allí, no lo puedo creèr; pues estàndo la region del fuego entre el cielo de la luna, y la ultima region del ayre, no podíamos llegar al cielo donde estàn las siete cabrillas, que Sancho dize, sin abrasarnos; y pues no nos abrasamos, ô Sancho miente, ô Sancho sueña. Ni miento, ni sueño, respondiò Sancho, sino preguntenme las señas de las tales cabras, y por ellas veràn, si digo verdàd, ô no? Dígalas pues, Sancho, dixo la Duquesa. Son, respondiò Sancho, las dos verdes,

verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezola. Nueva manera de cabras es essa, dixo el Duque, y por esta nuestra region del suelo, no se usan tales colores, digo, cabras de tales colores. Bien claro està esso, dixo Sancho: Si, que diferencia hà de avèr de las cabras del cielo à las del suelo. Dezidme, Sancho, preguntò el Duque, vistes allà entre essas cabras algun cabron? No Señor, respondiò Sancho, pero oý dezir que ninguno passava de los cuernos de la luna. No quisièron preguntàrle mas de su viage, porque les pareciò, que llevaba Sancho hilo de passeàrse por todos los cielos, y dár nuevas de quanto allà passava, sin avèrse movido del jardin. En resolucion este fuè el fin de la aventura de la dueña dolorida, que diò que reyr à los Duques no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida; y que contàr à Sancho figlos, si los viviera: Y llegàndose Don Quixote à Sancho al oydo, le dixo: Sancho, pues vos querèys que se os creà lo que avèys visto en el cielo, yo quièro que vos me creàys à mi lo que vi en la cuèva de Montefinos, y no os digo mas.





CAPITULO XLII.

De los consejos que diò Don Quixote à Sancho Pança antes que fuèssè à governar la Insula, con otras cosas bien consideradas.

CON el felice, y glorioso suceso de la aventura de la dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado Sujeto que tenían, para que se tuviesen por veras; y así aviendo dado la traza y ordenes, que sus criados, y sus vassallos avian de guardar con Sancho en el gobierno de la Insula prometida, otro dia, que fuè el que sucediò al buelo de Clavileno, dixo el Duque à Sancho, que se adelinasse, y compusiesse para ir à ser Governador; que yà sus Insulanos le estavan esperando como el agua de mayo. Sancho se le humillò, y le dixo: Despues que baxè del Cielo, y despues que desde su alta cumbre mirè la tierra, y la vi tan pequeña, se templò en parte en mí la gana tan grande que tenía de ser Governador; porque que grandeza es mandàr en un grano de mostaza? ô que dignidad ô Imperio el gobernar à media dozena de hombres tamaños como avellanas, que à mí parecèr no avia mas en toda la tierra? Si vuestra Señoria fuèssè servido de darme una tantica parte del Cielo,

aun-

80 D. QUIXOTE DE LA MANCHA;

aunque no fuesse mas que media legua, la tomaria de mejor gana, que la mayor insula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dár parte del Cielo à nadie, aunque no sea mayor que una uña; que à solo Dios estàn reservadas essas merçèdes, y gracias. Lo que puedo dár, os doy, que es una insula hecha, y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobre manera fertil, y abundosa, donde si vos os sabèys dár maña, podrèys con las riquezas de la tierra grangear las del Cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga essa insula, que yo pugnarè por sèr tal Governadòr, que à pesàr de vellacos me vaya al Cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme à mayores, sino por el desèo que tengo de provar à que sabe el sèr governadòr. Si una vez lo provàys, Sancho, dixo el Duque, comèros hèys las manos tras el gobierno, por sèr dulcissima cosa el mandàr, y sèr obedecido. A buen segùro, que quando vuestro dueño llègue à sèr Emperadòr (que lo serà sin duda segun van encaminadas sus cosas) que no se lo arranquen como quièra, y que le duèla y le pese en la mitad del alma del tiempo que huviere dexado de sèrlo. Señor replicò Sancho, yo imagino que es bueno mandàr aunque sèa à un hato de ganado. Con vos me entierren Sancho, que sabèys de todo, respondió el Duque, y yo espèro que serèys tal Governadòr como vuestro juyzio promète; y quèdese esto aqui; y advertid, que mañana en esse mesmo dia avèys de ir al gobierno de la insula; y esta

tarde

tarde os acomodarán del trage conveniènte, que avèys de llevàr, y de todas las cosas necessàrias à vuestra partida. Vltanme, dixo Sancho, como quisièren, que de qualquiera manera que vaya vestido, serè Sancho Pança. Assi es verdàd, dixo el Duque, pero los trages se hàn de acomodàr con el oficio, ò dignidad que se professà; que no sería bien, que un Jurisperito se vistièsse como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, irèys vestido parte de letrado, y parte de capitán; porque en la insula que os dòy, tanto son menestèr las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sè el A, B, C; pero bàstame tenèr el *Christus* en la memoria para sèr buen Governador. De las armas manejarè las qua me dièren hasta caèr, y Dios delante. Con tan buena memoria, dixo el Duque, no podrà Sancho erràr en nada. En esto llegó Don Quixote, y sabièndo lo que passàva, y la celeridad con que Sancho se avia de partir à su Govièrno, con licencia del Duque le tomò por la mano, y se fuè con èl à su estancia con intencion de aconsejàrle, como se avia de avèr en su oficio. Entràdos, pues, en su aposènto, cerrò tras si la puerta, y hizo casi por fuerça, que Sancho se sentàsse junto à èl, y con reposàda voz le dixo.

INFINITAS gracias dòy al Cielo, Sancho amigo, de que antes y primero, que yo haya encontràdo con alguna buena dicha, te aya salido à ti à recìbir, y à encontràr la bue-

na ventura. Yo que en mi buena fuerte te tenia librada la paga de tus servicios, me vèo en los principios del aventajarme; y tu antes de tiempo contra la ley de razonable discùrso te vèes premiado de tus desèos: Otros cohèchan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcançan lo que pretenden; y llega otro, y sin sabèr como ni como, se halla con el cargo, y oficio, que otros muchos pretendièron: Y aquí entra, y encàxa bien el dezir, que ay buena, y mala fortuna en las pretensiones. Tu, que para mi fin duda alguna eres un porro, sin madrugar, ni trafnochar, y sin hazèr diligencia alguna, con solo el aliento que te hà tocado, de la andante Cavallería, sin mas ni mas te vèes Governador de una insula, como quièn no dize nada. Todo esto digo, ô Sancho, para que no atribuyas à tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al Cielo, que dispone suavemente las cosas; y despues las daràs à la grandeza que en si encierra la profession de la Cavallería andante. Dispuèsto, pues, el coraçon à creèr lo que te hè dicho, esta, ô hijo, atento à este tu Caròn, que quiere aconsejarte, y ser norte y guìa que te encamine, y saque à seguro puerto deste mar proceloso, donde vas à engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

PRIMERAMENTE, ô hijo, has determèr à Dios, porque en el temèrle, esta la sabiduría, y siendo sabio no podràs errar en nada.

Lo

Lo segundo, has de ponèr los ojos en quièn eres, procuràndo conocèrte à ti mismo, que es el mas difícil conocimiènto que puede imaginàrse: Del conocèrte saldrà el no hinchàrte como la rana, que quiso igualàrse con el buey; que si esto hazes, vendràs à sèr feos piès de la rueda de tu fortuna la consideracion de avèr guardàdo puercos en tu tierra. Allí es la verdàd, respondiò Sancho, pero fuè quando muchàcho; pero despues algo hombrécillo ganfos fuèron los que guardè, que no puercos: Pero esto parèceme à mi que no haze al caso; que no todos los que gobièrnan, viènèn de casta de Reyes. Allí es verdàd, replicò Don Quixote, por lo qual los no de principios nobles deven acompañar la gravèdàd del cargo que exercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia, los libre de la murmuracion maliciòsa, de que no ay èstado que se escàpe.

Haz gala, Sancho, de la humildàd de tu linage, y no te desprècies de dezir, que viènès de labradòres; porque vièndo que no te corres, ninguno se pondrà à corrèrte; y prèciate mas de sèr humilde virtuòso, que peccador sobervio. Innumerables son aquellos, que, de baxa estirpe nacidos, han subido à la suma dignidad Pontificia, è Imperatoria; y desta verdàd te pudièra traèr tantos exemplos, que te cansàran.

MIRA, Sancho, si tomas por medio à la virtùd, y te prècias de hazèr hechos virtuòsos, no ay para que tenèr envidia à los que los tiènèn Principes, y Señores; porque la sangre

84 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

se herèda, y la virtùd se aquista, y la virtùd vale por sí sola, lo que la sangre no vale.

SIENDO esto así, como lo es; si à caso viniere à verte quando estès en tu insula, alguno de tus parientes, no le deseches, ni le afrentes, antes le has de acogèr, agasajàr, y regalàr; que con esto satisfaràs al Cielo, que gusta, que nadie se desprecie de lo que èl hizo, y corresponderàs à lo que debes à la naturaleza bien concertada.

Si truxères à tu muger contigo (porque no es bien què los que asistèn à Gobiernos de mucho tiempo estèn sin las propias) ensèñala, doctrínalà, y desbàstala de su natural rudeza; porque todo lo que suèle adquirir un Gobernador discreto, suèle perdèr, y derramàr una muger rustica y tonta.

Si à caso enviudàres (Cosa que puede sucedèr) y con el cargo mejoràres de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anzuelo, y de caña de pescàr, y del no quiero de tu capilla; porque en verdàd te digo, que de todo aquello que la muger del Juez recibiere, hà de dàr cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el quarto tanto en la muerte las partidas de que no se huviere hecho cargo en la vida.

NUNCA te guies por la Ley del encàxe, que suèle tenèr mucha cabida con los ignorantes, que presumen de agudos.

HALLÉN en ti mas compassion las lagrimas del pobre, pero no mas justicia, que las informaciones del rico.

PROCURA descubrir la verdàd por entre las

las promèssas, y dàdivas del rico, como por entre los follòzos è importunidàdes del pobre.

QUANDO pudièrè, y devièrè tenèr lugar la equidàd, no cargues todo el rigor de la Ley al delinquente, que no es mejor la fama del juez riguròso, que la del compassivo.

SI à caso doblàres la vara de la justicia, no sèa con el peso de la dàdiva, sino con el de la misericordia.

QUANDO te succedièrè juzgàr algun plèyto de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la vèrdad del caso.

No te ciegue la Passion propia en la causa agena; que los yerros que en ella hizières, las mas vezes seràn sin remedio, y si le tuvièren, serà à costa de tu credito, y aun de tu hazienda.

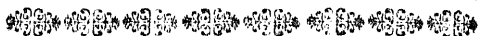
SI alguna muger hermòsa vinièrè à pedirte justicia, quita los ojos de sus làgrimas, y tus oydos de sus gemidos; y considèra de espacio la sustancia de lo que pide, sino quières que se anegue tu razòn en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

AL que has de castigàr con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la ariadura de las malas razones.

AL culpado que cayèrè debaxo de tu jurisdicion, considèrale hombre miseràble sugeto à las condiciones de la depravada naturalèza nuestra; y en todo quanto fuèrè de tu parte, sin hazer agravio à la contraria, muèstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplande-

ce, y campèa à nuestro vèr el de la misericordia, que el de la justicia.

Si estos preceptos, y estas reglas figues, Sancho, seràn luengos tus dias, tu fama serà eterna, tus premios colmados, tu felicidad indezible. Casaràs tus hijos como quisières; Titulos tendràn ellos, y tus nietos: Viviràs en paz, y beneplacito de las gentes, y en los ultimos passos de la vida te alcançará el de la muerte en vejèz suave, y madùra, y cerrarán tus ojos las tiernas, y delicadas manos de tus terceros netezuèlos. Esto que hasta aquí te he dicho, son documentos que han de adornar tu alma: Escucha agora los que han de servir para adorno del cuerpo.



CAPITULO XLIII.

De los consejos segundos que diò Don Quixote à Sancho Pança.

QUIEN oyèra el passado razonamiènto de Don Quixote, que no le tuvièra por persona muy cuèrda, y mejor intencionada? Pero como muchas vezes en el progreso desta grandehistòria queda dicho, solamente disparatava en tocàndole en la cavallería, y en los demas discursos mostràva tenèr claro, y desenfadado entendimiènto, de manera que à cada passo desacreditàvan sus obras su juyzio, y su juyzio sus obras; pero en esta de estos segundos documentos que diò à Sancho, mostrò

strò tenèr gran donayre, y pùso su discrecion, y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchàva Sancho, y procuràva conservàr en la memoria sus consejos, como quien pensàva guardàrlos, y salir por ellos à buen parto de la preñez de su gobierno. Profiguiò pues Don Quixote, y dixo:

En lo que toca à como has de governàr tu persona y casa, Sancho, Lo primero que te encargo es, que sèas limpio, y que te cortes las uñas, sin dexàrlas crecer como algunos hazen, à quien su ignorancia les ha dado à entender, que las uñas largas les hermosèan las manos, como si aquel escrèmento, y afiadidura, que se dexan de cortàr, fuèssè uña, sièndo antes garras de cernícalo lagartigèro, puerce y extraordinario abùsa.

No andes, Sancho, desceñido, y floxo; que el vestido descompuesto dà indicios de animo desmaçalado, si yà la descompostura, y floxedad no càe debaxo de Socarroneria, como se juzgò en la de Julio Cèsar.

Toma con discrecion el pulso à lo que pudièrè valèr tu oficio, y si sufrièrè que dèes librèa a tus criados, dàsela honesta y provechosa, mas que vistosa, y bizarra; y repàrtela entre tus criados, y los pobres (quiero dezir) que si has de vestir seys Pages, vistetres, y otros tres pobres, y assi tendràs pages para el Cielo, y para el suelo; y este nuevo modo de dàr librèa no la alcançan los vanagloriosos.

No comas ajos, ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villaneria. Anda de espacio;

cio; habla con repòso, pero no de manera, que parèzca que te escuchas à ti mismo; que toda afectacion es mala.

COME poco, y cena mas poco; que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estòmago.

SE templado en el bebèr, consideràndo que el vino demasiado ni guarda secrèto, ni cumple palabra.

TEN cuenta, Sancho, de no mascàr à dos carrillos, ni de erutàr delante de nadie. Eflo de erutàr, no entièndo, dixo Sancho: Y Don Quixote le dixo: Erutàr, Sancho, quiere dezir, regoldàr; y este es uno de los mastorpes vocablos que tiene la lengua Castellana, aunque es muy significativo, y assi la gente curiosa se ha acogido al latin, y al regoldàr, dize, erutàr, y à los regueldos, erutaciones; y quando algunos no entienden estos terminos, importa poco, que el uso los irà introducièndo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquezèr la lengua sobre quien tiene poder el vulgo, y el uso. En verdàd, Señor, dixo Sancho, que uno de los consejos, y avisos que pienso llevàr en la memoria ha de sèr el de no regoldàr, porque lo suèlo hazèr muy amenudo. Erutàr, Sancho, que no regoldàr, dixo Don Quixote. Erutàr dirè de aqui adelante, respondiò Sancho, y à fèe que no se me olvide.

TAMBIEN, Sancho, no has de mezclàr en tus plàticas la muchedumbre de refranes que suèles; que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas vezes los tràes tan por
los

los cabellos, que mas parècen disparàtes, que sentencias. Eſſo Dios lo puede remediàr, reſpondiò Sancho, porque sè mas refranes que un libro; y viènense tantos juntos à la boca quando hablo, que riſien por ſalir unos con otros; pero la lengua và arrojàndo los primeros que encuentra, aunque no vengàn à pelo: Mas yo tendrè cuenta de aquí adelante de dezir los que convengan à la gravedad de mi cargo; que *en caſa llena preſto ſe guiſa la cena; y quien deſtaja, no baraja; y à buen ſalvo eſtá el que repica; y el dàr y el tener, ſeſo hà menester.* Eſſo ſi, Sancho, dixo Don Quixote, encaxa, enſarta, enhila refranes, que nadie te và à la mano: *Caſtigame mi madre, è yo trompogelas.* Eſtòyte diziendo, que eſcùtes refranes, y en un instante has echàdo aquí una letanía dellos, que aſſi quadran con lo que vàmos tratàndo, como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo, que parèce mal un refran traydo à propoſito; pero cargàr, y enſartàr refranes à troche, moche, haze la plàtica deſmayàda, y baxa.

QUANDO ſubières à Cavallo, no vayas echàndo el cuerpo ſobre el arçon poſtrero, ni lleves las piernas tièſſas, y tiradas, y deſviàdas de là barriga del Cavallo; ni tampoco vayas tan floxo, que parèzca que vàs ſobre el Ruzio; que el andàr à cavallo à unos haze cavallèros, à otros cavallerizas.

SEA moderàdo tu ſueño, que el que no madruga con el ſol, no goza del dia: Y advièrte, ò Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza ſu contra-

ria jamàs llegò al termino que pide un buen desèo.

ESTE ultimo consejo que aora darte quiero (puesto que no sirva para adorno del cuerpo) quiero que le lleves muy en la memoria; que crèo, que no te serà de menos provecho, que los que hasta aquí te he dado. Y es: Que jamàs te pongas à disputar de linages, alomènos comparàndolos entre sí; pues por fuerça en los que se compàran, uno ha de sèr el mejor; y del que abatières, seràs aborrecido, y del que levantàres en ninguna manera premiado.

TU Vestido serà calça entera, ropilla larga, herreruèlo un poco mas largo; greguèscos ni por pienso, que no les estàn bien, ni à los cavallèros, ni à los Governadores.

POR aora èsto se me ha ofrecido Sancho que aconsejarte: Andarà el tiempo, y segun las ocasiones, así seràn mis documentos, como tu tengas Cuydàdo de avisarme el estado en que te hallàres. Señor, respondiò Sancho, bien vèo, que todo quanto vuestra merced me ha dicho, sòn cosas buenas, santas, y provechòsas; pero de que han de servir, si de ninguna me acuèrdo. Verdàd sea, que aquello de no dexarme crecer las uñas, y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me passará del imagin; pero, effotros badulaques, y enredos, y reboltillos, no se me acuerda, ni acordará mas dellos, que de las nuves de antaño: y así serà menester que se me den por escrito; que puesto que no sè leèr, ni escrivir, yo se los darè à mi confesòr para que me los encaxe,

y

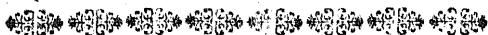
y recapacite quando fuère menestèr. Ha, pecador de mi! respondiò Don Quixote, y que mal parèce en los Governadores el no saber leèr, ni escrivir; porque hàs de saber, ô Sancho, què no saber un hombre leèr, ô sèr curdo arguye una de dos cosas; ô que fuè hijo de padres demasiado de humildes y baxos, ô èl tan travièso y malo, què no pudo entràr en èl el buen uso, ni la buena dotrina. Gran falta es la que llevas contigo, y assi querría, que aprendièsses à firmàr, liquiera Bien sè firmàr mi nombre, respondiò Sancho, que quando fuè Prioste en mi lugar, aprendi à hazer unas letras como de marca de fardo, que dezían, que dezía mi nombre: Quanto mas, que fingirè que tengo tullida la mano derecha, y harè que firme otro por mi, que para todo ày remedio fino es para la muerte; y teniendo yo el mando, y el palo, harè lo que quisièrè: Quanto mas que el que tiene el padre alcalde (y sièndo yo Governadòr, que es mas que sèr alcalde:) Llegaos que la dexan vèr: No fino popen, y calòñenme, que vendrán por lana, y bolveràn trasquilados; y à quien Dios quiere bien, la casa le sabe; y las necesidades del rico por sentencias passan en el mundo; y sièndolo yo, sièndo Governadòr, y juntamènte liberal, como lo piento sèr, no avrà falta, que se me parezca. *No fino hazèos miel, y papàros han moscas:* Tanto vales quanto tienes, dezía una mi aguela; y *del hombre arraygado no te veràs vengado* O maldito seas de Dios, Sancho! dixo à esta fazòn Don Quixote: Sesenta mil Satanàses te lleven à ti, y à tus

tus refranes: Una hora hà que los estàs ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te asseguro que estos refranes te han de llevàr un día à la horca; por ellos te han de quitàr el Govierno tus vassallos, ô ha de avèr entre ellos comunidades. Dime, donde los hallas, ignorante? O como los aplicas, mentecàto? que para dezir yo uno, y aplicàrle bien, sùdo, y trabajo, como si cabàsse. Por Dios, Señor nuestro amo, replicò Sancho, que vueessa mercèd se queixa de bien pocas cosas. A que diablo se le pùdre, de que yo me sirva de mi hazienda; que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, fino refranes, y mas refranes? Y aora se me ofrecen quatro, que venían aquí pintiparados, ô como peras en tabaque; pero no los dirè, porque *al buen callàr llaman Sancho*. Esse Sancho no eres tú, dixo Don Quixote, porque no solo no eres buen callàr, fino mal hablàr, y mal porfiàr: Y con todo esso querria sabèr, que quatro refranes te ocurrian aora à la memoria, que venían aquí à proposito; que yorando recorrièndo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece? Que mejores, dixo Sancho, que: *Entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares*: Y à idos de mi casa, y que quereys con mi muger, no ay responder: Y si dà el càntaro en la piedra, ô la piedra en el càntaro, mal para el càntaro: todos los quales vienen à pelo. Que nadiè se rome con su Governador, ni con el que le manda, porque saldrà lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales (y aunque no sean

cor-

cordales , como sean muelas , no importa .) Y à lo que dixere el Governadòr , no ay que replicar , como al , salios de mi casa , y que quereys con mi muger . Pues lo de la piedra en el càntaro , un ciego lo verà : Assi que es menestèr , que el que vè la mota en el ojo a- gèno , vèa la viga en el suyo ; porque no se diga por el : Espantòse la muerta de la degollada : Y vueſſa mercèd sabe bien , *que mas sabe el necio en su casa , que el cuerdo en la agena* . Eſſo no , Sancho , respondiò Don Quixote ; que el necio en su casa , ni en la agena sabe nada , à causa que sobre el cimiènto de la necedad no assienta ningun discreto edificio : Y dexèmos esto aqui , Sancho , que si mal governàres , tuya serà la culpa , y mia la verguença . Mas consuèlome , que he hecho lo que devía , en aconsejarte con las veras , y con la discrecion à mi possible : Con esto fatigo de mi obligacion , y de mi promèſſa . Dios te guie , Sancho , y te govierne en tu gobierno , y à mi me saque del escrùpulo que me queda , que has de dár con toda la infula patas arriba : Cosa que pudièra yo escusàr con descubrir al Duque quien eres , dizièndole , que toda esſa gordura , y esſa personilla que tienes , no es otra cosa , que un costal lleno de refranes , y de malicias . Señor , replicò Sancho , si à vueſſa mercèd le parèce , que no soy de pro para este gobierno , desde aqui le suèlto , que mas quièro un solo negro de la uña de mi alma , que à todo mi cuerpo ; y assi me sustentare Sancho à secas con pan , y cebolla , como Governadòr con perdizes , y ca-
pe-

pones: Y mas que mientras se duèrme todos son iguales los grandes, y los menores, los pobres, y los ricos, y si vueſſa merced mira en ello, verà que solo vueſſa merced me hà puesto en eſto de governàr; que yo no sè mas de Gobiernos de iſulas que un buytre: Y si se imagina, que por sèr Governadòr me hà de llevàr el diablo, mas me quiero ir Sancho al Cielo, que Governadòral Infierno. Por Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que por solas eſtas ultimas razones, que hàs dicho, jùzgo que merèces sèr governador de mil iſulas. Buen natural tienes, ſin el qual no ày ciencia que valga. Encomièndate à Dios, y procura no erràr en la primera intencion, quièro dezir, que ſiempre tengas intento, y firme propòſito de acertàr en quantos negocios te ocurrièren; porque ſiempre favorece el Cielo los buenos deſèos: Y vàmonos à comèr, que creò que yà eſtos Señores nos aguardan.



CAPITULO XLIV.

Como Sancho Pança fuè llevàdo al Governièrno, y de la eſtraña aventura, que en el Caſtillo ſucedidò à Don Quixote.

DIZEN que en el propio original deſta hiſtòria ſe lee, que llegàndo Cide Hamete à eſcrivir eſte capitulo, no le traduxo ſu intèrprete como èl le avia eſcrito, que

que fuè un modo de quexa que tùvo el moro de si mismo, por avèr tomàdo entre manos una història tan seca, y tan limitàda como esta de Don Quixote, por parecèrle, que si-
empre avia de hablàr dèl, y de Sancho, sin osàr estendèrse à otras digresiones, y Episodios mas graves, y mas entretenidos: Y dezla, que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano, y la pluma à escrivir de un mismo sujeto, y hablàr por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomfortable, cuyo fruto no redundava en el de su autor; y que por huÿr deste inconveniente, avia usàdo en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fuèron la del curioso impertinente, y la del Capitan cautivo, que estàn como separadas de la història, puesto que las demàs que allì se cuèntan, son casos sucedidos al mismo Don Quixote, que no podian dexàr de escrivir-se. Tambien pensò, como el dize, que muchos, llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quixote, no la darian à las novelas, y passarian por ellas ô con prièssa, ô con enfado sin advertir la gala, y artificio que en si conrienen, el qual se mostrarà bien al descubierto, quando por si solas, sin arrimàrse à las locuras de Don Quixote, ni à las sandèzes de Sancho, salieren à luz: Y assi en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas, ni pegadizas, sino algunos Episodios, que lo parecièssen, nacidos de los mismos sucesos, que la verdàd ofrèce; y aun estos limitadamènte, y con solas las palabras que bastan à declararlos; y pues se con-

tie-

tiene y cierra en los estrechos límites de la narracion, tenièndo habilidàd, suficiència, y entendimiento para tratàr del univèrso todo, pide no se desprècie su trabajo, y se le dèn alabanças, no por lo que escribe, sino por lo que ha dexàdo de escribir: Y luego prosigue la història, dizièndo.

QUE en acabàndo de comèr Don Quixote el día que diò los consejos à Sancho, aquella tarde se los diò escritos, para que èl buscàsse quien se los leyèsse; pero apenas se los huvò dado, quando se le cayèron; y vinièron à manos del Duque, que los comunicò con la Duquesa, y los dos se admiràron de nuèvo de la locura, y del ingenio de Don Quixote: Y assi llevàndo adelante sus burlas, aquella tarde embiàron à Sancho con mucho acompañamiento al lugar, que para èl avia desèr infula. Acaeciò, pues, que el que le llevava à cargo era un Mayordomo del Duque, muy discreto, y muy graciòso (que no puede àvèr gracia, donde no ày discrecion) el qual avia hecho la persona de la condessa Trifaldi con el donayre que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus Señores, de como se avia de àvèr con Sancho, saliò con su intento maravillosamente.

DIGO, pues, que acaeciò, que assi como Sancho viò al tal Mayordomo, se le figurò en su rostro el mismo de la Trifaldi; y bolviéndose à su Señor, le dixo: Señor, ò à mi me ha de llevàr el diablo de aquí donde estòy en justo, y en creyente, ò vuestra merced me hà de confelsàr, que el rostro deste Mayordomo

del

del Duque, que aquí està, es el mesmo de la dolorida. Mirò Don Quixotè atentamente al Mayordomo, y avièndole mirado, dixo à Sancho: No ày para que te lleve el diablo, Sancho, ni en justo, ni en creyente que no sè lo que quieres dezir, que el rostro de la dolorida es el del Mayordomo; pero no por esso el Mayordomo es la dolorida; que à sèrlo, implicaria contradicion muy grande; y no es tiempo aora de hazèr estas averiguaciones, que sería entrarnos en intricados Laberintos. Crèeme, amigo, que es menester rogàr à nuestro Señor muy de veras, que nos libre à los dos de malos hechizèros, y de malos encantadores. No es burla, Señor, replicò Sancho, fino que denantes le oý hablàr, y no parece fino que la voz de la Trifaldi mesonava en los oydos. Aora bien, yo callarè, pero no dexarè de andàr advertido de aquí adelante, à vèr si descubro otra señal, que confirme, ô desfaga mi sospecha. Assi lo has de hazèr, Sancho, dixo Don Quixote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrières, y de todo aquello que en el Govierno te sucedière.

SALIÒ en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido à lo letrado, y encima un gavan muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho à la Gíneta, y detras dèl, por orden del Duque, iba el Ruzio con jaèzes, y ornamentos jumentiles de seda, y flamantes. Bolvia Sancho la cabeça de quando en quando à miràr à su asno, con cuya compañía iba

tan contento, que no se trocàra con el Emperador de Alemaña.

AL despedirse de los Duques, les besò las manos, y tomò la bendicion de su Señor, que se la diò con làgrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Dexa, Letor amable, ir en paz, y en hora buena al buen Sancho, y espèra dos fanègas de risa, que te hà de causàr el sabèr como se portò en su cargo; y en tanto atiende à sabèr lo que le passò à su amo aquella noche; que si con ello no rières, por lo menos desplegaràs los labios con risa de Ximìa; porque los suceßos de Don Quixote, ò se hàn de celebràr con admiracion, ò con risa.

CUÉNTASE, pues, que apenas se huvò partido Sancho, quando Don Quixote sintiò su soledad, y si le fuèra possible revocàrle la comission, y quitàrle el Gobierno, lo hiziera. Conociò la Duquesa su melancolía, y preguntòle, que de que estàva triste? Que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas, y donzellas avia en su casa, que le servirian muy à satisfacion de su desseo. Verdàd es, Señora mia, respondiò Don Quixote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es essa la causa principal que me haze parecèr, que estòy triste; y de los muchos ofrecimientos, que vuestra Excelencia me haze, solamente acepto, y escojo el de la voluntad con que se me hazen; y en lo demás suplico à vuestra Excelencia, que dentro de mi aposento consienta, y permita, que yo solo sea el que me sirva. En verdàd, dixo la Duquesa, Señor Don Quixote, que no ha de ser assì, que le
han

han de servir quatro donzellas de las mias her-
mòsas como unas flores. Para mi, respondiò
Don Quixote, no seràn ellas como flores, si-
no como espinas, que me punzen el alma.
Assi entraràn ellas en mi aposènto, ni cosa que
lo parèzca, como volàr. Si es que vuestra
grandeza quiere llevàr adelante el hazèrme
mercèd, sin yo merecèr-la, dèxeme, que yo
me las aya conmigo, y que yo me sirva de mis
puertas adentro, y que yo ponga una muralla
en medio de mis dèssèos, y de mi honestidàd;
y no quièro perdèr esta costumbre por la li-
beralidad, que vuestra Alteza quiere mostràr
conmigo. Y en resolucion antes dormirè vesti-
do, que consentir que nadie me desnùde. No
mas, no mas, Señor Don Quixote, replicò
la Duqueffa: Por mi digo, que darè orden,
que ni aun una mosca entre en su estancia, no
que una donzella: No sòy yo persona, que
por mi se ha de descavalàr la decencia del Se-
ñor Don Quixote, que segun se me ha traslu-
zido, lo que mas campea entre sus muchas
virtùdes es la de la honestidàd. Desnùdese
vueffa mercèd, y vùstase à sus solas, y à su
modo, como, y quando quisiere, que no avrà
quien lo impida, pues dentro de su aposènto
hallarà los valos necessariòs al menester del que
duerme à puerta cerrada, porque ninguna na-
tural necessidàd le obligue à que la abra. Viva
mil figlos la gran Dulcinèa del Tobòso, y sèa
su nombre estendido por toda la redondèz de
la tierra, pues mereciò ser amada de tan va-
liente, y tan honèsto cavallèro; y los benignos
Cielos infundan en el coraçòn de Sancho Pan-

ga nuestro Governadòr un desèo de acabàr presto sus disciplinas, para que buelva à gozàr el mundo de la belleza de tan gran Señora. A lo qual dixo Don Quixote: Vuestra altitud ha hablàdo como quien es, que en la boca de las buenas Señoras no ha de avèr ninguna que sea mala: Mas venturòsa, y mas conocida serà en el mundo Dulcinèa por avèr la alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanças, que puedan dàrle los mas eloquentes de la tierra. Ahora bien, Señor Don Quixote, replicò la Duquesa, la hora de cenàr se llega, y el Duque deve de esperar. Venga vuestra merced, y cenemos, y acostaràse temprano, que el viage que ayèr hizo de Candaya no fuè tan corto, que no le aya causado algun moliemento. No siento ninguno, Señora, respondiò Don Quixote, porque osarè juràr à vuestra Excelencia, que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada, ni de mejor passo que Clavilèno; y no sè yo, que le pudo movèr à Malambruno para deshazèrse de tan ligera, y tan gentil cavalgadura, y abrasarla asì sin mas, ni mas? A esso se puede imaginàr, respondiò la Duquesa, que arrepentido del mal que avia hecho à la Trifaldi, y compaña, y à otras personas, y de las maldades, que como hechizero y encantador devia de avèr cometido, quiso concludir con todos los instrumentos de su oficio; y como à principal, y que mas le traía desahogado vagando de tierra en tierra, abrasò à Clavilèno: que con sus abrasadas cenizas, y con el Trofeo del cartel quèda eterno el valor del gran Don Quixote de la

la Mancha. De nuèvo nuèvasgracias diò Don Quixote à la Duquesa; y en cenàndo, Dòn Quixote se retirò en su aposento solo, sin consentir que nadie entràsse con èl à servirle: Tanto se temia de encontràr ocasiones, que le movièssen ò forçàsse à perdèr el honèilo decoro, que à su Señora Dulcinèa guardàva, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor, y espejo de los andantes Cavalleros. Cerrò tras sí la puerta, y à la luz de dos velas de cera se desnudò, y al descalçarse (ò desgracia indigna de tal persona!) se le soltaron, no suspiros, ni otra cosa que desacreditàsse la limpieza de su policia, sino hasta dos dozenas de puntos de una media, que quedó hecha zelosia. Afligiòse en estrèmo el buen Señor, y dièra èl por tenèr alli un adarme de seda vèrde, una onça de plata: Digo Seda vèrde, porque las medias eran vèrdes.

Aqui exclamò Benengeli, y escrivièndo dixo: ò pobreza, pobreza! no sè yo con que razòn se moviò aquel gran Poëta Cordoves à llamarte, *Dàdiva Santa desagradecida*. Yo aunque Moro bien sè por la comunicaciòn que hè tenido con Christianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fèe, obediencia, y pobreza; pero con todo esto digo, que ha de tenèr mucho de Dios el que se viniere à contentàr con sèr pobre, fino es de aquel modo de pobreza de quien dize uno de sus mayores Santos: *Tened todas las Cosas como si no las tuvièssedes*; y à esto llaman pobreza de espiritu: Pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) porque quières estrellarte con los hidalgos, y bien nacidos,

mas que con la otra gente? Porque los obligas à dâr pantalia à los Zapatos? Y à que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidro? Porque sus cuèllos, por la mayor parte, han de sèr siempre escarolâdos, y no abièrtos con molde? (y en esto se echarà de vèr que es antiguo el uso del almidon, y de los cuellos abièrtos;) y profi-
guìò: Miserable del bien nacido, que và dan-
do pistos à su honra, comièndo mal, y à
puerta cerrada, hazièndo hipocrita al palillo
de dientes, con que sale à la calle despues de
no avèr comido cosa, que le obligue à lim-
piàrse los! Miseràble de aquel, digo, que tie-
ne la honra espantadiza, y piènsa que desde
una legua se le descubre el remièndo del za-
pato, el trassudor del sombrèro, la hilaça del
herreruèlo, y la hambre de su estomago.

Todo esto se le renovò à Don Quixote
en la soltura de sus puntos; pero consolòse
con vèr, que Sancho le avia dexàdo unas bo-
tas de camino, que pensò ponèrse otro dia.
Finalmente èl se acostò penlativo, y pesaròso
assi de la falta que Sancho le hazia, como de
la irreparàble desgracia de sus medias, à quien
tomàra los puntos aunque fuèra con seda de
otra color, que es una de las mayores se-
ñales de miseria, que un hidalgo puede dâr en el
discurso de su prolixa estrechèza. Matò las
velas; hazia calor, y no podia dormir; levan-
tòse del lecho, y abrió un poco la ventana de
una rexa, que dava sobre un hermòso jardin;
y al abrirla sintiò, y oyò, que andava, y ha-
blava gente en el jardin: Pùsose à escuchàr
aten-

atentamènte; levantàron la voz los de abaxo tanto, que pudo oyr estas razones.

No me porfies, ô Emerencia, que cante, pues sabes, que desde el punto que este forastero entrò en este castillo, y mis ojos le miràron, yo no sè cantàr, sino lloràr; quanto mas, que el sueño de mi Señora tiene mas de ligero que de pesado, y no querría, que nos hallàsse aquí por todo el tesoro del mundo; y puesto caso que durmièsse, y no despertàsse, en vano serìa mi canto si duèrme, y no despierta para oyrle este nuevo Eneas, que ha llegàdo à mis regiones para dexàrme escarnida. No dès en esso, Altisidora amiga, respondiò, que sin duda la Duquesa, y quantos ày en esta casa duèrmen, sino es el Señor de tu coraçòn, y el despertador de tu alma; porque aora sentí, que abria la ventana de la rexa de su estancia, y sin duda deve estàr despierto. Canta, lastimada mia, en tono baxo y suave al son de tu harpa, y quando la Duquesa nos sienta, le echarèmos la culpa al calor que haze. No està en esso el punto, ô Emerencia, respondiò la Altisidora, sino en que no querría que mi canto descubrièsse mi coraçòn, y fuèsse juzgada de los que no tienen noticia de las fuèrças poderosas de amor por donzella antojadiza, y liviana. Pero venga lo que vinière, que *mas vale verguença en cara, que mancilla en coraçòn*; y en esto començò à tocàr una Harpa suavísimamènte: Oyèndo lo qual Don Quixote, quedò pasmado, porque en aquel instante le vinièron à la memoria las infinitas aventuras semejantes à aquella de ventanas, rexas, y jardines,

dines, muficas, requièbros, y defvanecimièntos, que en los fus defvanecidos libros de Cavallerias avia leydo. Luego imaginò, que alguna donzella de la Duqueffa eftàva dèl enamoràda, y que la honeftidàd la forçava à tenèr secreta fu voluntàd. Temiò no le rindièffe, y propùso en fu pensamiènto el no dexàrfe vencèr; y encomendàndose de todo buen animo, y buen talante à fu señora Dulcinèa del Tobòso, determinò de escuchàr la mufica; y para dàr à entendèr que allí eftàva, diò un fingido estornùdo, de que no poco se alegraron las donzellas, que otra cosa no deseàvan, sino que Don Quixote las oyèsse. Recorrida, pues, y afinada la harpa, Alrifidora diò principio à este Romance.

O tu que estàs en tu lecho,
Entre sàbanas de olanda,
Durmiendo à pierna tendida
De la noche à la mañana.
Cavallèro el mas valiènte
Que ha producido la Mancha,
Mas honèsto, y mas bendito,
Que el oro fino de Arabia.

Oye à una triste donzella,
Bien crecida, y mal lograda,
Que en la luz de tus dos soles
Se siente abrasàr el alma.

Tu buscas tus aventùras,
Y agenas desdichas hallas,
Dàs las feridas, y niègas
El remedio de sanàrlas.

Dime, valeròso joven,

Que

Que Dios prospère tus ansias,
Si te criàste en la Libia,

O en las montañas de Jaca?

Si Sierpes te dièron leche?

Si à dicha fuèron tus amas,

La asperèza de las selvas,

Y el horror de las monañas?

Muy bien puede Dulcinèa,

Donzella rolliza, y sana,

Preciàrse de que hà rendido

A una tigre, y fiera brava.

Por èsto serà famòsa

Desde Henàres à Xaràma,

Desde el Tajo à Mançanares,

Desde Pisuèrga hasta Àrlanza.

Trocàrame yo por ella,

Y dièra encima una faya

De las mas gayàdas mias,

Que de oro le adòrnan franjas.

O quien se vièra en tus braços,

O fino junto à tu cama,

Rascàndote la cabeça,

Y matandote la caípa!

Mucho pido, y no sòy digna

De mercèd tan señalada,

Los piès quisièra traèrte,

Que à una humilde esto le basta.

O que de cosas te dièra!

Que de escarpines de plata!

Que de calças de damasco!

Que de herreruelos de olanda!

Que de finissimas perlas

Cada qual como una agalla!

Que à no tenèr compañèras,

Las solas fuèran llamadas.

No mires de tu Tarpeya
Este incendio que me abràsa,
Neron Manchègo del mundo,
Ni le avives con tu faña.

Niña foy, pulzèla tierna,
Mi edad de quinze no passa,
Catorze tengo y tres mèses,
Te juro en Dios, y en mi anima.

No foy renca, ni foy coxa,
Ni tengo nada de manca,
Los cabellos como lirios
Que en piè por el suelo arràstran.

Y aunque es mi boca aguileña,
Y la nariz algo chàta,
Sèr mis dientes de topacios
Mi belleza al Cielo enfalza.

Mi voz, yà vès, si me escùchas,
Que à la que es mas dulce iguala,
Y sòy de disposicion
Algo menos que mediàna.

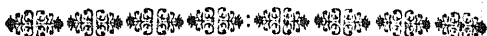
Estas y otras gracias mias,
Son despojos de tu aljava,
Desta casa sòy donzella,
Y Altifidòra me llaman.

Aquí diò fin el canto de la mal ferida Altifidòra, y començò el assombro del requerido Don Quixote; el qual dando un gran suspiro, dixo entre si: Que tengo de sèr tan desfichàdio andànte, que no hà de avèr donzella, que me mire, que de mi no se enamòre? Que tenga de sèr tan corta de ventùra la fin par Dulcinèa del Tobòso, que no la hân de dexàr

à

à solas gozàr de la incomparable firmeza mia? Que la querèys Reynas? à que la perseguis Emperatrizes? Para que la acosàys donzellas de à catorze, à quinze años? Dexàd, dexàd à la miserable, que triünfe, se gòze, y ufane con la fuerte, que amor quiso dàrle en rendirle mi coraçòn, y entregàrle mi alma. Mirad, catterva enamoràda, que para sola Dulcinèa sòy de masa, y de alfeñique, y para todas las demàs sòy de pedernàl: Para ella sòy Miel, y para vosotras azibar: Para mi, sola Dulcinèa es la hermosa, la discrèta, la gallàrda, la honesta, y la bien nacida; y las demàs las fèas, las necias, las livianas, y las de peor linage. Para sèr yo sùyo, y no de otra alguna, me arrojò la naturalèzà al mundo: Llore, ò cante Altisidora, desespèrese Madama, por quien me aporreàron en el castillo del moro encantado, que yò tengo de sèr de Dulcinèa cozido, ò asado, limpio, bien criado, y honesto, à pesàr de tòdas las porestades hechizeras de la tierra. Y con esto cerrò de golpe la ventana; y despechàdo, y pesaròso, como si le huviera acontecido alguna gran desgracia, se acostò en su lecho, donde le dexarèmos por aora, porque nos està llamàndo el gran Sancho Pança, que quiere dàr principio à su famosò govierño.





CAPITULO XLV.

De como el gran Sancho Pança tomò la possession de su Insula, y del modo que començò à governar.

O Perpètuo descubridòr de los Antìpodas, hacha del mundo, ojo del cielo, menèo dulce de las cantimploras, timbriò aquí, Febo allí, tiradòr acà, medico acullà, padre de la Poësia, inventòr de la musica; tu que siempre sales (y aunque lo parèce) nunca te pones. A ti, digo, ô Sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre, à ti digo, que me favorezcas, y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del gobièrno del gran Sancho Pança; que sin ti yo me siento tibio, desmaçalado, y confuso.

DIGO, pues, que con todo su acompañamiento llegò Sancho à un lugàr de hasta mil vezinos, que era de los mejores que el Duque tenia: Dièronle à entender, que se llamava la Insula Barataria; ô yà porque el lugàr se llamava Baratario, ô yà por el barato con que se le avia dado el gobièrno. Al llegàr à las puertas de la Villa (que era Cercada) saliò el regimiento del pueblo à recibirle; tocàron las campanas, y todos los vezinos dièron muestras de general alegrìa; y con mucha pompa le llevàron à la Iglesia mayor à lår gracias à Dios;

y

y luego con algunas ridiculas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpétuo Governadòr de la insula Barataria. El trage, las barbas, la gordura, y la pequenez del nuevo Governadòr tenia admirada toda la gente, que el busilis del cuento no sabia, y aun à todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente en sacandole de la Iglesia, le llevaron à la silla del Juzgado, y le sentaron en ella, y el Mayordomo del Duque le dixo: Es costumbre antigua en esta insula, Señor Governadòr, que el que viene à tomàr possession desta famosa insula, està obligado à responder à una pregunta, que se le hiziere, que sea algo intricada, y dificultosa, de cuya respuesta el pùeblo toma, y toca el pulso al Ingenio de su nuevo Governadòr; y assi ò se alegra, ò se entristece con su venida.

En tanto que el Mayordomo dezia esto à Sancho, estava el mirando unas grandes, y muchas letras que en la pared frontera de su silla estavan escritas; y como el no sabia leer, preguntò, que que eran aquellas pinturas que en aquella pared estavan? Fuele respondido: Señor, alli està escrito, y notado el dia en que vuestra Senoria tomò possession desta insula, y dize el Epitafio: Oy dia, à tantos de tal mes, y de tal año, tomò la possession desta insula el Señor Don Sancho Pança, que muchos años la goze. Y à quien llaman Don Sancho Pança? preguntò Sancho. A vuestra Señoria, respondiò el Mayordomo, que en esta insula no ha entrado otro Pança, sino el que està sentado en essa silla. Pues advertid, hermano, dixo

TITULO D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

dixo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linage le ha auido. Sancho Pança me llaman à tecas, y Sancho se llamò mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fuèron Panças sin añadiduras de dones, ni Donas; y yo imagino, que en esta Insula deve de avèr mas Dones, que piedras; pero basta: Dios me entiende, y podrá sèr, que si el gobierno me dura, quatro dias yo escardarè estos Dones, que por la muchedumbre deven de enfadar como los mosquitos. Passe adelante con su pregunta el Señor Mayordomo, que yo responderè lo mejor que supiere, ora se entristezca, ô no se entristezca el pueblo. A este instante entraron en el Juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, el otro de fàstre; porque traÿa unas tixeras en la mano, y el fàstre dixo: Señor Governador, yo, y este hombre labrador venimos ante vueſſa mercèd en razòn que este buen hombre llegò à mi tienda ayer (que yo con perdon de los presentes sòy fàstre examinado, que Dios sea bendito) y ponièndome un pedaço de paño en las manos, me preguntò: Señor, avria en este paño harto para hazèrme una caperuça? Yo, tanteando el paño, le respondì, que *Si*: èl deviòse de imaginàr, à lo que yo imaginè (è imaginè bien) que sin duda yo le querìa hurtàr alguna parte del paño, fundàndose en su malicia; y en la mala opinion de los fàstres; y replicòme, que miràsse, si avria para dos? Adivinèle el pensamièto, y dixèle que *Si*: Y el Cavallèro en su dañada, y primera intencion fuè añadiendo caperuças, è yo añadiendo

do

do *Sies*, hasta que llegamos à cinco caperuças; y aora en este punto acaba de venir por ellas. Yo se las dòy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide, que le pague, ô buelva su paño. Es todo esto assi, hermano? preguntò Sancho. Si Señor, respondiò el hombre; pero hàgale vueſſa mercèd, que muestre las cinco caperuças, que me ha hecho. De buenagana, respondiò el fastre; y sacando encontinente la mano de debaxo del herreruèlo, mostrò en ella cinco caperuças puestas en las cinco cabeças de los dedos de la mano, y dixo: He aquí las cinco caperuças, que este buen hombre me pide, y en Dios, y en mi conciencia, que no me ha quedado nada del paño, è yo darè la obra à viſta de vèedores del officio. Todos los presentes se rièron de la multitud de las caperuças, y del nuèvo pleyto. Sancho se puso à consideràr un poco, y dixo: Parèceme, que en este pleyto no hà de avèr largas dilaciones, fino juzgàr luego à Juyzio de buen varon; y assi yo dòy por ſentencia, que el fastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuças se lleven à los presos de la carcel, y no aya mas. Si la ſentencia que paſò despues de la bolsa del ganadero, moviò à admiracion à los circunſtantes, esta les provocò à risà; pero en fin se hizo lo que mandò el Governadòr.

ANTE el qual se presentàron dos hombres ancianos, el uno traía una cañaheja por báculo, y el ſin baculo dixo: Señor, à este hombre le preſtè, dias hà, diez eſcùdos de oro en oro, por hazèrle plazèr, y buena obra, con-

con-

condicion que me los bolvièsse, quando se los pidièsse. Pafsàronse muchos dias sin pedirse-los, por no ponèrle en mayor necesidad de bolvèrmelos, que la que èl tenia quando se los prestè; pero por parecèrme, que se descuydava en la paga, se los hè pedido una y muchas vezes; y no solamènte no me los buelve, pero me los niega, y dize, que nunca tales diez escudos le prestè, y que si se los prestè, que yà me los hà buèlto; y no tengo testigos, ni del prestado, ni de la buelta, porque no me los hà buèlto; y assi querría que vueßla mercèd le tomàsse juramènto, y si juràre que me los hà buèlto, yo se los perdono para aquí, y para delante de Dios. Que dezis vos à esto, buen viejo del baculo? dixo Sancho. A lo que dixo el viejo: Yo Señor confièssò, que me los prestò, y baxe vueßla mercèd essà vara, y pues èl lo dexa en mi juramènto, yo jurarè como le los hè buèlto, y pagàdo reàl, y verdaderamènte. Baxò el Governadòr la vara, y en tanto el viejo del bàculo diò el baculo al otro viejo, que se le tuvièsse en tanto que juràva, como si le embaraçàra mucho, y luego pùso la mano en la Cruz de la vara, dicièndo, que era verdàd, que se le avian prestado aquellos diez escùdos, que se le pedian; pero que el se los avia buèlto de su mano à la fuya, y que por no caèr en ello se los bolveria à pedir por momèntos. Vièndo lo qual el gran Governadòr, preguntò al acreedor, que rèspondia à lo que dezía su contrario? Y el dixo, que sin dùda alguna su deudòr devia de dezir verdàd, porque le tenia por hombre de bien,

bién, y buen Christiano, y que à èl se le de-
 via de avèr olvidàdo el cómo, y quando se
 los avia buèlto, y que desde allí en adelante
 jamàs le pedirìa nada. Tornò à tomàr su ba-
 culo el deudor, y baxando la cabeça, se faliò
 del Juzgado: Visto lo qual por Sancho, y que
 fin mas ni mas se iba; y vièndo tambien la
 paciencia del demandante, inclinò la cabeça
 sobre el pecho, y ponièndose el Indice de la
 mano derècha sobre las cejas y las narizes,
 estùvo como pensativo un pequeño espàcio;
 y luego alçò la cabeça, y mandò que le lla-
 màssen al viejo del baculo, que yà se avia ido.
 Truxèronsele, y en vièndole Sancho, le dixo:
 Dàdme, buen hombre, esse baculo, que le
 he menestèr. De muy buena gana, respon-
 diò el viejo: è le aquí, Señor, y pùsosele en
 la mano. Tomòle Sancho, y dàndosele al
 otro viejo, le dixo: Andàd con Dios, que
 yà vays pagàdo. Yo, Señor? respondiò el
 viejo; pues vale esta cañahèja diez escùdos de
 oro? Sì, dixo el Governadòr; ô sino, yo soy
 el mayor porro del mundo, y aora se verà si
 tengo yo caletre para governàr todoun Reyno;
 y mandò, que allí delante de todos se rom-
 pièsse, y abrièsse la caña. Hizose assi, y en
 el coraçòn della hallàron diez escudos en oro.
 Quedàron todos admiràdos, y ruyèron à su
 Governadòr por un nuevo Salomon. Pre-
 guntàronle, de donde avia colegido, que en
 aquella cañahèja estàvan aquellos diez escù-
 dos? Y respondiò, que de avèrle visto dàr el
 viejo que juràva à su contrario aquel baculo
 en tanto que hazia el juramèto, y juràr que

se los avia dado real, y verdaderamente; y que en acabando de jurar, le tornò à pedir el baculo; por lo qual le vino à la imaginacion, que dentro del estava la paga de lo que pedian: De donde se podia colegir, que à los que Goviernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juyzios; y mas que el avia oydo contar otro caso como aquel al Cura de su lugar, y que el tenia tan grande memoria, que à no olvidarsele todo aquello de que queria acordarse, no huvièra tal memoria en toda la infula. Finalmente el un viejo corrido, y el otro pagado se fuèron, y los presentes quedaron admirados; y el que escribia las palabras, hechos, y movimiètos de Sancho, no acabava de determinarse, si le tendria, y pondria por tonto, ò por discreto.

LUEGO acabado este pleyto, entrò en el juzgado una muger affida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la qual venia dando grandes voces, diziendo: Justicia, Señor Governador, Justicia; y si no la hallo en la tierra, la irè à buscar al Cielo: Señor Governador de mi anima, este mal hombre me hà cogido en la mitad desse campo, y se hà aprovechado de mi cuerpo, como si fuèra trapo mal lavado; y desdichada de mi, me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veynte y tres años hà, defendiendolo de Moros, y Christianos, de naturales, y estrangeros, y yo siempre dura como un alcornòque, conservandome entera como la Salamanquesa en el fuego, ò como la lana entre las zarças, para que este buen hombre llegasse con sus manos lim-

limpias à manoseàrme. Aun effo està por averiguàr, si tiene limpias, ô no las manos este galàn, dixo Sancho; y bolvièndose al hombre, le dixo, que dezìa, y respondia à la querella de aquella muger? El qual todo turbado respondió: Señores, yo soy un pobre ganadèro de ganado de cerda, y esta mañana salia deste lugar de vendèr (con perdon sea dicho) quatro puercos, que me llevàron de alcabàlas y focaliñas poco menos de lo que ellos valian: Bolviame à mi aldèa, topè en el camino à esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca, y todo lo cuèze, hizo que yogàsèmos juntos: Pagùele lo suficiente, y ella mal contenta assiò de mi, y no me ha dexàdo hasta traèrme à este puesto. Dize, que la forcè, y miente para el juramèto que hago, ô pienso hazèr, y esta es toda la verdàd, sin faltàr meaja. Entonces el Governador le preguntò, si traýa consigo algun dinero en plata? El dixo, que hasta veynte ducàdos tenia en el feno en una bolsa de cuèro. Mandò que la sacàsse, y se la entregàsse assi como estàva à la querellànte. El lo hizo temblàdo. Tomòla la muger, y haziendo mil Zalemas à todos, y rogàdo à Dios por lo vida y salùd del Señor Governador, que assi miràva por las huerfanas menesteròsas, y donzellas, y con esto se saliò del juzgàdo, llevàdo la bolsa assida con entrambas manos, aunque primero mirò, si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas saliò, quando Sancho dixo al ganadèro (que yà se le faltavan las lagrimas; y los ojos, y el coraçòn se ivan tras su bolsa) buen hombre,

id tras aquella muger, y quitàdle la bolsa aun-
 que no quiera, y bolvèd aquí con ella: Y no
 lo dixo à tonto, ni à fordo; porque luego
 partiò como un rayo, y fuè à lo que se le
 mandava. Todos los presentes estàvan suspen-
 sos, esperando el fin de aquel pleyto; y de allí
 à poco bolvièron el hombre y la muger mas
 affidos, y aferrados que la vez primera, ella
 la faya levantada, y en el regazo puesta la
 bolsa, y el hombre pugnando por quitàrsela;
 mas no era possible, segun la muger la defen-
 día, la qual dava voces diziendo: Justicia de
 Dios, y del mundo; mire vueſſa mercèd,
 Señor Governadòr, la poca verguença, y el
 poco temor deste defalmado, que en mitad
 de poblado, y en mitad de la calle me hà que-
 rido quitàr la bolsa que vueſſa mercèd mandò
 darme. Y hà os la quitado? preguntò el Go-
 vernadòr. Còmo quitàr? respondiò la muger;
 antes me dexàra yo quitàr la vida, que me
 quiten la bolsa. Bonita es la niña; otros gatos
 me han de echàr à las barbas, que no este
 desventurado, y asqueròſo: tenazas, y mar-
 tillos, maços, y escòplos no seràn bastantes à
 facàrmela de las uñas, ni aun garras de leones,
 antes el anima de en mitad en mitad de las
 carnes. Ella tiene razon, dixo el hombre, y
 yo me dòy por rendido, y sin fuerças, y con-
 fièſſo, que las mias no son bastantes, para
 quitàrsela; y dexòla. Entonces el Governa-
 dòr dixo à la muger: mostrad, honrada y
 valiente, essa bolsa. Ella se la diò luego, y
 el Governadòr se la bolviò al hombre, y dixo
 à la esforçada, y no forçada: hermana mia,
 si

Si el mismo aliento, y valor que avèys mostràdo para defendèr esta bolsa, le mostràrades, y aun la mitad menos, para defendèr vuestro cuerpo, las fuerças de Hercules no os hizièran fuerça: andàd con Dios, y mucho de en hora mala, y no parèys en toda esta insula, ni en sèys leguas à la redonda so pena de dozientos açòtes. Andàd luego, digo, Churrillera, desvergonzàda, y embaydora. Espantòse la muger, y fuèsse cabizbaxa, y mal contenta; y el Governadòr dixo al hombre: Buen hombre, andàd con Dios à vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante (fino le querèys perdèr) procuràd que no os venga en voluntàd de yogàr con nadie. El hombre le diò las gracias lo peor que supo, y fuèsse; y los circunstantes quedàron admiràdos de nuevo de los juyzios, y sentencias de su nuevo Governadòr. Todo lo qual, notàdo de su coronista, fuè luego escrito al Duque, que con gran desèo lo estàva esperàndo; y quedèse aquí el buen Sancho, que es mucha la prièssa, que nos dà su amo alborozàdo con la mùsica de Altisodora.





CAPITULO XLVI.

Del temeròso espanto cencerril, y gatuno, que recibió Don Quixote en el discurso de los amores de la enamoràda Altifidora.

DEXAMOS al gran Don Quixote embuelto en los pensamientos, que le avia causado la musica de la enamorada donzella Altifidora, acostòse con ellos, y como si fuèran pulgas no le dexaron dormir, ni fòssègàr un punto; y juntàvansele los que le faltàvan de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no ày barranco que le detenga, corriò cavallero en las horas, y con mucha presteza llegò la de la mañana. Lo qual visto por Don Quixote, dexò las blandas plumas, y no nada pereçoso se vistiò su acamuçado vestido, y se calçò sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojàse encima su manton de escarlata, y pùsose en la cabeça una montera de terciopelo verde guarnecida de passamanos de plata: Colgò el Tahali de sus ombros con su buena, y tajadora espada: Affiò un gran rosario, que consigo continuo traia; y con gran prolopopeya, y contonèò saliò à la antefala, donde el Duque, y la Duquesa estàvan yà vestidos, y como esperàndole; y al passàr por una galeria, estàvan aposta esperàndole Altifidora, y la otra donzella su amiga: Y assi como Altifidora viò à

Don

Don Quixotè, fingiò desmayàrse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iva à desabrochàr el pecho. Don Quixote, que la viò, llegàndose à ellas, dixo: Yà sè yo de que proceden estos accidentes. No sè yo de que, respondiò la amiga, porque Altifidora es la donzella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en quanto hà que la conozco (que mal àya quantos Cavalleros andantes ày en el mundo, si es que todos son desagradecidos) Vàyasse vueſſa mercèd, Señor Don Quixote, que no bolverà en si esta pobre niña en tanto que vueſſa mercèd aquí estuvière. A lo que respondiò Don Quixote: haga vueſſa mercèd, Señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolarè, lo mejor que pudière, à esta lastimada donzella; que en los principios amorosos los desengaños prestos fuèlen sèr remedios calificàdos; y con esto se fuè, porque no fuèſſe notàdo de los que allí le vièſſen. No se hùvo bien apartàdo, quando bolviendo en si la desmayada Altifidora, dixo à su compañera: menester serà, que se le ponga el laúd; que sin duda Don Quixote quiere dàrnos, musica, y no serà mala, sièndo suya. Fuèron luego à dàr cuenta à la Duquesſa de lo que pasàva, y del laúd que pedia Don Quixote, y ella alègre sobre modo concertò con el Duque, y con sus donzellas, de hazèrle una burla, que fuèſſe mas risueña, que dañosa; y con mucho contento esperàvan la noche, que se vino tan aprièſſa, como se avia venido el dia, el qual pasàron los Duques en sabrosas platicas con

Don Quixote: Y la Duquesa aquel dia real y verdaderamente despachò à un page suyo (que avia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinèa) à Teresa Pança con la carta de su marido Sancho Pança, y con el lio de ropa, que avia dexado, para que se le embiase, encargándole, le truxesse buena relacion de todo lo que con ella passasse. Hecho esto, y llegadas las onze horas de la noche, hallò Don Quixote una vihuela en su aposento; templòla; abrió la rexa, y sintió, que andava gente en el jardin; y aviendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinádola lo mejor que supo, escupió, y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantò el siguiente romance, que el mismo aquel dia avia compuesto.

Suèlen las fuerças de amor
Sacar de quicio à las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuydada.

Suèle el coser, y el labrar,
Y el estàr siempre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amorosas ansias.

Las donzellas recogidas,
Que aspiran à sèr casadas,
La honestidad es la dote,
Y voz de sus alabanzas.

Los andantes Cavalleros,
Y los que en la corte andan,
Requiebranse con las libres,
Con las honestas se casan.

Ay

Ay amores de levante,
 Que entre huespedes se tratàn,
 Que llegan presto al poniente,
 Porque en el partirse acabàn.

El amòr rèzien venido,
 Que oy llegò, y se và mañana,
 Las imagines no dexa
 Bien impressas en el alma.

Pintura sobre pintura
 Ni se muestra, ni señala,
 Y dò ay primera belleza
 La segunda no haze baça.

Dulcinèa del Tobòso,
 Del alma en la tabla rasa
 Tengo pintada de modo
 Que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
 Es la parte mas preciada,
 Por quien haze amòr milagros,
 Y assi mesmo los levanta,

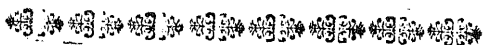
Aquí llegava Don Quixote de su canto, à quien estavan escuchando el Duque, y la Duquesa, Altifidora, y casi toda la gente del castillo, quando de improvìso desde encima de un corredor, que sobre là rexa de Don Quixote à plomo caia, descolgàron un cordel, donde venian mas de cien cencerros affidos, y luego tras ellos derramàron un gran saco de gatos, que assimismo traian cencerros menores atados à las colas. Fuè tan grande el ruydo de los cencerros, y el mayàr de los gatos, que aunque los Duques avian sido inventores de la burla, todavia les sobrefaltò; y temeròso

Don Quixote, quedò pasmado: Y quiso la fuerte que dos ô tres gatos se entràron por la rexa de su estancia, y dàndo de una parte à otra, parecìa que una region de diablos andàva en ella. Apagàron las velas que en el aposento ardian, y andàvan buscàndo por dò escapàrse. El descolgàr, y subir del cordel de los grandes cencerros, no cessàva; la mayor parte de la gente del castillo; que no sabìa la verdàd del caso, estàva suspènsa, y admirada. Levantòse Don Quixote en piè, y poniendo mano à la espàda, començò à tiràr estocàdas por la rexa, y à dezir à grandes voces: A fuèra, malignos encantadores, à fuèra, canalla hechizeresca, que yo soy Don Quixote de la Mancha, contra quien no valen, ni tienen fuerça vuestras malas intenciones: Y bolviéndose à los gatos, que andàvan por el aposento, les tirò muchas cuchilladas. Ellos acudièron à la rexa, y por allì se salièron, aunque uno, viéndose tan acofsàdo de las cuchilladas de Don Quixote, le saltò al rostro, y le assiò de las narizes con las uñas, y los dientes; por cuyo dolòr Don Quixote començò à dár los mayorès gritos que pùdo: Oyèndo lo qual el Duque, y la Duquesa, y consideràndo lo que podìa sèr, con mucha presteza acudièron à su estancia, y abrièndo con llave maestra, vièron al pobre cavallero pugnàndo con todas sus fuerças por arrancàr el gato de su rostro. Entràron con luzes, y vièron la desigual pelèa; acudiò el Duque à despartirla, y Don Quixote dixo à voces: No me le quite nadie, dèxenme mano à mano con este demonio, con este

este hechizèro, con este encantadòr, que yo le darè à entendèr de mi à èl quien es Don Quixote de la Mancha; Pero el gato, no curàndose destas amenàzas, gruñia, y apretàva: Mas en fin el Duque se le desfarraygò, y le echò por la rexa. Quedò Don Quixote acrivàdo el roïtro, y no muy sanas las narizes, aunque muy despechàdo, porque no le avian dexàdo fenecèr la batalla, que tan travàda tenia con aquel malandrin encantadòr. Hizièron traèr azeyte de aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquíssimas manos le pùso unas vendas por todo lo herido, y al ponèrse las, con voz baxa le dixo: Todas estas malandanças te suceden empedernido cavallèro por el pecado de tu dureza, y pertinàcia; y plega à Dios que se le olvide à Sancho tu escudèro el açotàrse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinèa, ni tu la gòzes, ni llegues al Tàlamo con ella, alomènos vivièdo yo, que te adòro. A todo esto no respondiò Don Quixote otra palabra, sino fuè dàr un profundo suspiro, y luego se tendiò en su lecho, agradecièdo à los Duques la mercèd; no porque èl tenia temor de aquella canalla garèfca encantadòra, y cencerruna, sino porque avia conocido la buena intencion con que avian venido à socorrèrle. Los Duques le dexàron fofegàr, y se fuèron pesàròs del mal suceffo de la burla; que no creyèron, que tan pesada, y tan costosa le salièra à Don Quixote aquella aventura, que le costò cinco dias de encerramièto, y de cama, donde le sucediò otra aventura mas gustosa que la

pas-

passada, la qual no quière su historiador contar aora, por acudir à Sancho Pança, que andava muy solícito, y muy graciòso en su gobierno.



CAPITULO XLVII.

*Donde se prosigue como se portava
Sancho Pança en su gobierno.*

CUENTA la història, que desde el juzgado llevàron à Sancho Pança à un sumptuòso palacio, adonde en una gran sala estàva puesta una real, y limpiissima mesa; y assi como Sancho entrò en la sala, sonàron chirimías, y salieron quatro pages à darle aguanmanos, que Sancho recibìò con mucha gravedad. Cesò la mùsica, y sentòse Sancho à la cabecera de la mesa, porque no avia mas de aquel assiento, y no otro servicio en toda ella. Pùsose à su lado en piè un personàge, que despues mostrò ser medico, con una varilla de vallena en la mano: Levantàron una riquissima, y blanca tohalla, con que estàvan cubiertas las frutas, y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante, echò la bendicion, y un page puso un babador randado à Sancho. Otro, que hazia el oficio de maestrefala, llegò un plato de fruta delante; pero apenas huvò comido un bocado, quando el de la varilla, tocando con ella

ella en el plato, se le quitàron de delante con grandissima celeridad: Pero el maestresala le llegò otro de otro manjar: Iva à provàrle Sancho, pero antes que llegàsse à èl ni le gustàsse, yà la varilla avia tocàdo en èl, y un page alçàdole con tanta presteza como el de la fruta: Visto lo qual por Sancho, quedò suspenso; y miràndo à todos, preguntò, si se avia de comèr aquella comida, como juego de Maestrecoral? A lo qual respondiò el de la vara: No se hà de comèr, Señor Governadòr, sino como es uso, y costumbre en las otras insulas donde ày Governadores. Yo, Señor, soy medico, y estòy asalariàdo en esta insula para sèrlo de los Governadores della, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiàndo de noche, y de dia, y tanteàndo la complexion del Governadòr, para acertàr à curàrle quando cayère enfermo; y lo principal que hago es, asistir à sus comidas, y cenas, y dexàrle comèr de lo que me parèce, que le conviene, y à quitàrle lo que imagino que le ha de hazer daño, y ser nocivo al estòmago; y assi mandè quitàr el plato de la fruta por ser demasiadamènte hùmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandè quitàr por ser demasiadamènte caliente, y tenèr muchas especies, que acrecièntan la sed; y el que mucho bebe, mata, y consume el humedo radical, donde consiste la vida. Dessa manera aquel plato de perdizes, que estàn alli assadas, y à mi parecer bien fazonàdas, no me haràn algund daño? A lo que el medico respondiò: Essas no comerà el Señor Governadòr en tanto que yo

tu-

tuvière vida. Pues porque? dixo Sancho. Y el medico respondiò; porque nuestro maestro Hipocrates, norte, y luz de la medicina, en un aforismo fuyo dize: *Omnis saturatio mala; perdix autem pessima*: Quiere dezir, que toda hartazga es mala, pero la de las Perdizes malissima. Si effo es assi, dixo Sancho, vèa el Señor dotor de quantos manjares ày aquí en esta mesa, qual me harà mas provècho, y qual menos daño, y dèxeme comèr dèl fin que me le apalèe; porque por vida del Governador, y assi Dios me le dexe gozàr, que me muèro de hambre; y el negàrme la comida, aunque le pese al Señor dotor, y èl mas me diga, antes serà quitàrme la vida, que aumentàrmela. Vueffa mercèd tiene razòn, Señor Governadòr, respondiò el medico, y assi es mi parecèr que vueffa mercèd no coma de aquellos conejos guisàdos que allí estàn, porque es manjar peliagùdo: De aquella ternera, fino fuèra assada, y en adobo, aun se pudièra provàr, pero no ay para que. Y Sancho dixo: Aquel platonazo, que està mas adelante vahando, me parèce que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas ày, no podrè dexàr detopàr con alguna, que me fea de gusto y provècho. *Abfit* dixo el medico, vaya lexis de nosotros tan mal pensamièto; no ày cosa en el mundo de peor mantenimièto que una olla podrida: Allà las ollas podridas para los canònigos, ô para los retores de colegios, ô para las bodas labradorèscas, y dèxennos libres las mesas de los Governadores, donde ha de asistir todo

todo primor, y toda atildadura; y la razón es, porque siempre, y à dò quièra, y de quien quièra son mas estimadas las medicinas simples que las compuèstas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: Mas lo que yo sè que ha de comer el Señor Governadòr aora, para conservàr su salud, y corroboràr la, es un ciento de cañutillos de suplicaciones, y unas tajadicas fútiles de carne de membrillo, que le affienten el estómago, y le ayúden à la digestión. Oyendo esto Sancho, sè arrimò sobre el espaldar de la silla, y mirò de hito en hito al tal medico, y con voz grave le preguntò, como se llamava? Y donde avia estudiado? A lo que èl respondiò: Yo, Señor Governadòr, me llamo el dotor Pedro Rezio de aguero, y soy natural de un lugar llamàdo Tirteafuèra, que està entre Caraquei, y Almodobàr del Campo à la mano derecha, y tengo el grado de Dotor por la Univerfidad de Osuna. A lo que respondiò Sàncho todo encendido en cólera: Pues Señor dotor Pedro Rezio de mal-aguero, natural de Tirteafuèra, lugar que està à la derecha mano, como vamos de Caraquei à Almodobàr del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante, fino, voto al Sol, que tome un garrote, y que à garrotazos, comenzando por èl, no me ha de quedàr medico en toda la Insula, alomènos de aquellos, que yo entienda que son ignorantes; que à los medicos sabios, prudentes, y discretos, los pondrè sobre mi cabeça, y los honrarè como

à

à personas divinas. Y buelvo à dezir, que se me vaya Pedro Rezio de aqui, fino, tomarè esta filla donde estòy sentàdo, y se la estrellarè en la cabeça; y pìdanmelo en residencia, que yo me descargarè con dezir, que hize servicio à Dios en matàr à un mal medico, verdugo de la Republica: Y dènme de comèr, ô fino tomen se su Gobierno; que oficio, que no dà de comèr à su dueño; no vale dos habas. Alborotòse el Dotor vièndo tan colèrico al Governadòr, y quiso hazèr Tirteafuèra de la sala, fino que en aquel instante sonò una corneta de posta en la calle, y assomàndose el Maestresala à la ventana, bolviò dizièndo: Correo viene del Duque mi Señor; algun despacho deve de traèr de importancia. Entrò el correo sudando, y asustàdo, y sacàndo un pliego del seno, le pùso en las manos del Governadòr, y Sancho le pùso en las del Mayordomo, à quien mandò leyèsse el sobrescrito, que dezìa assi: *A Don Sancho Pança Governadòr de la Insula Barataria, en su propia mano, ô en las de su secretario.* Oyèndo lo qual Sancho, dixo: Quien es aquí mi Secretario? Y uno de los que presentes estàvan, respondiò: Yo, Señor, porque sè leèr, y escrìvir, y soy Vizcayno. Con essa añadidura, dixo Sancho, bien podèys ser secretario del mismo Emparadòr. Abrid esse pliego, y mirad lo que dize. Hizolo assi el rezien nacido secretario, y avièndo leydo lo que dezìa, dixo, que era negocio para tratàrle à solas. Mandò Sancho despejàr la sala, y que no quedassen en ella fino el Mayordomo, y el Maestresala;

trefala; y los demas, y el medico se fuèron; y luego el secretario leyò la carta, que assi dezìa:

A mi noticia hà llegado, Señor Don Sancho Pança, que unos enemigos mios, y dessa Ìnsula la han de dàr un assalto furioso no sè que noche: Conviene velar, y estàr alèrta, porque no le tomen desapercibido. Sè tambien por espías verdaderas, que han entrado en esse lugar quatro personas disfraçadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: Abrid el ojo, y mirad quien llega à hablàros, y no comays de cosa, que os presentàren. Yo tendrè cuydado de socorremos, si os vièredes en trabajo, y en todo harèys como se espèra de vuestro entendimiènto. Deste Lugar à 16 de Agosto à las 4 de la mañana.

Vuestro Amigo

El Duque.

Quedò atònito Sancho, y mostràron quedàrlo assimismo los circunstantes, y bolvièndose al Mayordomo, le dixo: Lo que aora se ha de hazèr, y hà de sèr luego, es, metèr en un calabogo al dotor Rezio, porque si alguno me ha de matàr, hà de ser èl, y de muerte adminicula, y pessima, como es la de la hambre. Tambien, dixo el Maestresala, me parèce à mi, que vuestra mercèd no coma de todo lo que està en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suèle dezirse: Detràs de la Cruz està el diablo. No lo niego, respondiò Sancho, y por aora dènme un pedazo

daço de pan, y obra de quatro libràs de ubas, que en ellas no podrà venir veneno; porque en efecto no puedo pàsàr sin comèr; y si es que hèmòs de estàr prontos para estas batallas que nos amenàzan, menestèr serà bien mantenidos; porque tripas llevan coraçòn que no coracon tripas: Y vos, Secretario, respondèd al Duque mi Señor, y dezidle, que se cumplirà lo que manda, como lo manda, sin faltàr punto; y darèys de mi parte un besa manos à mi Señora la Duquesa, y que le suplico, no se lo olvide de embiàr con un propio mi carta, y mi lio à mi muger Teresa Pança, que en ello recibirè mucha mercèd, y tendrè cuydado de servirle con todo lo que mis fuerças alcançàren: Y de camino podeys encaxàr un besa manos à mi Señor Don Quixote de la Mancha, porque vèa que soy pan agradecido: Y vos, como buen secretario, y como buen Vizcayno podèys añadir todo lo que quisièredes, y mas vinière à cuento; y alcense estos manteles, y dènme à mi de comèr, que yo me avendrè con quantas espías, y matadores, y encantadores vinièren sobre mi, y sobre mi insula.

EN esto entrò un page, y dixo: aquí està un labradòr negociànte, que quiere hablàr à vuestra Señoría en un negocio, segun èl dize, de mucha importancia. Extraño caso es este, dixo Sancho, destes negociantes. Es possible que sean necios, que no echen de vèr, que semejantes horas como estas, no son en las que han de venir à negociàr? Por ventura los que governàmos, y los que somos juezes, no somos hombres de carne y de huèllo; y que es
me-

menestèr, que nos dexeñ descansàr el tiempo que la necessidàd pide; fino que quieren que seàmos hechos de piedra marmol? Par Dios, y en mi conciencia, que si me dura el Govièrno (que no durarà segun se me trafluze) que yo ponga en pretina à mas de un negociante. Agora, dezid à esse buen hombre, que entre; pero advièrtase primero, no sea alguno de los espías, ô matador mio. No Señor, respondiò el page, porque parèce una alma de càntaro; y yo sè poco, ô èl es tan bueno, como el buen pan. No ay que temèr, dixo el Mayordomo, que aquí estàmos todos. Seria possìble, dixo Sancho, Maestresala, que aora que no està aquí el dotor Pedro Rezio, que comièsse yo alguna cosa de peso, y de sustancia, aunque fuèsse un pedaço de pan, y cebolla? Esta noche à la cena se satisfarà la faltà de la comida, y quedarà vuestra Señoria satisfecho, y pagado, dixo el Maestresala. Dios lo haga, respondiò Sancho; y en esto entrò el labradòr, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se echàva de vèr, que era bueno, y buena alma.

Lo primero que dixo fuè, quien es aquí el Señor Governadòr? Quien ha desèr, respondiò el Secretario, fino el que està sentàdo en la silla? Humillome, pues, à su presencia, dixo el labradòr, y ponièndose de rodillas, le pidiò la mano para besàrsela. Negòsela Sancho, y mandò, que se levantàsse, y dixèsse lo que quisièsse. Hizolo assi el labradòr, y luègo dixo: Yo, Señor, soy labradòr, natural de Miguèl Turra, un lugar que està dos leguas de ciuda-

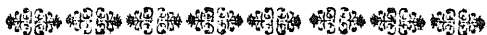
real. Otro Tirteafuèra tenèmos, dixo Sancho; Dezyd, hermano; que lo que yo os sè dezir es, que sè muy bien à Miguèl Turra, y que no està muy leños de mi pueblo. Es pues el casco, Señor, prosiguiò el labradòr, que yo por la misericordia de Dios sòy casado en paz, y en haz de la santa Iglesia Catholica Romana: Tengo dos hijos estudiàntes, que el menor estudia para bachillèr, y el mayor para licenciado: Sòy viudo, porque se murió mi muger, ô por mejor dezir, me la matò un mal medico, que la purgò estàndo preñada; y si Dios fuèra servido que salièra à luz el parto, y fuèra hijo, yo lo pusiera à estudiàr para Dotor, porque no tuvièra envidia à sus hermanos el Bachillèr, y el licenciado. De modo, dixo Sancho, que si vuestra muger no se huvièra muerto, ô la huvièran muerto, vos no fuèrades agora viudo? No Señor en ninguna manera, respondiò el labrador. Medrados estàmos, replicò Sancho; adelante, hermano, que es hora de dormir mas que de negociàr. Digo, pues, dixo el labradòr, que este mi hijo, que hà de sèr Bachillèr, se enamorò en el mesmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andres Perlerino labradòr riquissimo: Y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo, ni otra alcurnia, sino porque todos los destelinage son perlaricos, y por mejoràr el nombre los llaman Perlerines: Aunque si vâ à dezir la verdad, la donzella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parèce una flor del campo; por el yzquierdo no tanto, porque le

le falta aquel ojo, que se le faltò de viruèlas: Y aunque los hoyos del rostro son muchos, y grandes, dicen los que la quièren bien, que aquellos no son hoyos sino sepulturas, donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuziàr la cara, tràe las narizes, como dicen, arremangadas, que no parèce, sino que vàn huyèndo de la boca; y con todo esto parèce bien por estremo, porque tiene la boca grande, y à no faltàrle diez, ó doze dientes, y muelas, pudièra passàr, y echàr raya entre las mas bien formàdas. De los labios no tengo que dezir, porque son tan fútiles, y delicados, que si se usara aspàr labios, pudièran hazar dellos una madexa; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parècen milagròs-fos, porque son jaspeados de azul y vèrde, y averengenado: Y perdòneme el Señor Governadòr, si por tan menùdo vòy pintàndo las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quièro bien, y no me parèce mal. Pinràd lo que quisièredes, dixo Sancho, que yo me vòy recreàndo en la pintura, y si huvièra comido, no huvièra mejor postre para mi que vuestro retrato. Esto tengo yo por servir, dixo el labradòr, pero tiempo vendrà en que seàmos, si aora no somos: Y digo, Señor, que si pudièra pintar su gentileza, y la altura de su cuerpo, fuèra cosa de admiracion; pero no puede ser, à causa de que ella està agoviada, y encojida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo esto se echa bien de vèr, que si se pudièra levantàr, dièra con la

cabeça en el techo; y yà ella huvièra dado la mano de esposa à mi Bachillèr, fino que no la puede estendèr, que està anudada; y con todo en las uñas largas, y acanaladas se muestra su bondad, y buena hechura. Està bien, dixo Sancho, y hazèd cuenta, hermano, que yà la avèys pintàdo de los piès à la cabeça: Que es lo que querèys aora? y venid al punto sin rodèos, ni callejuelas, ni retazos, ni añadiduras? Querria, Señor, respondiò el labradòr, que vueſſa mercèd me hizièſſe mercèd de darme una Carta de favor para mi consuègro, suplicàndole ſea ſervido de que eſte caſamiento ſe haga, pues no ſomos deſyguales en los bienes de fortuna, ni en los de la naturaleza; porque para dezir la verdad, Señor Governadòr, mi hijo es endemoniàdo, y no ay dia, que tres, ò quatro vezes no le atormènten los malignos eſpiritus; y de avèr caydo una vez en el fuego, tiene el roſtro arrugàdo como pergamino, y los ojos algo lloròſos, y manantiales; pero tiene una condicion de un Angel; y fino es que ſe aporrèa, y ſe dà de puñadas èl miſmo à ſi miſmo, fuèra un bendito. Quereys otra coſa, buen hombre? replicò Sancho. Otra coſa querria, dixo el labradòr, fino que no me atrèvo à dezirlo; pero vaya, que en fin no ſe me ha de podrir en el pecho, pegue, ò no pegue. Digo, Señor, que querria que vueſſa mercèd me dièſſe trecientos, ò ſeyſcientos ducàdos para ayùda de la dote de mi Bachillèr; digo, para ayùda de ponèr ſu caſa, porque en fin han de vivir por ſi, ſin eſtår ſugètos à las impertinencias de ſus ſuegros.

fuegos. Miràd, si quereys otra cosa, dixo Sancho, y no la dexèys de dezir por empacho, ni verguènça. No por cierto, respondió el labrador; y apenas dixo esto, quando levantàndose en piè el Governadòr, alio de la filla en que estàva sentàdo, y dixo: Voto à tal Don patàn, rústico, y mal miràdo, que fino os apartàys, y escondèys luego de mi presencia, que con esta filla os rompa, y abra la cabeça. Hideputa, vellàco, pintor del mismo demonio, y à estas horas te viènes à pedirme seyscientos ducados! Y donde los tengo yo, he-diòndo? Y porque te los avia de dàr, aunque los tuvièra, focarròn, y mentecàto? Y que se me dà à mi de Miguèl turra, ni de todo el linage de los Perlerines? Và de mi, digo; fino, por vida del Duque mi Señor, que haga lo que tengo dicho. Tu no debes de ser de Miguèl Turra, fino algun focarròn, que para tentàrme, te hà embiàdo aquí el infierno. Dime, desfalmàdo: Aun no ha dia y medio que tengo el Gobierno, y yà quières que tenga seyscientos ducados? Hizo de señas el Maestràla al labrador, que se salièsse de la sala, el qual lo hizo cabizbàxo, y al parecèr temeroso de que el Governadòr no executàsse su còlera; que el vellacòn supo hazer muy bien su oficio. Pero dexèmos con su còlera à Sancho, y àndese la paz en el corro, y bolvàmòs à Don Quixote, que le dexàmòs vendàdo el rostro, y curàdo de las gatefscas heridas, de las quales no sanò en ocho días; en uno de los quales le sucediò lo que Cide Hamete promète de contàr con la puntualidad, y verdàd, que

fuèle contar las cosas desta història, por minimas que sèan.



C A P I T U L O XLVIII.

De lo que le sucediò à Don Quixote con Doña Rodriguez la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escriptura, y de memoria eterna.

ADEMA'S estàva mohìno, y melancolico el mal ferido Don Quixote, vendàdo el rostro, y señalàdo, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato (desdichas anèxas à la andante Cavalleria.) Seys dias estùvo sin salir en publico; en una noche de los quales, estàndo despierto, y desvelàdo pensando en sus desgracias, y en el perseguiimiento de Altisidora, sintiò que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginò, que la enamoràda donzella venia para sobrefalar su honestidàd, y ponerle en condition de faltàr à la tè, que guardàr devia à su Señora Dulcinèa del Toboso. No, dixo, (creyèndo à su imaginaciòn, y esto con voz que pudièra ser oyda,) no ha de sèr parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo dexe de adoràr à la que tengo gravada, y estampada en la mirad de mi coraçòn, y en lo mas escondido de mis entrañas, ora estès, Señora mia, transformada en cebolluda labradora,

dòra, ora en Ninfa del doràdo Tajo, texièndo telas, de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin, ô Montefinos donde ellos quièren, que adonde quièra eres mia, y à dò quièra he sido yo, y he de ser tuyo. El acabar estas razones, y el abrir de la puerta fuè todo uno. Pùsosc en piè sobre la cama embuèlto de arriba abaxo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeça, y el rostro, y los bigotes vendàdos; el rostro, por los aruños; los bigotes, porque no se le desmayàssen, y cayèssen: En el qual trage parecia la mas extraordinària fantasma, que se pudiesa pensàr. Clavò los ojos en la puerta, y quando esperàva vèr entràr por ella à la rendida, y lastimada Altisidora, viò entràr à una reverendissima dueña con unas tocas blancas repulgadas, y luengas tanto, que la cubrian y enmantàvan desde los piès à la cabeça. Entre los dedos de la mano yzquierda traía unamedia vela encendida, y con la derecha se hazia sombra porque no le dièsse la luz en los ojos, à quièn cubrian unos muy grandes anteojos. Venìa pisàndo quedito, y movia los piès blandamente. Miròla Don Quixote desde su atalaya, y quando viò su adeliño, y notò su silencio, pensò que alguna Bruja, ô maga venìa en aquel trage à hazèr en el alguna mala fechoria, y commençò à santiguàrle con mucha prièssa. Fuèsse llegàndo la vision, y quando llegò à la mitad del aposento, alçò los ojos, y viò la prièssa con que se eitàva hazièndo cruces Don Quixote; y si èl quedò medroso en vèr tal figura, ella quedò espantada

da en vèr la fuya, porque assi como le viò tan alto, y tan amarillo con la colcha, y con las vendas que le disfiguràvan, diò una gran voz, dizièndo: Jesús, que es lo que vèo! y con el sobrefalto se le cayò la vela de las manos, y vièndose à escùras, bolviò las espaldas para irse, y con el miedo tropeçò en sus faldas, y diò consigo una gran cayda. Don Quixote temeròso començò à dezir: Conjùrote, fantasma, ô lo que eres, que me digas, quièn eres, y que me digas, que es lo que de mi quières? Si eres alma en pena, dímelo, que yo harè por ti todo quanto mis fuerças alcançàren, porque sòy Catholico Chriistiano, y amigo de hazèr bien à todo el mundo; que para esto tomè la orden de la Cavalleria andante que professò, cuyo exercicio aun hasta hazèr bien à las animas del Purgatorio se estien-de. La brumada dueña, que oyò conjuràrse, por su temor coligiò el de Don Quixote, y con voz afligida, y baxa le respondiò: Señor Don Quixote, (si es que à caso vueffa mercèd es Don Quixote) yo no soy fantasma, ni vision, ni alma de Purgatorio, como vueffa mercèd deve de avèr pensàdo, sino doña Rodriguez la dueña de honòr de mi Señora la Duquesa, que con una neccessidàd de aquellas que vueffa mercèd suèle remediàr, à vueffa mercèd vengo. Dígame, Señora Doña Rodriguez, dixo Don Quixote, por ventùraviene vueffa mercèd à hazèr alguna terceria? porque la hago sabèr que no sòy de provecho para nadie: Mercèd à la fin par belleza de mi Señora Dulcinèa del Tobòso. Digo en fin, se.

señora doña Rodriguez, que como vueſſa merced ſalve, y dexe à una parte todo recado amoròſo, puede bolvèr à encendèr ſu vela, y buelva, y departirèmos de todo lo que mas mandàre, y mas en guſto le vinière, ſalvàndo, como digo, todo incitativo melindre. Yo recado de nadie, Señor mio? reſpondiò la dueña. Mal me conoce vueſſa merced: Si, que aun no eſtòy en edàd tan prolongada, que me acoja à ſemejantes niñerías, pues Dios loàdo, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes, y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han uſurpado unos catarros, que en eſta tierra de Aragón ſon tan ordinarios: Pero eſpèreme vueſſa merced un poco, ſaldrà à encendèr mi vela, y bolverè en un instante à contàr mis cuytas, como à remediador de todas las del mundo; y ſin eſperàr reſpueſta, ſe ſaliò del apoſento, donde quedò Don Quixote ſoſſegàdo, y penſativo eſperàndola: Pero luego le ſobrevinièron mil penſamientos acerca de aquella nueva aventura; y pareciàle sèr mal hecho, y peor penſado, ponerle en peligro de rompèr à ſu Señora la fèe prometida; y deziàſe à ſi miſmo: Quien ſabe, ſi el diablo, que es ſutil y mañoſo, querrà engañarme aora con una dueña, lo que no hà podido con Emperatrizes, Reynas, Duquèſſas, Marquèſſas, ni Condeſſas? Que yo he oydo dezir muchas vezes, y à muchos diſcrètos, que ſi èl puede, antes os la darà roma, que aguilena. Y quien ſabe, ſi eſta ſoledad, eſta ocaſion, y eſte ſilencio deſpertaràn mis deſſeòs, que duèrmen; y haràn, que al cabo de mis años ven-

ga

ga à caèr donde nunca he tropeçado? Y en casos femejantes mejor es huÿr, que esperar la batalla. Pero yo no devo de estàr en mi juyzio, pues tales disparates digo, y piènso; que no es possible, que una dueña toquiblanca, larga, y antojuna pueda movèr, ni levantàr pensamiènto lascivo en el mas desalmado pecho del mundo. Por ventùra ày dueña en la tierra, que tenga buenas carnes? Por ventùra ày dueña en el orbe, que dexe de sèr impertinènte, frunzida, y melindròsa? A fuèra pues, caterva dueñèsca, inútil para ningun humano regalo. O quan bien hazia aquella Señora, de quien se dize, que tenia dos dueñas de bulto con sus antòjos, y almohadillas al cabo de su estrado, como que estàvan labràndo; y tanto le servian para la autoridàd de la fila aquellas estàtuas, como las dueñas verdaderas: Y dizièndo esto, se arrojò del lecho con intencion de cerràr la puerta, y no dexàr entràr à la Señora Rodriguez; mas quando la llegò à cerràr, yà la Señora Rodriguez bolvia, encendida una vela de cera blanca en la mano, y quando ella viò à Don Quixote de mas cerca embuelto en la colcha con las vendas, galocha, ô becoquìn, remiò de nuèvo; y retiràndose atràs como dos passos, dixo: Estàmos seguras, Señor cavallero, porque no tengo à muy honesta seña! averse vuestra merced levantado de su lecho. Estò mismo es bien que yo pregunte, Señora, respondiò Don Quixote, y assi pregunto, si estarè yo seguro de sèr acometido, y forçado? De quien, ô à quien pedis, Señor cavallero, essa seguridad?

re-

replicò la dueña. A vos, y de vos la pido, dixo Don Quixote, porque ni yo soy de mar-mol, ni vos de bronce, ni aora son las diez del dia, sino media noche, y aun un poco mas, segun imagino, y en una estancia mas cerrada, y secreta, que lo deviò de ser la cueva donde el traydor, y atrevido Eneas gozò à la hermosa, y piadosa Dido: Pero dadme, Señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor, que la de mi continencia, y recato, y la que ofrecen essas reverendissimas tocacas: Y diziendo esto, besò su derecha mano, y le affiò de la fuya, que ella le diò con las mesmas ceremonias.

AQUÍ haze Cide Hamete un parentesis, y dize, que por Mahoma que dièra, (por ver ir à los dos assi affidos, y travados desde la puerta al lecho,) la mejor Almalafa de dos que tenia.

ENTRÒSE en fin Don Quixote en su lecho, y quedòse Doña Rodriguez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitandose los antojos, ni la vela. Don Quixote se acorruco, y se cubriò todo, no dexando mas del rostro descubierto, y aviendose los dos fofsegado, el primero que rompiò el silencio fuè Don Quixote, diziendo: puede vuestra merced aora, mi Señora Doña Rodriguez, descoserse, y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuytado coraçòn, y lastimadas entrañas; que serà de mi escuchada con castos oydos, y socorrida con piadosas obras. Assi lo creò yo, respondiò la dueña, que de la gentil, y agradable presencia de vuestra merced

cèd no se podìa esperar fino tan Christiana respuèsta.

Es pues el caso, Señor Don Quixote, que aunque vuèssa mercèd me vèe sentada en esta filla, y en la mirad del Reyno de Aragón, y en habito de dueña aniquilada, y assendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage, que atravièssan por èl muchos de los mejores de aquella provincia, pero mi corta fuèrte, y el descuydo de mis padres, que empobrecièron antes de tiempo sin sabèr como ni como no, me truxèron à la Corte de Madrid, donde por bien de paz, y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron à servir de donzella de labor à una principal Señora. Y quièro hazèr sabidòr à vuèssa mercèd, que en hazer vaynillas, y labor blanca, ninguna me ha echado el piè adelante en toda la vida. Mis padres me dexaron sirvièndo, y se bolvièron à su tierra; y de alli à pocos años se devièron de ir al cielo, porque eran ademàs buenos, y Catholicos Christianos. Quedè huèrfana, y atendida al miserable salario, y à las angustiadas mercèdes, que à las tales criadas se suèle dàr en palacio; y en este tiempo sin que dièsse yo ocasion à ello, se enamorò de mi un escudèro de casa, hombre yà en dias, barbudo, y apersonado, y sobre todo hidalgo como el Rey, porque era Montañès. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no vinièssen à noticia de mi Señora, la qual por escusar dimes, y dirètes, nos casò en paz, y en haz de la Santa Madre Iglesia Catholica Romana, de
cuyo

cuyo matrimonio nació una hija, para rematar con mi ventura (si alguna tenía;) no porque yo murièsse del parto (que le tuve derecho, y en fazòn(fino porque desde allí à poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo (que à tenèr aora lugar para contarle, yo sè, que vueſſa mercèd se admiràra:) Y en esto començo à llorar tiernamente, y dixo: Perdoneme vueſſa mercèd, Señor Don Quixote, que no vâ mas en mi mano; porque todas las vezes que me acuèrdo de mi mal logrado, se me arrâsan los ojos de lagrimas. Vâleme Dios, y con que autoridad llevâva à mi Señora à las ancas de una poderosa mula negra como el mismo azabache; que entonces no se usâvan coches, ni fillas, como aora dizèn que se usan, y las Señoras ivan à las ancas de sus escudèros. Esto alomènos no puedo dexâr de contarle, porque se note la criança, y puntualidad de mi buen marido. Al entrâr de la calle de Santiago en Madrid (que es algo estrecha) venia à salir por ella un Alcalde de Corte con dos Alguaziles delante; y assi como mi buen escudero le viò, bolviò las riendas à la mula, dando señal de bolvèr à acompañarle. Mi Señora, que iba à las ancas, con voz baxa le dezia: Que hazèys, desventurado? No vèys que vòy aqui? El Alcalde de de comedido detuvo las riendas al cavallo, y dixole: Seguid, Señor, vuestro camino, que yo soy el que devo acompañar à mi Señora Doña Casilda (que assi era el nombre de mi ama) todavia porfiava mi marido con la gorra en la mano à querèr ir acompañando al Alcalde:

calde: Vièndo lo qual mi Señora, llena de còlera, y enojo facò un alfiler gordo (ò creò que un punçòn del estuche) y clavòsele por los lomos de manera, que mi marido diò una gran voz, y torciò el cuèrpo de fuerte, que diò con su Señora en el suèlo. Acudièron dos lacayos suyos à levantàrla, y lo mismo hizo el Alcalde, y los alguaziles. Alborotòse la puerta de Guadalajara, digo, la gente valdìa que en ella estàva. Vinòse à piè mi ama, y mi marido acudiò en casa de un Barbero, diziendo que llevàva passadas de parte à parte las entrañas. Divulgòse la cortesía de mi esposo tanto, que los muchachos le corrian por las calles; y por esto, y porque el era, algun tanto corto de vista, mi Señora la Duquesa le despidiò, de cuyo pesar, sin duda alguna tengo para mi, que se le causò el mal de la muerte. Quedè yo viùda, y desamparada con hija acuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmènte como yo tuvièsse fama de gran labranderà, mi Señora la Duquesa, que estàva reziencasada con el Duque mi Señor, quiso traèrme consigo à este reyno de Aragón, y à mi hija ni mas ni menos, en donde yendo dias, y viniendo dias, creciò mi hija, y con ella todo el donayre del mundo: Canta como una Calandria, dança como el Pensamiènto, bayla como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariènto. De su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia; y deve de tenèr aora, si mal no me acuèrdo, diez y sèys años, cinco meses y

tres

tres dias uno mas à menos. En resolucion desta mi muchacha se enamorò un hijo de un labradòr riquissimo, que està en una aldèa del Duque mi Señor no muy lexos de aqui. En efecto no sè como ni como no, ellos se juntaron, y debaxo de la palabra de sèr su esposo, burlò à mi hija, y no se la quiere cumplir; y aunque el Duque mi Señor lo sabe, porque yo me he quejado à èl no una sino muchas vezes, y pedido, le mande, que el tal labradòr se case con mi hija, haze Orejas de Mercader, y apenas quiere oyrme; y es la causa, que como el padre del burlador estan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar, ni dâr pesadumbre en ningun modo. Querria, pues, Señor mio, que vuestra mercèd tomàsse à su cargo el deshazèr este agravio, ô yà por ruegos, ô yà por armas, pues segun todo el mundo dize, vuestra mercèd nació en èl para deshazerlos, y para enderezar los tuertos, y amparar los miserables: Y pòngasele à vuestra mercèd por delante la huerfandad de mi hija su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes, que he dicho que tiene; que en Dios y en mi conciencia, que de quantas donzellas tiene mi Señora, no ày ninguna que llegue à la suela de su zapato; y que una que llaman Altifidora, que es la que tienen por mas desembuelta, y gallarda, puesta en comparacion con mi hija, no la llega de dos leguas; porque quiero que sepa vuestra mercèd, Señor mio, que no es todo oro lo que reluze, porque esta Altifidorilla

Tom. IV.

K

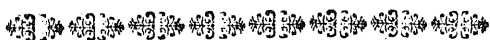
tiene

tiene mas de prefuncion, que de hermosura, y mas de defembuelta, que de recogida: Además que no està muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no ày sufrir el estàr junto à ella un momèto; y aun mi Señora la Duquesa. . . Quièro callar; que se suèle dezir, que aun las paredes tienen oydos.

QUE tiene mi Señora la Duquesa por vida mia, Señora Doña Rodriguez? preguntò Don Quixote. Con esse conjuro, respondiò la dueña, no puedo dexar de responder à lo que se me pregunta con toda verdàd. Vèe vuestra merced, Señor Don Quixote, la hermosura de mi Señora la Duquesa; aquella Tèz de rostro que no parèce sino de una espada acicalada, y tersa; aquellas dos Mexillas de leche, y de carmin, que en la una tiene el Sol, y en la otra la Luna; y aquella gallardia con que và pisando, y aun despreciando el suelo, que no parèce sino que và derramando salud donde passa? Pues sepa vuestra merced, que lo puede agradecer primero à Dios, y luego à dos fuentes que tiene en las dos piernas por donde se desagua todo el mal humor, de quien dizen los medicos, que està llena. Santa Maria! dixo Don Quixote, y es possible, que mi Señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyèra, si me lo dixèran Frayles descalzos; pero pues la Señora Doña Rodriguez lo dize, deve de sèr assì: Pero tales fuentes, y en tales lugares no deven de manar humor sino ambar liquido. Verdaderamente que aora acabo de crèer, que esto de hazèrse fuentes, deve de sèr cosa importante para la salud.

A P E N A S

APENAS acabò Don Quixote de dezir estas razones, quando con un gran golpe abrièron las puertas del aposento, y del sobresàlto del golpe se le cayò à Doña Rodriguez la vela de la mano, y quedò la estancia como boca de lobo, como suèle dezirse. Luego sintiò la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemènte que no la dexàvan ganir, y que otra persona con mucha presteza, sin hablàr palabra, la alcava las faldas, y con una, al parecèr, Chinèla le començò à dár tantos açotes que era una compassion; y aunque Don Quixote se la tenia, no se meneàva del lecho, y no sabia que podìa ser aquello; y estàvase quedo y callàdo, y aun temièdo no vinièsse por èl la randa, y tunda açotèscas: Y no fuè vano su temor, porque en dexando molida à la dueña (la qual no osàva quejarse) los callados verdugos acudièron à Don Quixote, y desèmbolvièndole de la sàbana, y de la colcha le pellizcàron tan amenudo, y tan reziamènte, que no pudo dexar de defendèrse à puñadas, y todo esto en silencio admirable. Durò la batalla casi media hora; salièronse las fantasmas; recogiò Doña Rodriguez sus faldas, y gimièdo su desgracia, se saliò por la puerta fuera sin dezir palabra à Don Quixote; el qual doloròso, y pellizcàdo, confuso, y pensativo se quedò solo, donde le dexarèmos, desèoso de saber quien avia sido el perverso encantador, que tal le avia puestò: Pero ello se dirà à su tiempo; que Sancho Pança nos llama, y el buen concièrto de la història lo pide.



CAPITULO XLIX.

*De lo que le sucediò à Sancho Pança
rondando su Insula.*

DEXAMOS al gran Governadòr enojado, y mohino con el Labradòr Pintòr, y Socarròn, el qual, industriado del Mayordomo, y el Mayordomo del Duque, se burlàvan de Sancho, pero èl se las tenía tieffas à todos, maguera Tonto, Bronco, y Rollizo; y dixo à los que con èl estàvan, y al dotor Pedro Rezio (que como se acabò el secrèto de la carta del Duque, avia buuelto à entràr en la sala:) Agora verdaderamènte entièndo, que los juezes, y gobernadores deven de sèr, ô han de ser de bronze para no sentir las importunidàdes de los negociantes, que à todas horas, y à todos tiempos quièren que los escùchen, y despachen, atendièndo solo à su negocio, venga lo que vinière; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ô porque no puede, ô porque no es aquel el tiempo diputado para dàrles audiencia, luego les maldizen, y murmuran, y les ròn los hueffos, y aun les deslindan los linages. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresùres, espera fazòn, y coyuntùra para negociàr; no vengas à la hora de comèr, ni à la del dormìr; que los juezes son de carne, y de hueffo, y han de dàr à la naturalèza lo que
na-

naturalmente les pide; fino es yo que no le dòy de comèr à la mia: Mercèd al señor doctor Pedro Rezio tirteafuèra que està delante, que quiere que muera de hambre; y afirma, que esta muerte es vida (que assi se la dà Dios à èl, y à todos los de su ralèa, digo, à la de los malos medicos; que la de los buenos palmas, y làuros merècen.) Todos los que conocian à Sancho Pança, se admiràvan oyèndole hablàr tan elegantemènte, y no sabian à que atribuyrlo, fino à que los oficios, y cargos graves, ô adòban, ô entorpècen los entendimientos. Finalmènte el doctor Pedro Rezio Aguero de Tirteafuèra prometìò de dàrle de cenàr aquella noche aunque excedièsse de todos los aforismos de Hipocrates. Con esto quedò contento el Governadòr, y esperàva con grande ansia llegàsse la noche, y la hora de cenàr; y aunque el tiempo, al parecèrsuyo, se estàva quedo sin movèrse de un lugar, todavia se llegò, por el tanto desèado, donde le dièron de cenàr un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos cozidas de ternèra algo entràda en dias. Entregòse en todo con mas gusto, que si le huvieran dàdo Francolines de Milan, Faysànes de Roma, Ternèra de Sorrento, Perdizes de Moròn, ô Ganfios de Lavajos; y entre la cena, bolvièndose al doctor, le dixo: Mirad, Señor Doctor, de aquí adelante no os curèys de dàrme à comèr cosas regaladas, ni manjares exquisitos, porque serà facèr à mi estòmago de sus quicios, el qual està acostumbràdo à cabra, à vaca, à tocino, à cecina, à nabos, y cebollas; y si acá-

fo le dãn otros manjares de palacio, los recibe con melindre, y algunas vezes con asco. Lo que el Maestresala puede hazer es, traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras mas podridas son, mejor huèlen, y en ellas pue de embaular, y encerrar todo lo que el quisiere como seà de comèr, que yo se lo agradecerè, y se lo pagarè algun dia; y no se burle nadie conmigo, porque ô somos, ò no somos: Vivamos todos, y comamos en buena paz, y compaña, pues quando Dios amanèce, para todos amanèce. Yo governarè esta Insula sin perdonar derecho, ni llevar cohecho; y todo el mundo tràyga el ojo alerta, y mire por el viròte, porque les hago saber, que el diablo està en Cantillana; y que si me dãn ocasion, han de vèr maravillas: No fino hazèos mièl, y comèros han moscas. Por cierto, Señor Governador, dixo el Maestresala, que vuestra mercèd tiene mucha razòn en quanto hà dicho, y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos desta insula, que han de servir à vuestra mercèd con toda puntualidad, amor, y benevolencia; porque el suave modo de governar que en estos principios vuestra mercèd ha dado, no les dà lugar de hazer, ni de pensar cosa, que en deservicio de vuestra mercèd redunde. Yo lo crèo, respondiò Sancho, y serian ellos unos necios, si otra cosa hizièsen, ô pensàssen; y buelvo à dezir, que se tenga cuenta con mi sustento, y con el de mi ruzio, que es lo que en este negocio impòrta, y haze mas al caso; y en siendo hora vamos à rondar, que es mi intencion limpiar esta in-

ínsula de todo genero de inmundicia, y de gente vagamunda, holgaçana, y mal entretenida; porque quiero que sepàys, amigos, que la gente valdia, y pereçosa es en la Republica lo mesmo que los zànganos en las colmenas, que se comen la mièl, que las trabajadoras abejas hazen, pienso favorecer à los labradores, guardàr sus preeminencias à los Hidalgos, premiàr los virtuosos, y sobre todo tenèr respeto à la Religion, y à la honra de los Religiosos. Que os parèce desto, amigos? Digo algo, ô quièbrome la cabeça? Dize tanto vuestra mercèd, Señor Governadòr, dixo el Mayordomo, que estòy admiradò de vèr, que un hombre tan sin letras como vuestra mercèd (que à lo que crèo, no tiene ninguna) diga tales, y tantas cosas, llenas de sentencias, y de avisos tan fuera de todo aquello, que del ingenio de vuestra mercèd esperàvan los que nos embiàron, y los que aquí venimos. Cada dia se ven cosas nuevas en el Mundo; las bur-las se buelven en veras, y los burladòres se hallan burlàdos.

LEGÒ la noche, y cenò el Governadòr con licencia del Señor Dotor Rezio: Adereçàronse de ronda; saliò con el Secretario, Mayordomo, y Maestresala, y el Coronista (que tenía cuydado de ponèr en memoria sus hechos) y Alguaziles, y escrivànos tantos, que podian formàr un mediano esquadron. Iva Sancho en medio con su vara, que no avia mas que vèr; y pocas calles andadas del lugar, sintièron ruydo de cuchilladas; acudièron alla, y hallàron que eran dos solos hom-

bres los que reñian, los quales viendo venir à la justicia, se estuvièron quedos, y el uno dellos dixo: Aquí de Dios, y del Rey; como? y que se hà de sufrir que roben en poblado en este pueblo, y que se salga à saltear en èl en la mitad de las calles? Soslegàoshombre de bien, dixo Sancho, y contàdme, que es la causa desta pendencia? Que yo soy el Governador. El otro contrario dixo: Señor Governador, yo la dirè con toda brevedad: Vuestra merced sabrà, que este gentil hombre acaba de ganar aora en esta casa de juego, que està aquí frontero, mas de mil reales y sabe Dios como; y hallandome yo presente, juzguè mas de una fuerte dudosa en su favor contra todo aquello que me dictava la conciencia: Alçose con la ganancia, y quando esperava que me avia de dàr algun escudo por lo menos de barato (como es uso, y costumbre darle a los hombres principales, como yo, que estàmos asistentes para bien y mal passar, y para apoyar sinrazones, y evitar pendencias) èl embolsò su dinero, y se salió de la casa. Yo vine despechado tras èl, y con buenas, y corteses palabras le hè pedido, que me dièsse, liquièra, ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio, ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron, ni me le dexaron: Y el focarròn, que no es mas ladròn que Caco, ni mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de quatro reales. Porque vèa vuestra merced, Señor Governador, que poca verguença, y que poca conciencia. Pero à fèe, que si vuestra merced

no

no llegàra, que yo le hizièra vomitâr la ganancia, y que avia de sabèr con quantas entràva la Romàna. Que dezis vos à esto? preguntò Sancho. Y el otro respondiò, que era verdad quanto su contrario dezìa, y no avia querido dârle mas de quatro reales, porque se los dava muchas vezes; y los que espèran baràto, han de ser comedidos, y tomâr con rostro alegre lo que les dièren, sin ponèrse en cuentas con los gananciòs; si ya no supiéssèn de cierto, que son fullèros y que lo que ganan, es mal ganàdo; y que para señal que era hombre de bien, y no ladron como dezìa, ninguna avia mayor, que el no averle querido dâr nada; que siempre los fulleros son tributàrios de los mirònes que los conocen. Assi es, dixo el Mayordomo: Vèa vueſta mercèd, Señor Governadòr, que es lo que se ha de hazèr deſtos hombres? Lo que se hà de hazèr es esto, respondiò Sancho: Vos gananciòs, bueno ô malo, ô indiferente, dàd luego à este vueſtro acuchillador cien reales, y mas avèys de desembolsàr treynta para los pobres de la carcel: Y vos que no renèys oficio, ni beneficio, y andàys de *nones* en esta Insula, tomàd luego effos cien reales, y mañana en todo el dia ſaldad desta insula deſterràdo por diez años ſo pena, si lo quebrantàredes, los cumplàys en la otra vida, colgàndoos yo de una picòta, ô alomènos el verdugo por mi mandàdo: Y ninguno me replique; que le aſentarè la mano. Desembolsò el uno, recibìò el otro, este ſe ſaliò de la insula, y aquel le fuè à su casa, y el Governadòr quedò dizièndo: Ahora, yo podrè

K 5

poco,

poco, ô quitarè estas casas de juego; que à mí se me trassùze, que son muy perjudiciales. Esta alomènos, dixo un escrivàno, no la podrà vueffa mercèd quitàr, porque la tiene un gran personage; y mas es sin comparacion lo que èl pierde al año, que lo que saca de los này-pes. Contra otros gariteros de menor cantia podrà vueffa mercèd mostràr su poder, que son los que mas daño hazen, y mas intolencias encùbren; que en las casas de los Cavallèros principales, y de los Señores no se atreven los famòsos fullèros à usàr de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha buuelto en exercicio comun, mejor es, que se juegue en casas principales, que no en la de algun oficial, donde cogen à un desdichàdo de media noche abaxo, y le desuellan vivo. Ahora, escrivano, dixo Sancho, yo sè que ày mucho que dezir en esso.

Y en esto llegó un corchete, que traýa affido à un moço, y dixo: Señor Governadòr, este mancebo venia hàzia nosotros, y assi como columbrò la justicia, bolviò las espaldas, y començò à corrèr como un gamo (Señal que deve de sèr algun delinquente) Yo partí tras èl, y fino fuèra porque tropeçò, y cayò, no le alcançàra jamàs. Porque huýas, hombre? preguntò Sancho. A lo que el moço respondiò: Señor, por escusàr de responder à las muchas preguntas que las justicias hazen. Que oficio tienes? dixo Sancho. Texedor, respondiò el moço. Y que texes? preguntò Sancho. Hierros de lanças, con licencia buena de vueffa mercèd, dixo el moço. Gracioso

fico me soys? continuò Sancho: De chocar-rero os picays? Està bien. Y adonde yvades aóra? Señor, dixo el moço, à tomàr el ayre. Y adonde se toma el ayre en esta insula? dixo Sancho. Adonde sopla, respondiò el moço. Bueno, dixo Sancho, vos respondeys muy à proposito; discreto soys mangebo: Pero hazèd cuenta, que yo soy el ayre, y que os soplo en popa, y os encamino à la carcel. Ola, as-fidle, y llevàdle, que yo harè que duerma allí sin ayre esta noche. Par Dios, dixo el moço, assi me harà vuefía mercèd dormir en la carcel, como hazèrme Rey. Pues porque no te harè yo dormir en la carcel? preguntò Sancho. No tengo yo podèr para prendèrte, y soltarte cada y quando que quisiere? Por mas podèr que vuefía mercèd tenga, dixo el moço, no serà bastante para hazèrme dormir en la carcel. Como que no? replicò Sancho: Llevàdle luego, donde verà por sus ojos el defenga-ño, aunque mas el Alcalde quiera usàr con èl de su interesal liberalidad; que yo le pondrè pena de dos mil ducados, si te dexa salir un passo de la carcel. Todo esto es cosa de risa, respondiò el moço: El caso es, que no me haràn dormir en la carcel quantos oy viven. Dime demonio, dixo Sancho, tienes algun Angel que te saque, y que te quite los gril-los, que te pienso mandàr echar? Aora Señor Governadòr, respondiò el moço con muy buen donayre; estèmos à razon, y vengàmos al punto: Presuponga vuefía mercèd, que me manda llevàr à la carcel, y que en ella me echan grillos, y cadenas, y que me meten en un

un calabòço, y se le ponen al Alcalde graves penas si me dexa salir, y que èl lo cumple como se le manda: Con todo effo, si yo no quiero dormir, sino estàrme despierto toda la noche sin pegàr pestaña, serà vueſſa merced bastante con todo su poder para hazèrme dormir, si yo no quiero? No por cierto, dixo el Secretario, y el hombre ha salido con su intencion. De modo, dixo Sancho, que no dexarèys de dormir por otra cosa, que por vuestra voluntad, y no por contravenir à la mia? No Señor, dixo el moço, ni por pienso. Pues andad con Dios, dixo Sancho; ydos à dormir à vuestra casa, y Dios os dè buen sueño, que yo no quiero quitàrſle: Pero aconsèjoos, que de aquí adelante no os bur-lèys con la justicia, porque toparèys con alguna, que os dè con la burla en los cascós.

FUESE el moço, y el Governadòr profi-guiò su ronda, y de allí à poco vinièron dos corchetes, que traian à un hombre assido, y dixèron: Señor Governadòr, este que parece hombre, no lo es, sino muger y no fea que viene vestida en habito de hombre. Llegàronle à los ojos dos ô tres lanternas, à cuyas luzes descubrièron un rostro de una muger, al parecèr, de diez y sèys, ô pocos mas años, recogidos los cabellos con una re-dezilla de oro y seda verde, hermòsa como mil perlas. Miràronla de arriba à baxo, y vièron que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetàn blanco, y rapacejos de oro, y aljofar: Los greguèscos eran verdes de tela de oro, y una saltembarca,

ô ropilla de lo mismo fuelta, debaxo de la qual traía un jubon de tela finíssima de oro, y blanco, y los zapatos eran blancos, y de hombre: No traía espada ceñida, sino una riquíssima daga, y en los dedos muchos, y muy buenos anillos. Finalmente la moça pareció bien à todos, y ninguno la conoció de quantos la viéron, y los naturales del lugar dixéron, que no podían pensár quien fuéssé; y los confabidores de las burlas, que se avían de hazer à Sancho, fuéron los que mas se admiraron, porque aquel suceso, y hallazgo no venía ordenado por ellos, y assi estavan dudòsos, esperando en que pararía el caso. Sancho quedò pasmado de la hermosura de la moça, y preguntòle, quien era, adonde iba, y que ocasion le avía movido para vestirse en aquel habito? Ella, puestos los ojos en tierra, con honestíssima verguença respondiò: No puedo, Señor, dezir tan en publico lo que tanto me importava fuera secreto: Una cosa quiero que se entienda, que no soy ladron, ni persona facinorosa, sino una donzella desdichada, à quien la fuerza de unos zelos ha hecho romper el decoro que à la honestidad se deve. Oyendo esto el Mayordomo, dixo à Sancho: Haga, Señor Governador apartar la gente, porque esta Señora con menos empaño pueda dezir lo que quisiere. Mandòlo assi el Governador: Apartaronse todos, sino fuéron el Mayordomo, Maestresala y el Secretario. Viéndose, pues, solos, la donzella prosiguió diziendo: Yo, Señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, arrendador de las lanas deste

deste lugar, el qual suèle muchas vezes ir à casa de mi padre. Eſſo no lleva camino, dixo el Mayordomo, Señora, porque yo conozco muy bien à Pedro Perez, y sè que no tiene hijo ninguno, ni varon, ni hembra, y mas que dezis que es vuestro padre, y luego añadis, que suèle ir muchas vezes en casa de vuestro padre. Yà yo avia dado en ello, dixo Sancho. Ahora Señores, yo estòy turbada, y no sè lo que me digo, respondiò la donzella; pero la verdàd es, que yo sòy hija de Diego de la Llana, que todos vueſſas mercèdes deven de conòcer. Aun eſſo lleva camino, respondiò el Mayordomo, que yo conòzco à Diego de la Llana, y sè que es un hidalgo principal, y rico, y que tiene un hijo, y una hija, y que despues que enviudò, no hà avido nadie en todo este lugar, que pueda dezir, que hà visto el rostro de su hija; que la tiene tan encerrada, que no dà lugar al sol que la vèa, y con todo esto la fama dize, que es por estremo hermosa. Assi es la verdàd respondiò la donzella, y eſſa hija sòy yo: Si la fama miente, ô no en mi hermosura, yà osavrèys, Señores, desengañado, pues me avèys visto; y en esto comencò à llorar tiernamente. Viendo lo qual el Secretario, se llegó al oydo del Maestresala, y le dixo muy paſſo: Sin duda alguna, que à esta donzella le deve de aver sucedido algo de importancia, pues en tal trage, y à tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No ày dudàr en eſſo, respondiò el Maestresala, y mas que eſſa sospecha la confirman sus lagrimas. Sancho la consoldò

solò con las mejores razones que el supò; y le pidiò, que sin temor alguno les dixèsse lo que le avia sucedido, que todos procurarían remediàrlo con muchas veras, y por todas las vias posibles. Es el caso, Señores, respondió ella, que mi padre me hà tenido encerrada diez años hà, que son los mismos, que à mi madre come la tierra: En casa dizen Missa en un rico oratorio, è yo en todo este tiempo no hè visto que el sol del cielo de dia, y la luna, y las estrellas de noche; Ni sè, que son calles, plaças, ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre, y un hermano mio, y de Pedro Perez el Arrendador, que por entràr de ordinario en mi casa, se me antojò dezir, que era mi padre por no declaràr el mio. Este encerramièto, y este negàrme el salir de casa (siquiera à la Iglesia) hà muchos dias, y meses, que me tràe muy desconsolada: Quisiera yo vèr el mundo, ô alomènos el pueblo donde nacì, parecièndome que este desèo no iba contra el buen decoro, que las donzellas principales deven guardàr à sí mesmas. Quando oya dezir, que corrían toros, y jugàvan Cañas, y se representàvan comedias, preguntàva à mi hermano (que es un año menor que yo) que me dixèsse, que cosas eran aquellas, y otras muchas que yo no hè visto: èl me lo declaràva por los mejores modos que sabìa, pero todo era encendèrme mas el desèo de vèrlo. Finalmente por abreviàr el cuento de mi perdicion, digo, que yo roguè, y pedì à mi hermano (que nunca tal pidièra, ni tal rogàra) y tornò à renovàr el llanto. El Mayor-

domo

domo el dixo: Profiga vueſſa mercèd, Señora, y acabe de dezìrnos lo que le hà ſucedido, que nos tienen à todos ſuſpenſos ſus palabras, y ſus lagrimas. Pocas me quedan por dezir, reſpondiò la donzella, aunque muchas lagrimas ſi, que lloràr; porque los mal colocados deſeòs no pueden traèr conſigo otros deſcùentos que los ſemejantes. Aviaſe ſentàdo en el alma del maeftrèſala la belleza de la donzella, y llegò otra vez ſu lantèrna para vèrla de nuevo, y pareciòle, que no eran làgrimas, las que lloràva fino Aljòſar, ô rozio de los prados, y aun las ſubìa de punto, y las llegàva à Pertas orientales; y eſtàva deſſeàndo, que ſu deſgracia no fuèſſe tanta como davan à entendèr los indicios de ſu llanto, y de ſus ſuspiros. Deſeſperàvaſe el Governador de la tardança que tenìa la moça en dilatàr ſu hiſtòria; y dixole, que acabàſſe de tenèrlos mas ſuſpènſos, que era tarde, y faltàva mucho que andàr del pueblo. Ella entre interrotos ſollos, y mal formados ſuspiros dixo: No es otra mi deſgracia, ni mi infortunio es otro, ſino que yo roguè à mi hermano, que me viſtièſſe en habitos de hombre con uno de ſus vestidos, y que me ſacàſſe una noche à vèr todo el pueblo, quando nueſtro padre durmièſſe. Èl, importunado de mi ruego, condeſcendiò con mi deſeò, y ponièndome eſte vestido, y èl viſtièndose de otro mio (que le eità como nacido, porque èl no tiene pelo de barba, y no parece fino una donzella hermoſiſſima) eſta noche, deve de avèr una hora poco mas ó menos, nos ſalimos de caſa, y guiados de nueſtro

nuestro moço , y desbaratado discurso hèmòs rodeado todo el pueblo , y quando queriamos bolvèr à casa , vimos venir un gran tropèl de gente , y mi hermano me dixo : hermana , esta deve de ser la ronda ; aligèra los pies , y pon alas en ellos , y vente tras mi corriendo , porque no nos conòzcan , que nos ferà mal con-tado ; y diziendo esto bolviò las espaldas , y començò , no digo , à corrèr , sino à bolàr. Yo à menos de sèys passos cay con el sobre-salto , y entonces llegò el ministro de la justi-cia , que me truxo ante vuestra mercèd , don-de por mala , y antojadiza me vèò avergon-çada ante tanta gente. En efecto , Señora , dixo Sancho , no os hà sucedido otro desmán alguno , ni zelos (como vos al principio de vuestro cuento dixistes) no os sacaron de vuestra casa ? No me hà sucedido nada , ni me sacaron zelos , sino solo el desèo de ver mun-do , que no se estendia à mas que à ver las cal-les deste lugar. Acabò de confirmàr la ver-dad de lo que la donzella dezia , llegar los corchetes con su hermano preso , à quien alcançò uno dellos quando se huyò de su her-mana : No traia sino un faldellin rico , y una mantellina de Damasco azul con passamanos de oro fino , la cabèça sin toca , ni con otra cosa adornada , que con sus mesmos cabèllos , que eran fortijas de oro , segun eran rubios y enricados. Apartaronse con èl el Governa-dor , Mayordomo , y Maestresala , y sin que lo oyèsse su hermana , le preguntaron , como venia en aquel trage ? Y èl con no menos ver-guènça , y empàcho contò lo mismo que su

hermana avia contàdo, de que recibìò gran gusto el enamoràdo Maestresala; pero el Governadòr les dixo: Por cierto, Señores, que esta hà sido una gran rapaceria, y para contar esta necesidad, y atrevimiento no eran menester tantas largas, ni tantas lagrimas, y suspiros; que con dezir, somos fulano, y fulana, que nos salimos à espaciàr de casa de nuestros padres con esta invencion solo por curiosidad sin otro designio alguno, se acabàra el cuento; y no gemidicos, y lloramicos, y darle. Assi es la verdad, respondiò la donzella; pero sepan vuestras mercedes, que la turbacion que he tenido, ha sido tanta, que no me hà dexàdo guardàr el termino que devia. No se ha perdido nada, respondiò Sancho: vamos, y dexaremos à vuestras mercedes en casa de su padre, quicà no los avrà echado menos; y de aqui adelante no se muestren tan niños, ni tan desèosos de ver mundo; que *la donzella borrada la pierna quebrada, y en casa; y la muger, y la gallina por andàr se pierden ayuna*; y la que es desèosa de ver, tambien tiene desèo de ser vista: No digo mas. El mancebo agradeciò al Governadòr la merced que queria hazerles de bolverlos à su casa; y assi se encaminaron hàzia ella, que no estàva muy lejos de alli. Llegaron, pues, y tiràndo el hermano una China à una rexa, al momento baxò una criada, que los estàva esperando, y les abriò la puerta, y ellos se entraron dexàndo à todos admirados, assi de su gentileza, y hermosura, como del desèo, que tenian de ver mundo de noche, y sin salir

lir del lugar ; pero todo lo atribuyeron à su poca edad. Quedò el Maestresala traspassado su coraçon , y propuso de luego otro dia pedirselà por muger à su padre , tenièndo por cierto , que no se la negaria , por ser criado del Duque ; y aun à Sancho le vinièron deseos , y barruntos de casar al moço con San- chica su hija , y determinò de ponerlo en pla- tica à su tiempo , dandose à entender , que à una hija de un Governador ningun marido se le podìa negar. Con esto se acabò la ronda de aquella noche , y de alli à dos dias el Go- vierno , con que se destroncàron , y borrà- ron todos sus designios , como se verà ade- lante.



CAPITULO L.

Donde se declara quiènes fuèron los encan- tadores , y verdugos que açotàron à la dueña , y pellizcàron , y arañaron à Don Quixote , con el suceso que tuvo el pa- ge , que llevò la carta à Teresa Pança muger de Sancho Pança.

DIZE Cide Hamete , puntualissimo escu- driñador de los atomos desta verdadera història que al tiempo que Doña Rodriguez salió de su aposento para ir à la estancia de Don Quixote , otra dueña que con ella dor-

mia la fintiò (y que como todas las dueñas son amigas de sabèr, entendèr y olèr) se fuè tras ella con tanto silencio, que la buena Rodriguez no lo echò de vèr; y assi como la dueña la viò entràr en la estancia de Don Quixote (porque no faltàsse en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de sèr chismosas) al momènto lo fuè à poner en pico à su Señora la Duquesa, y à dezirle de como Doña Rodriguez quedàva en el aposènto de Don Quixote. La Duquesa se lo dixo al Duque, y le pidiò licencia para que ella y Altisidora vinièssen à vèr lo que aquella dueña quería con Don Quixote. El Duque se la diò, y las dos con gran tiento, y sosiego passò ante passò llegàron à ponèrse junto à la puerta del aposènto, y tan cerca, que oyan todo lo que dentro hablàvan; y quando oyò la Duquesa, que la Rodriguez avia echàdo en la calle el aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora; y assi llenas de còlera, y desàsosas de vengança entràron de golpe en el aposènto, y acrewillàron à Don Quixote, y vapulàron à la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas, que vàn derechas contra la hermosura, y presuncion de las mugeres, despièrtan en ellas en gran manera la ira, y encienden el desàsò de vengàrse.

CONTÒ la Duquesa al Duque lo que le avia passado, de lo que se holgò mucho; y la Duquesa, prosiguiendo con su intencion de burlàrse, y recibir passatiempo con Don Quixote, despachò al page (que avia hecho la figu-

ra de Dulcinèa en el concièrto de su defencanto , que tenia bien olvidado Sancho Pança con la ocupacion de su Gobierno) à Teresa Pança su muger con la carta de su marido, y con otra fuya, y con una gran farta de corales ricos presentados.

DIZE pues la hистòria, que el page era muy discrèto, y agùdo; y con desèo de servir à sus Señores partiò de muy buena gana al lugar de Sancho, y antes de entràr en èl, viò en un arròyo estàr lavàndo cantidàd de mugeres, à quien preguntò , si le sabrian dezir, si en aquel lugar vivia una muger, llamàda Teresa Pança , muger de un cierto Sancho Pança , escudero de un Cavallero llamado Don Quixote de la Mancha? A cuya pregunta se levantò en pie una moçuela que estàva lavàndo, y dixo: Essa Teresa Pança es mi madre, y esse tal Sancho mi Señor padre, y el tal Cavallero nuestro amo. Pues venid, donzella, dixo el page, y mostràdme à vuestra madre, porque le tràygo una carta , y un presente del tal vuestro padre. Eisso harè yo de muy buena gana, Señor mio, respondiò la moça, que mostràva sèr de edàd de quatorze años poco mas à menos; y dexando la ropa que lavàva à otra compañera, sin tocàrse, ni calçàrse (que estàva en piernas, y desgrenaada) saltò delante de la cavalgadura del page, y dixo: Venga vueffa mercèd, que à la entràda del pueblo està nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena, por no avèr sabido muchos dias hà nuevas de mi Señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dixo el page, que tiene que

dàr bien gracias à Dios por ellas. Finalmènte, saltàndo, corrièndo, y brincàndo, llegò al pueblo la muchacha, y antes de entràr en su casa, dixo à voces desde la puerta: Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un Señor, que trae cartas, y otras cosas de mi buen padre: A cuyas voces salió Teresa Pança su madre hilàndo un copo de estopa, con una saya parda, que segun era de corta, parecia que se la avian cortado por vergonçoso lugar, con un Corpeçuelo asimismo pardo, y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostràva pàsàr de los quarenta; pero fuerte, tiesa, nerbuda, y avellanada: La qual vièndo à su hija, y al page à cavallo, le dixo: Que es esto niña? Que Señor es este? Es un Servidor de mi Señora Doña Teresa Pança, respondiò el page; y dizièndo, y hazièndo, se arrojò del Cavallo, y se fue con mucha humildad à ponèr de hinojos ante la Señora Teresa, dizièndo: Dème vuestra merced sus manos, mi Señora Doña Teresa, bien assi como muger legitima, y particular del Señor Don Sancho Pança, Governador propio de la infula Barataria. Ay, Señor mio, quítese de ahí, no haga esto, respondiò Teresa, que yo no soy nada palacièga, sino una pobre labradora, hija de un estripta-terrones, y muger de un escudero andante, y no de Governador alguno. Vuestra merced, respondiò el page, es muger dignissima de un Governador archidignissimo, y para prueva desta verdad, reciba vuestra merced esta carta, y este presente: Y sacò al instante de la faldri-

que-

quera una Sarta de coràles con estrèmos de oro, y se la echò al cuello, y dixo: Esta carta es del Señor Governadòr; y otra que tràygo y estos coràles son de mi Señora la Duquesa, que à vueffa mercèd me embia. Quedò pasmada Teresa, y su hija ni mas ni menos, y la muchacha dixo: Que me maten fino anda por aqui nuestro Señor amo Don Quixote, que deve de avèr dado à mi padre el govierno, ô condado, que tantas vezes le avia prometido. Assi es la verdàd, respondiò el page, que por respeto del Señor Don Quixote es aora el Señor Sancho Governadòr de la insula Barataria, como se verà por esta carta. Lèamela vueffa mercèd, Señor Gentilhombre, dixo Teresa, porque aunque yo sè hilàr, no sè leèr migaja. Ni yo tampoco añadiò Sanchica; pero espèreme aquí, que yo irè à llamàr quien la lèa, ora sea el Cura mesmò, ô el Bachillèr Sanfòn Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No ay para que se llame à nadiè, que yo no sè hilàr, pero sè leèr, y la leerè; y assi se la leyò toda, que por quedàr yà referida, no se pone aquí; y luego facò otra de la Duquesa, que dezía desta manera.

AMIGA Teresa. Las buenas partes de la bondàd, y del ingenio de vuestro marido Sancho, me movièron, y obligàron à pedir à mi marido el Duque, le dièsse un govierno de una insula de muchas que tiene. Tengo noticia, que gobièrna como un Girifalte, de lo que yo estòy muy contenta, y el Duque mi Señor por el consiguiènte, por lo que dòy

muchas gracias al Cielo de no avèrme engañado en avèrle escogido para el tal Gobierno; porque quièro que sepa la Señora Teresa, que con dificultad se halla un buen Gobernador en el mundo; y tal me haga à mi Dios, como Sancho gobièrna. Ày le embio, Querida mia, una carta de corales con èstrèmos de oro: Yo me holgàra, que fuèra de perlas orientales, pero quien te da el huèvo, no te querría vèr muerta: Tiempo vendrà en que nos conozcàmos, y nos comuniquèmos, y Dios sabe lo que serà. Encomièndeme à Sanchica su hija, y dìgale de mi parte, que se apareje, que la tengo de casar altamènte quando menos lo piense. Dìzenme, que en esse lugar ày bellotas gordas: embième hasta dos dozenas, que las estimaré en mucho por ser de su mano; y escrívame luego, avisàndome de su salud, y de su bien estàr; y si huviere menestèr alguna cosa, no tiene que hazèr mas que boquear, que su boca serà medida: Y Dios me la guarde. Deste Lugar.

Su Amiga que bien la quiere

La Duquesa.

Ay, dixo Teresa en oyèndo la carta; y que buena y que llana, y que humilde Señora! Con estas tales Señoras me entierren à mi, y no las hidalgas, que en este pueblo se ùsan, que piensan, que por ser hidalgas, no las hà de tocàr el viento; y vàn à la Iglelia con tanta fantasia, como si fuèssen las mismas Reynas; que no parècen, sino que tiènen à deshonra

honra el miràr à una labradora: Y vèys aquí donde esta buena Señora, con sèr Duquesa, me llama amiga, y me trata como si fuèra su igual (que igual la vèa yo con el mas alto campanario que ày en la Mancha.) Y en lo que roca à las bellotas, Señor mio, yo le embiarè à su Señoría un Celemin, que por gordas las pueden venir à vèr à la mira, y à la maravilla. Y por aora, Sanchica, atiende à que se regale este Señor: Pon en orden este cavallo, y faca de la cavalleriza huèvos, y corta tozino adùnia: Y dèmosle de comèr como à un Principe; que las buenas nuevas que nos hà traydo, y la buena cara que èl tiene, lo merèce todo; y en tanto saldrè yo à dàr à mis vezinas las nuevas de nuestro contento, y al padre Cura, y à Maesse Nicolas el Barbero, que tan amigos son, y han sido de tu padre. Si harè, madre, respondiò Sanchica; pero mire, que me hà de dàr la mitad dessa farta, que no tengo yo por tan boba à mi Señora la Duquesa, que se la avia de embiàr à ella toda. Toda es para ti, hija, respondiò Teresa; pero dèxamela traèr algunos dias al cuello, que verdaderamènte parece, que me alegra el coraçòn. Tambien se alegraràn, dixo el page, quando vèan el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finissimo, que el Governador solo un dia llevò à caça, el qual le embia para la Señora Sanchica. Que me viva èl mil años, respondiò Sanchica, y el que lo tràe ni mas ni menos, y aun dos mil si fuère neccesidad.

SALIòse en esto Teresa fuera de casa con

L 5

las

las cartas , y con la farta al cuello , y iva tañendo en las cartas , como si fuèra en un pandèro ; y encontràndose à caso con el cura , y Sanson Carrasco , començò à baylàr , y dezir: A fè , que agora que no ày pariente pobre: Gobiernito tenèmos. No sino tòmesè conmigo la mas pintada hidalga , que yo la pondré como nueva. Que es effo , Teresa Pança? Que locuras son estas? Y que papeles son estos? preguntò el Cura. No es otra locura , respondiò ella , sino que estas son cartas de Duqueñas , y de Gobernadores , y estos , que traygo al cuello , son corales finos ; las Ave Marias , y los padre nuestros son de oro de martillo , è yo soy Gobernadora. De Dios en ayùso , no os entendèmos , Teresa , ni sabèmos lo que os dezis , replicàron ellos. Ày lo podràn vèr ellos , respondiò Teresa , y diòles las cartas. Leyòlas el Cura de modo , que las oyò Sanson Carrasco ; y Sanson y el Cura se miràron el uno al otro , como admirados de lo que avia leydo. Y el Bachillèr preguntò , quien avia traydo aquellas cartas? Respondiò Teresa , que se vinièssen con ella à su casa , y verian el mensagero , que era un mancebo como un pino de oro ; y que le traýa otro presente , que valia mas de tanto. Quitòle el Cura los corales del cuello , y miròlos , y remirolos ; y certificàndose que eran finos , tornò à admiràrse de nuevo , y dixo. Por el habito que tengo , que no sè que me diga , ni que me piense destas cartas , y destos presentes : Por una parte vèo , y toco la fineza destos corales , y por otra lèo , que una Duqueña embia à

pe-

pedir dos dozenas de bellotas. Aderèçame effas medidas, dixo entonce Carrasco: Aora bien, vâmos à vèr al portador deste pliego, que dèl nos informarèmos de las dificultades, que se nos ofrècen. Hizieronlo assi, y bolviòse Teresa con ellos.

HALLARON al page crivàndo un poco de cevada para su cavalgadura, y à Sanchica cortàndo un torrezno para empedrarle con huèvos, y dâr de comèr al page, cuya presencia, y buen adorno contentò mucho à los dos; y despues de avèrle saludàdo cortesmen- te, y èl à ellos, le preguntò Sançon, les dixèsse nuevas assi de Don Quixote como de Sancho Pança; que puesto que avian leydo las cartas de Sancho, y de la Señora Duquesa, todavia estâvan confusos, y no acabâvan de atinâr, que sería aquello del Gobierno de Sancho; y mas, de una insula, sièndo todas, ô las mas que ay en el mar mediterràneo de su magestad? A lo que el page respondiò: De que el Señor Sancho Pança sea Governador, no ày que dudar ello: De que sea insula, ô no la que gobièrna, en esto no me entremèto; pero basta que sea un lugar de mas de mil vezinos: Y en quanto à lo de las bellotas, digo, que mi Señora la Duquesa es tan llana, y tan humilde, que no, dezia èl, embiâr à pedir bellotas à una labradora, pero que le acontecia embiâr à pedir un peyne prestàdo à una vezina suya; porque quiero que sepan vuestras mercèdes, que las Señoras de Aragon, aunque son tan principes, no son tan puntuosas, y levantadas como las Señoras

ras Castellanas: con mas llaneza tratan con las gentes.

ESTÀNDÓ en la mitàd destas pláticas, fallò Sanchica con una halda de huèvos, y preguntò al page: Dìgame, Señor; mi Señor padre tràe por ventura calças atacàdas despues que es Governadòr? No he miràdo en ello, respondiò el page; pero si deve de tràer. Ay Dios mio, replicò Sanchica, y que serà de vèr à mi padre con pedorrèras? No es bueno, sino que desde que naci, tengo desèo de vèr à mi padre con calças atacàdas? Como con essas cosas le verà vueëssa mercèd, si vive, respondiò el page: Par Dios, terminos lleva de caminàr con Papahigo con solos dos meses que le dure el Govièrno. Bien echàron de vèr el cura, y el bachiller, que el page hablava focarronamènte; pero la fineza de los coràles, y el vestido de caça que Sancho embiava, lo deshazia todo (que ya Teresa les avia mostràdo el vestido;) y no dexàron de reyrse del desèo de Sanchica, y mas quando Teresa dixo: Señor Cura, eche cata por ày, si ày alguien que vaya à Madrid, ô à Toledo, para que compre un verdugàdo redondo, hecho, y derecho, y sea al ùso, y de los mejores que havière; que en verdàd, en verdàd, que tengo de honràr el Govièrno de mi marido en quanto yo pudière; y aun, que, si me enòjo, me tengo de ir à essa Corte, y echàr un coche como todas; que la que tiene marido Governadòr, muy bien le puede tràer, y sustentar. Y como madre, dixo Sanchica; pluguièsse à Dios, que fuèsse antes oy que maña-

mañana , aunque dixèssen los que me vièssen ir sentada con mi Señora madre en aquel coche: Miràd la tal por qual , hija de aquel har-to de ajos , y como và sentàda , y tendida en el coche, como si fùera una papeña? Pero pi-sen ellos los lodos, y andeme yo en mi coche levantàdos los pies del suelo. Mal año, y mal mes para quantos murmuradòres ày en el mun-do ; y *andeme yo caliente , y ríase la gente*. Di-go bien, madre mia? Y como quedizes bien, hija , respondiò Teresa ; y todas estas ventù-ras , y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho ; y veràs tu hija , como no para hasta hazèrme condeffa, que todo es co-mençar à sèr venturòfas ; y como yo he oy-do dezir muchas vezes à tu buen padre (que affi como lo es tuyo , lo es de los refranes :) *Quando te dièren la vaquilla , corre con la soguil-la*. Quando te dièren un Gobierno , cògele: Quando te dièren un condado , agàrrale ; y quando te hizieren *Tus Tus* con alguna buena dàdiva , embàsala. No fino dormìos, y no respondàys à las ventùras , y buenas dichas , que estàn llamàndo à la puerta de vuestra ca-sa? Y que se me dà à mi , añadiò Sanchica, que diga el que quisiere, quando me vèa en-tonàda, y fantasiòsa, *viòse el perro en bragas de cerro*, y lo demas. Oyèndo lo quál el Cura , dixo: Yo no puedo creèr, fino que todos los deste linage de los Panças nacièron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: Nin-guno dellos he visto , que no los derràme à todas horas, y en todas las platicas que tienen. Affi es la verdàd, dixo el page, que el Señor

Go

Governador Sancho à cada passo los dize; y aunque muchos no vienen à proposito, todavia dan gusto, y mi Señora la Duquesa, y el Duque los celebran mucho. Que todavia se afirma vueſſa merced, Señor mio, dixo el Bachiller, fer verdàd eſto del Gobierno de Sancho, y de que ày Duquesa en el mundo, que le embie presentes, y le eſcriba? Porque nosotros aunque tocamos los presentes, y hèmoss leydo las cartas, no lo creemos, y pensamos, que eſta es una de las cosas de Don Quixote nuestro compatrioto, que todas, piensa, que son hechas por encantamiento; y assi estòy por dezir, que quiero tocar, y palpar à vueſſa merced por ver, si es embaxador fantàstico, ò hombre de carne y huèſſo? Señores, no sè mas de mi, respondiò el page, fino que sòy embaxador verdadero, y que el Señor Sancho Pança es Governador efectivo, y que mis Señores Duque, y Duquesa pueden dàr, y han dado el tal Gobierno; y que he oydo dezir, que en èl se porta valentissimamente el tal Sancho Pança: Si en eſto ày encantamiento, ò no, vueſſas mercedes lo disputen allà entre ellos, que yo no sè otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo, y los quiero mucho. Bien podrà ello fer assi, replicò el Bachiller; pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondiò el page, la verdàd es la que he dicho, y eſta ha de andàr siempre sobre la mentira como el azeite sobre el agua, y fino *operibus credite, et non verbis*. Vengale alguno de vueſſas mercedes

cèdes conmigo , y veràn con los ojos lo que no crèn por los oýdos. Esta ida à mi toca, dixo Sanchica; llèveme vueſſa mercèd, Señor, à las ancas de ſu rozin , que yo irè de muy buena gana à vèr à mi Señor padre. Las hijas de los Governadores , dixo el page , no han de ir ſolas por los càminos, ſino acompañadas de carroças, y litèras, y de gran numero de ſirvièntes. Par Dios, respondiò Sanchica, tambien me vaya yo ſobre una polлина, como ſobre un coche : Hallàdola avèys la melindròſa. Calla mochacha, dixo Tereſa, que no ſabes lo que te dizes, y eſte Señor eſtà en lo cierto; que *tal el tiempo, tal el tien-to*: Quando Sancho, Sancha: y quando Governadòr, Señora; y no sè ſi diga algo. Mas dize la Señora Tereſa de lo que piensa, dixo el page, y dènme de comèr, y deſpàchenme luego porquè pienſo bolvèrme eſta tarde. A lo que dixo el Cura : Vueſſa mercèd ſe vendrà à hazèr penitencia conmigo, que la Señora Tereſa mas tiene voluntad, que alhàjas para ſervir à tan buen hueſped. Rehusòlo el page, pero en eſecto lo huvò de concedèr por ſu mejòra, y el Cura le llevò conſigo de buena gana, por tenèr lugar de preguntàrle de eſpacio por Don Quixote, y ſus hazañas. El Bachillèr ſe ofreciò de eſcrivir las cartas à Tereſa de la reſpuèſta; pero ella no quiſo que el Bachillèr ſe metieſſe en ſus coſas, que le tenia por algo burlon; y aſſi diò un bollo, y dos huèvos à un monazillo, que ſabia eſcrivir, el qual le eſcriviò dos cartas, una para ſu marido, y otra para la Duqueſſa, notadas de

176 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

de su mismo calètre , que no son las peores , que en esta grande hистòria se ponen , como se verà adelante.



CAPITULO LI.

Del progressò del Gobierno de Sancho Pança , con otros successos tales como buenos.

AMANECIÒ el dia , que se siguiò à la noche de la ronda del Governadòr , la qual el Maestresala passò sin dormir , ocupado el pensamiento en el rostro , brio , y belleza de la disfraçada donzella ; y el Mayordomo ocupò lo que della faltava en escribir à sus Señores lo que Sancho Pança hazia , y dezia , tan admirado de sus hechos , como de sus dichos , porque andavan mezcladas sus palabras , y sus acciones con assomos , discretos , y tontos. Levantòse en fin el Señor Governadòr , y por orden del dotor Pedro Rezio le hizièron desayunar con un poco de conserva , y quatro tragos de agua fria ; cosa que la trocàra Sancho por un pedaço de pan , y un razimo de ubas ; pero viendo que aquello era mas fuerça que voluntad , passò por ello con harto dolor de su alma , y fatiga de su Estòmago haziéndole creèr Pedro Rezio , que los manjares pocos y delicados avivavan el ingenio , que era lo que mas convenia à las personas constituídas en man-

mandos, y en oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofisticaría padecía hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldezía el Gobierno, y aun à quien se le avía dado; pero con su hambre, y con su conserva se puso à juzgar aquel día; y lo primero que se le ofreció, fuè una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes à todo el Mayordomo, y los demas acólitos; que fuè.

SEÑOR: Un caudaloso rio dividía dos terminos de un mismo Señorío (y esté vueſſa merced atento, porque el caso es de importancia, y algo dificultoso.) Digo, pues, que sobre este rio estava una puente, y al cabo della una horca, y una como casa de audiencia, en la qual de ordinario avía quatro Juezes, que juzgavan la ley que puso el dueño del rio, de la puente, y del Señorío, que era en esta forma: Si alguno passare por esta puente de una parte à otra, ha de jurar primero adonde, y à que va? Y si jurare verdad, dexenle pasar, y si dixere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que alli se muestra sin remision alguna. Sabida esta ley, y la rigurosa condicion della, passavan muchos, y luego en lo que juravan, se echava de ver que dezian verdad, y los Juezes los dexavan pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento à un hombre, jurò, y dixo, que para el juramento que hazia, que iba à morir en aquella horca que alli estava, y no à otra cosa. Repararon los Juezes en el juramento, y dixeron: Si à este hombre le dexa-

mos passàr librementè, mintiò en su juramènto , y conforme à la ley deve morir; y si le ahorcàmos, èl jurò que iva à morir en aquella horca , y avièndo juràdo verdàd , por la misma ley deve ser libre. Pídesè a vueßa mercèd , Señor Governadòr , que haràn los Juezes del tal hombre , que aun hasta agora estàn suspenfos y dudòsos ? Y avièndo tenido noticia del agùdo , y elevàdo entendimiènto de vueßa mercèd , me embiàron à mi , à que suplicàsse à vueßa mercèd de su parte , dièßse su parecèr en tan intricàdo , y dudòso caso. A lo que respondiò Sancho : Por cierto que estos Señores Juezes , que à mi os embian , lo pudièran avèr escusàdo , porque yo sòy un hombre , que tengo mas de mostrenco , que de agùdo ; pero con todo esto , repetidme otra vez el negocio de modo ; que yo le entienda ; quicà podria ser , que dièßse en el hito. Bolviò otra , y otra vez el preguntante à referir lo que primero avia dicho. Sancho dixo : A mi parecèr , este negocio en dos paletas lo declarare yo ; y es assi : El tal hombre jura , que vè à morir en la horca ; y si muere en ella jurò verdàd , y por la ley puesta , merèce ser libre , y que passè la puente ; y si no le ahorcan , jurò mentira , y por la misma ley merèce , que le ahorquen. Assi es como el Señor Governadòr dize , dixo el mensagèro ; y quanto à la entereza , y entendimiènto del caso no ay mas que pedir , ni que dudàr. Digo yo , pues , agora , replicò Sancho , que deste hombre aquella parte , que jurò verdàd , la dèxen passàr ; y la que dixo mentira la ahorquen ;

quen; y desta manera se cumplirà al pie de la letra la condicion del passage. Pues Señor Governador, replicò el preguntador, serà necessario, que el tal hombre se divida en partes, en mentiròsa, y verdadèra; y si se divide, por fuerça ha de morir, y assi no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necessidad esprèssa, que se cumpla con ella. Venid acà, Señor buen hombre, respondiò Sancho; Fste passagèro que dezis, ô yo soy un porro, ô èl tiene la misma razòn para morir, que para vivir, y passàr la puente; porque si la verdàd le salva, la mentira le condena igualmente, y sièndo esto assi como lo es, soy de parecèr, que digàys à èstos Señores que à mi os embiàron, que pues estàn en un fil las razones de condenàrle, ô absolvèrle, que le dexen passàr libremente, pues siempre es alabado mas el hazer bien que mal; y esto lo dièra firmado de mi nombre, si supièra firmar: Y yo en este caso no he hablado demio, fino que se me vino à la memoria un precepto, que entre otros muchos me diò mi amo Don Quixote la noche antes que vinièsse à sèr Governador desta insula, que fuè: Que quando la justicia estuvièsse en duda, me decantàsse, y acogièsse à la misericordia; y ha querido Dios, que agora se me acordasse, por venir en este caso como de molde. Assi es, respondiò el Mayordomo; y tengo para mi, que el mismo Licurgo, que diò leyes à los Lacedemonios, no pudièra dàr mejor senten-
cia, que la que el gran Pança hà dado: Y acàbese con esto la audiencia desta mañana, è

yo darè orden , como el Señor Governadòr coma muy à su gusto. Eſſo pido , y Barras derèchas dixo Sancho : dènme de comèr y lluevan caſos , y dudas ſobre mi , que yo las deſpavilarè en el ayre. Cumpliò ſu palabra el Mayordomo , parecièndole sèr cargo de conciencia matàr de hambre àtan diſcreto Governadòr : Y mas que pensàva concluir con èl aquella miſma noche , hazièndole la burla ultima , que traìa en comiſſion de hazèrle. Sucediò , pues , que avièndo comido aquel dia contra las reglas , y aforiſmos del Dotor Tireafuera , al levantàr de los manteles entrò un correo con una carta de Don Quixote para el governador. Mandò Sancho al Secretario , que la lèyeſſe para ſi , y que ſino vinièſſe en ella alguna coſa digna de ſecreto , la lèyeſſe en voz alta. Hizolo aſſi el Secretario , y repaſàndola primero , dixo : Bien ſe puede leèr en vos alta ; que lo que el Señor Don Quixote eſcrive à vueſſa merced , merèce eſtàr eſtampado , y eſcrito con letras de oro , y dize aſſi.

Carta de Don Quixote de la Mancha à Sancho Pança Governadòr de la Inſula Barataria.

QUANDO eſperàva oyr nuevas de tus deſcuydos , è impertinencias , Sancho amigo , las oì de tus diſcreciones , de que dè por ello gracias particulares al Cielo , el qual del eſtièrcol ſabe levantàr los pobres , y de los tontos hazèr diſcretos. Dizenme , que gobiernas como ſi fuèſſes hombre ; y que eres hom.

hombre como si fuèsses bestia , segun es la humildàd con que te tratas: Y quiero que advièrtas, Sancho que muchas vezes conviene, y es necessàrio por la auzoritàd del oficio, ir contra la humildàd del coraçòn ; porque el buen adorno de la persona , que està puesta en graves cargos, ha de sèr conforme à lo que ellos piden , y no à la medida de lo que su humilde condicion le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parèce palo. No digo, que tràygas dices, ni galas, ni que sièndo juez te vístas como soldado, sino que te adornes con el habito que tu oficio requière, con tal que sea limpio , y bien compuesto. Para ganàr la voluntàd del pueblo que gobiernas entre otras, has de hazèr dos cosas: La una, sèr bien criado con todos (aunque esto yà otra vez te lo he dicho) y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos; que no ày cosa que mas fatigue el coraçòn de los pobres, que la hambre, y la carestía.

No hagas muchas pragmaticas , y si las hizieres, procura que sèan buenas, y sobre todo que se guarden, y cumplan ; que las pragmaticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuèssen ; antes dòn à entendèr, que el Principe , que tuvo discrecion y auzoritàd para hazèrlas, no tuvo valor para hazèr, que se guardàssen ; y las Leyes, que atemorizan, y no se executan, viènèn à ser como la viga, Rey de las ranas , que al principio las espantò, y con el tiempo la menospreciàron, y se subieron sobre ella. Sè padre de las virtudes, y padrastro de los vicios. No seas siempre ri-

guròso , ni siempre blando , y escoge el medio entre estos dos estrèmos, que en esto està el punto de la discrecion. Visita las carceles, las carnicerías, y las plàças; que la presència del Governadòr en lugares tales es de mucha importancia. Consuèla à los presos , que espèran la brevedad de su despacho. Sè Coco à los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y espantajo à las placèras por la misma razon. No te muestres (aunque por ventura lo seas , lo qual yo no crèo) codiciòso , mugeriego , ni gloton ; porque en sabièndo el pùeblo , y los que te tratan , tu inclinacion determinada , por alli te daràn baterìa , hastaderribarte en el profundo de la perdicion. Mira, y remira, passà, y repassà los consejos, y documentos que te di por escrito antes que de aqui partièsses à tu Gobierno, y veràs como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de cósta, que te sobrelleve los trabajos, y dificultades, que a cada passo à los Gobernadores se les ofrecen. Escrìve à tus Señores, y muèstrateles agradecido; que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados, que se sabe, y la persona, que es agradecida à los que bien le han hecho, dà indicio, que tambien lo será à Dios, que tantos bienes le hizo, y de continuo le haze. La Señora Duquesa despachò un propio con tu vestido, y otro presente à tu muger Teresa Pança; por momentos esperamos respuesta.

Yo he estàdo un poco mal dispuesto de un cierto gateamiènto , que me sucediò no muy à cuento de mis narizes; pero no fuè nada ,
que

que si ày encantadòres que me maltraten, tambien los ày que me defiendan. Avísame, si el Mayordomo, que està contigo, tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tu sospechàste; y de todo lo que te sucediere me iràs dando aviso, pues es tan corto el camino; quanto mas, que yo pienso dexar presto esta vida ociosa en que estòy, pues no nací para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo, que me ha de poner en desgracia de estos Señores; pero aunque se me dà mucho, no se me dà nada; pues en fin en fin tengo de cumplir antes con mi profession que con su gusto, conforme à lo que suèle dezirse: *Amicus Plato, sed magis amica Veritas*; Dìgote este Latin, porque me doy à entender, que despues que eres Governadòr lo avràs aprendido. Y à Dios, el qual te guarde de que ninguno te tenga lastima.

Tu Amigo

Don Quixote de la Mancha.

Oyò Sancho la carta con mucha atencion, y fuè celebrada, y tenida por discreta de los que la oyeron; y luego Sancho se levantò de la mesa, y llamàndo al Secretario, se encerrò con èl en su estancia, y sin dilatàrlo mas, quiso responder luego à su Señor Don Quixote; y dixo al Secretario, que sin añadir, ni quitar cosa alguna fuèsse escribiendo lo que èl le dixèsse, y assi lo hizo: Y la carta de la respuesta fuè del tenor siguiente.

*Carta de Sancho Pança à Don Quixote
de la Mancha.*

LA ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeça, ni aun para cortarme las uñas, y assi las traygo tan crecidas, qual Dios lo remedie. Digo esto, Señor mio de mi alma, porque vueſſa mercèd no se espante, si hasta agora no he dado aviso de mi bien, ô mal estàr en este Gobierno, en el qual tengo mas hambre, que quando andàvamos los dos por las fellas, y por los despoblados.

ESCRIVIÒME el Duque mi Señor el otro dia, dandome aviso, que avian entrado en esta insula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra, que un cierto Dotor, que està en este lugar assalariado, para matar à quantos Governadores aquí vinièren: Llámase el dotor Pedro Rezio, y es natural de Tirteafuèra; porque vèa vueſſa mercèd que nombre, para no temer que he de morir à sus manos. Este tal Dotor dize èl mismo de si mismo, que èl no cura las enfermedades quando las ày, sino que las previene para que no vengán; y las medicinas que usa, son dieta, y mas dieta hasta poner la persona en los huesos mondos: Como sino fuèſſe mayor mal la flaqueza, que la calentura. Finalmente èl me và matando de hambre, è yo me vòy muriendo de despècho; pues quando pensè venir à este Gobierno à comer caliente, y à beber frio, y à recrear el cuerpo

po entre sàbanas de olanda sobre colchones de pluma, he venido à hazèr penitencia, como si fuèra hermitaño; y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo me ha de llevàr el diablo.

HASTA agora no he tocàdo derècho, ni llevàdo cohecho, y no puedo pensàr en que vâ esto; porque aqui me han dicho, que los Governadores que à esta insula suelen venir, antes de entràr en ella, ô les han dado, ô les han prestàdo los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usança en los demas que vàn à Gobiernos, no solamente en este.

A noche andando de ronda topè una muy hermòsa donzella en trage de varon, y un hermano suyo en habito de muger: De la moça se enamorò mi maestresala, y la escogì en su imaginacion para su muger, segun èl ha dicho; è yo escogì al moço para mi yerno. Oy pondrèmos los dos en platica nuestros pensamientos con el padre de entràmbos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo, y Christiano viejo quanto se quiere.

Yo visito las plaças como vueßa mercèd me lo aconseja; y ayer hallè una tendèra, que vendìa avellanas nuevas, y averigüele, que avia mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas, y podridas. Apliquèlas todas para los niños de la dotrina, que las sabrian bien distinguir; y sentencièla, que por quinze dias no entràsse en la plaça. Hanme dicho, que lo hize valerosamente: Lo que sè dezir à vueßa mercèd es, que es fama en este pueblo, que no ay gente mas mala que

las plazèras ; porque todas son desvergongadas, desfalmadas, y atrevidas; è yo assi lo crèo, por las que he visto en otros pueblos.

DE què mi Señora la Duquesa aya escrito à mi muger Teresa Pança, y embiàdoie el presente que vuestra mercèd dize, estòy muy satisfecho, y procurarè de mostràrme agradecido à su tiempo. Bèsele vuestra mercèd las manos de mi parte diziendo, que digo yo, que no lo ha echado en saco roto, como lo verà por la obra.

No querria que vuestra mercèd tuvièsse travacuentas de disgusto con estos mis Señores; porque si vuestra mercèd se enoja con ellos, claro està, que ha de redundar en mi daño; y no serà bien, que pues se me dà à mi por consejo, que sea agradecido, que vuestra mercèd no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

AQUELLO del gateado no entiendo, pero imagino, que deve de ser alguna de las malas fechorias, que con vuestra mercèd suelen usar los malos encantadores: Yo lo sabrè quando nos veamos. Quisiera embiàrle à vuestra mercèd alguna cosa; pero no sè que embie, fino es algunos cañutos de geringas, que para conbegigas los hazen en esta insula muy curiosos; aunque si me dura el oficio, yo buscarè que embiar de baldas, ô de mangas. Si me escriviere mi muger Teresa Pança, pague vuestra mercèd el porte, y embième la carta, que tengo grandissimo desèo de saber del estado de mi casa, de mi muger, y de mis hijos. Y con esto Dios libre à vuestra mercèd de malintencio-

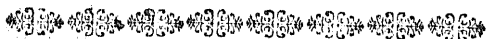
cionados encantadores, y à mi saque con bien, y en paz deste Gobierno, que lo dudo, porque le pienso dexar con la vida, segun me trata el Dotor Pedro Rezio.

Criado de vuestra merced

Sancho Pança el Governador.

CERRÒ la carta el Secretario, y despachò luego al correo; y juntàndose los burladores de Sancho, dièron orden entre si como despacharle del Goviero; y aquella tarde la pasó Sancho en hazer algunas ordenanças tocantes al buen gobierno de la que èl imaginava fer insula; y ordenò, que no huvièsse regatones de los bastimètos en la Republica, y que no pudièssen metèr en ella vino de las partes que quisièssen, con aditamento, que declaràssen el lugar de donde era, para ponèrle el precio segun su estimacion, bondad, y fama; y el que lo aguassè, ò le mudassè el nombre, perdièsse la vida por ello. Moderò el precio de todo calçado, principalmente el de los zapatos, por parecèrle que corria con exorbitancia. Pusò tassa en los salarios de los criados, que caminàvan à rienda suelta por el camino del interesse. Pusò gravíssimas penas à los que cantassen cantares lascivos, y descompuestos ni de noche, ni de dia. Ordenò que ningun ciego cantasse milagro en coplas, fino traxèsse testimonio autèntico de ser verdaderò; por parecèrle, que los mas que los ciegos cantan son fingidos en perjuyzio de los verdaderos. Hizo, y criò un Alguazil de pobres, no para que
los

los perseguièsse, fino para que los examinàsse si lo eran; porque à la sombra de la manquedad fingida, y de la llaga falsa andan los bravos ladrones, y la salud borracha. En resolución èl ordenò cosas tan buenas, que hasta oy se guardan en aquel lugår, y se nombran: *Las Constituciones del gran Governador Sancho Pança.*



CAPITULO LII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña Dolorida ó Angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez.

CUENTA Cide Hamete, que estàndo Don Quixote yà sano de sus aruños, le pareciò que la vida, que en aquel castillo tenia, era contra toda la orden de Cavallería que professàva; y assi determinò de pedir licencia à los Duques para partirse à Zaragoza, cuyas fiestas llegàvan cerca, à donde pensàva ganàr el arnès, que en las tales fiestas se conquista. Y estàndo un dia à la mesa con los Duques, y començando à ponèr en obra su intencion, y pedir la licencia: Vèys aqui à delhora entràr por la puerta de la gran sala dos mugeres (como despues parecio) cubièrtas de luto de los pies à la cabeça; y la una dellas, llegàndose à Don Quixote, se le echò à los pies tendida de largo à largo, la boca cosida con

con los pies de Don Quixote, y dava unos gemidos tan tristes, tan profundos, y tan dolorosos, que puso en confusion à todos los que la oyan, y miravan; y aunque los Duques pensaron, que sería alguna burla que sus criados querian hazer à Don Quixote, todavia viendo con el ahinco, que la muger suspirava, gemia, y llorava, los tuvo dudosos, y suspensos hasta que Don Quixote compaffivo la levantò del suelo, y hizo que se descubrièsse, y quitasse el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo assi, y mostrò ser la que jamàs se pudiese pensar; porque descubriò el rostro de Doña Rodriguez la dueña de casa, y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiraronse todos aquellos que la conocian, y mas los Duques que ninguno; que puesto que la tenian por boba, y de buena pasta, no por tanto que vinièsse à hazer locuras. Finalmente Doña Rodriguez bolviéndose à los Señores, les dixo: Vuestras Excelencias sèan servidos de darme licencia, que yo departa un poco con este Cavallero, porque assi conviène para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dixo, que el se la dava, y que departièsse con el Señor Don Quixote quanto el vinièsse en desseo. Ella endereçando la voz, y el rostro à Don Quixote, dixo:

DIAS hà, valeroso Cavallero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon, y alevosia, que un mal labrador tiene fecho à mi muy querida, y amada hija, que es esta desdichada, que
aquí

aquí està presente; y vos me avèys prometido de bolvèr por ella, endereçàndole el tuerto, que le tienen fecho; y agora ha llegàdo à mi noticia, que os querèys partir deste castillo en busca de las buenas aventuras (que Dios os depare;) y assi querría que antes que os escurrièssedes por essos caminos, desafiàssedes a este rùstico indòmito, y le hizièssedes, que se casàsse con mi hija en cumplimiento de la palabra que le diò de sèr su espòso antes, y primero que yogàsse con ella; porque pensàr que el Duque mi Señor me ha de hazèr justicia, es pedir peras al olmo, por la oçasion que yà à vuestra mercèd en puridad tengo declaràdo: Y con esto nuestro Señor dè à vuestra mercèd mucha salùd, y à nosotras no nos desampàre

A cuyas razones respondiò Don Quixote con mucha gravedad, y prosopopèya: Buena dueña, templàd vuestras lagrimas, ò por mejor dezir, enjugàdlas; y ahorràd de vuestros suspiros, que yo tomo à mi cargo el remedio de vuestra hija, à la qual le huvièra estàdo mejor no avèr sido tan facil en creèr promèsas de enamoràdos, los quales por la mayor parte son ligeros en prometer, y muy pesàdos en cumplir; y assi con licencia del Duque mi Señor yo me partirè luego en busca desse desalmàdo mancèbo, y le hallarè, y le desafiàrè, y le matarè cada y quando, que se escusàre de cumplir la prometida palabra; que el principal assunto de mi profession es perdonàr à los humildes, y castigar à los sobervios (quiero dezir) acorrèr à los miserables, y destruyr à los rigurosos.

No

No es menester, respondió el Duque, que vueſſa merced ſe ponga en trabajo de buſcàr al rùstico de quien eſta buena Señora ſe quexa; ni es menester tampoco que vueſſa merced me pida à mi licencia para deſafiàrle, que yo le doy por deſafiado, y tomo à mi cargo de hàzèrle ſaber eſte deſafio; y que le acète, y venga à reſpondèr por ſi à eſte mi caſtillo, donde à entrambos darè campo ſegùro, guardando todas las condiciones que en tales actos ſuèlen, y deven guardàrſe; guardàndo igualmente ſu juſticia à cada uno, como eſtàn obligados à guardàrlos todos aquellos Principes, que dãn campo franco à los que ſe combatèn en los terminos de ſus Señorios. Pues con eſſe ſeguro, y con la buena licencia de vueſtra Grandeza, replicò Don Quixote, desde aquí digo, que por eſta vez renuncio à mi hidalguía, y me allàno, y ajùſto con la llanèza del dañador, y me hago igual con èl, habilitàndole para podèr combatir conmigo; y aſſi aunque auſente, le deſafio, y repto en razon de que hizo mal en defraudàr à eſta pobre, que fuè donzella, y yà por ſu culpa no lo es; y que le ha de cumplir la palabra que le diò de ſer ſu legitimo eſpòſo, ò inorir en la demanda. Y luego deſcalçàndose un guante, le arrojò en mitad de la ſala, y el Duque le alçò, dizièndo, que, como ya avia dicho, el aceràva el tal deſafio en nombre de ſu vaſſallo, y ſeñalava el plaço de allí à ſeys dias, y el campo en la plaça de aquel caſtillo, y las armas acostumbradas de los Cavallèros, Lança, y Eſcùdo, y arnès trançado con todas las

las demas pieças sin engaño, superchería, ô supersticion alguna, examinadas, y vistas por los juezes del campo : Pero ante todas cosas es menestèr, que esta buena dueña, y estamala donzella pongan el derecho de su justicia en manos del Señor Don Quixote; que de otra manera no se harà nada, ni llegarà a devida execucion el tal desafío. Yo si pongo, respondió la dueña: è yo tambien añadì la hija toda llorosa, toda vergonzosa, y de mal tante.

TOMADO pues este apuntamiento, y avièndo imaginado el Duque lo que avia de hazer en el caso, las enlutadas se fuèron; y ordenò la Duquesa, que de allì adelante no las tratassen como à sus criadas, sino como à Señoras aventurèras, que venian à pedir justicia à su casa; y assi les dièron quarto aparte, y las sirvièron como à forasteras, no sin espanto de las demas criadas, que no sabían en que avia de paràr la sandèz y desemboltura de Doña Rodriguez, y de su mal andante hija.

ESTANDO en esto, para acabàr de regozijar la fiesta, y dàr buen fin à la comida, veys aquí donde entrò por la sala el page, que llevò las cartas, y presentes à Teresa Pança mugger del Governadòr Sancho Pança, de cuya llegada recibieron gran contento los Duques desèosos de saber lo que le avia sucedido en su viage; y preguntàndoselo, respondió el page, que no lo podia dezir tan en publico, ni con breves palabras; que sus excellencias tuèssen servidos de dexàrlo para à solas, y que en tretanto se entretuvièssen con
aquel

aquellas cartas; y sacando dos, las puso en manos de la Duquesa. La una dezia en el sobrescrito: carta para mi Señora la Duquesa, tal, de no se donde; y la otra: A mi marido Sancho Pança, Governador de la insula Barataria, que Dios prospere mas años que à mi. No se le cozia el pan, como suèle dezirse, à la Duquesa hasta leer su carta, y abrièndola, y leydola para si, viendo que la podia leer en voz alta, para que el Duque, y los circunstantes la oyèssen, leyò desta manera.

Carta de Teresa Pança à la Duquesa.

MUCHO contento me diò, Señora mia, la carta que vuestra grandeza me escribió, que en verdad que la tenia bien deseada. La carta de corales es muy buena, y el vestido de caça de mi marido no le va en caga. De que vuestra Señoria aya hecho Governador à Sancho mi consorte, ha recibido mucho gusto todo el lugar, puesto que no ay quien lo crea, principalmente el Cura, y Maestre Nicolas el Barbero, y Sanfon Carrasco el Bachiller; pero à mi no se me dà nada; que como ello sea assi como lo es, diga cada uno lo que quisiere: Aunque si va à dezir verdad, à no venir los corales, y el vestido, tampoco yo lo creyera, porque en este pueblo todos tienen à mi marido por un porro; y que sacado de governar un haro de cabras, no pueden imaginàr, para que Gobierno pueda ser bueno. Dios lo haga, y lo encamine como ve que lo han menester sus hijos. Yo Señora de mi alma estòy determi-

nàda, con licencia de vueſſa mercèd, de mèter eſte buen dia en mi caſa, yèndome à la corte, à tendèrme en un coche, para quebràr los ojos à mil envidioſos que yà tengo, y aſſi ſuplico à vueſtra Excelencia, mande à mi marido, me embie algun dinerillo, y que ſea algo; porque en la corte ſon los gaſtos grandes; que el pan vale à real, y la carne la libra à treynta Maravedis, que es un juyzio; y ſi quiſiere que no vàya, que me lo aviſe con tiempo, porque me eſtàn bullendo los pies por ponèrme en camino; que me dizen mis amigas, y mis vezinas, que ſi yo, y mi hija andamos orondas, y pompòſas en la corte, vendrà à ſer conocido mi marido por mi, mas que yo por èl, ſièndo forçòſo que pregùnten-muchos: Quien ſon eſtas Señoras deſte coche? y un criado mio reſponderà: La muger, y la hija de Sancho Pança Governador de la iſſula Barataria, y deſta manera ſerà conocido Sancho, è yo ſerè eſtimàda, y à Roma por todo.

PESA ME quanto peſàr me puede, que eſte año no ſe han cogido bellotas en eſte pueblo; con todo eſſo embio à vueſſa Alteza haſta medio Celemin, que una à una las fuè yo à cogèr, y à eſcoger al monte, y no las hallè màs mayores; yo quiſiera que fuèran como huèvos de Abeftruz.

No ſe le olvide à vueſſa pompoſidad de eſcrivirme, que yo tendrè cuydàdo de la reſpuesta, aviſàndo de mi ſalud, y de todo lo que huviere que aviſàr deſte lugar, donde quedo rogàndo à nueſtro Señor, guarde à vueſtra Gran-

Grandeza, y à mi no olvide. Sancha mi hija, y mi hijo befan à vueſſa mercèd las manos.

*La que tiene mas deſſeò de ver à vueſſa
Señoría que de eſcriuirla..*

Su Criada Teresa Pança.

Grande fuè el guſto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Pança, principalmente los Duques; y la Duqueſſa pidiò parecèr à Don Quixote, ſi ſería bien abrir la carta que venía para el Governadòr, que imaginava devia de ſer boniſſima? Don Quixote dixo, que èl la abriría por darles guſto, y aſſi lo hizo; y viò que deſta manera.

*Carta de Teresa Pança,
à Sancho Pança ſu marido.*

TU carta recibì, Sancho mio de mi alma; è yo te prometo, y juro como Catolica Chriſtiana, que no faltaron dos dedos para bolvèrme loca de contento. Mira, hermano, quando yo lleguè à oyr, que eres Governadòr, me penſè alli caèr muerta de puro gozo; que yà ſabes tu, que dizen, que aſſi mata la alegria ſubita, como el dolor grande. A Sanchica tu hija ſe le fuèron las aguas ſin ſentirlo de puro contento. El veſtido, que me embiaſte, tenia delante, y los corales que me embiò mi Señora la Duqueſſa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador dellas allí preſente; y con todo eſſo creya, y penſava, que era todo ſueño lo que veya, y lo

que tocàva; porque quien podia pensar, que un pastor de cabras avia de venir à ièr Governadòr de infulas? Ya sabest tu, amigo, que dezía mi madre, que era menestèr de vivir mucho, para vèr mucho: Digolo, porque pienso vèr mas si vivo mas, porque no pienso paràr hasta vèrte arrendadòr, ô alcabalèro, que son oficios, que aunque lleva el diablo à quien mal los ùsa, en fin en fin siempre tienen, y manejan dineros. Mi Señora la Duquesa te dirà el desèo que tengo de ir à la corte: Mirate en ello, y avísame de tu gusto, que yo procurarè honràrte en ella, andando en coche. El Cura, el Barbero, el Bachillèr, y aun el Sacristan no pueden creèr, que eres Governadòr, y dicen, que todo es embelèco, ô cosas de encantamièto, como son todas las de Don Quixote tu amo; y dize Sanfon, que hà de ir à buscàrte, y à facàrte el Gobierno de la cabeça, y à Don Quixote la locura de los cascos. Yo no hago sino reyr-me, y miràr mi farta, y dàr traça del vestido que tengo de hazèr del tuyo à nuestra hija. Unas bellotas embiè à mi Señora la Duquesa; yo quesièra que fuèran de oro. Embiame tu algunas fartas de perlas, si se ùsan en essa infula. Las nuevas deste lugar son; que la Berueca casò à su hija con un pintor de mala mano, que llegò à este lugar à pintàr lo que salièsse: Mandòle el consejo pintàr las armas de su Magestad sobre las puertas del ayuntamiento; pidiò dos ducados; dièronse los adelantados; trabajò ocho dias, al cabo de los quales no pintò nada, y dixo, que no acertàva à pintàr tantas baratijas; bolviò el dinero;

y con

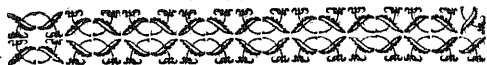
y con todo effo se casò à titulo de buen oficial. Verdàd es, que yà ha dexàdo el pinzel, y tomàdo el açada, y vò al campo como gentilhombre. El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenàdo de grados, y corona con intencion de hazèrse Clerigo: Sùpolo Minguilla, la nieta de Mingo Silvato, y hàle puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiènto. Malas lenguas quieren dezir, que hà estàdo en cinta dèl, pero èl lo niega à piès juntillas. Ogaño no ày azeytunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí pasò una compañoia de Soldados; llevàronse de camino tres moças deste pueblo; no te quièrò dezir quien son; quicà bolveràn, y no faltará quien las tome por mugeres con fustachas buenas, ô malas. Sanchica haze puntas de randas; gana cada dia ocho Maravedis horros, que los vò echàdo en una alcanzìa para ayùda à su axuàr; pero aora que es hija de un Governadòr, tu le daràs la dote, fin que ella lo trabaje. La fuente de la plaça se secò: Un rayo cayò en la Picota, y allí me las dèn todas. Espero respuesta desta, y la resolucion de mi ida à la Corte: Y con esto Dios te me guarde mas años que à mi, ô tantos, porque no querría dexàrte fin mi en este mundo.

Tu muger Teresa Pança.

Las cartas fuèron solenizàdas, reydas, estimàdas, y admiràdas; y para acabàr de echàr el fello, llegò el correo, que traýa la que Sanchito embiava à Don Quixote, que asimesmo

se leyò publicamènte , la qual pùso en duda la sandèz del Governador. Retiròse la Duquesa para saber del page lo que le avia sucedido en el lugar de Sancho , el qual se lo contò muy por estenso sin dexar circunstancia, que no refirièsse. Diòle las bellotas , y mas un queso que Teresa le diò por ser muy bueno, que se aventajava à los de Tronchon. Recibiólo la Duquesa con grandissimo gusto, con el qual la dexarèmos por contar el fin que tuvo el Gobierno del gran Sancho Pança, flor, y espejo de todos los insulanos Gobernadores.





LIBRO OCTAVO

DEL INGENIOSO HIDALGO .

DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

CAPITULO LIIL.

Del fatigado fin y remate que tuvo el Gobierno de Sancho Pança.

PENSA'R que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado , es pensar en lo escusado ; antes parece que ella anda todo en redondo , digo , à la redonda. La primavera sigue al veràno , el veràno al estio , el estio al otoño , y el otoño al invierno , y el invierno à la primavera ; y assi torna à andarse el tiempo con esta rueda continua: Sola la vida humana corre à su fin ligera (mas que el tiempo , sin esperar renovarle sino es en la

tra, que no tiene terminos que la limiten. Esto dize Cide Hamete, Filosofo Mahometico; porque esto de entender la ligereza, è instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espèra, muchos sin lumbrè de fè, fino con la luz natural lo han entendido; pero aquí nuestro Antor lo dize por la presteza con que se acabò, se consumiò, se deshizo, se fuè como en sombra, y hùmo el Gobierno de Sancho.

EL qual, estàdo la septima noche de los dias de su Gobierno en su cama, no harto de pan, ni de vino, fino de juzgàr, y dàr pareceres, y de hazèr estatutos, y pragmaticas; y quando el sueño à despecho, y pesàr de la hambre le comenzàva à cerràr los pàrpados, oyò tan gran ruydo de campanas, y de voces, que no parecia sino que toda la infula se hundia. Sentòse en la cama, y estùvo atento, y escuchàdo por vèr si dava en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supò, fino que añadiéndose al ruydo de voces, y campanas el de infinitas trompetas, y atambores, quedò mas confùso, y lleno de temor, y espanto; y levantàndose en piè, se pùso unas Chinelas por la humidàd del suèlo, y sin ponèrse sobreropa de levantàr, ni cosa que se pareciese, saliò à la puerta de su aposento à tiempo, quando viò venir por unos corredores mas de veynte personas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvaynadas, gritando todos à grandes voces:
vay-

Arma , Arma , Señor Governadòr , arma ; que han entrado infinitos enemigos en la insula , y somos perdidos si vuestra industria , y valor no nos socorre. Con este ruydo , furia , y alboroto llegaron donde Sancho estava atòrito , y embelesado de lo que oya , y veyà ; y quando llegaron à el , uno le dixo : Armete luego vueſſa Señoria , fino quiere perderse , y que toda esta insula se pierda. Que me tengo de armar ? respondió Sancho , ni que se yo de àrmas , ni de socorros ? estas cosas mejor será dexàrlas para mi amo Dòn Quixote , que en dos paletas las despachará , y pondrá , en cobro ; que yo pecador fuý à Dios , no se me entiende nada destas prietas. Ha Señor Governadòr , dixo otro , que relente es esse ? armese vueſſa mercèd , que aquí le traemos armas ofensivas , y defensivas , y falgá à essa plaza , y sea nuestra guìa , y nuestro capitan , pues de derecho le toca el serlo , siendo nuestro Governadòr. Armenme norabuena , replicò Sancho ; y al momento le truxeron dos pavèses , que venían provèydos dellos ; y le pusieron encima de la camisa (sin dexarle tomar otro vestido) un pavès delante y otro detrás , y por unas concavidades que traian hechas , le sacaron los braços , y le liaron muy bien con unos cordeles de modo , que quedò emparedado , y entablado , derecho como un huſo , sin poder doblàr las rodillas , ni menearse un solo passo. Pusieronle en las manos una lança , à la qual se arrimò para poderse tener en pie. Quando assi le tuvieron , le dixeron que camináſſe , y los guiáſſe , y animáſſe

màsse à todos; que sièndo èl su norte, su lanterna, y su luzèro, tendrìan buen fin sus negocios. Comò tengo de caminàr desventuràdo yo, respondiò Sancho, que no puedo jugar las choquezuèlas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas, que tan cofidas tengo con mis carnes? Lo que han de hazèr es, llevàrme en braços, y ponèrme atravesàdo, ô en piè en algun postìgo, que yo le guardarè, ô con esta lança, ô con mi cuerpo. Ande, Señor Governadòr, dixo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el passo: acabe, y meneèse, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga: Por cuyas persuasiònes, y vitupèrios probò el pobre Governadòr à movèrse, y fuè dàr consigo en el suèlo tan gran golpe, que pensò, que se avìa hecho pedaços, Quedò como Galàpago encerràdo, y cubièrto con sus conchas, ô como medio tozino metido entre dos artèsas, ô bien assi como barca, que dà al travès en la arena; y no por vèrle caydo aquella gente burladora, le tuvièron compassion alguna; antes apagàndo las antorchas, tornàron à reforçar las voces, y à reyeràr el arma con tan gran prièssa, passàndo por encima del pobre Sancho, y dándole infinitas cuchillàdas sobre los pavèses, que si èl no se recogierà, y encogierà, metièndo la cabeça entre los pavèses, lo passàra muy mal el pobre Governador; el qual en aquella estrechezà recogido, sudàva, y trassudàva, y de todo coraçon se encomendàva à Dios, que de aquel peligro le sacàsse. Unos

tro.

tropeçàvan en el , otros cayàn , y tal hùvo , que se pùso encima un buen espacio , y desde alli como desde atalàya , governàva los exercitos , y à grandes voces dezìa : Aqui de los nuestros , que por esta parte cargan mas los enemigos : Aquel portillo se guarde ; aquella puerta se cierre ; aquellas escalas se tranquilen ; vengan alcancias , pez , y refina en caldèras de azeyte ardiendo : trinchènse las calles con colchones . En fin èl nombràva con todo ahinco todas las varatijas , instrumentos , y pertrechos de guerra , con que suèle defendèrse el asalto de una ciudad : Y el molido Sancho , que lo escuchàva , y lo sufria todo , dezìa entre si : O si mi Señor fuèsse servido , que se acabàsse yà de perdèr esta insula , y me vièsse yo , ô muerto , ô fuera desta grande angustia ! Oyò el cielo su petition , y quando menos lo esperàva , oyò voces que dezian : vitoria , vitoria : Los enemigos vàn de vencida : Ea Señor Governador , levàntese vueffa mercèd , y venga à gozàr del vencimiento , y à repartir los despojos , que se han tomado à los enemigos por el valor desse invincible braço . Levàntenme , dixo con voz doliènte el dolorido Sancho . Ayudàronle à levantàr , y puesto en piè , dixo : El enemigo que yo huviere vencido , quiero que me le claven en la frente . Yo no quiero repartir despojos de enemigos , sino pedir , y suplicàr à algun amigo (si es que le tengo) que me dè un trago de vino , que me seco ; y me enjague este sudor , que me hago agua . Limpiàronle , truxèronle el vino , desliàronle los pavèses , sentòse sobre

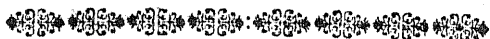
bre su lecho, y desmayòse del temor, del sobresalto, y del trabajo.

YA les pesàva à los de la burla, de avèrsela hecho tan pesada; pero el avèr buelto en sí Sancho, les templò la pena que les avia dado su desmayo. Preguntò, que hora era? Respondièronle, que yà amanecía. Callò, y sin dezir otra cosa, començò à vestirse, todo sepultado en silencio; y todos le miràvan, y esperàvan en que avia de paràr la prièssa con que se vestia. Vistiòse en fin, y poco à poco (porque estàva molido, y no podìa ir mucho à mucho) se fuè à la cavalleriza, siguiéndole todos los que alli se hallàvan; y llegándose al ruzio, le abrazò, y le diò un beso de paz en la frente, y no sin lagrimas en los ojos le dixo: Venid vos acà, compañero mio, y amigo mio, y conllevador de mis trabajos, y miserias; quando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamiètos, que los que me davan los cuidados de remendàr vuestros aparejos, y de sustentàr vuestro corpezuelo, dichòsas eran mis horas, mis dias, y mis años; pero despues que os dexè, y me subí sobre las torres de la ambicion, y de la sobervia, se me han entràdo por el alma adentro mil miserias, mil trabajos, y quatro mil desaffossiègos. Y en tanto que estas razones iba diziendo, iba assimismo enalbardando el asno, sin que nadie, nada le dixèsse. Enalbardado, pues, el ruzio, con gran pena, y pesàr subió sobre èl, y encaminàdo sus palabras, y razones al Moyor-domo, al Secretario, al Maestresala, y à Pedro Rezio el Dotor, y à otros muchos que alli

alli presentes estàvan , dixo : Abrid camino , Señores mios , y dexàdme bolver à mi antigua libertàd : Dexàdme que vaya à bufcàr la vida passàda , para que me refucite desta muerte presente , Yo no naci para fer Governador , ni para defendèr insulas , ni ciudades de los enemigos que quisièren acometèr las . Mejor se me entiende à mi aràr , y cabàr , podàr , y enfarmentàr las viñas , que de dàr leyes , ni defendèr Provincias , ni Reynos . Bien se està San Pedro en Roma (quiero dezir) que bien se està cada uno usàndo el oficio para que fuè nacido . Mejor me està à mi una hoz en la mano , que un cetro de Governador : Mas quièro hartàrme de gazpachos , que estàr fugo à la miseria de un medico impertinente , que me mate de hambre : Y mas quièro recofàrme à la sombra de una encina en el verano , y arropàrme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertàd , que acostàrme con la sugesion del Govierno entre sàbanas de olanda , y vestirme de martas cebollinas . Vueffas mercèdes se queden con Dios , y digan al Duque mi Señor , que desnudo naci , desnudo me hallo , ni pierdo , ni gano (quiero dezir ;) que sin blanca entrè en este Govierno , y sin ella falgo , bien al revès de como suèlen salir los Governadores de otras insulas : Y apàrtense , dèxenme ir , que me vòy à bizmàr , que crèo que tengo brumàdas las costillas : Mercèd à los enemigos que esta noche se han paseàdo sobre mi . No ha de fer assi , Señor Governador , dixo el Dotor Rezio , que yo le darè à vueffa mercèd una be.

bebida contra caydas , y molimièntos , que luego se buelva en su prístina entereza , y vigor , y en lo de la comida , yo prometo à vueſſa mercèd de enmendàrme , dexàndole comèr abundantemènte de todo aquello que quiſiere. Tarde piache , respondiò Sancho ; affi dexarè de irme , como bolvèrme Turco. No ſon eſtas burlas para dos vezes. Por Dios , que affi me quede en eſte , ni admita otro Gobierno aunque me lo dièſſen entre dos platos , como bolàr al Cielo ſin alas. Yo ſoy del linage de los Panças , que todos ſon teſtarùdos ; y ſi una vez dizen *nones* , *nones* han de sèr , aunque sèan pares à peſàr de todo el mundo. Quèdenſe en eſta Cavalleriza las alas de la hormiga , que me levantàron en el ayre , parà que me comièſſen vencejos , y otros pàxaros ; y bolvamonos à andàr por el ſuelo con piè llano , que ſino le adornàren zapatos picados de cordovan , no le faltaràn alpargatas toſcas de cuerda. *Cada oveja con ſu pareja ; y nadie tienda mas la pierna , de quanto fuère larga la ſàbana* ; y dèxenme paſàr , que ſe me haze tarde. A lo que el Mayordomo dixo : Señor Governadòr , de muy buena gana dexàramos ir à vueſſa mercèd , pueſto que nos peſarà mucho de perderle ; que ſu ingenio , y ſu Chriſtiano procedèr obligan à deſſèarle : Pero yà ſe ſabe que todo Governadòr eſtà obligado , antes que ſe auſente de la parte donde hà governàdo , dàr primero reſidencia : Dèla vueſſa mercèd de los diez dias que hà , que tiene el Gobierno , y vàyàſe à la paz de Dios. Nadie me la puede pedir , respondiò Sancho ,
fino

fino es quien ordenàre el Duque mi Señor : Yo voy à vèrme con èl , y à èl se la darè de molde ; quanto mas , que salièndo yo desnudo , como falgo , no es menestèr otra señal , para dàr à entendèr , que he governàdo como un Angel . Par Dios que tiene razòn el gran Sancho , dixo el Dotor Rezio , y que sòy de parecèr , que le dexèmos ir ; porque el Duque hà de gustàr infinito de vèrle . Todos vinièron en ello , y le dexàron ir , ofrecièndole primero compaña , y todo aquello que quisièse para el regalo de su persona , y para la comodidad de su viage . Sancho dixo , que no quería mas de un poco de cebada para el ruzio , y medio queso , y medio pan para èl ; que pues el camino era tan corto , no avia menestèr mayor ni mejor reposteria . Abrazàronle todos , y èl lloràndo abraçò à todos , y los dexò admirados assi de sus razones , como de su determinacion tan resoluta , y tan discreta .



CAPITULO LIV.

*Que trata de cosas tocantes à esta història,
y no à otra alguna.*

RESOLVIERONSE el Duque , y la Duquesa de que el desafio que Don Quixote hizo à su vassallo por la causa yà referida , passasse adelante ; y puesto que el moço està-

va en Flandes, adónde avia ido huyendo por no tener por suegra à Doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar à un lacayo Gascon, que se llamava Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que avia de hazer. De allí à dos dias, dixo el Duque à Don Quixote, como desde allí a quatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo armado como Cavallero; y sustentaria como la donzella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmava que el le huvièsse dado palabra de casamiento. Don Quixote recibìo mucho gusto con las tales nuevas, y se prometìo asimismo de hazer maravillas en el caso, y tuvo à gran ventura avèrsele ofrecido ocasion donde aquellos Señores pudièssen ver hasta donde se estendia el valor de su poderoso brazo; y assi con alborozo, y contento esperava los quatro dias, que se le iban haziendo, à la cuenta de su deseo, quatrocientos figlos.

DEXÈMOSLOS passar nosotros, (como dexamos passàr otras cosas) y vamos à acompañar à Sancho, que entre alegre, y triste venia caminando sobre el ruzio à buscar à su amo, cuya compania le agradava mas, que sèr Governador de todas las insulas del mundo. Sucediò, pues, que no avièndose alongado mucho de la insula de su Gobierno (que el nunca se puso à averiguar, si era insula, ciudad, villa, ô lugar la que governava) viò que por el camino por donde el iba, venian seys peregrinos, con sus bordones, de estos estran-

estranjeros que piden la limosna cantando , los quales en llegando à èl , se pusieron en ala , y levantando las voces , todos juntos comenzaron à cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender , sino fuè una palabra , que claramente pronunciava *Limosna* , por donde entendió , que era Limosna lo que en su canto pedian ; y como èl , (segun dize Cide Hamete ,) era caritativo ademàs , sacò de sus alforjas medio pan , y medio queso , de que venia proveýdo , y diòselo , diziendoles por señas , que no tenia otra cosa que dàrles : Ellos lo recibieron de muy buena gana , y dixeron : *Guelte , guelte*. No entiendo , respondiò Sancho , que es lo que pedis , buena gente ? Entonces uno dellos sacò una bolsa del seno , y mostròsela à Sancho , por donde entendió , que le pedian dineros ; y èl poniéndose el dedo pulgar en la garganta , y estendiendo la mano arriba , les diò à entender , que no tenia ostùgo de moneda ; y picando al ruzio , rompiò por ellos , y al passàr , aviéndole estàdo mirando uno dellos con mucha atencion , arremetiò à èl , echàndole los brazos por la cintura , y en voz alta , y muy castellano dixo : Vålame Dios , que es lo que vèò ? Es possible que tengo en mis brazos al mi caro amigo , al mi buen vezino Sancho Pança ! Si tengo sin duda , porque yo no duèrmo , ni estòy aora borracho . Admiròse Sancho de verse nombràr por su nombre , y de verse abraçar del extranjero peregrino , y despues de avèrle estàdo mirando , sin hablar palabra , con mucha atencion , nunca pudo

Tem. IV. O do

do conocèrle ; pero vièndole su suspension el peregrino, le dixo: Como, y es possible Sancho Pança hermano, que no conoces à tu vezino Ricote el Morisco tendero de tu lugar? Entonces Sancho le mirò con mas atencion, y començò à refiguràrle, y finalmente le vino à conocèr de todo punto; y fin apeàrse del jumento, le echò los braços al cuello, y le dixo: Quien diablòs te avia de conocèr Ricote en esse trage de Moharracho que tràes? Dime quien te ha hecho franchote? Y como tienes atrevimiènto de bolvèr à España, donde si te cogen, y conocen, tendràs harta mala ventùra? Si tu no me descubres, Sancho, respondiò el peregrino, seguro estòy, que en este trage no avrà nadie que me conozca; y apartèmonos del camino à aquella alameda que alli parèce, donde quieren comèr, y reposàr mis compaños, y alli comeràs con ellos, que son muy apacible gente, è yo tendrè lugar de contàrte lo que me ha sucecido despues que me parti de nuestro lugar, por obedecèr el vando de su Magestad, que con tanto rigor à los desdichados de mi nacion amenaçava, segun oýste. Hizolo assi Sancho, y hablando Ricote à los demas peregrinos, se apartàron à la alameda que se parecia, bien desviada del camino real. Arrojàron los bordones, quitàronse las muzetas, ô esclavinas y quedàron en pelota, y todos ellos eran mocòs, y muy gentiles-hombres, excepto Ricote que yà era hombre entràdo en años. Todos traýan alforjas, y todas segun pareciò, venian bien proveydas, alomènos de cosas inci-

tati-

tativas, y que llaman à la sed de dos leguas. Tendieronse en el suelo, y haziendo manteles de las yervas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nuezes, rajas de queso, hueßos mondos de xamon, que fino se dexàvan mascàr, no defendian el sèr chupàdos. Pusieron asimismo un manjar negro, que dizen, que se llama *Cabial*, y es hecho de huèvos de pescàdo, gran despertadòr de la colambre. No faltaron azeyrunas aunque secas y sin adovo alguno, pero sabròsas, y entretenidas: Pero lo que mas campeò en el campo de aquel banquete fuèron seys botas de vino, que cada uno sacò la suya de su alforja; hasta el buen Ricote (que se avia transformàdo de Morisco en Aleman, ò en Tudesco) sacò la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Començaron à comèr con grandissimo gusto, y muy de espàcio, saboreàndose con cada bocado, que le tomàvan con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa; y luego al punto todos à una, levantàndo los braços, y las botas en el ayre, puestas las bocas en su boca, y clavàdos los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en èl la punteria, y desta manera meneàndo las cabeças à un lado, y à otro (Señales que acreditavan el gusto que recibian) se estuvièron un buen espàcio trasflegàndo en sus estòmagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miràva Sancho, y de ninguna cosa se dolia; antes por cumplir con el Refran, que èl muy bien sabía, de, *Quando à Roma fuères, haz como vières*, pidiò à Ricote la bota, y tomò su punteria como los demàs, y

O 2

no

no con menos gusto que ellos. Quatro vezes dièron lugar à las botas para ser empinadas, pero la quinta no fuè possible, porque yà estàvan mas enjutas, y secas que un esparto: Cosa que pùso mùstia la alegria que hasta allì avian mostràdo. De quando en quando junta-va alguno su mano derecha con la de Sancho, y dezía: Espeñol y Tudesqui, Tuto uno, bon Compañò; y Sancho respondia: Bon Compañò, jura Di; y disparàva con una risa, que le duràva una hora sin acordarse entonces de nada, de lo que le avia sucedido en su Gobierno; porque sobre el rato, y tiempo quando se come y bebe, poca jurisdiccion suèlen tener los cuydàdos. Finalmènte el acabàrseles el vino fuè principio de un sueño que diò à todos, quedàndose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: Solos Ricote y Sancho quedàron alèrta, porque avian comido mas, y bebido menos; y apartàndo à Ricote Sancho, se sentàron al pie de una haya, dexàndo à los peregrinos sepultados en dulce sueño; y Ricote sin tropezàr nada en su lengua Morisca, en la pura Castellana le dixo las siguientes razones.

BIEN sabes, ô Sancho Pança, vezino, y amigo mio, como el pregon, y vando que su Magestàd mandò publicàr contra los de mi nacion, pùso terror y espanto en todos nosotros, alomènos en mì le pùso de suèrte, que me parece que antes del tiempo que se nos concedia, para que hizièssemos ausencia de España, yà tenia el rigor de la pena executàdo en mi persona, y en la de mis hijos. Ordenè, pues, (à mì parecèr como prudente, bien asì como

como el que sabe, que para tal tiempo le han de quitàr la casa donde vive, y se provèe de otra donde mudàrse.) Ordenè, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, y ir à buscàr donde llevàr la con comodidàd, y sin la prièssa con que las demàs salièron; porque bien vi, y vièron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenàças, como algunos dezian, sino verdaderas leyes que se avian de ponèr en execucion à su determinàdo tiempo; y forçàvame à creèr esta verdàd, saber yo los ruynes y disparatàdos intentos, que los nuestros tenian; y tales, que me parèce, que fuè inspiracion divina la que moviò à su Magestàd à ponèr en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuèssèmos culpados; que algunos avia Christianos firmes, y verdaderos, pero eran tan pocos, que no se podian oponèr à los que no lo eran; y no era bien criàr la sierpe en el seno, tenièdo los enemigos dentro de casa. Finalmente con justa razon fuymos castigados con la pena del destierro (blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la mas terrible que se nos podia dàr.) Dò quièra que estàmos, lloràmos por España; que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural. En ninguna parte hallàmos el acogimiènto que nuestra desventùra desèa; y en Berberia, y en todas las partes de Africa, donde esperàvamos ser recibidos, acogidos y regalados, alli es donde mas nos ofenden, y maltratan. No hèmòs conocido el bien hasta que lo hèmòs perdido; y es el desèo tan grande, que casi todos tenè-

mos de bolvèr à España, que los mas de aquellos (y son muchos) que saben la lengua como yo, se buelven à ella, y dexan allà sus mugeres, y sus hijos desamparados (tanto es el amor que el tienen:) Y aora conozco, y experimento lo que suèle dizirse, que, *Es dulce el amor de la patria*. Sali, como digo, de nuestro pueblo; entrè en Francia; y aunque allì nos hazian buen acogimièto, quise verlo todo. Passè à Italia, y lleguè à Alemania, y allì me pareciò que se podia vivir con mas libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadeças: Cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dexè tomàda casa en un pueblo junto à Augusta; juntème con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir à España muchos dellos cada año, à visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias, y por certissima grangeria, y conocida ganancia; Andanla casi toda, y no ày pueblo ninguno de donde no salgan comidos, y bebidos (como suèle dezirse) y con un real porlomènos en dinero; y al cabo de su viage salen con mas de cien escùdos de sobra, que trocados en oro, ò yà en el hueco de los bordones, ò entre los remiendos de las esclavinas, ò con la industria que ellos pueden, los facan del Reyno, y los pasan à sus tierras à pesàr de las guardas de los puestos, y puertos donde se registran. Aora es mi intencion, Sancho, facàr el tesoro que dexè enterrado, que por estàr fuera del pueblo, lo podrè hazer sin peligro; y escribir, ò passàr desde Valencia

lencia à mi hija, y à mi muger, que sè que estan en Argèl; y dâr traça como traèrlas à algun puerto de Francia, y desde alli llevarlas à Alemania, donde esperarèmos lo que Dios quisière hazèr de nôtros: Que en resolucion, Sancho, yo sè cierto, que la Ricota mi hija, y Francisca Ricote mi muger son Catholicas Christianas; y aunque yo no lo sòy tanto, todavia tengo mas de Christiano, que de Moro; y ruego siempre à Dios, me abra los ojos del entendimientò, y me dè à conocèr como le tengo de servìr: Y lo que me tiene admirado es, no saber porque se fuè mi muger, y mi hija antes à Berberia que à Francia, adonde podian vivir como Christianas. A lo que respondiò Sancho: Mira Ricote, esso no deviò de estàr en su mano, porque las llevò Juan Tiopeyo el hermano de tu muger: y como deve de ser fino Moro, fuèsse à lo mas bien parado; y sète dezir otra cosa, que crèo, que vàs en valde à buscàr lo que dexàste enterrado; porque tuvimos nuevas, que avian quitado à tu cuñado, y à tu muger muchas perlas, y mucho dinero en oro, que llevavan por registrar. Bien puede ser esso, replicò Ricote; pero yo sè, Sancho, que no tocàron al entierro, porque yo no les descubrí donde estava, temeroso de algun desmàn: Y assi, si tu, Sancho, quières venir conmigo, y ayudàrme à sacàrlo, y à encubrìrlo, yo te darè dozientos escùdos, con que podràs remediàr tus necesidades, que yà sabes, que sè yo, que las tienes muchas. Yo lo hizièra, respondiò Sancho, pero no sòy nada codiciòso; que à sèr-

O 4

lo,

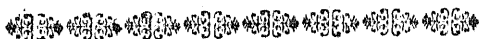
lo, un oficio dexè yo esta mañana de las manos, donde pudièra hazèr las paredes de mi casa de oro, y comèr antes de seys meses en platos de plata; y assi por esto como por parecèrme, harìa traycion à mi Rey en dâr favor à sus enemigos, no fuèra contigo, si como me prometes dozientos escudos, me dièras aquí de contàdo quatrocientos. Y que oficio es el que has dexàdo, Sancho? preguntò Ricote. He dexàdo de sèr Governadòr de una insula, respondiò Sancho, y tal que a buena feè, que no hallen otra como ella à tres tirones. Y donde està està insula, preguntò Ricote: adonde respondiò Sancho dos leguas de aquí, y se llama la insula Barataria. Calla Sancho, dixo Ricote, que las insulas estàn allà dentro de la mar, que no ày insulas en la tierra firme. Como no? replicò Sancho. Digote, Ricote amigo, que esta mañana me partì della, y ayèr estùve en ella gobernàndo à mi placèr como un Sagitario; pero; con todo esso la he dexàdo por parecèrme oficio peligròso el de los Governadores. Y que has ganàdo en el Gobierno? preguntò Ricote. He ganàdo, respondiò Sancho, el avèr conocido; que no sòy bueno para governàr fino es un hato de ganado; y que las riquezas, que se ganan en lostales Gobiernos, son a costa de perdèr el descanso, y el sueño, y aun el sustento; porque en las insulas deven de comèr poco los Governadores, especialmente si tienen medicos, que miren por su salùd. Yo no te entièndo, Sancho, dixo Ricote; pero pareceme que todo lo que dizes es

es disparate; que quien te avia de dâr à ti insulas que governàsses? Faltavan por ventûra hombres en el mundo mas hàbiles para Governadores, que tu eres? Calla Sancho, y buelve en ti, y mira si quieres venir conmi-go, como te he dicho, à ayudârme à sacâr el tesoro que dexè escondido; que en verdâd que es tanto, que se puede llamâr tesoro, y te darè con que vivas, como te he dicho. Ya te he dicho Ricote, replicò Sancho, que no quiero: Conténtate, que por mi no seràs descubièrtò, y prosigue en buena hora tu camino, y dèxame seguir el mio, que yo sè, que *lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño*. No quiero porfiâr, Sancho, dixo Ricote; pero dime: Hallàstere en nuestro lugar quando se partiò del mi muger, mi hija y mi cuñado? Si me hallè, respondiò Sancho, y sète dezir, que saliò tu hija tan hermosa, que salièron à vèr la quantos avia en el pueblo, y todos dezian, que era la mas bella criatura del mundo. Iva lloràndo, y abraçava à todas sus amigas, y conocidas, y a quantos llegàvan à vèr la, y à todos pedia la encomendàssen à Dios, y à nuèstra Señora su madre; y esto con tanto sentimiènto, que à mi me hizo llorâr, que no suèlo ser muy lloròn; y à feè, que muchos tuvièron desèo de escondèr la, y salir à quitàrsela en el camino, pero el miedo de ir contra el mandado del Rey, los detuvo; principalmente se mostrò mas apassionàdo Don Pedro Gregorio, aquel manchebo Mayorazgo rico, que tu conòces, que dicen, que la queria mucho; y despues que

O 5

ella

ella se partiò , nunca mas èl ha parecido en nuestro lugar ; y todos pensàmos , que iba tras ella para robàr la , pero hasta aora no se ha sabido nada. Siempre tùve yo mala sospecha , dixo Ricote , de que esse Cavallero adamava à mi hija ; pero fiado en el valor de mi Ricota , nunca me diò pesadumbre el saber , que la quería bien ; que yà avràs oydo dezir , Sancho , que las Moriscas , pocas ô ninguna vez se mezclaron por amores con Christianos viejos ; y mi hija , que (à lo que yo créo) atendia à ser màs Christiana , que enamorada , no se curaria de las sollicitudes de esse Señor Mayorazgo. Diòs lo haga , replicò Sancho , que à entrambos les estaria mal : Y dèxame partir de aqui , Ricote amigo , que quièro llegar esta noche adonde està mi Señor Don Quixote. Dios vaya contigo , Sancho hermano , dixo Ricote , que yà mis compañeros se rebullen ; y tambien es hora , que proligàmos nuestro camino ; y luego se abraçaron los dos , y Sancho subió en su ruzio , y Ricote se arrimò à su bordon , y se apartaron.



CAPITULO LV.

De cosas sucedidas à Sancho en el camino , y otras que no ày mas que ver.

EL avèrse deteniò Sancho con Ricote no le diò lugar à que aquel dia llegàsse al castillo del Duque , puesto que llegó media le-

legua dèl, donde le tomò la noche algo escù-ra, y cerràda; pero como era verano, no le diò mucha pesadumbre, y assi se apartò del camino con intencion de esperar la mañana; y quiso su corta, y desventuràda suerte, que buscàndo lugar donde mejor acomodàrse, cayèron èl y el ruzio en una honda, y escu-ríssima sima, que entre unos edificios muy antiguos estàva; y al tiempo del caer se encomendò à Dios de todo coraçòn, pensàndo que no avia de paràr hasta el profundo de los abismos; y no fuè assi, porque à poco mas de tres estados diò fondo el ruzio, y èl se hallò encima dèl, sin avèr recibido lision, ni daño alguno. Tentòse todo el cuerpo, y recogió el aliento por vèr si estàva sano, ô agujeràdo por alguna parte; y vièndose bueno, entèro, y católico de salùd, no se hartàva de dár gracias à Dios nuestro Señor de la mercèd, que le avia hecho, porque sin duda pensò, que estàva hecho mil pedaços. Tentò asimesmo con las manos por las paredes de la sima por vèr, si sería possible salir della sin ayùda de nadie; pero todas las hallò rasas, y sin assidèro alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente quando oyò, que el ruzio se quexàva tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentàva de vicio, que à la verdàd no estàva muy bien paràdo. Ay! dixo entonces Sancho Pança, y quan no pensàdos sucesos suèlen sucedèr à cada passo à los que viven en este miserable mundo! Quien dixèra, que el que ayèr se viò entronizàdo Governador de una insu-la,

la, mandando à sus sirvientes, y à sus vassallos, oy se avia de vèr sepultado en una sima, sin avèr persona alguna, que le remedie, ni criado, ni vassallo, que acuda à su socorro! Aquí avrèmos de perecèr de hambre yo, y mi jumento, si yà no nos morimos antes, èl de molido, y quebrantado, è yo pesaroso: Alomènos no serè yo tan venturoso como lo fuè mi Señor Don Quixote de la Mancha, quando descendió, y baxò à la cuèva de aquel encantado Montesinos, donde hallò quien le regalasse mejor que en su casa; que no parece, sino que se fuè à mesa puesta, y à cama hecha. Allí viò èl visiones hermosas, y apazibles: è yo verè aquí (à lo que crèo) sapos, y culebras. Desdichado de mi, y en que han parado mis locuras, y fantasias! De aquí sacaràn mis huesos (quando el Cielo sea servido que me descubran) mundos, blancos, y raydos, y los de mi buen ruzio con ellos, por donde quicà se echarà de vèr, quien somos, alomènos de los que ruyeron noticia, que nunca Sancho Pança se apartò de su asno, ni su asno de Sancho Pança. Otra vez digo, miserables de nosotros! que no haquerido nuestra corta suerte, que murièssimos en nuestra patria, y entre los nuestros, donde yà que no hallàra remedio nuestra desgracia, no faltàra quien della se dolièra, y en la hora ultima de nuestro passamiento nos cerràra los ojos. O compañero, y amigo mio, que mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname y pide à la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque deste mis-

se-

ferable trabajo en que estàmos puestos los dos; que yo prometo de ponerte una corona de laurèl en la cabeça, que no parezcas sino un laureado Poëta, y de darte los pienso doblados. Desta manera se lamentava Sancho Pança, y su jumento le escuchava sin respondèrle palabra alguna (tal era el aprieto, y angustia en que el pobre se hallava) Finalmente aviendo pasado toda aquella noche en miserables quejas, y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad y resplandor viò Sancho, que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado; y començò à lamentarse, y dàr voces por ver si alguno le oya; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no avia persona que pudiesse escucharle, y entonces se acabò de dàr por muerto. Estava el ruzio boca arriba, y Sancho Pança le acomodò de modo, que le puso en piè, que apenas se podia tener; y sacando de las alforjas (que tambien avian corrido la mesma fortuna de la cayda) un pedaço de pan, lo diò a su jumento, que no le supo mal; y dixòle Sancho, como si lo entendièra: *Todos los duelos con pan son buenos.* En esto descubriò à un lado de la sima un agujero, capaz de caber por èl una persona si se agoviava y encogia: acudiò à èl Sancho Pança, y agaçapàndose, se entrò por el, y viò que por dentro era espaciòso, y largo; y pùdolo ver, porque por lo que se podia llamàr techo, entrava un rayo del sol, que lo descubria todo. Viò tambien, que se dilatava, y alargava por
otra

otra concavidad espaciòsa : Viendo lo qual , bolviò à salir donde estàva el jumento , y con una piedra començò à desmoronar la tierra del agujero de modo , que en poco espacio hizo lugar , donde con facilidad pudièssè entrar el asno , como lo hizo ; y cogièndole del cabestro , començo à caminar por aquella gruta adelante , por ver si hallava alguna salida por otra parte . A vezes iva à escuras , y à vezes sin luz , pero ninguna vez sin miedo . Vålame Dios todo poderòso , dezìa entre si , esta , que para mi es desventura , mejor fuèra para aventura de mi amo Don Quixote . El si , que tuvièra estas profundidades , y mazmorras por jardines floridos , y por palacios de Galiana , y esperàra salir desta escuridad , y estrechez à algun florido prado : Pero yo sin ventura , salto de consejo , y menoscabàdo de animo , à cada passo pienso , que debaxo de los piès , de improvìso se ha de abrir otra sima mas profunda que esta , que acabe de tragàrme . *Bien vengas mal si vienes solo .* Desta manera , y con estos pensamièntos le pareciò , que avrìa caminado poco mas de media legua , al cabo de la qual descubriò una confusa claridad , que pareciò ser yà de dia , y que por alguna parte entràva , que dava indicio de tener fin abierto aquel , para èl , camino de la otra vida . Aqui le dexa Cide Hamete Benengeli , y buelve à tratàr de Don Quixote , que alborozàdo , y contento esperàva el plaço de la batalla , que avia de hazer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez , à quien pensàva endereçar el

tuer-

tuerto, y desaguissado, que malamente le tenían fecho.

SUCEDIÒ, pues, que saliéndose una mañana à imponerse, y ensayarse en lo que avia de hazer en el trance, en que otro día pensava verse, dando un repelón, ô Arremetida à Rozinante, llegó à poner los piès tan junto à una cuèva, que à no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayò, y llegando algo mas cerca, sin apearse mirò aquella hondura, y estàndola mirando, oyò grandes voces dentro; y escuchando atentamente, pudo perceber y entender, que el que las dava, dezia: Ha de arriba; ày algun Christiano que me escuche? O algun Cavallero caritativo, que se duela de un pecador enterrado en vida, ô de un desdichado desgovernado Governador? Pareciòle à Don Quixote, que oya la voz de Sancho Pança, de que quedò suspenso, y affombrado; y levantando la voz todo lo que pudo, dixo: Quien està allà baxo? Quien se quexa? Quien puede estàr aqui, ô quien se ha de quexar, respondieron, sino el assendereado de Sancho Pança, Governador por sus pecados y por su mala andança de la insula Barataria, escudero que fuè del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha. Oyendo lo qual Don Quixote, se le doblò la admiracion, y se le acrecentò el pasmo, viniéndosele al pensamiento, que Sancho Pança devia de ser muerto, y que estava allí penando su alma; y llevàdo desta imaginacion dixo: conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como Catolico Chri-

Christiano, que me digas quien eres? Y si eres alma en pena, dime, que quieres que haga por ti? Que pues es mi profesion favorecer, y acorrer à los necessitados deste mundo, tambien lo ferè para acorrer, y ayudàr à los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudàrse por si propios. Dessa manera, respondièron, vueſſa mercèd que me habla, deve de ser mi Señor Don Quixote de la Mancha, y aun en el organo de la voz no es otro fin duda. Don Quixote soy, dixo Don Quixote, el que professo socorrer, y ayudàr en ſus neceſſidades à los vivos, y à los muertos: Por eſſo dime quien eres, que me tienes atònito; porque si eres mi eſcudero Sancho Pança, y te has muerto, como no te ayan llevàdo los diablos, y por la misericordia de Dios eſtès en el purgatorio, ſufragios tiene nueſtra Santa Madre Iglesia Catolica Romana bastantes à ſacarte de las penas en que eſtàs, y yo que lo ſolicitarè con ella por mi parte con quanto mi hazienda alcançare: Por eſſo acaba de declararte, y dime quien eres? Voto à tal respondièron, y por el nacimiento de quien vueſſa mercèd quiliere, juro Señor Don Quixote de la Mancha, que yo soy ſu eſcudero Sancho Pança, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida; ſino que avièndo dexàdo mi Gobierno por coſas, y cauſas, que es menester mas eſpacio para dezirlas, à noche cay en eſta ſima, donde yago, y el ruſio conmigo, que no me dexarà mentir, pues por mas ſeñas eſtà aquí conmigo: Y ay mas, que no parèce ſino que el jumento entendiò

lo que Sancho dixo , porque al momènto començò à rebuznàr tan rezió , que toda la cuèva retumbàva. Famòso testigo , dixo Don Quixote ; el rebùzno conòzco , como si le pariera , y tu voz oygo Sancho mio. Espèrame , irè al castillo del Duque , que està aquí cerca , y traerè quien te faque desta lima , donde tus pecados te deven de avèr pueſto. Vaya vueſſa mercèd , dixo Sancho , y buelva preſto por un ſolo Dios , que yà no lo puedo llevàr el eſtàr aquí ſepultado en vida , y me eſtòy murièdo de miedo.

DEXÒLE Don Quixote , y fuè al Caſtillo à contàr à los Duques el ſuceſſo de Sancho Pança , de que no poco ſe maravillàron , aunque bien entièdieron , que devìa de avèr caydo por la correſpondècia de aquella gruta que de tiempos inmemorables eſtáva allí hecha ; pero no podìan penſàr como avia dexadò el gobierno , ſin tenèr ellos aviſo de ſu venida. Finalmènte , como dizen , llevàron ſogas , y maromas , y à coſta de mucha gente , y de mucho trabajo facàron al ruzio , y à Sancho Pança de aquellas tinieblas à la luz del Sol. Viòle un eſtudiante , y dixo : Deſta manera avian de ſalir de ſus Goviernos todos los malos Governadores , como ſale eſte pecador del profundo del abíſmo , muerto de hambre , deſcolorido , y ſin blanca à lo que yo crèo. Oyòlo Sancho , y dixo : Ocho dias , ò diez ha , hermano murmurador , que entrè à governàr la iſula que me dièron , en los quales no me vè hartò de pan ſiquiera una hora : En ellos me han

perseguido medicos; y enemigos me han brumado los huesos: Ni he tenido lugar de hazer cohechos, ni de cobrar derechos; y siendo esto assi como lo es, no merecia yo, à mi parecer, salir desta manera: Pero el hombre propone, y Dios dispone; y Dios sabe lo mejor, y lo que le està bien à cada uno; y *qual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga, desta agua no beberè*; que *adonde se piensa que ay tozinos, no ay estacas*; y Dios me entiende, y basta; y no digo mas, aunque pudièra. No te enojas, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, dixo Don Quixote, que serà nunca acabàr. Ven tu con segura conciencia, y digan lo que dixèren; y es, querèr atar las lenguas de los maldizientes lo mesmo que querèr poner puertas al campo. Si el Governador sale rico de su Gobierno, dicen dèl, què ha sido un ladron; y si sale pobre, que hà sido un para poco, y mentecato. A buen seguro, respondiò Sancho; que por esta vez antes me han de tenèr por tonto, que por ladron.

En estas platicas llegaron rodeados de muchachos, y de otra mucha gente al castillo, adonde en unos corredores estàvan yà el Duque, y la Duquesa esperàndo à Don Quixote, y à Sancho, el qual no quiso subir à ver al Duque, sin que primero no huviesse acomodado al ruzio en la cavalleriza; porque dezia que avia pasado muy mala noche en la posada; y luego subió à ver à sus Señores, ante los quales, puestto de rodillas, dixo: Yo, Señores, porque lo quisièron assi vuestras grandezas, sin ningun merecimien-
 mio

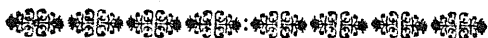
mio fuý à governàr vuestra insula Barataria, en la qual entrè desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano. Si he governàdo bien, ô mal, testigos he tenido delante, que diràn lo que quisièren. He declaràdo dudas, sentenciàdo pleytos, y siempre muerto de hambre, por avèrlo querido assi el Doctor Pedro Rezio; natural de Tirteafuèra, Medico insulano, y Governadorèsco. Acometièronnos enemigos de noche, y avièndonos puestto en grande aprieto, dicen los de la insula, que salièron libres, y con vitoria por el valor de mi braço (que tal salùd les dè Dios como ellos dicen verdàd.) En resolucion en este tiempo yo he tanteàdo las cargas que tràe consigo, y las obligaciones el governàr, y he hallado por mi cuenta, que no las podràn llevar mis ombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljava; y assi antes que dièsse conmigo al travès el Gobierno, he querido yo dàr con el Gobierno al travès; y ayèr de mañana dexè la insula como la hallè, con las mismas calles, casàs y texàdos que tenia quando entrè en ella. No he pedido prestado à nadie, ni metidome en grangerias; y aunque pensàva hazèr algunas ordenanças provechosas, no hize ninguna, temeròso que no se avian de guardàr, que es lo mismo hazèrlas, que no hazèrlas. Salì, como digo, de la insula sin otro acompañamiènto que el de mi ruzio; caì en una sima; vineme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del Sol vì la salida, pero no tan facil, que à no deparàrme el Cielo à mi Señor Don Quixote, allí me

P 2

que-

quedàra hasta la fin del mundo: Assi que, mis Señores Dùque y Duquesa, aquí està vuestro Governadòr Sancho Pança, que hà grangeàdo en solos diez dias que hà tenido el Govierno, à conócèr que no le ha de dár nada por sèr Governadòr, no que de una insula, sino de todo el mundo: Y con este presupuèsto besàndo à vuestras mercèdes los piès, imitàndo al juego de los muchachos, que dicen, falta tu, y dà-mela tu, dòy un salto del Govierno, y me passo al servicio de mi Señor Don Quixote, que en fin en èl, aunque como el pan con sobrefalto, hàrtome alomènos, y para mi, como yo estè harto, effo me haze que sea de zahanòrias, que de perdizes. Con esto diò fin à sù larga platica Sancho, temièndo siempre Don Quixote, que avia de dezir en ella millares de disparàtes, y quando le viò acabàr con tan pocos, diò en su coraçòn gracias al Cielo; y el Duque abraçò à Sancho, y le dixo, que le pesàva en el alma de que huvièse dexàdo tan presto el Govièrno; pero que el haria de fuerte, que le dièsse en su estado otro oficio de menos cargo, y de mas provecho. Abraçòle la Duquesa assimismo, y mandò que le regalàssen, porque dava señales de venir mal molido, y peor paràdo.





CAPITULO LVI.

*De la descomunàl, y nunca vista batalla,
que passò entre Don Quixote de la Man-
cha, y el Lacayo Tosilos en la defensa
de la hija de la dueña doña Rodriguez.*

NO quedàron arrepentidos los Duques de la burla hecha à Sancho Pança del Go- vierno que le dièron; y mas que aquel mismo dia vino su Mayordomo, y les contó punto por punto todas casi las palabras, y acciones, que Sancho avia dicho, y hecho en aquellos dias; y finalmente les encareció el assalto de la insula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron.

DESPUES desto cuenta la història, que se llegó el dia de la batalla aplaçada; y aviendo el Duque una, y muchas vezes advertido à su lacayo Tosilos como se avia de avenir con Don Quixote, para vencerle sin matarle, ni herirle, ordenò que se quitassen los hierros à las lanças, diziendo à Don Quixote, que no permitia la Christiandad (de que el se preciava) que aquella batalla fuèsse con tanto riesgo, y peligro de las vidas; y que se contentasse con que le dava campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del Santo Concilio, que prohibe los tales desafios; y no quisièsse llevar por todo rigor aquel trancetan fuerte, Don Quixote dixo, que su Excelencia

dispusièsse las cosas de aquel negocio como mas fuèsse servido, que èl le obedecería en todo. Llegado, pues, el temeròso dia, avièndo primero mandado el Duque, que delante de la plaça del Castillo se hizièsse un espaciòso cadahalso, donde estuvièssen los jueces del campo, y las dueñas madre, y hija demandantes. Avia acudido de todos los lugares, y aldèas circunvezinas infinita gente à vèr la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal avian visto, ni oýdo dezir en aquella tierra los que vivían, ni los que avian muerto.

EL primero que entrò en el campo, y estacada fuè el maestro de las ceremonias, que tanteò el campo, y le passèò todo, porque en èl no huvièsse algun engaño, ni cosa encubièrta donde se tropeçasse, y cayèsse. Luego entràron las dueñas, y se sentàron en sus assièntos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos con muestras de no pequeño sentimiènto. Presentòse Don Quixote en la estacada. De alli à poco acompañado de muchas trompetas assomò por una parte de la plaça sobre un poderòso Cavallo, hundièndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambronado con unas fuertes, y luzientes armas. El Cavallo mostràva ser frison, ancho, y de color tordillo; de cada mano y piè le pendia una arroba de lana. Venia el valeròso combatiente bien informado del Duque su Señor de como se avia de portar con el valeròso Don Quixote de la Mancha, advertido, que en ninguna manera le matasse, sino que procurasse

ràsse huÿr el primer encuentro por escusàr el peligro de su muerte, que estàva cierto, si de lleno en lleno le encontràsse. Pàsèo la plaça, y llegàndo donde las dueñas estàvan, se pùso algun tanto à miràr à la que por esposo le pedía. Llamò el Maeffe de campo à Don Quixote, que yà se avia presentado en la plaça, y junto con Tosilos hablò à las dueñas preguntàndoles, si consentian, que holvièsse por su derecho Don Quixote de la Mancha. Ellas dixèron que si, y que todo lo que en aquel caso hizièsse, lo dàvan por bien hecho, por firme, y por valedèro. Yà en este tiempo estàvan el Duque, y la Duquessa puestos en una galería que caía sobre la estacàda, toda la qual estàva coronada de infinita gente, que esperàva vèr el riguròso trance nunca visto. Fuè condicion de los combatientes, que si Don Quixote vencía su contrario, se avia de casàr con la hija de Doña Rodriguez; y si èl fuèsse vencido, quedàva libre su contendor de la palabra que se le pedía, sin dàr otra satisfacion alguna. Partiòles el Maestro de las ceremonias el Sol, y pùso à los dos, cada uno en el puesto donde avian de estàr. Sonàron los atambores; llenò el ayre el son de las trompetas; temblàva debaxo de los piès la tierra; estàvan suspensos los coraçones de la mirante turba, remièndo unos, y esperàndo otros el buen, ò mal suceso de aquel caso. Finalmente Don Quixote encomendàndose de todo su coraçon à Dios nuestro Señor, y à la Señora Dulcinèa del Tobòso, estàva aguardàndo, que se le dièsse señal

precisa de la arremetida: Empero nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos, pues no pensava él, sino en lo que agora diré.

PARÉCESE fer, que quando estubo mirando à su enemiga, le pareció la mas hermosa muger, que avia visto en toda su vida; y el niño cieguéuelo, à quien suélen llamar de ordinario *Amor* por estas calles, no quitó perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así llegándose à el bonitamente, y sin que nadie le viése, le embasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado yzquierdo, y le pasó el corazón de parte à parte: Y púdolo hazer bien al seguro, porque el amor es invisible; y entra, y sale por dō quiere sin que nadie le pida cuenta de sus hechos.

DIGO pues, que quando diéron la señal de la arremetida, estava nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que yà avia hecho Señora de su libertad; y así no atendió al son de la trompeta, como hizo Don Quixote, que apenas la hubo oydo, quando arremetió, y à todo el correr que permitia rozinante, partió contra su enemigo, y viéndolo partir su buen escudero Sancho, dixo à grandes voces: Dios te guie, nata, y flor de los andantes Cavalleros: Dios te dè la vitoria, pues llevas la razón de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí à Don Quixote, no se movió un passo de su puesto, antes con grandes voces llamó al Maestre de Canje, el qual venido à ver lo que queria,

Tosilos

Tosilos le dixo: Señor, esta batalla no se haze que porque yo me case, ô no me case con aquella Señora? Affi es, le fuè respondido. Pues yo, dixo el lacayo, sòy temeròso de mi conciencia, y pondriala en gran cargo, si passàsse adelànte en esta batalla; y affi digo, que yo me dòy por vencido, y que quièro casarme luego con aquella Señora. Queddò admiràdo el Maesse de Campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la màquina de aquel caso, no le supò responder palabra. Detùvose Don Quixote en la mitad de su carrera, vièndo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion porque no se passàva adelànte en la batalla; pero el Maesse de Campo le fuè à declaràr lo que Tosilos dezia, de lo que quedò suspenso, y colèrico en estremo. En tanto que esto passàva, Tosilos se llegò adonde Doña Rodriguez estava, y dixo à grandes voces: Yo Señora quièro casarme con vuestra hija, y no quièro alcançàr por pleytos, ni contiendas lo que puedo alcançàr por paz, y sin peligro de la muerte. Oyò esto el valeròso Don Quixote, y dixo: Pues esto es affi, yo quedo libre, y fuelto de mi promèssa. Casense en hora buena; y pues Dios nuestro Señor se la diò, San Pedro se la bendiga. El Duque avia baxàdo à la plaça del Castillo, y llegàndose à Tosilos, le dixo: Es verdàd, Cavallèro, que os days por vencido, y que instigàdo de vuestra temeròsa conciencia, os querèys casar con esta donzella? Si Señor, respondiò Tosilos. El haze muy bien, dixo à esta sazón

Sancho Panca; porque lo que has de dár al mur, dâlo al gato, y facarte hà de cuydado. Iva Tosilos desenlaçandose la zelâda, y rogâya, que apriessâ le ayudâssen, porque le ivan faltâdo los espiritus del aliento, y no podîa vèrse encerrâdo tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitâronfela apriessâ, y quedò descubièrto, y patente su rostro de lacayo. Vièdo lo qual Doña Rodriguez, y su hija, dâdo grandes voces dixèron: Este es engaño, engaño es este: A Tosilos el lacayo del Duque mi Señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: justicia de Dios, y del Rey, de tanta malicia, por no dezir vellaquería. No vos acuytèys, Señoras, dixo Don Quixote, que ni esta es malicia, ni es vellaquería, y si la es, no ha sido la causa el Duque sino los malos encantadores que me persiguen, los quales envidiosos de que yo alcançasse la gloria deste vencimièto, han convertido el rostro de vuestro esposo en el deste, que dezis, que es lacayo del Duque: Tomad mi consejo, y à pesâr de la malicia de mis enemigos, casâos con èl, que sin duda es el mismo que vos desèays alcançâr por esposo. El Duque que esto oyò, estùvo por rompèr en risa toda su còlera, y dixo: Son tan extraordinarias las cosas que suceden al Señor Don Quixote, que estòy por creèr, que este mi lacayo no lo es; pero usèmos deste ardid, y maña: Dilatèmos el casamiento quinze dias, si quidèren, y tengâmos encerrâdo à este personage, que nos tiene dudòsos, en los quales podria ser, que bolvièsse à su pristina figura; que

que no ha dedurà tanto el rancor que los encantadores tienen al Señor Don Quixote, y mas yèndoles tan poco en usàr estos embelecocos, y transformaciones. O, Señor, dixo Sancho, yo sè que yà tienen estos malandrines por uso, y costumbre de mudàr las cosas de unas en otras, que tocan à mi amo. A un Cavallèro que venciò los dias passados llamado *El de los Espejos*, le bolvièron en la figura del Bachillèr Santon Carrasco, natural de nuestro pueblo, y grande amigo nuestro: Y à mi Señora Dulcinèa del Toboso la han buelto en una rustica labradora; y assi imagino, que este lacayo ha de morir, y vivìr lacayo todos los dias de su vida. A lo que dixo la hija de Rodriguez: Sèase quien fuère este que me pide por espòsa (que yo se lo agradezco) que mas quiero ser muger legitima de un lacayo, que no amiga y burlada de un Cavallèro; puestto que el que à mi me burlò, no lo es. En resolucion todos estos cuentos, y suceffos paràron en que Tosilos se recogiesse hasta vèr en que paràva su transformacion. Aclamàron todos la victoria por Don Quixote, y los mas quedàron tristes, y melancolicos, de vèr que no se avian hecho pedaços los tan esperàdos combatientes: Bien assi como los muchachos quedan tristes, quando no sale el ahorcàdo que espèran, porque le han perdonado ô la parte, ô la justicia. Fuèse la gente; bolvièronse el Duque, y Don Quixote al Castillo; encerràron à Tosilos; quedàron Doña Rodriguez, y su hija contentísimas de vèr, que por una via, ô por otra aquel caso avia de paràr en casamiènto, y Tosilos no esperàva menos.

C A-



CAPITULO LVII.

Que trata de como Don Quixote se despidió del Duque , y de lo que le sucedió con la discreta , y desembuelta Altisidora donzella de la Duquesa.

YA le pareció à Don Quixote , que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel Castillo tenía , que se imaginava ser grande la falta , que su persona hacia en dexarse estar encerrado , y pereçoso entre los infinitos regalos , y deleytes que como à Cavallero andante aquellos Señores le hazian; y pareçiale , que avia de dar cuenta estrecha al Cielo de aquella ociosidad , y encerramiento; y alli pidió un dia licencia à los Duques para partirse. Diéronsele con muestras de que en grande manera les pesava de que los dexasse. Dió la Duquesa las cartas de su muger à Sancho Pança , el qual lloró con ellas , y dixo: Quien pensara , que esperanzas tan grandes , como las que en el pecho de mi muger Teresa Pança engendraron las nuevas de mi Gobierno , avian de parár en bolvèrme yo agora à las arrastradas aventuras de mi amo Don Quixote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver , que mi Teresa correspondió à ser quien es , embiando las bellotas à la Duquesa; que à no avèrselas embiado , quedando yo pesadiso , se mostrara ella desagradecida. Lo que

que me confuela es, que à esta dàdiva no se le puede dàr nombre de cohecho; porque yà tenia yo el Gobierno, quando ella las embiò; y està puesto en razòn, que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestren, agradecidos. En efecto yo entrè desnudo en el Gobierno, y salgo desnudo del; y assi podrè dezir con segura conciencia (que no es poco) desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano. Esto pensava entre si Sancho el dia de la partida; y salièndo Don Quixote (aviendose despedido la noche antes de los Duques) una mañana, se presentò armado en la plaça del Castillo. Miràvanle de los corredores toda la gente del Castillo, y assimismo los Duques salièron à verle. Estàva Sancho sobre su ruzio con sus alforjas, maleta, y repuesto contentissimo; porque el Mayordomo del Duque (el que fuè de la Trifaldi) le avia dado un bolsico con docientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabia Don Quixote. Estàndo como queda dicho, miràndole todos, à deshora entre las otras dueñas, y donzellas de la Duquesa que le miràvan, alçò la voz la desembuelta, y discreta Altifidora, y en Son lastimèro dixo:

Escucha mal Cavallèro,
 Detèn un poco las riendas,
 No fatigues las hijadas
 De tu mal regida bestia.
 Mira, falso, que no huyes
 De alguna serpiente fièra,

Sino

Sino de una corderilla,
 Que està muy lexos de oveja.
 Tu has burlàdo, monstroo horrèdo,
 La mas hermosa donzella,
 Que Diana viò en sus montes,
 Que Venus mirò en sus selvas,
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
 Barrabas te acompañe, allà te avengas.

Tu llevas (llevàr impio)
 En las garras de tus cerras
 Las entrañas de una humilde,
 Como enamoràda tierna.
 Llevaste tres tocadores,
 Y unas ligas de unas piernas,
 Que al Marmol puro se igualan,
 En lisas, blancas, y negras.
 Llevaste dos mil suspiros,
 Que à ser de fuego, pudièran
 Abrasàr à dos mil Troyas;
 Si dos mil Troyas huvièra.
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
 Barrabas te acompañe, allà te avengas.

De effe Sancho tu escudèro,
 Las entrañas sèan tan tercas,
 Y tan duras, que no falga
 De su encanto Dulcinèa.
 De la culpa que tu tienes,
 Lleve la triste la pena,
 Que justos por pecadores
 Tal vez pagan en mi tierra.
 Tus mas finas aventùras
 En desventùras se buelvan,

En

En sueño tus passatiempos,
 En olvidos tus firmezas.
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso
 Desde Sevilla à Marchena,
 Desde Granada hasta Loja
 De Londres à Inglaterra.
 Si jugares al Reynado,
 Los cientos, ó la primera,
 Los Reyes huyan de ti,
 Afes, ni Sietes no vèas.
 Si te cortares los callos,
 Sangre las heridas viertan,
 Y quèdente los raygones,
 Si te sacàres las muelas.
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.

En tanto que, de la fuerte que se ha dicho,
 se quexàva la lastimada Altisidora, la estùvo
 mirando Don Quixote, y sin respondèrle pa-
 labra, bolvièndo el rostro à Sancho, le dixo:
 Por el siglo de tus passados, Sancho mio, te
 conjuro, que me digas una verdad: Dime,
 llevas por ventùra los tres tocadores, y las li-
 gas que esta enamorada donzella dize? A lo
 que Sancho, respondiò: Los tres tocadores sî
 llevo, pero las ligas como por los Cerros de
 Ubeda. Quedò la Duquessa admirada de la
 desemboltura de Altisidora, que aunque la te-
 nia por atrevida, graciòsa, y desembuelta,
 no en gràdo que se atrevièsse à semejantes de-
 sem-

fembolturas; y como no estàva advertida desta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforçar el donayre, y dixo: No meparece bien, Señor Cavallero, queaviendo recibido en este mi Castillo el buen acogimiento, que en él se os ha hecho, os ayays atrevido à llevàros tres tocadores por lo menos, si por lo mas las ligas de mi donzella; indicios son esto de mal pecho, y muestras que no corresponden à vuestra fama. Bolvèd-le las ligas, sino yo os desafío à mortal batalla sin tener temor, que malandrines encantadores me buelvan, ni muden el rostro, como han hecho el de Tosilos mi lacayo, el que entrò con vos en batalla. No quiera Dios, respondiò Don Quixote, que yo desembayne mi espada contra vuestra ilustrissima persona, de quien tantas mercedes hò recibido. Los tocadores bolverè, porque dize Sancho que los tiene: Las ligas es imposible; porque ni yo las he recibido, ni èl tampoco; y si esta vuestra donzella quisiere miràr sus escondrijos à buen seguro, que las halle. Yo, Señor Duque, jamàs he sido ladron, ni lo piento fer en toda mi vida, como Dios no me dexe de su mano. Esta donzella habla, (como ella dize, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa; y allí no tengo de que pedirle perdon, ni à ella, ni à vuestra Excelencia, à quien suplico, me tenga en mejor opinion, y me dè de nuevo licencia para seguir mi camino. Dèolle Dios tan bueno, dixo la Duquesa, Señor Don Quixote, que siempre oygamos buenas nuevas de vuestras fechorias:

Y an.

Y andad con Dios, que mientras mas os detenèys, mas aumentàys el fuego en los pechos de las donzellas que os miran; y à la mia yo la castigarè de modo, que de aqui adelante no se desmande con la vista, ni con las palabras. Una no mas quièro que me escuches, ô valeroso Don Quixote, dixo entonces Altisidora, y es, que te pido perdon dellatrocínio de las ligas; porque en Dios y en mi anima que las tengo puestas, y hè caydo en el descuydo del que yèndo sobre el asno, le buscàva. No lo dixè yo? dixo Sancho: Bonico sòy yo para encubrir hurtos, pues à querèrlo hazèr, de paleta me avia venido la ocasion en mi Gobierno. Abaxò la cabeça Don Quixote, y hizo reverencia à los Duques, y à todos los circunstantes; y bolvièndo las riendas à rozinante, siguièndole Sancho sobre el ruzio, se saliò del Castillo endereçando su camino à Zaragoza.



CAPITULO LVIII.

Que trata de como menudearon sobre Don Quixote aventuras tantas, que no se davan vagar unas à otras.

QUANDO Don Quixote se viò en la campaña rasa, libre y desembaraçado de los requiebros de Altisidora, le pareciò que estàva en su centro, y que los Espiritus se le

Tom. IV,

Q

reno-

renovàvan para proseguir de nuevo el assumpto de sus cavallerías; y bolviéndose à Sancho le dixo: La libertàd, Sancho, es uno de los mas preciòsos dones, que à los hombres dièron los Cielos: con ella no pueden igualàrse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre. Por la libertàd, assi como por la honra, se puede, y deve aventuràr la vida; y por el contrario el cautiverio es el mayor mal que puede venir à los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, y la abundancia, que en este Castillo, que dexàmos, hèmosen tenido: Pues en mitàd de aquellos banquetes fazonados, y de aquellas bebidas de nieve me parecìa à mi, que estàva metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozàva con la libertàd, que lo gozàra; si fuèran mios; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercèdes recibidas son ataduras, que no dexan campeàr al animo libre. Venturòso aquel à quien el cielo diò un pedaço de pan sin que le quede obligacion de agradecerlo à otro, que al mismo cielo. Con todo esto, dixo Sancho, que vuestra mercèd me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte dozientos escudos de oro, que en una bolsilla me diò el Mayordomo del Duque, que como Piètima, y confortativo la llevo puesta sobre el coraçòn para lo que se ofrecière; que no siempre hèmosen de hallàr Castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen.

Ent estos y otros razonamientos ivan los
andane

andantes cavallèro, y escudèro, quando vièron (avièndo caminàdo poco mas de una legua) que encima de la yerva de un pradillo verde, encima de sus capas estàvan comièndo hasta una dozena de hombres vestidos de labradores: Junto à si tenlan unas como Sàbanas blancas, con que cubrian alguna cosa que debaxo estàva: Estàvan empinadas, y tendidas, y de trecho à trecho puestas. Llegò Don Quixote à los que comian, y saludandolos primero cortesmente, les preguntò, que que era lo que aquellos lienços cubrian? Uno dellos le respondiò: Señor, debaxo destos lienços estàn unas imagines de relieve, y entablatura, que han de servir en un retablo, que hazèmos en nuestra aldèa. Llevàmoslas cubiertas, porque no se desfloren y en ombros, porque no se quièbren. Si soys fervidos, dixo Don Quixote, holgarìa de vèrlas, pues imagines que con tanto recato se llevan, sin duda deven de sèr buenas. Y como que lo son, dixo otro, sino dìgalo lo que cuestan; que en verdàd no ày ninguna, que no estè en mas de cinquenta ducados: Y porque vèa vuestra mercèd, esta verdàd espere vuestra mercèd, y verlo ha por vista de ojos; y levantàndose, dexò de comer, y fuè à quitàr la cubièrta de la primera imagen, que mostrò ser la de San Jorge puesto à Cavallo con una Serpiente enroscàda à los piès, y la lança atravesàda por la boca, con la fiereza que suèle pintàrse. Toda la imagen parecia una asqua de oro, como fuele dezìrse. Vièndola Don Quixote, dixo: Este Cavallèro fuè uno de los mejores andan-

tes que tuvo la milicia divina: Llamòse Don San Jorge, y fuè ademàs defendedor de donzellas. Veàmos esta otra. Descubriòla el hombre, y pareció ser la de San Martin puesto à Cavallo, que partia la capa con el pobre; y apenas la hubo visto Don Quixote, quando dixo: Este Cavallero tambien fuè de los aventureros Christianos, y créo que fuè mas liberal, que valiente, como lo puedes echàr de ver, Sancho, en que està partièndo la capa con el pobre, y le dà la mitad; y sin duda devia de ser entonces invierno, que sino èl se la dièra toda, segun era de caritativo. No deviò de ser esto, dixo Sancho, sino que se deviò de tener al refran que dize: *Que para dàr, y tenèr, sefo es menestèr*. Riòse Don Quixote, y pidiò, que quitàssen otro lienço, debaxo del qual se descubriò la imagen del Patron de las Españas à Cavallo, la espada ensangrentada, atropellando Moros, y pisando cabeças: Y envièndola, dixo Don Quixote: Este sí que es Cavallero, y de las esquadras de Christo. Este se llama Don San Diego Matamoros, uno de los mas valientes Santos, y Cavalleros, que tuvo el mundo, y tiene aora el Cielo. Luego descubrièron otro lienço, y pareció que encubria la cayda de San Pablo del Cavallo abaxo con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suèlen pintàrse. Quando le viò tan al vivo, que dixèran, que Christo le hablava, y Pablo respondia: Este, dixo Don Quixote, fuè el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defen-

defensor fuyo, que tendrà jamas, Cavallèro andante por la vida, y Santo à pie quedo por la muerte; Trabajador incansable en la viña del Señor; Doctor de las Gentes, à quien sirvièron de escuelas los Cielos, y de Catedratico, y Maestro que le enseñasse, el mismo Jesu Christo. No avia mas imagines, y assi mandò Don Quixote, que las bolvièssen à cubrir, y dixo à los que las llevavan: Por buen agüero he tenido, hermanos, avèr visto lo que he visto, porque estos Santos, y Cavallèros profesaron lo que yo professo, que es el exercicio de las armas; fino que la diferencia que ày entre mi, y ellos es, que ellos fuèron Santos, y pelearon à lo Divino, è yo soy pecador, y pelèò à lo humano: Ellos conquistaron el Cielo à fuerça de braços (porque el Cielo padèce Fuerça) y yo hasta aora no sè lo que conquistò à fuerça de mistrabajos: Pero si mi Dulcinèa del Tobòso salière de los que padece, mejoràndose mi ventùra, y adobàndoseme el juyzio, podria ser que encaminasse mis passos por mejor camino del que llevo. Dios lo oyga, y el pecado sea sordo, dixo Sancho à esta ocasion. Admiràronse los hombres assi de la figura, como de las razones de Don Quixote, sin entender la mitad de lo que en ellas dezir queria. Acabaron de comèr, cargaron con sus imagines, y despidièndose de Don Quixote, figurièron su viage. Quedò Sancho de nuevo como si jamàs huviera conocido à su Señor, admirado de lo que sabia, parecièndole, que no devia de avèr història en el mundo, ni suceso, que no lo

tuvièſſe cifrado en la uña, y clavado en la memoria; y dixole: En verdàd, Señor Nueſtramo, que ſi eſto que nos ha ſucedido oy, ſe puede llamàr aventura, ella ha ſido de las mas ſuaves, y dulces, que en todo el diſcurso de nueſtra peregrinacion nos ha ſucedido; de-lla avèmos ſalido ſin palos, ni ſobrefalto alguno; Ni hèmòs echàdo mano à las eſpadas; ni hèmòs batido la tierra con los cuerpos; ni quedàmòs hambrientos (Bendito ſea Dios que tal me ha dexado vèr con mis propios ojos. Tu dizes bien, Sancho, dixo Don Quixote; pero has de advertir, que no todos los tiempos ſon unos, ni corren de una miſma fuerte; y eſto que el vulgo ſuèle llamàr comunmènte aguèros, que no ſe fundan ſobre natural razon alguna, del que es diſcreto han de ſer tenidos, y juzgados por buenos acontecimièntos. Levàtaſe uno deſtos agoreros por la mañana, ſale de caſa, encuèntraſe con un frayle de la orden del bienaventurado San Francisco, y como ſi huvièra encontràdo con un Griſo, buelve las eſpaldas, y buélveſe à ſu caſa. Derràmasele al otro Mendoza la Sal encima de la meſa, y derràmasele à èl la melancolia por el coràçòn; como ſi eſtuvièſſe obligada la naturaleza à dàr ſeñales de las venidèras deſgracias con coſas de tan poco momento como las referidas. El diſcreto y Chriſtiano no hà de andàr en puntillos con lo que quiere hazèr el Cielo. Llegà Cipion à Africa, tropieça en saltàdo en tierra tenièndolo por mal aguèro ſus ſoldados; pero èl abraçàndòſe con el ſuelo, dixo; No te me podràs huyr Africa, por-

porque te tengo affida, y entre mis braços: Affi que, Sancho, el avè encontràdo con estas imagines, ha sido para mi felicissimo acontecimiento. Yo assi lo crèo, respondiò Sancho; y querria que vueſſa mercèd me dixèſſe, que es la causa porque dicen los Españoles, quando quieren dàr alguna batalla, invocàndo aquel San Diego mata Moros: Santiago, y cierra España? Esta por ventura España abierta, y de modo, que es menester cerrarla? O que ceremonia es esta? Simplicissimo eres, Sancho, respondiò Don Quixote; y mira que este gran Cavallero de la Cruz vermeja hàſelo dado Dìos à España por Patron y amparo ſuyo, eſpecialmente en los riguroſos trances que con los Moros los Españoles han tenido; y assi le invocan y llaman como à defensor ſuyo en todas las batallas que acometen: Y muchas vezes le han viſto viſiblemente en ellas derribàdo, atropellando, deſtruyendo, y matàndo los Agarenos eſquadrones, y deſta verdad te pudièra traèr muchos exemplos, que en las verdaderas hiſtòrias Españolas ſe cuentan.

MUDÒ Sancho platica, y dixo à ſu amo: Maravillàdo eſtòy, Señor, de la deſemboltura de Altifidora la donzella de la Duquèſſa: Bravamente la deve de tenèr herida, y traſpaſſàda aquel que llaman amor, que dicen, que es un rapaz cegueuelo, que con eſtår lagañoſo, ô por mejor dezir, ſin viſta, ſi toma por blanco un coraçòn, por pequeño que ſea, le acierta, y traſpaſſa de parte à parte con ſus flechas. He oydo dezir tambien, que en la verguença, y recato de las donzellas ſe deſ-

puntan, y embotan las amorosas Saëtas; pero en esta Altifidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Adviérte, Sancho, dixo Don Quixote, que el Amor ni mira respetos, ni guarda terminos de razón en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que assi acomete los altos alcázares de los Reyes, como las humildes choças de los pastores; y quando toma entera posesion de una alma, lo primero que haze es, quitarle el temor y la verguença; y assi fin ella declaró Altifidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusion, que lástima Crueldad notoria! dixo Sancho, desagradecimiento inaudito! Yo de mi sé dezir, que me rindièra, y avassallàra à la mas minima razón amorosa suya. Hideputa, y que corazón de marmol! Que entrañas de bronce! Y que alma de argamassa! Pero no puedo pensar, que es lo que viò esta donzella en vuestra merced, que assi la rindièsse, y avassallàsse? Que gala? Que brio? Que donayre? Que rostro? Que cada cosa destas de por si, ó todas juntas la enamoraron? Que en verdad en verdad, que muchas vezes me paro à miràr à vuestra merced desde la punta del piè hasta el ultimo cabello de la cabeça, y que veo mas cosas para espantar, que para enamorar. Y avièndo yo tambien oýdo dezir, que la hermosura es la primera, y principal parte que enamora, no tenièndo vuestra merced ninguna, no sé yo de que se enamorò la pobre. Adviérte Sancho, respondiò Don Quixote, que ày dos maneras de hermosura, una del alma, y otra del cuerpo: La del alma campea, y se muestra en el entendimiento, en la honestidad en el buen pro-

proceder, en la liberalidad, y en la buena criança; y todas estas partes caben, y pueden estar en un hombre feo; y quando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hazer al amor con impetu, y con ventajass. Yo, Sancho, bien veo, que no soy hermoso, pero tambien conozco, que no soy disforme; y bástale à un hombre de bien no ser monstruo, para ser bien querido, como tenga los dotes del alma, que te he dicho.

EN estas razones, y pláticas se iban entrando por una selva, que fuera del camino estava, y à deshora, sin pensar en ello, se hallò Don Quixote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos arboles à otros estava tendidas; y sin poder imaginàr, que pudiesse ser aquello, dixo à Sancho! Parece-me, Sancho, que esto destas redes deve de ser una de las mas nuevas aventuras, que pueda imaginarse: Que me maten, si los encantadores, que me persiguen, no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino, como en vengança de la rigurosidad que con Altifidora he tenido: Pues mândoles yo, que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos Diamantes, ô mas fuertes que aquella con que el zeloso Dios de los Herreros enredò à Venus, y à Marte, assi las rompiera, como si fueran de juncos marinos, ô de hilachas de algodon: Y queriendo passàr adelante, y romperlo todo, al improvisò se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos arboles, dos hermosísimas pastoras, alomènos vestidas como pastoras, fino

Q 5

que

que los pellicos, y sayas eran de fino brocado: Digo, que las sayas eran riquísimos faldellines de tabì de oro: Traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podían competir con los rayos del mismo Sol, los quales se coronàvan con dos guirnaldas de verde laurel, y de roxo amaranto texidas. La edàd al parecèr ni baxàva de los quinze, ni passàva de los diez y ocho: Vista fuè esta, que admirò à Sancho, suspendiò à Don Quixote, hizo paràr al Sol en su carrera para vèrlas, y tuvo en maravillòso silencio à todos quatro. En fin quien primero hablò fuè una de las dos zagalas, que dixo à Don Quixote: Detenèd, Señor Cavallèro, el passò, y no rompàys las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro passatiempo à estàn tendidas; y porque sè que nos avèys de preguntàr, para que se han puesto, y quien somos, os lo quiero dezir en breves palabras. En una aldèa, que està hasta dos leguas de aqui, donde ay mucha gente principal, y muchos hidalgos, y ricos, entre muchos amigos, y parientes se concertò, que con sus hijos, mugeres, y hijas, vezinos, amigos, y parientes, nos vinièssimos à holgàr à este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formàndo entre todos una nueva, y pastoril Arcadia, Vistièndonos las donzellas de zagalas, y los mancebos de pastores. Traèmos estudiadas dos Eglogas, una del famoso Poëta Garcilaso, y otra del excelentissimo Camoës en su misma Lengua Portuguesa, las quales hasta agora no hèmòs representàdo. Ayèr fuè el primer

mer dia que aqui llegàmos: Tenèmos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen, se llaman de campaña, en el margen de un abundoso arroyo, que todos estos prados fertiliza, tendimos la noche passada estas redes de estos arboles, para engañar los simples paxarillos, que oxeados con nuestro ruydo, vinièren à dar en ellas. Si gustàys, Señor, de ser nuestro huésped, ferèys agasajado liberal, y cortesmente; porque por agora en este sitio no ha de entràr la pesadumbre, ni la melancolía. Callò, y no dixo mas. A lo que respondiò Don Quixote: Por cierto, hermosísima Señora, que no deviò de quedàr mas suspenso, ni admirado Anteòn, quando viò al improvisò bañarse en las aguas à Diana, como yo he quedado atònito en ver vuestra belleza: Alàbo el assumpto de vuestros entretenimientos y el de vuestros ofrecimientos agradezco, y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas, me lo podèys mandàr; porque no es otra mi profesión, sino de mostrarme agradecido, y bienhechor con todo genero de gente, en especial con la principal que vuestras personas representa: Y si como estas redes, que deven de ocupàr algun pequeño espacio, ocupàran toda la redondèz de la tierra, buscàra yo nuevos mundos, por do passàr sin rompèrlas: Y porque deys algun credito à esta mi exageracion, ved que os lo promete, por lo menos, Don Quixote de la Mancha, si es que ha llegàdo à vuestros oydo este nombre. Ay amiga de mi alma, dixo entonces la otra zagala! y que ventùra tan grande nos ha suce-

lucedido? Vès este Señor que tenèmos delante? Pues hàgote saber, que es el mas valiente, y el mas enamorado, y el mas comedido, que tiene el mundo, fino es que nos miente, y nos engaña una història, que de sus hazañas anda impressa, y yo he leydo. Yo apostaré, que este buen hombre que viene conmigo, es un tal Sancho Pança su escudèro, à cuyas gracias no ày ningunas que se le igualen. Assi es la verdad, dixo Sancho, que yo sóy esse graciòso, y esse escudèro, que vueßa merced dize, y este Señor es mi amo, el mismo Don Quixote de la Mancha historiado, y referido. Ay, dixo la otra! Supliquèmosle, amiga, que se quede; que nuestros padres, y nuestros hermanos gustarán infinito dello; que tambien he oýdo yo dezir de su valor, y de sus gracias lo mismo que tu me has dicho: Y sobre todo dicen dèl, que es el mas firme, y mas leal enamorado que se sabe; y que su Dama es una tal Dulcinèa del Tobòso, à quien en toda España la dãn la palma de la hermosura. Con razon se la dãn, dixo Don Quixote, si yã no lo pone en duda vuestra sinigual belleza: No os cansèys, Señoras, en detenèrme, porque las precisas obligaciones de mi profession no me dexan reposar en ningun cabo. Llegò en esto adonde los quatro estãvan un hermano de una de las dos pastoras, vestido assimismo de pastor con la riqueza, y galas, que à las de las zagalas correspondia. Contaronle ellas, que el que con ellas estãva, era el valeroso Don Quixote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia èl yã noticia por
avèr

avèr leydo su hiftòria. Ofreciòsele el gallardo pastor, y pidiòle, que se vinièsse con èl à sus tiendas: Hòvolo de concedèr Don Quixote, y assi lo hizo. Llegò en esto el oxèo, llenàronse las redes de pàxarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, caian en el peligro de que ivan huyèndo. Juntàronse en aquel sitio mas de treynta personas, todas bizarramente de pastores, y pastoras vestidas, y en un instante quedàron enteradas de quienes eran Don Quixote, y su escudèro, de que no poco contento ricibièron; porque yà tenian del noticia por su hiftòria. Acudièron à las tiendas; hallàron las mesas puestas, ricas, abundantes, y limpias; honràron à Don Quixote dándole el primer lugar en ellas: Miràvanle todos, y admiràvanse de vèrle. Finalmente, alcàdos los manteles, con gran reposo algò
 * Don Quixote la voz, y dixo.

ENTRE los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dizen, que es la sobervia, yo digo, que es el desagracedimiento, atenièndome à lo que suèle dezirse, que de los desagracedidos està lleno el infierno. Este pecado, en quanto me ha sido possible, he procurado yo huír desde el instante que tûve uso de razòn; y sino puedo pagàr las buenas obras que me hazen con otras obras, pongo en su lugar los desèos de hazèrlas; y quando estos no bastan, las publico; porque quien dize, y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensàra con otras si pudièra, porque por la mayor parte los que reciben, son inferiòres à los que dãn; y assi

es

es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden correspondèr las dadivas del hombre à las de Dios con igualdàd por infinita distancia; y esta estrechez, y cortèdàd en cierto modo la suple el agradecimiènto. Yo, pues, agradecido à la mercèd que aquí se me ha hecho, no pudièndo correspondèr à la misma medida, contenièndome en los estrechos limites de mi poderio, ofrèzco lo que puedo, y lo que tengo de mi cosecha; y así digo, que sustentaré dos dias naturales en mitad deste camino real, que vâ à Zaragoza, que estas Señoras zagalas contrahèchas, que aquí estàn, son las mas hermòsas donzellas, y mas cortèses, que ày en el mundo; exceptàndo solo à la fin par Dulcinèa del Tobòso, unica Señora de mis pensamièntos (con paz sea dicho de quantos, y quantas me escùchan.) Oyèndo lo qual Sancho, que con grande atencion le avia estàdo escuchàndo, dando una gran voz, dixo: Es possible que aya en el mundo personas, que se atrèvan à dizir, y à juràr, que este mi Señor es loco? Digan vuestras mercèdes, Señores pastores, ày cura de aldèa, por discreto, y por estudiante que sea, que pueda dezir lo que mi amo ha dicho? Ni ày Cavallèro andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecèr lo que mi amo aqui hà ofrecido? Bolviòse Don Quixote à Sancho, y encendido el rostro, y colèrico, le dixo: Es possible, ô Sancho, que aya en todo el orbe alguna persona que diga, que no eres tonto, aforrado de lo mismo, con no sè que ribetes de maliciò.

liciòso, y de vellaco? Quien temete à ti en mis cosas, y en averiguàr, si sòy discreto, ô majadero? Calla, y no me repliques, sino ensilla, si està desenfillado rozinante, y vâmos à poner en efecto mi ofrecimiento; que con la razòn que vâ de mi parte puedes dâr por vencidos à todos quantos quisièren contradezirla. Y con gran furia, y muestras de enojo se levantò de la silla, dexando admirâdos à los circunstantes, hazièndoles dudar, si le podian tener por loco, ô por cuerdo. Finalmènte avièndole persuadido, que no se pusièsse en tal demanda, que ellos davan por bien conocida su agradecida voluntâd, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocèr su animo valeròso, pues bastâvan las que en la història de sus hechos se referían: Con todo esto saliò Don Quixote con su intencion, y puesto sobre rozinante, embraçando su escudo, y tomâdo su lança, se pùso en la mitad de un real camino, que no lexos del verde prado estàva. Siguiòle Sancho sobre su ruzio con toda la gente del pastoral rebaño, deseòsos de vèr en que parâva su arrogante, y nunca visto ofrecimiento.

PUESTO, pues Don Quixote en mitad del camino, (como os he dicho,) hiriò el ayre con semejantes palabras: O, vosotros passageros, y viandantes, Cavallèros Escudèros, gente de à piè, y de à cavallo, que por este camino passays, ô avèys de passâr en estos dos dias siguièntes, sabèd, que Don Quixote de la Mancha Cavallèro andante, està aquí puesto para defendèr, que à todas las hermosuras,

Y

y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las Ninfas habitadoras destos prados, y bosques, dexàndo à un lado à la Señora de mi alma Dulcinèa del Toboso: Por esso el que fuere de parecèr contrario, acùda, que aquí le espèro. Dos vezes repitiò estas mismas razones, y dos vezes no fuèron oydas de ningun aventurèro; pero la fuerte, que sus cosas iba encaminàndo de mejor en mejor, ordenò que de allí à poco se descubrièsse por el camino muchedumbre de hombres de à cavallo, y muchos dellos con lanças en las manos, caminàndo todos apiñados de tropèl, y à gran prièssa. No los huvièron bien visto los que con Don Quixote estàvan, quàndo bolvièndo las espaldas, se apartàron bien lexos del camino, porque conocieron, que si esperavàn, les podia sucedèr algun peligro: Solo Don Quixote con intrèpido coraçòn se estùvo quedo, y Sancho Pança se escudò con las ancas de rozinante. Llegò el tropèl de los lanceros, y uno dellos, que venia mas delante, à grandes voces començò à dezir à Don Quixote: Apartate, hombre del diablo, del camino; que te haràn pedaços estos toros. Ea, Canalla, respondiò Don Quixote para mi no ày toros que valgan, aunque sean de los mas bravos, que cria Xaràma en sus riberas: Confessàd, malandrines (assi à carga cerrada) que es verdàd lo que yo aquí hè publicàdo, fino con migo soys en batalla. No tùvo lugar de respondèr el vaquero, ni Don Quixote le tùvo de desviàrse, aunque quisièra; y assi el tropèl de los totos bravos,

y

y el de los manfos cabestros, con la multitud de los vaqueros, y otras gentes, que à encerràr los llevavan à un lugar donde otro dia avian de corrèrse, passàron sobre Don Quixote, y sobre Sancho, rozinante, y el ruzio, dando con todos ellos en tierra, echandole à rodàr por el suèlo. Quedò molido Sancho, espantàdo Don Quixote, aporreàdo el ruzio, y no muy Catolico rozinante; pero en fin se levantàron todos, y Don Quixote à gran prièssa, tropeçando aquí, y cayèndo allí, començò à corrèr tras la vacada, dizièndo à grandes voces: Detenèos, y esperàd, canalla malandrina, que un solo Cavallèro os espera, el qual no tiene condicion, ni es de parecèr de los que dizen: Que al enemigo que huye, hazèrle la puente de plata. Pero no por esso se detuvièron los apresuràdos corredores, ni hizièron mas caso de sus amenazas, que de las nubes de Antaño. Detùvole el cansancio à Don Quixote, y mas enojàdo, que vengàdo, se sentò en el camino, esperàndo à que Sancho, rozinante, y el ruzio llegàssen. Llegàron, bolvièron à subir amo, y moço, y sin bolvèr à despedirse de la Arcadia fingida, ô contrahecha, y con mas verguença que gusto, siguièron su camino.





CAPITULO LIX.

*Donde se cuenta del extraordinario suceso,
que se puede tener por aventura, que
le sucedió à Don Quixote.*

AL polvo, y al cansancio, que Don Quixote, y Sancho sacaron del descomedi-
miento de los toros, fcorrió una fuente cla-
ra, y limpia, que entre una fresca arboleda
hallaron, en el margen de la qual, dexando
libres sin xàquima, y freno al ruzio, y à ro-
zinante, los dos assendereados amo y moço
se sentaron. Acudiò Sancho à la repostería
de sus alforjas, y dellas sacò, de lo que èl so-
lía llamàr condumio. Enxugòse la boca, la-
vòse Don Quixote el rostro, con cuyo re-
frigerio cobraron aliento los eipiritus defalen-
tados. No comia Don Quixote de puro pe-
saròso, ni Sancho no osàva tocàr à los man-
jares que delante tenia de puro comedido, y
esperava à que su Señor hizièsse la salva: Pe-
ro viendo, que llevàdo de sus imaginaciones
no se acordava de llevàr el pan à la boca, no
abrió la fuya; y atropellando por todo gene-
ro de criança, començò à embaular en el
estòmago el pan, y queso que se le ofrecia.
Come, Sancho amigo, dixo Don Quixote;
sustenta la vida que mas que à mi te impor-
ta, y dèxame morir à mi à manos de mis
pensamientos, y à fuerças de mis desgracias.
Yo,

Yo, Sancho, nacì para vivír muriendo, y tu para morir comiendo; y porque veas que te digo verdàd en esto, confidèrame impresso en històrias, famòso en las armas, comedido en mis acciones, respetàdo de Principes, sollicitàdo de donzellas; y al cabo al cabo, quando esperàva palmas, triunfos, y coronas grangeàdas, y merecidas por mis valeròsas hazañas, me he visto esta mañana pisàdo y acozeàdo, y molido de los piès de animales inmundos, y fozes. Esta consideraciòn me embora los dientes, entorpèce las muelas, y entomèce las manos, y me quita de todo en todo la gana del comèr, de manera, que pienso dexàrme morir de hambre (muerte la mas cruel de las muertes.) Dessa manera, dixo Sancho (sin dexàr de mascàr à prièssa) no aprovarà vuessa mercèd aquel Refran que dize: *Muera Martá, y muera harta*: Yo alomènos no pienso matàrme à mi mismo, antes pienso hazèr como el zapatero, que tira el cuero con los dientes, hasta que le haze llegàr donde èl quiere: Yo tirarè mi vida comiendo hasta que llegue al fin, que le tiene determinàdo el Cielo; y sepa, Señor, que no ày mayor locura que la que tocà en querèr desesperàrse como vuessa mercèd; y crèame, y despues de àvèr comido, echese à dormir un poco sobre los colechones verdes destas yerbas, y verà como quando despierte, se halla algo mas aliviàdo. Hizolo assi Don Quixote, parecièndole, que las razones de Sancho mas eran de Filosofo, que de mentecàto; y dixole: Si tu, ô Sancho quisièsses hazèr por

R 2

mi

mi lo que yo aora te dirè, ferian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duermo, obedièndo tus consejos, tu te desviàsses un poco lexos de aquí, y con las riendas de rozinante, echàndo al ayre tus carnes, te dièsses tre-cientos, ô quatrocientos açotes à buena cuenta de los tres mil, y tantos, que te has de dàr por el desencanto de Dulcinèa, que es làstima no pequeña, que aquella pobre Señora estè encantada por tu descuydo, y negligencia. Ay mucho que dezir en esto, dixo Sancho: Durmàmos por aora entrambos, y despues Dios dixo lo que serà. Sepa vueſſa mer-cèd, que esto de açotàrse un hombre à sangre fria es cosa rezia, y mas si caen los açotes sobre un cuerpo mal sustentado, y peor comido. Tenga paciencia mi Señora Dulcinèa, que quando menos se cate, me verà hecho una criba de açotes; y hasta la muerte todo es vida; quiero dezir, que aun yo la tengo, junto con el desèo de cumplir lo que he prometido. Agradecièndoselo Don Quixote, comiò algo, y Sancho mucho, y echàronse à dormir entrambos, dexando à su alvedrio, y sin orden alguna pacèr de la abundosa yerva, de que aquel prado estàva lleno, à los dos continuos compañeros, y amigos rozinante, y el ruzio. Despertàron algo tarde, bolvièron à subir, y à seguir su camino, dandose prièſſa para llegar à una venta, que al parecèr una legua de alli se descubría: Digo, que era venta, porque Don Quixote la llamò assi, fuera del uso que tenia de llamàr à

à todas las ventas castillos. Llegaron pues à ella, y preguntaron al huesped, si avia posada? Fuèles respondido, que Si, con toda la comodidad, y regalo que pudièra hallar en Zaragoza. Apearonse, y recogió Sancho su repostería en un aposento, de quien el huesped le diò la llave. Llevò las bestias à la cavalleriza; echòles sus pienso; faliò à ver lo que Don Quixote (que estàva senrado sobre un poyo) le mandava, dando particulares gracias al Cielo, de que à su amo no le huviesse parecido castillo aquella venta. Llegòse la hora del cenar; recogieronse à su estancia; preguntò Sancho al huesped, que que tenia para dàrles de cenar? A lo que el huesped respondió, que su boca sería medida; y assi que pidièsse lo que quisièsse, que de las paxaricas del ayre, de las aves de la tierra, y de los pescados del mar estàva proveyda aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos, que nos asen, tendrèmos lo suficiente, porque mi Señor es delicado, y come poco, y yo no soy traganton en demasia. Respondiòle el huesped, que no tenia pollos, porque los milanos los tenian assolados. Pues mande el Señor huesped, dixo Sancho, asar una polla que sea tierna. Polla, mi padre, respondió el huesped, en verdàd en verdàd, que embié ayer à la ciudad à vender mas de cinquenta; pero fuera de pollas, pida vueſſa merced lo que quisiere. Desta manera, dixo Sancho, no faltará ternera, ô cabrito. En casa por otra, respondió el huesped, no lo ay, porque

se ha acabado, pero la semana que viene lo avrá de sobra. Medrados estâmos con esso, respondió Sancho; yo apostarè, que se vienen à resumir todas estas faltas en las sobras que deve de avèr de tozino, y huèvos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene; pues hèle dicho, que ni tengo pollas, ni gallinas, y quière que tenga huèvos? Discurra si quisiere por otras delicadeças, y dexese de pedir gallinas. Resolvâmonos, cuerpo de mí, dixo Sancho; y dígame finalmente lo que tiene, y dexese de discurrimientos, Señor huésped. Dixo entonces el ventero: Lo que real, y verdaderamente tengo, son dos uñas de vaca, que parècen manos de ternera, ô dos manos de ternera, que parècen uñas de vaca: Estàn cozidas con sus garvanços, cebollas, y rocina, y à la hora de aore estàn diziendo, comème, comème. Por mias las marco desde aquí, dixo Sancho; y nadie las toque, que yo las pagarè mejor que otro, porque para mi ninguna otra cosa pudièra esperar de mas gusto, y no se me daría nada que fuèssen manos, como no fuèssen uñas. Nadie las tocarà, dixo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales, tràen consigo cozinero, despeniero, y reposteria. Si por principales và, dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que èl tràe, no permite despenías, ni botillerías. Ay nos tendèmos en mitad de un prado, y nos hartàmos de bellotas, ô de nisperos. Esta fuè la platica, que Sancho tuvo con el ventero, sin que

querer Sancho passàr adelante en respondèrle, que yà le avia preguntado que officio, ô que exercicio era el de su amo.

LEGÒSE, pues, la hora del cenàr; recogióse à su estancia Don Quixote; truxo el huesped la olla assi como estàva, y sentòse à cenàr muy de propósito. Parèce ser que en otro aposento, que junto al de Don Quixote estàva (que no le dividia mas que un sutil tabique) oyò dezir Don Quixote. Por vida de vueffa mercèd, Señor Don Geronimo, que en tanto que tràen la cena, leámos otro capitulo de la segunda parte de Don Quixote de la Mancha. Apenas oyò su nombre Don Quixote, quando se pùso en piè, y con oydo alerta escuchò lo que del tratàvan, y oyò, que el tal Don Geronimo referido respondió: Para que quière vueffa mercèd, Señor Don Juan que leámos estos disparàtes, pues el que huviere leydo la primera parte de la història de Don Quixote de la Mancha, no es possible que pueda tener guito en leèr esta segunda. Con todo esso, dixo el Don Juan, serà bien leèr-la, pues no ày libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena. Lo que à mi en este mas me displaze es, que pinta à Don Quixote yà desenamoràdò de Dulcinèa del Tobòso. Oyèndo lo qual Don Quixote, lleno de ira, y de despecho alcò la voz, y dixo: Quienquiera que dixere, que Don Quixote de la Mancha hà olvidàdo, ni puede olvidàr à Dulcinèa del Tobòso, yo le harè entendèr con armas iguales, que và muy lexos de la verdàd, porque la sin par Dulcinèa del

Tobòso, ni puede sèr olvidàda, ni en Don Quixote puede cabèr olvido. Su blason es la firmèza, y su professiõ el guardàrla con suavidad, y sin hazèrse fuerça alguna. Quien es el que nos responde, respondièron del otro aposento? Quien ha de sèr, respondiò Sancho, sino el mismo Don Quixote de la Mancha, que harà bueno quanto ha dicho, y aun quanto dixère; que *al buen pagador no le duelen prendas*. Apenas hùvo dicho esto Sancho, quando entràron por la puerta de su aposento dos Cavallèros, que tales lo parecian. y uno dellos, echando los braços al cuello de Don Quixote, le dixo: Ni vuestra presençia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede dexàr de acreditar vuestra presençia. Sin duda vos, Señor, sòys el verdadèro Don Quixote de la Mancha, norte, y luzèro de la andante Cavallería, à despecho, y pesàr del que ha querido usurpar vuestro nombre, y aniquilàr vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrègo; y ponièndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomò Don Quixote, y sin responder palabra, començò à hojeàrle, y de allí à un poco se le bolviò, dizièndo: En este poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehension. La primera es, algunas palabras, que he leydo en el Prologo: La otra, que el language es Aragonès; porque tal vez escribe sin articulos: Y la tercera, que mas le confirma por ignorante es, que yerra, y se desvia de la verdàd en lo mas principal de la historia;

tòria ; porque aquí dize , que la muger de Sancho Pança mi escudèro se llama Mari Gutierrez , y no se llama tal , sino Teresa Pança ; y quien en esta parte tan principal yerra , bien se podrà temèr , que yerra en todas las demàs de la història . A esto dixo Sancho : donosa cosa de historiador por cierto ! bien deve de estàr en el cuento de nuestros sucesos , pues llama à Teresa Pança mi muger , Mari Gutierrez . Torne à tomàr el libro , Señor , y mire , si ando yo por ài , y si me ha mudado el nombre ? Por lo que te he oydo hablàr , amigo , dixo Don Geronimo , sin duda devèys de sèr Sancho Pança , el escudèro del Señor Don Quixote ? Si sòy , respondió Sancho , y me precio dello . Pues à fè , dixo el Cavallèro , que no os trata este autor moderno con la limpièza , que en vuestra persona se muestra : Pintaos comedòr , y simple , y no nada graciòso , y muy otro del Sancho , que en la primera parte de la història de vuestro amo se describe . Dios se lo perdone , dixo Sancho ; dexàrame en mi rincón sin acordàrse de mí ; porque *quien las sabe , las tañe* ; y bien se està San Pedro en Roma . Los dos Cavallèros pidièron à Don Quixote se pasàsse à su estancia à cenàr con ellos , que bien sabian , que en aquella venta no avia cosas pertenecientes para su persona . Don Quixote , que siempre fuè comedido , condescendiò con su demanda , y cenò con ellos . Quedòse Sancho con la olla con mero mixto imperio ; sentòse en cabecèra de mesa , y con èl , el ventero , que no

menos que Sancho, estava de sus manos, y de sus uñas aficionado.

EN el discurso de la cena preguntò Don Juan à Don Quixote, que nuevas tenia de la Señora Dulcinèa del Toboso? Si se javia casado? Si estava parida, ô preñada? O si estàn-do en su entereza, se acordava (guardando su honestidad, y buen decoro) de los amorosos pensamientos del Señor Don Quixote? A lo que nuestro Cavallero respondiò, Dulcinèa se està entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca; las correspondencias en su sequedad antigua; su hermosura en la de una soèz labradora transformada: Y luego les fuè contàndo punto por punto el encanto de la Señora Dulcinèa, y lo que le avia sucedido en la cuèva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlin le avia dado para desencantàr-la, que fuè la de los agotes de Sancho. Sumo fuè el contento, que los dos Cavalleros recibieron de oyr contàr à Don Quixote los estraños sucesos de su història, y assi quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contava. Aquì le tenian por discreto, y alli se les deslizava por mentecato, sin saber determinàrse, que grado le darian entre la discrecion, y la locura.

ACABÒ de cenàr Sancho, y dexàndo hecho *equis* al ventero, se pasó à la estancia de su amo; y en entràndo, dixo: Que me maten, Señores, si el autor deste libro que vuestras mercedes tienen, quiere que no comàmos buenas migas juntos: Yo querría, que

que yà que me llama comilon, como vueffas mercèdes dizen, no me llamàsse tambien borracho. Si llama, dixo Don Geronimo, pero no me acuerdo en que manera, aunque sè, que son mal sonantes las razones, y ademas mentiròlas, segun yo echo de vèr en la fisonomía del buen Sancho, que està presente. Crèanme vueffas mercèdes, dixo Sancho, que el Sancho, y el Don Quixote dessa hìstoria deven de fer otros, que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: Mi amo, valiènte, discreto, y enamoràdo; y yo simple, y graciòso, y no comedòr, ni borracho. Yo assi lo crèo, dixo Don Juan; y si fuèra posible, se avia de mandàr, que ninguno fuèra osàdo à tratàr de las cosas del gran Don Quixote, sino fuèsse Cide Hamete, su primer autor: Bien assi como mandò Alexandro, que ninguno fuèsse osàdo à retratàrle sino Apeles. Retràteme el que quisière, dixo Don Quixote, pero no me maltràte, que muchas vezes suèle caèrse la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo Don Juan, se le puede hazèr al Señor Don Quixote, de quien èl no se pueda vengàr, sino la repàra en el escùdo de su paciencia, que à mi parecer es fuerte, y grande. En estas, y otras platicas se passò gran parte de la noche; y aunque Don Juan quisièra, que Don Quixote leyèra mas del libro, por vèr lo que discantava, no lo pudièron acabàr con èl, diziendo, que èl lo dava por leydo, y lo confirmava todo por necio; y que no querìa (si aca-

so

fo legàsse à noticia de su autor, que le avia tenido en sus manos) se alegràsse con pensàr, que le avia leydo, pues de las cosas obscenas, y torpes, los pensamiètos se han de apartàr, quanto mas los ojos. Preguntàronle, que adonde llevaba determinàdo su viage? Respondiò, que à Zaragoza à hallàrse en las justas del Arnès, que en aquella ciudad suèlen hazèrse todos los años. Dixole Don Juan, que aquella nueva història contàva; como Don Quixote (sea quien se quisière) se avia hallàdo en ella en una sortija, falto de invencion, pobre de letras, pobrissimo de libreas, aunque rico de simplicidàdes. Por el mismo caso, respondiò Don Quixote, no pondrè los piès en Zaragoza; y assi sacarè à la plaça del mundo la mentira desse historiador modèrno, y echaràn de vèr las gentes, como yo no soy el Don Quixote que èl dize. Harà muy bien, dixo Don Geronimo, y otras justas ày en Barcelona, donde podrà el Señor Don Quixote mostràr su valor. Assi lo pienso hazèr, dixo Don Quixote, y vueffas mercèdes me dèn licencia (pues yà es hora) para irme al lecho, y me tengan, y pongan en el numero de sus mayores amigos, y servidores. Y à mi tambien, dixo Sancho, quicà serè bueno para algo. Con esto se despidièron, y Don Quixote, y Sancho se retiraron à su aposèto, dexàndo à Don Juan, y à Don Geronimo admirados de vèr la mezcla, que avia hecho de su discrecion, y de su locura; y verdaderamènre creyèron, que estos eran los verdaderos Don Quixote, y Sancho, y no los que

que descrivia su Autor Aragonès. Madrugò Don Quixote , y dando Golpes al tabique del otro aposento , se despidiò de sus huéspedes. Pagò Sancho al ventero magníficamente; y aconsejóle, que alabàsse menos la provision de su venta, ô la tuvièsse mas proveýda.



CAPITULO LX.

De lo que sucediò à Don Quixote yèndo à Barcelona.

ERA fresca la mañana, y dava muestras de sèrlo assímismo el dia en que Don Quixote saliò de la venta, informándose primero, qual era el mas derecho camino para ir à Barcelona sin tocàr en Zaragoza: Tal era el desèo, que tenia de facàr mentiròso à aquel nuevo historiador, que tanto dezian, que le vituperava. Sucediò, pues, que en mas de feys dias no le sucediò cosa digna de ponèrse en escritùra: Al cabo de los quales (yèndo fuèra de camino) le tomò la noche entre unas espèssas enzinas, ô alcornoques (que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete, que en otras cosas fuèle.) Apeàronse de sus bestias amo, y moço, y acomodàndose à los troncos de los arboles, Sancho (que avia merendado aquel dia) se dexò entràr de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quixote, à quien desvelàvan sus imaginaciones mucho
mas

mas que la hambre, no podia pegar sus ojos; antes iba, y venía con el pensamiento por mil generos de lugares: Yà le parecia hallarse en la cuèva de Montesinos; yà vèr brincar y sublr sobre su pollina à la convertida en labradora Dulcinèa; yà que le sonàvan en los oydos las palabras del Sabio Merlin, que le referían las condiciones, y diligencias, que se avian de hazèr, y tenèr en el desfencanto de Dulcinèa. Desesperàvase de vèr la floxedad, y poca caridad de Sancho su escudèro; pues à lo que creya, solos cinco açotes se avia dado: Numero desigual, y pequeño para los infinitos, que le faltavan; y desto recibió tanta pesadùmbre, y enojo, que hizo este discurso: Si el nudo Gordiano cortò el grande Alexandro, dizièndo: tanto monta cortàr, como desfàtàr, y no por esso dexò de sèr universal Señor de toda la Asia: Ni mas, ni menos podria sucedèr aora en el desfencanto de Dulcinèa, si yo açotàsse à Sancho à pesàr fuyo; que si la condicion deste remedio està en que Sancho reciba los tres mil, y tantos açotes; que se me dà à mi, que se los dè èl, ó que se los dè otro, pues la sustancia està en que el los reciba, lleguen por do llegàren? Con esta imaginacion se llegó à Sancho, avièndo primero tomado las riendas de Rozinante, y acomodàdolas de modo, que pudiesse açotàrle con ellas: Començòle à quitàr las cintas (que es opinion que no tenia mas que la delantera en que se sustentavan los greguèscos) pero apenas hùvo llegàdo, quando Sancho despertò en todo su acuerdo, y di-

dixo: Que es esto? Quien me toca, y descinta? Yo soy, respondió Don Quixote, que vengo à suplir tus faltas, y à remediàr mis trabajos: vèngote à açotàr, Sancho, y à descargàr en parte la deuda à que te obligaste. Dulcinèa perèce, tu vives en descùydo, yo muero desèando; y assi desatàcate por tu voluntàd; que la mia es de darte en esta soledàd, por lo menos dos mil açotes. Effenò, dixo Sancho, vueffa mercèd se estè quedo, fino por Dios verdadero, que nos han de oyr los sordos. Los açotes à que yo me obliguè, han de sèr voluntàrios, y no por fuerça, y agora no tengo gana de açotàrme: Basta que døy à vueffa mercèd mi palabra de vapulàrme, y mosqueàrme, quando en voluntàd me vinière. No ày dexàrlo à tu cortesia, Sancho, dixo Don Quixote, porque eres duro de coraçòn, y aunque villano, blando de carnes; y assi procuràva, y pugnàva por desenlaçàrle. Vièndo lo qual Sancho Pança, se pùso en piè, y arremetièndo à su amo, se abraçò con èl à braço partido, y echàndole una zancadilla, diò con èl en el suelo boca arriba; pùsole la rodilla derecha fobre el pecho, y con las manos le tenia las manos de modo, que ni le dexava rodeàr, ni alentàr. Don Quixote le dezia: Como, traydòr, contra tu amo, y señor natural te desmàndas? Con quien te dà su pan, te atreves? Ni quito Rey, ni pongo Rey, respondió Sancho, fino ayùdome à mi, que soy mi Señor. Vueffa mercèd me promèta, que se estàrà quedo, y no tratarà de açotàrme por
agora,

agora, que yo le dexarè libre, y desembaracado; donde no, aquí moriràs, traydòr, enemigo de Doña Sancha. Prometiòselo Don Quixote, y jurò por vida de sus pensamientos, no tocàrle en el pelo de la ropa, y que dexarìa en toda su voluntad, y alvedrio el acotàrse quando quisièsse. Levantòse Sancho, y desviòse de aquel lugar un buen espacio; y yèndo à arrimàrse à otro arbol, sintiò, que le tocàvan en la cabeça, y alzando las manos, topò con dos piès de persona con zapatos, y calças. Temblò de miedo; acudiò à otro arbol, y sucediòle lo mesmo: Diò voces llamàndo à Don Quixote, que le favorecièsse. Hizolo assi Don Quixote, y preguntàndole, que le avia sucedido, y de que tenia miedo? Le respondiò Sancho, que todos aquellos arboles estàvan llenos de piès, y de piernas humanas. Tentòlos Don Quixote, y cayò luego en la cuenta de lo que podia sèr; y dixole à Sancho: No tienes de que tener miedo, porque estos piès, y piernas que tienes, y no vèes, sin duda son de algunos foragidos, y vandoleros, que en estos arboles estàn ahorcados, que por aquí los suèle ahorcàr la justicia, quando los coge, de veynte en veynte, y detreynta en treynta; por donde me dòy à entendèr, que devo de estàr cerca de Barcelona; y assi era la verdad, como èl lo avia imaginado. Al amanecèr alzàron los ojos, y vièron los razimos de aquellos arboles, que eran cuerpos de vandoleros.

Y A` en esto amanecìa, y si los muertos los avian espantado, no menos los atribulàron

ron mas de quarenta vandoleros vivos, que de improviso les rodeàron, dizièndoles en lengua Catalana, que se estuvièssen quedos, y se destuvièssen, hasta que llegàsse su capitan. Hallòse Don Quixote à piè, su cavallo sin freno, su lança arrimada à un arbol, y finalmente sin defenia alguna; y assi tuvo por bien de cruzar las manos, è inclinàr la cabeça, guardàndose para mejor fazòn, y coyuntura. Acudieron los vandoleros à espulgar al ruzio, y à no dexàrle ninguna cosa de quantas en las alforjas, y la maleta traÿa; y avinole bien à Sancho, que en una ventiera, que tenia ceñida venian los escudos del Duque, y los que avian sacado de su tierra; y con todo esso aquella buena gente le escardara, y le mirara hasta lo que entre el cuero, y la carne tuvièra escondido, fino llegara en aquella fazòn su capitan, el qual mostrò ser de hasta edad de treynta y quatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave, y color morena. Venia en un poderoso cavallo, vestida la azerada cota, y con quatro pistoletes (que en aquella tierra se llaman Pedreñales) à los lados. Viò que sus escuderos (que assi llaman à los que andan en aquel exercicio) ivan à despojar à Sancho Pança: mandòles, que no lo hizièssen, y fuè luego obedecido, y assi se escapò la ventiera. Admiròle ver lança arrimada al arbol, escudo en el suelo, y à Don Quixote armado, y pensativo, con la mas triste, y melancòlica figura, que pudièra formar la misma tristeza. Llegòse à el, dizièndole: No estèys tan triste, buen hombre,

Tom. IV. S por-

porque no avèys caydo en las manos de algun cruèl Ofiris, sino en las de Roque guiñart, que tienen mas de compaffivas, que de rigurosas. No es mi tristeza, respondiò Don Quixote, avèr caydo en tu podèr, ô valeròso Roque (cuya fama no ày limites en la tierra que la encièrrèn) sino por avèr sido tal mi descùydo, que me àyan cogido tus soldados sin el freno, estàndo yo, obligado (segun la orden de la andante Cavallería que profeslo) à vivír contino alerta, sièndo à todas horas centinela de mi mismo: Porque te hago saber, ô grán Roque, que si me hallàran sobre mi cavallo con mi lança, y con mi escudo, no les fuèra muy facil rendirme, porque yo soy Don Quixote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guiñart conociò, que la enfermedad de Don Quixote tocàva mas en locura, que en valentía; y aunque algunas vezes le avia oydo nombràr, nunca tuvo por verdàd sus hechos, ni se pudo persuadir, à que semejante humor reynàsse en coraçòn de hombre; y holgòse en estremo de avèrle encontràdo, para tocàr de cerca lo que de lexis, dèl avia oydo; y assi le dixo: Valeròso Cavallèro, no os despechèys, ni tengàys à siniestra fortuna esta en que os hallàys, que podria ser, que en estos tropieços vuestra torcida suerte se endereçàsse; que el Cielo por estraños, y nunca vistos rodeos (de los hombres no imaginados) suèle levantàr los caydos, y enriquezèr los pobres. Ya le iba à dàr gracias Don Quixote, quando sintièron à us espaldas un ruydo como de tropèl de cavallos,

vallos, y no era sino uno solo, sobre el qual venía à toda furia un mancebo, al parecèr de hasta veynte años, vestido de Damasco verde con passamanos de oro, greguescos, y saltaembarca, con sombrero terciado à la balona, botas enceradas, y justas, espuelas, daga, y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos, y dos pistolas à los lados. Al ruydo bolvió Roque la cabeça, y viò esta hermosa figura, la qual en llegando à el, dixo: En tu busca venía, ô valeròso Roque, para hallar en ti sino remedio, alomènos alivio en mi desdicha, y por no tenèrte suspenso (porque sè que no me has conocido) quiero dezirte quien soy. Soy Claudia Geronima, hija de Simon Forte tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que assi mismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario vando; y yà sabes que este Torrellas tiene un hijo, que Don Vicente Torrellas se llama, ô alomenos se llamàva no hàdoshoras. Este, pues, por àbreviàr el cuento de mi desventùra, te dirè en breves palabras la que me ha causado. Viòme, requebròme, escuchèle, enamorème à hurto de mi padre (porque no ày muger por retirada que estè, y recatada que seà, à quien no le sobre tiempo, para ponèr en execucion, y efecto sus atropellados desàsos.) Finalmènte el meprometiò de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pàsàssemos adelante. Supe ayer, que olvidado de lo que me devìa, se casava con otra, y que esta mañana iba à desposàrse (nueva que me turbò el sentido, y

acabò la paciència) y por no estàr mi padre en el lugar, le tûve yo de ponèrme en el trage que vèes, y apresuràndo el passo à este cavallo, alcancè à Don Vicente obra de una lengua de aqui; y sin ponèrme à dár quexas, ni à oyr disculpas, le disparè esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y à lo que créo, le devì de encerràr mas de dos balas en el cuerpo, abrièndole puertas, por donde, embuelta en su sangre, salièsse mi honra. Allí le dexo entre sus criados, que no osàron, ni pudièron ponèrse en su defensa. Vengo à buscàrte para que me passes à Francia, donde tengo parientes con quien viva, y assimismo à rogàrte, defiendas à mi padre, porque los muchos de Don Vicente no se atrevan à tomàr en èl desafortada vengança. Roque, admirado de la gallardia, bizarrìa, buen tallo, y suceffo de la hermosa Claudia, le dixo: Ven, Señora, y vamos à vèr, si es muerto tu enemigo, que despues verèmos lo que mas te importàre. Don Quixote, que estàva escuchàndo atentamènte lo que Claudia avia dicho, y lo que Roque Guinart respondiò, dixo: No tiene nadie para que tomàr trabajo en defendèr à esta Señora, que lo tomo yo à mi cargo. Dènme mi cavallo, y mis armas, y espèrenme aqui, que yo irè à buscàr à esse Cavallero, y muerto, ó vivo le harè cumplir la palabra prometida à tanta belleza. Nàdie dude desto, dixo Sancho, porque mi Señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos dias, que hizo casàr à otro, que tambien negava à otra donzella su palabra; y
fino

fino fuèra porque los encantadores, que le perfiguen, le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuèra la hora, que yà la tal donzella no lo fuèra. Roque, que atendia mas à pensàr en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo, y moço, no las entendió; y mandando à sus escuderos, que bolvièssen à Sancho todo quanto le avian quitado del ruzio (mandàndoles assimismo, que se retiràssen à la parte donde aquella noche avian estàdo aloxados) luego se partiò con Claudia à toda prièssa à buscàr al herido, ô muerto Don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontrò Claudia, y no hallaron en èl sino recien derramada sangre; pero tendièdo la vista por todas partes, descubrièron por un recuesto arriba alguna gente, y dièronse à entender (como era la verdàd) que devia ser Don Vicente, à quien sus criados, ô muerto, ô vivo llevaban, ô para curàrle, ô para enterràrle. Dièronse prièssa à alcançarlos, que como ivan de espacio, con facilidad lo hizieron. Hallaron à Don Vicente en los brazos de sus criados, à quien con cansada, y debilitada voz rogava, que le dexàssen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentía, que mas adelante pasàsse. Arrojàronse de los cavallos Claudia, y Roque, llegàronse à èl, temièron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbò en vèr la de Don Vicente; y assi entre enternecida, y rigurosa se llegó à èl, y assiéndole de las manos, le dixo: Si tu me dièras estas conforme à nuestro concierto, nunca tu te vièras en este passo. Abrió los

casi cerrados ojos el herido Cavallèro , y conociendo à Claudia , le dixo : Bien vèò , hermosa , y engañada Señora , que tu has sido la que me has muerto : Pena no merecida , ni devida à mis desèos con los quales , ni con mis obras jamàs quise , ni sùpe offenderte . Luego no es verdàd , dixo Claudia , que ivas esta mañana à desposarte con Leonora , la hija del rico Balvastro ? No por cierto , respondió Don Vicente : Mi mala fortuna te devió de llevar essas nuevas , para que zelosa me quitàs-
 ses la vida , la qual pues la dexo en tus manos , y en tus braços , tengo mi suerte por venturò-
 sa ; y para assegurararte desta verdàd , aprieta la mano , y recíbeme por espòso , si quisières ; que no tengo otra mayor satisfacion que darte del agravio , que pienas que de mi has recibido . Apretòle la mano Claudia , y apretòsele à ella el coraçòn de manera , que sobre la sangre , y pecho de Don Vicente se quedò desmayada , y à èl le tomò un mortal Parafismo . Confuso estàva Roque , y no sabía que hazèrse : Acudièron los criados à bulcàr agua , que echàrles en los rostros , y truxèronla , con que se los bañaron . Bolvió de su desmayo Claudia , pero no de su parafismo Don Vicente , porque se le acabò la vida : Visto lo qual de Claudia (avièndose enterado , que yà su dulce espòso no vivía) rompiò los ayres con suspiros , hirió los Cielos con quejas , maltratò sus cabellos entregàndolos al viento , afecò su rostro con sus propias manos , con todas las muestras de dolor , y sentimiènto , que de un lastimado pecho pudièra imaginàrse . O cruel ,
 è

è inconsiderada muger, dezía, con que facilidad te moviste à poner en execucion tan mal pensamiènto! O fuerça rabiòsa de los zelos, à que desesperàdo fin conduzis à quien os dà acogida en su pecho! O espòio mio, cuya desdichàda suerte, por ser prenda mia, te ha llevàdo del talamo à la sepultura! Tales, y tan tristes eran las queexas de Claudia, que sacàron las lagrimas de los ojos de Roque, no acostumbràdos à vertèrlas en ninguna ocasion. Lloràvan los criados, desmayàvase à cada passo Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza, y lugar de desgracia. Finalmente Roque Guinart ordenò à los criados de Don Vicente que llevàssen su cuerpo al lugar de su padre, que estàva alli cerca, para que le dièssen sepultura. Claudia dixo à Roque, que quería irse à un Monasterio, donde era Abadesa una tia suya, en el qual pensàva acabàr la vida, de otro mejor espòio y mas eterno acompañada. Alabòle Roque su buen proposito: Ofreciòsele de acompañàrle hasta donde quisièsse, y de defender à su padre de los parientes de Don Vicente, y de todo el mundo, si ofendèrle quisièsse. No quiso su compaña Claudia en ninguna manera, y agradecièdo sus ofrecimièntos con las mejores razones que supo, se despidiò dèl llorando. Los criados de Don Vicente llevàron su cuerpo, y Roque se bolviò à los suyos; y este fin tuvieron los amores de Claudia Geronima: Pero que mucho, si texièron la trama de su lamentable història las fuerças invencibles y rigurosas de los zelos?

HALLÒ Roque Guinart à sus escudèros en la parte donde les avia ordenado, y à Don Quixote entre ellos sobre rozinante, hazièndoles una platica, en que les persuadia, dexàssen aquel modo de vivír tan peligròso assi para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran gascones, gente rustica, y desbaratada, no les entrava bien la platica de Don Quixote. Llegado que fuè Roque, preguntò à Sancho Pança, si le avian buuelto, y restituydo las alhajas, y presças, que los Suyos del ruzio le avian quitado? Sancho respondiò que si, sino que le faltavan trestocadores, que valian tres ciudades. Que es lo que dizes, hombre dixo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales? Assi es, dixo Don Quixote; pero estímalos mi escudèro en lo que hà dicho, por avèrmelos dado quien me los diò. Mandòselos bolvèr al punto Roque Guinart; y mandando ponèr los suyos en ala, mandò traèr alli delante de todos, los vestidos, joyas, y dineros, y todo aquello que desde la última reparticion avian robado; y haziendo brevemènte el tantèo, bolviendo lo no repartible, y reduziendolo à dineros, lo repartiò por toda su compaña con tanta legalidad, y prudencia, que no passò un punto, ni defraudò nada de la justicia distributiva. Hecho esto (con lo qual todos quedaron contentos, satisfechos, y pagados) dixo Roque à Don Quixote: Sino se guardasse esta puntualidad con estos, no se podria vivír con ellos: A lo que dixo Sancho: Segun lo que aqui he visto, es tan buena la justicia, que es

ne-

necesario, que se usé aun entre los ladrones mismos. Oyèlo un escudèro, y enarbolò el mocho de un arcabuz, con el qual sin duda le abrièra la cabeça à Sancho, si Roque Guinart no le dièra voces, que se detuvièsse. Pasmòse Sancho, y propùlo de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuvièsse.

LLEGÒ en esto uno, ô algunos de aquellos escudèros, que estàvan puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia, y dàr aviso à su Mayor de lo que passava, y este dixo: Señor, no lexs de aquí por el camino que va à Barcelona, viene un gran tropèl de gente. A lo que respondiò Roque: Has echàdo de ver, si son de los que nos buscan, ô de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondiò el escudèro. Pues fallid todos, replicò Roque, y tràedmelos aquí luego, sin que se os escape ninguno. Hizièronlo assi, y quedàndose felos Don Quixote, Sancho, y Roque, aguardaron à ver lo que los escudèros traían; y en este entretanto dixo Roque à Don Quixote: Nueva manera de vida le deve de parecer al Señor Don Quixote la nuestra; nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que assi le parezca, porque realmente le confieso, que no ày modo de vivir mas inquieto, ni mas sobrefaltado que el nuestro. A mi me han puesto en èl, no se que deseos de vengança, que tienen fuerza de turbàr los mas sossegados coraçones. Yo de mi natural

sòy compassivo, y bien intencionado; pero como tengo dicho, el querer vergarme de un agravio que se me hizo, assi dà con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado à despecho, y pesàr de lo que entiendo: Y como un abismo llama à otro, y un pecado à otro pecado, hanse eslabonado las venganças de manera, que no solo las mias pero las ajenas tomo à mi Cargo: Pero Dios es servido, que aunque me vèo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperança de salir del à puerto seguro. Admirado quedò Don Quixote de oyr hablàr à Roque tan buenas, y concertadas razones; porque èl se pensava, que entre los de oficios semejantes de robàr, matàr, y salteàr, no podia avèr alguno, que tuviesse buen discurso; y respondiòle: Señor Roque, el principio de la salud està en conocèr la enfermedad, y en querèr tomàr el enfermo las medicinas, que el medico le ordena. Vuestra merced està enfermo, conoce su dolencia, y el Cielo, ô Dios, (por mejor dezir,) que es nuestro medico, le aplicará medicinas, que le sanen, las quales suèlen sanàr poco à poco, y no de repente, y por milagro; y mas que los pecadores discretos estàn mas cerca de enmendàrse, que los simples; y pues vuestra merced hà mostrado en sus razones su prudencia, no ày sino tenèr buen animo, y esperàr mejorìa de la enfermedad de su conciencia; y si vuestra merced quiere ahorràr camino, y ponèrse con facilidad en el de su salvacion, vèngase conmigo, que yo le enseñaré à ser Cavallero andante

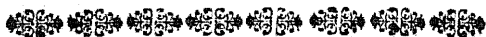
dante, donde se passan tantos trabajos, y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos palètas le pondrán en el Cielo. Riòse Roque del consejo de Don Quixote, à quien, (mudando platica,) contò el tràgico suceso de Claudia Geronima, de que le pesò en estremo à Sancho; que no le avia parecido mal la belleza, desemboltura, y brio de la moça. Llegaron en esto los escuderos de la prèsa, trayendo consigo dos Cavalleros à cavallo, y dos peregrinos à piè, y un coche de mugeres con hasta seys criados, que à piè, y à cavallo las acompañavan, con otros dos moços de mulas que los Cavalleros trayan. Cogieronlos los escuderos en medio, guardando vencidos, y vencedores gran silencio, esperando à que el gran Roque Guinart hablasse: El qual preguntò à los Cavalleros, que quien eran, y donde ivan, y que dinero llevavan? Uno dellos le respondió: Señor, nosotros somos dos Capitanes de Infantería Española; tenemos nuestras compañías en Napoles, y vamos à embarcarnos en quatro galèras, que dicen, estàn en Barcelona con orden de passar à Sicilia: Llevamos hasta dozientos; ô trecientos escùdos, con que à nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntò Roque à los peregrinos lo mismo que à los Capitanes. Fuèle respondido, que ivan à embarcarse para passar à Roma, y que entre entrambos podían llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien, quien iba en el coche, y adonde, y el dinero que lle-

llevavan; y uno de los de à cavallo dixo: Mi Señora Doña Guiomar de Quiñones, muger del Regente de la Vicaría de Napoles, con una hija pequeña, una donzella, y una dueña son las que vãn en el coche; Acompañamolla seys criados, y los dineros son seyscientos escudos. De modo, dixo Roque Guinart, que yà tenèmos aquí nuevecientos escudos, y sesenta reales. Mis soldados deven de ser hasta sesenta: Mírese à como le cabe à cada uno, porquè yo soy mal contador Oyèndo dezir esto los salteadores, levantaron la voz, dizièndo: Viva Roque Guinart muchos años, à pesàr de los Lladres, que su perdicion procuran. Mostràron afligirse los Capitanes: Entristeciòse la Señora Regenta, y no se holgàron nada los peregrinos, vièndo la confiscacion de sus bienes. Tùvolos, assí un rato suspensos Roque; pero no quiso que passàsse adelante su tristeza, que yà se podia conócèr à tiro de arcabuz; y bolvièndose à los Capitanes, dixo: Vuestras merçèdes, Señores Capitanes, por cortesía sean servidos de prestàrme sesenta escudos, y la Señora Regenta ochenta, para contentàr esta esquadra que me acompaña; porque *el Abad de lo que canta, yanta*; y luego puèdense ir su camino libre, y desembaraçadamènte con un salvo conduto que yo les darè, para que si topàren otras de algunas esquadras mías, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño; que no es mi intencion de agraviàr à soldados, ni à muger alguna, especialmènte à las que son principales. Infinitas, y bien dichas

chas fuèron las razones con que los Capitanes agradecièron à Roque su cortesia, y liberalidad; que por tal la tuvieron en dexàrles su mismo dinero. La Señora Doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besàr los piès, y las manos del gran Roque, pero èl no la consintió en ninguna manera, antes le pidió perdon del agravio, que le avia forçado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandò la Señora regenta à un criado suyo, dièsseluego los ochenta escùdos, que le avian repartido; y yà los Capitanes avian desembolsàdo los sesenta. Ivan los peregrinos à dàr toda su miseria; pero Roque dixo, que se estuvièssen quedos; y bolvièndose à los suyos, les dixo: Destos escùdos, dos tocan à cada uno, y sobran veynte: Los diez se dèn à estos peregrinos, y los otros diez à este buen escudero, porque pueda dezir bien desta aventura; y trayèndole aderço de escribir (de que siempre andava proveydo) Roque les diò por escrito un salvo conduto para los mayores de sus esquadras; y despidièndose dellos, los dexò ir libres, y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion, y estraño proceder, teniendole mas por un Alexandro Magno, que por ladron conocido. Uno de los escuderos dixo en su lengua Gascona, y Catalana: Este nuestro Capitan mas es para Frade, que para vandolero, si de aquí adelante quisiere mostràrse liberal, sèalo con su hazienda, y no con la nuestra. No lo dixo tan passo el desventuràdo, que dexàsse de oyrlo Roque, el qual echàndo mano à la espada, le

le abrió la cabeça casi en dos partes, diciéndole: Desta manera castigo yo à los desleaguados, y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno le osó dezir palabra: Tanta era la obediencia, que le tenían. Apartóse Roque à una parte, y escribió una carta à un su amigo à Barcelona, dándole aviso como estàva consigo el famoso Don Quixote de la Mancha, aquel Cavallero andante, de quien tantas cosas se dezian; y que le hazia saber, que era el mas gracioso, y el mas entendido hombre del mundo; y que de allí à quatro dias (que era el de San Juan Bautista) se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre rocinante su cavallo, y à su escudero Sancho sobre un asno; y que dièse noticia desto à sus amigos los Niarros, para que con él se solazàssen; que él quisièra que carecieran deste gusto los Cadellos sus contrarios, pero que esto era imposible, à causa que las locuras, y discreciones de Don Quixote, y los donayres de su escudero Sancho Pança no podian dexar de dar gusto general à todo el mundo. Despachò esta carta con uno de sus escuderos, que mudando el trage de vandolero en el de un labrador, entrò en Barcelona, y la diò à quien iba.





CAPITULO LXI.

De lo que le sucedió à Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

TRES días, y tres noches estuvo Don Quixote con Roque, y si estuvièra trecentos años, no le faltàra que miràr, y admiràr en el modo de su vida. Aquí amanecian; acullà comian; unas vezes huyan sin saber de quien, y otras esperàvan sin saber à quien. Dormian en piè, interrumpièndo el sueño, mudàndose de un lugar à otro. Todo era ponèr espías, escuchàr centinelas, foplàr las cuerdas de los arcabuzes (aunque traýan pocos, porque todos se servían de pedreñales.) Roque passava las noches, apartàdo de los suyos, en partes, y lugares donde ellos no pudièssen, sabèr donde estava; porque los muchos bandos, que el visorrey de Barcelona avia echàdo sobre su vida, le traýan inquièto, y temeròso, y no se osàva fiàr de ninguno, temièndo, que los mismos suyos ô le avian de matàr, ô entregàr à la justicia (vida por cierto miserable, y enfadòsa.) En fin por caminos desusados, por atajos, y sendas encubièrtas partièron Roque, Don Quixote y Sancho, con otros feys escuderos à Barcelona. Llegaron

gàron à su playa la vispera de San Juan en la noche; y abraçando Roque à Don Quixote, y à Sancho (à quien diò los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los avia dado) los dexò con mil ofrecimièntos, que de la una à la otra parte se hizieron.

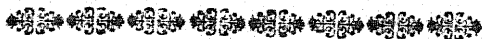
BO LV I D Ò SE Roque; quedòse Don Quixote esperàndo el dia assi à cavallo como estàva; y no tardò mucho, quando començò à descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca Aurora, alegràndo las yervas, y las flores, en lugar de alegràr el oydo; aunque al mesmo instante alegràron tambien el oydo el Son de muchas chirimias, y atabales, ruydo de cascavèles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecèr de la ciudad salían. Diò lugar la Aurora al Sol, que con un rostro mayor que el de una rodela por el mas baxo orizonte poco à poco se ivalevantàndo. Tendièron Don Quixote, y Sancho la vista por todas partes, vieron el Mar, hasta entonces dellos no visto; pareciòles espaciosísimó y largo, harro mas que las Lagunas de Ruydera que en la Mancha avian visto. Vièron las galèrras que estàvan en la playa, las quales abatièndo las tiendas, se descubrièron llenas de flámulas, y gallardetes, que tremolavan al viento, y belàvan, y barrían el agua. Dentro sonavan clarines, trompetas, y chirimias, que cerca, y lexos llenavan el ayre de suaves, y belicòsos acentos: començàron à movèrse, y à hazèr un modo de escaramuça por las sofsegadas aguas, correspondièndoles casi al mismo modo infinitos Cavallèros, que de la ciudad
sobre

sobre hermosos cavallos , y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparavan infinita artilleria , à quien respondian los que estavan en las murallas , y fuertes de la ciudad. La artilleria gruessa con espantoso estruendo rompia los vientos , à quien respondian los cañones de cruxia de las galeras. El mar alegre , la tierra jocunda , el ayre claro (solo tal vez turbio del humo de la artilleria) parece que iba infundiendo , y engendrando gusto subito en todas las gentes. No podia imaginàr Sancho , como pudiessen tener tantos pies aquellos bultos , que por el mar se movían.

EN esto llegaron corriendo con grita , lililies , y algazara los de las libreas , adonde Don Quixote suspenso y atònito estava ; y uno dellos (que era el avisado de Roque) dixo en alta voz à Don Quixote : bien sea venido à nuestra ciudad el espejo , el farol , la estrella , y el norte de toda la Cavalleria andante , donde mas largamente se contiene : Bien sea venido , digo , el valeroso Don Quixote de la Mancha , no el falso , no el ficticio , no el apocrifo , que en falsas historias estos dias nos han mostrado , sino el verdadero , el legal , y el fiel , que nos describió Cide Hamete Benengeli , flor de los historiadores. No respondió Don Quixote palabra , ni los Cavalleros esperaron à que la respondièse ; sino bolviendose , y rebolviendose con los demás que los seguían , comenzaron à hazer un rebuelto caracol al derredor de Don Quixote , el qual bolviendose à Sancho , di-

xo: Estos bien nos han conocido: Yo apostarè, que han leydo nuestra història, y aun la del Aragonès rezien imprèssa. Bolviò otra vez el Cavallèro que hablò à Don Quixote, y dixole: Vuestra mercèd, Señor Don Quixote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que Don Quixote respondió: Si cortesias engendran cortesias, la vuestra, Señor Cavallèro, es hija, ô parienta muy cercana de las del gran Roque. Llevadme dò quisièredes, que yo no tendrè otra voluntàd que la vuestra, y mas si la querèys ocupàr en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas, le respondiò el Cavallèro; y encerràndole todos en medio, al son de las chirimias, y de los atabales se encaminàron con èl à la ciudad: Al entràr de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos, que el malo, dos dellos travièssos, y atrevìdos se entràron por toda la gente, y alçàndo el uno de la cola del ruzio, y el otro de la de rozinante, les pusieron, y encaxàron sendos manojos de alia-gas: Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretàndo las colas, aumentàron su disgusto de manera, que dando mil corcobos, dièron con sus dueños en tierra. Don Quixote corrido, y afrentàdo, acudiò à quitar el plumage de la cola de su matalòte, y Sancho el de su ruzio. Quisieron los que guiavan à Don Quixote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fuè possible, porque se entràron entre mas de otros mil que los se-

segufan. Bolvièron à fubir Don Quixote, y Sancho, y con el mifmo aplaufò, y mufica llegàron à la cafà de fu guía, que era grande, y principal; en fin como de Cavallèro rico, donde le dexarèmos por aora, porque affi lo quiere Cide Hamete.



CAPITULO LXII. †

Que trata de la aventura de la cabeça encantada, con otras niñerías que no pueden dexar de contarse.

DON Antonio Moreno fe llamava el huésped de Don Quixote, Cavallèro rico, y discreto, y amigo de holgarfe à lo honesto, y afable; el qual viendo en fu cafà à Don Quixote, andava bufcàndo modos, como fin fu perjuyzio facàffe à plaça fus locuras (porque no fon burlas las que duèlen, ni ày paffatiempos que valgan fi fon con daño de tercero:) Y affi lo primero que hizo fuè, hazer defarmar à Don Quixote, y facarle à viftas con aquel fu eftrecho, y acamuzado vestido (como yà otras vezes le hèmòs defcrito, y pintado) à un balcon, que falía à una calle de las mas principales de la ciudad, à vifta de las gentes, y de los muchachos, que como à mona le miravan. Corrièron de nuevo delante del, los de las libreas, como fi para el folo (no para alegrar aquel feftivo dia) fe las huvieran puefto: Y Sancho eftàva conten-

tíssimo, por parecèrle, que se avia hallado, sin saber como ni como no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque.

COMIERON aquel dia con Don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos, y tratando à Don Quixote como à Cavallero andante, de lo qual huèco, y pompòso no cabía en sí de contento. Los donayres de Sancho fuèron tantos, que de su boca andavan como colgados todos los criados de casa, y todos quantos le oyan. Estàndo à la mesa, dixo Don Antonio à Sancho: Acà renemos noticia, buen Sancho: que soys tan amigo de manjar blanco, y de Albondiguillas, que si os sobran, las guardays en el feno para el otro dia. No Señor, no es assi, respondiò Sancho: Engañado le han à vuestra mercèd, porque tengo mas de limpio que de goldoso; y mi Señor Don Quixote que està delante, sabe bien, que con un puño de bellotas, ô de nuezes nos solemos passàr entrambos ocho dias: Verdàd es, que si tal vez me sucede, *Que me dèn la vaquilla, corro con la soguilla* (quiero dezir) que como lo que me dàn, y uso de los tiempos como los hallo; y quienquiera que huvière dicho, que yo soy comedòr aventajado, y no limpio, tengàse por dicho, que no acierta; y de otro manera dixèra esto, sino miràra à las barbas honradas que estàn à la mesa. Por cierto, dixo Don Quixote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho

cho come, se puede escribir, y gravar en laminas de bronze, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros: Verdàd es, que quando èl tiene hambre, parece algo tragon, porque come à prièssa, y masca à dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto; y en el tiempo que fuè Governadòr, aprendiò à comèr à lo melindròso tanto, que comia con tenedor las ubas, y aun los granos de la granada. Como? dixo Don Antonio: Governadòr ha sido Sancho? Si, respondiò Sancho, y de una insula llamada la Barataria. Diez días la governè à pedir de boca: En ellos perdiò el sosiego, y aprendiò à despreciar todos los gobiernos del mundo. Sali huyendo della; cai en una sima, ô cuèva donde me tùve por muerto, de la qual salì vivo por milagro. Contò Don Quixote por menudo todo el suceßo del gobierno de Sancho, con que diò gran gusto à los oyèntes.

LEVANTÀDOS los manteles, à tomàndo Don Antonio à Don Quixote por la mano, se entrò con èl en un apartado aposento, en el qual no avia otra cosa de adorno, que una mesa, al parecèr de jaspe, que sobre un piè de lo mismo se sostenia, sobre la qual estàva puesta al modo de las cabeças de los Emperadores Romanos de los pechos arriba, una que semejava ser de bronze. Passèose Don Antonio con Don Quixote por todo el aposento, rodeando muchas vezes la mesa, despues de lo qual dixo: Ahora, Señor Don Quixote, que estòy enterado, que no nos

oye , ni escùcha alguno , y està cerrada la puerta , quiero contar à vueſſa merced una de las mas raras aventuras , ô por mejor dezir , novedades , que imaginàrſe pueden , con condicion que , lo que à vueſſa merced dixere , lo ha de depositar en los ultimos retretes del ſecreto. Aſſi lo juro , respondiò Don Quixote , y aun le echarè una loſa encima para mas ſeguridad ; porque quièro que ſepa vueſſa merced , Señor Don Antonio (que yà ſabía ſu nombre) que està hablando con quien , aunque tiene oydos para oyr , no tiene lengua para hablar ; aſſi que con ſeguridad puede vueſſa merced traſladar lo que tiene en ſu pecho en el mio , y hazer cuenta que lo ha arrojado en los abifmos del ſilencio. En Fèe deſſa promeſſa , respondiò Don Antonio , quièro poner à vueſſa merced en admiracion con lo que vière , y oyère , y darme à mi algun alivio de la pena que me cauſa no tener con quien comunicàr mis ſecretos , que no ſon para fiàrſe de todos. Suſpenſo eſtáva Don Quixote , eſperando en que avian de parar tantas prevenciones. En eſto tomàndole la mano Don Antonio , ſe la paſcò por la cabeça de bronce , y por toda la meſa , y por el piè de jaſpe , ſobre que ſe ſoſtenía , y luego dixo : Eſta cabeça , Señor Don Quixote , ha ſido hecha , y fabricada por uno de los mayores encantadores , y hechizeros , que ha tenido el mundo , que crèo , era Polaco de nacion , y diſcipulo del famoſo Eſcotillo , de quien tantas maravillas ſe cuenta el qual eſtùvo aquí en mi caſa , y
por

por precio de mil escùdos que le di, labrò esta cabeça, que tiene propiedad, y virtud de responder à quantas cosas al oydo le preguntàren. Guardo rumbos, pintò caracteres, observò astros, mirò puntos, y finalmente la sacò con la perfeccion, que verèmos mañana; porque los viernes està muda, y oy que lo es, nos hà de hazèr esperar hasta mañana. En este tiempo podrà vueſſa merced prevenirse de lo que querrà preguntàr; que por experiencia sè, que dize verdàd en quanto responde.

ADMIRADO quedò Don Quixote de la virtud, y propiedad de la cabeça, y estùvo por no creèr à Don Antonio; pero por ver quan poco tiempo avia para hazèr la experiencia, no quiso dezirle otra cosa, sino que le agradecia el averle descubierto tan gran secreto. Salièron del aposento, cerrò la puerta Don Antonio con llave, y fuèronse à la sala, donde los demas Cavalleros estàvan. En este tiempo les avia contàdo Sancho muchas de las aventùras, y suceſſos que à su amo avian acontecido.

AQUELLA tarde sacaron à passeàr à Don Quixote, no armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hazèr sudàr en aquel tiempo al mismo yelo. Ordenàron à sus criados, que entretuvièssen à Sancho de modo, que no le dexàssen salir de casa. Iva Don Quixote, no sobre roziante, sino sobre un gran macho de passo llano, y muy bien adereçado: Pusieronle el balandran, y en las espaldas, sin que èl lo

vièsse, le cosieron un pergamino, donde le escribièron con letras grandes: *Este es Don Quixote de la Mancha*. En comenzando el paísèo, llevaba el rètulo los ojos de quantos venian à vèrle, y leyan: *Este es Don Quixote de la Mancha*. Admiràvase Don Quixote de vèr, que quantos le miravan, le nombravan, y conocian; y bolvièndose à Don Antonio, que iba à su lado, le dixo: Grande es la prerogativa que encierra en si la andante Cavalleria, pues haze conocido, y famoso al que la professa por todos los terminos de la tierra: Sino, mire vuestra merced, Señor Don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca avèrme visto, me conocen. Assi es, Señor Don Quixote, respondiò Don Antonio; què assi como el fuego no puede estàr escondido, y encerrado, la virtud no puede dexar de sèr conocida, y la que se alcança por la profession de las armas, resplandèce, y campea sober todas las otras.

ACAECIÒ, pues, que yèndo Don Quixote con el aplauso que se ha dicho, un Castellano, que leyò el retulo de las espaldas, algò la voz, diziendo: Válgate el diablo por Don Quixote de la Mancha; como? que hasta aquí has llegado sin avèrte muerto los infinitos palos, que tienes acuestas? Tu eres loco, y si lo fuèras à solas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de bolver locos, y mentecatos à quantos te tratan, y comunican: Sino, mirenlo por estos Señores, que te acompañan. Buèlvete,

vete , mentecato , à tu casa , y mira por tu hazienda , por tu muger , y tus hijos , y dexate destas vaziedades , que te carcomen el seso , y te desnatan el entendimiento. Hermano , dixo Don Antonio , seguid vuestro camino , y no deys consejos à quien no os los pide : El Señor Don Quixote de la Mancha es muy cuerdo , y nosotros que le acompañamos , no somos necios. La virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare ; y andad en hora mala , y no os metays donde no os llaman. Par diez vuestra merced tiene razón , respondió el Castellano , que aconsejar à este buen hombre , es dar cozes contra el aguijon : Pero con todo esso me dà muy gran lastima , que el buen ingenio , que dicen , que tiene en todas las cosas este mentecato , se le desague por la canal de su andante Cavalleria : Y la en hora mala , que vuestra merced dixo , sea para mi , y para todos mis descendientes , si de oy mas , aunque viviese mas años que Matusalen , diere consejo à nadie aunque me lo pida. Apartose el consejero ; siguiò adelante el palseo , pero fuè tanta la priessa , que los muchachos , y toda la gente tenia leyendo el retulo , que se le huvò de quitar Don Antonio , como que le quitava otra cosa.

LLEGÒ la noche , bolvièronse à casa , huvò farào de damas ; porque la muger de Don Antonio (que era una Señora principal , alegre , hermosa , y discreta) combidò à otras sus amigas à que viniesen à honrar à su huésped , y à gustar de sus nunca vistas locuras. Vinièron algunas , cenòse esplendidamente ,

y començòse el farào casi à las diez de la noche. Entre las damas avia dos de gusto pìcaro, y burlonas; y con ser muy honestas, eran algo descompuestas por dàr lugar, que las burlas alegràssen sin enfado. Estas dièron tanta prièssa en sacàr à dançar à Don Quixote, que le molièron no solo el cuerpo, pero el anima. Era cosa de vèr la figura de Don Quixote, largo, tentido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, delayràdo, y sobre todo no nada ligero. Requebràvanle como à hurto las damisèlas, y èl tambien como à hurto las desdenava; pero vièndose apretàr de requiebros, alçò la voz, y dixo: *Fugite partes adversæ*, dexàdme en mi sosiego pensamièntos mal venidos; allà os avenid, Señoras, con vuestros desèos, que la que es Reyna de los mios, la sin par Dulcinèa del Tobòso, no consiente, que ningunos otros, que los suyos me avassallen, y rindan: Y dizièndo esto, se sentò en mitàd de la sala en el suelo, molido, y quebrantado de tan bayladòr exercicio. Hizo Don Antonio, que le llevàssen en peso à su lecho; y el primero que asìò del, fuè Sancho, dizièndole: Nora en tal, Señor nuestro amo, lo avèys baylàdo: Pensays que todos los valientes sòn dançadores? O todos los andantes Cavallèros baylarines? Digo, que si lo pensays, que estàys engañado: Hombre ày que se atreverà à matàr à un Gigante antes que hazer una cabriola. Si hùvièrades de çapateàr, yo suplièra vuestra falta, que çapatèo como un Girifalte; pero en lo del dançar no dòy puntada. Con estas, y otras razones diò

diò que reyr Sancho à los del farào, y diò con su amo en la cama, arropàndole para que fudàsse la frialdàd de su bàyle.

OTRO dia le pareció à Don Antonio, ser bien hazèr la experièncià de la cabeça encantada; y con Don Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos Señoras, que avian molido à Don Quixote en el bàyle (que aquella noche se avian quedado con la muger de Don Antonio) se encerrò en la estancia donde estàva la cabeça. Contòles la propiedad que tenia; encargòles el secrero, y dioxles, que aquel era el primero dia, donde se avia de provàr la virtud de la tal cabeça encantada; y fino eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el *Bufo* del encanto: Y aun si Don Antonio no se le huviera descubiertò primero à sus amigos, tambien ellos cayèran en la admiracion en que los demàs cayèron, sin ser possible otra cosa (con tal traça, y tal orden estava fabricada.)

EL primero que se llegó al oydo de la cabeça fuè el mismo Don Antonio, y dixole en voz sumissa, pero no tanto que de todos no fuèsse entendida: Dime, cabeça, por la virtud que en ti se encierra, que pensamientos tengo yo aora? Y la cabeça le respondió sin movèr los labios con voz clara, y distinta de modo que de todos fuè entendida, esta razòn: Yo no juzgo de pensamientos: Oyèndo lo qual todos quedàron atònitos, y mas, vièndo que en todo el aposento, ni al derredor de la mesa no avia persona humana, que res-

responder pudiesse. Quantos estamos aqui? (tornò à preguntàr Don Antonio.) Y fuèle respondido por el propio tenor, passo: Estàys tu, y tu muger con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un Cavallero famoso, llamado Don Quixote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Pança tiene por nombre. Aqui si, que fuè el admirarle de nuevo, aqui si, que fuè el erizarse los cabellos à todos de puro espanto? Y apartandose Don Antonio de la cabeça dixo: Esto me basta para darme à entender, que no fuý engañado del que te me vendió, cabeça sabia, cabeça habladora, cabeça respondona, y admirable cabeça. Llegue otro, y preguntele lo que quisiere: Y como las mugeres de ordinario son presuroras, y amigas de saber; la primera que se llegó, fuè una de las dos amigas de la muger de Don Antonio, y lo que le preguntò fuè: Dime cabeça, que harè yo para ser muy hermosa? Y fuèle respondido: Sè muy honesta. No te pregunto mas, dixo la preguntante. Llegò luego la compañera, y dixo: Querrìa saber, cabeça, si mi marido me quiere bien, ô no? Y respondièronle: Mira las obras que te haze, y echàrlo has de ver. Apartòse la casada, diziendo: Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta, porque en efecto las obras que se hazen, declaran la voluntad que tiene el que las haze. Luego llegó uno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntòle: quien soy yo? Y fuèle respondido: Tu lo sabes. No te pregunto esso, respondió el Cavallero, sino que me digas, si me

me conoces? Si conozco, le respondièron, que eres Don Pedro Noriz. No quìero sabèr mas, pues esto basta para entender, ô cabeça, que lo sabes todo: Y apartàndose, llegó el otro amigo, y preguntòle; Dime, cabeça, que desèos tiene mi hijo el Mayorazgo? Yà yo he dicho, le respondièron, que yo no juzgo de desèos; pero con todo esso te sè dezir, que los que tu hijo tiene, son de enterrarte. Esso es, dixo el cavallero, lo que vèo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no preguntò mas. Llegòse la muger de Don Antonio, y dixo: Yo no sè, cabeça, que preguntarte, solo querrìa sabèr de ti, si gozarè muchos años de mi buen marido? Y respondièronle: Si gozaràs, porque su salud, y su templanza en el vivír prometen muchos años de vida, la qual muchos suèlen acortàr por su destemplanza. Llegòse luego Don Quixote, y dixo: Dime, tu el que respondes: Fuè verdad, ô fuè sueño lo que yo cuento que me pasò en la cuèva de Montefinos? Seràn ciertos los açotes de Sancho mi escudero? Tendrà efecto el desencanto de Dulcinèa? A lo de la cuèva respondièron, ay mucho que dezir; de todo tiene: Los açotes de Sancho iràn de espacio: El desencanto de Dulcinèa llegará à devida execucion. No quìero sabèr mas, dixo Don Quixote, que como yo vèa à Dulcinèa desencantada, harè cuenta, que vienen de golpe todas las ventùras, que acertare à desèar. El ultimo preguntante fuè Sancho; y lo que preguntò, fuè: Por ventura, cabeça, tendré otro Gobierno? Saldrè
de

de la estrechez de escudèro? Bolverè à vèr à mi muger, y à mis hijos? A lo que le respondièron: Governaràs en tu casa; y si buelves à ella, veràs à tu muger, y à tus hijos; y dexando de servir, dexaràs de ser escudèro. Bueno, par Dios, dixo Sancho Pança, esto yo me lo dixèra: No dixèra mas el Profeta Pero-grullo. Bestia, dixo Don Quixote, que quieres, que te respondan? No basta, que las respuestas que esta cabeça ha dado, corresponden à lo que se le pregunta? Si basta, respondiò Sancho; pero quisièra yo, que se declaràra mas, y me dixèra mas. Con esto se acabàron las preguntas, y respuestas, pero no se acabò la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caso sabían: El qual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo, que algun hechizèro la avia fabricado, y algun extraordinario misterio en la tal cabeça se encerrava: Y assi dize, que Don Antonio Moreno, à imitacion de otra cabeça que viò en Madrid, fabricada por un èstampero, hizo esta en su casa para entretènèrse, y suspènder à los ìgnorantes; y la fabrica era desta suerte.

La tabla de la mesa era de palo, pintada, y barnizada como jaspe; y el piè, sobre que que se sostenia, era de lo mesmo con quatro garras de Aguila que dèl salian para mayor firmeza del peso. La cabeça, que parecia medalla, y figura de Emperador Romano, y de color de bronze, estàva toda huèca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa, en que se encaxava

caxàva tan justamènte, que ninguna señal de juntura se parecia. El piè de la tabla era affiméfmo huèco, que respondìa à la garganta y pechos de la cabeça; y todo esto venìa à responder à otro aposento, que debaxo de la estancia de la cabeça estàva. Por todo este huèco de piè, meía, garganta, y pechos de la medalla, y figura referida, se encaminava un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia sèr visto. En el aposento de abaxo correspondiente al de arriba se ponìa el que avìa de responder, pegada la boca con el mismo cañon, de modo, que à modo de cervatana iva la voz de arriba abaxo, y de abaxo arriba en palabras articuladas, y claras; y desta manera no era possible conocèr el embuste. Un sobrino de Don Antonio, estudiante, agùdo, y discreto, fuè el respondiente, el qual estàdo avisàdo de su Señor Tio de los que avian de entràr con el en aquel dia en el aposento de la cabeça, le fuè facil responder con presteza, y puntualidad à la primera pregunta: A las demàs respondiò por conjetùras, y como discreto discretamènte. Y dize mas Cide Hamete, que hasta diez, ô doze dias durò esta maravillòsa maquina; pero que divulgàndose por la ciudad, que Don Antonio tenìa en su casa una cabeça encantada, que à quantos le preguntavan, respondìa, temièndo no llegàsse à los oydos de las despiertas centinelas de nuestra Fè; avièndo declaràdo el caso à los Señores Inquisidores, le mandaron, que la deshizièsse, y no passasse mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizàsse: Pero

Pero en la opinion de Don Quixote y de Sancho Pança la cabeça quedò por encantada, y por respondona, mas à satisfacion de Don Quixote, que de Sancho.

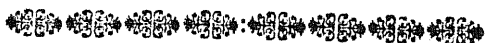
Los Cavallèros de la ciudad, por complacèr à Don Antonio, y por agasajàr à Don Quixote, y dàr lugar à que descubrièsse sus fandèzes, ordenàron de corrèr fortija de alli à seys dias, que no tùvo efecto por la ocasion que se dirà adelante. Diòle gana à Don Quixote de passeàr la ciudad à la llana, y à piè, temièndo, que si iba à cavallo, le avian de perseguir los muchachos; y assi el, y Sancho, con otros dos criados, que Don Antonio le diò, salièron à passeàrse. Sucediò, pues, que yèndo por una calle, alçò los ojos Don Quixote, y viò escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*: De lo que se contentò mucho, porque hasta entonces no avia visto emprenta alguna y deseàva fabèr como fuèsse. Entrò dentro con todo su acompañamiènto; y viò tiràr en una parte, corregir en otra, componèr en esta, enmendàr en aquella, y finalmente toda aquella maquina, que en las emprentas grandes se muestra. Llegàvase Don Quixote à un caxon, y preguntava, que era aquello que alli se hazia? Dàvanle cuenta los oficiales; admiràvase, y passava adelante. Llegò en otras la uno, y preguntòle, que era lo que hazia? El oficial le respondiò: Señor, este Cavallèro que aquí està (y enseñòle à un hombre de muy buen talle, y parecèr, y de alguna gravedad) ha traduzido un Libro Toscano en nuestra

tra lengua castellana, y estòyle yo componièdo para dàrle à la estampa. Que título tiene el libro? preguntò Don Quixote. A lo qual el aùtor respondiò: Señor, el libro en Toscano se llama, *le Bagatele*. Y que responde le Bagatele en nuestro castellano? preguntò Don Quixote. Le Bagatele, dixo el aùtor, es como si en castellano dixèssemos, *Los Juguetes*; y aunque èste libro es en el nombre humilde, contiene, y encierra en si cosas muy bucnas, y sustanciàles. Yo, dixo Don Quixote, sè algun tanto de el Toscano, y me precio de cantàr algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vueßa merçèd, Señor mio (y no digo esto porque quièro examinar el ingenio de vueßa merçèd, sino por curiosidad nó mas) ha hallado en su escritura alguna vez nombrar, *Piñata*? Si, muchas vezes, respondiò el aùtor. Y como la traduze vueßa merçèd en castellano? preguntò Don Quixote. Como la avia de traduzir, replicò el aùtor, sino diziendo *Olla*? Cuerpo de tal, dixo Don Quixote, y que adelante està vueßa merçèd en el Toscano Idioma? Yo apostarè una buena apuesta, que adonde diga en el Toscano *piache* dize vueßa merçèd en el castellano *plaxe*, y adonde diga *piu*, dize, *mas*, y el *su* declara con *arriba*, y el *giu* con *abajo*? Si declaro por cierto, dixo el aùtor, porque essas son sus propias correspondencias. Olarè yo jurar, dixo Don Quixote, que no es vueßa merçèd conocido en el mundo, enemigo siempre de premiàr los floridos ingenios, ni los loables trabajos. Que de habilidades ày pérdidas

didas por ài! Que de ingenios arrinconados: Que de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece, que el traduzir de una lengua en otra (como no sea de las Reynas de las Lenguas Griega, y Latina) es como quien mira los tapizes Flamencos por el revés; que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura, y tez de la haz: Y el traduzir de lenguas faciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel: Y no por esto quiero, inferir, que no sea loable este exercicio del traduzir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que menos provecho le traxessen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el Dotor Christoval de Figueroa en su Pastor Fido; y el otro Don Juan de Xaurigui en su Aminta, donde felizmente ponen en duda, qual es la traduccion, ô qual el original. Pero digame vueſſa merced, este libro imprimese por su cuenta, ô tiene ya vendido el privilegio à algun Librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondiò el autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos con esta primera Impression, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar à seys reales cada uno en daca las pajas. Bien està vueſſa merced en la cuenta, respondiò Don Quixote: bien parece que no sabe las entradas, y salidas de los impressores, y las correspondencias que ày de unos à otros? Yo le prometo, que quando se vèa cargado de dos mil cuerpos de libros,

bros, vèa tan molido su cuerpo, que se espante; y mas si el libro es un poco avièssò, y no nada picante. Pues que? dixo el autor, quiere vueffa mercèd, que se lo dè à un Librero, que me dè por el privilegio, tres maravèdis, y aun pienfa, que me haze mercèd en dàrmelos? Yo no imprimo mis libros para alcançar fama en el mundo, que yà en èl foy conocido por mis obras: Provecho quièro, que sin èl no vale un quatrìn la buena fama. Dios le dè à vueffa mercèd buena manderècha, respondiò Don Quixote; y passò adelante à otro caxon, donde viò, que estàvan corrigièndo un pliego de un libro, que se intitulava, *Luz del alma*; y en vièndole dixo; Estos tales libros, aunque ay muchos deste genero, son los que se deven imprimir, porque son muchos los pecadores, que se ùsan, y son menester infinitas luzes para tantos desalumbados. Passò adelante, y viò que assimesmo estàvan corrigièndo otro libro; y preguntàndo su titulo, se respondièron, que se llamava: *La segunda Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, compuesta por un tal, vezino de Tordesillas. Yà yo tengo niticia deste libro, dixo Don Quixote, y en verdàd, y en mi conciencia, que pensè, que yà estàva quemado, y hecho polvos por impertinente; pero su san Martin se le llegará, como à cada puerco; que las històrias fingidas tanto tienen de buenas y de deleytables, quanto se llegan à la verdàd, ò à la semejança della; y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas. Y dizièndo esto, con mues-

tras de algun despecho se salió de la emprenta, y aquel mismo dia ordenò Don Antonio de llevàrle à vèr las galèras, que en la playa estàvan, de que Sancho se regozijò mucho; à causa que en su vida las avia visto. Avisò Don Antonio al Quatralvo de las galèras, como aquella tarde avia de llevàr à vèrlas à su huesped el famoso Don Quixote de la Mancha, de quien yà el Quatralvo, y todos los vezinos de la ciudad tenian noticia; y lo que le sucediò en ellas, se dirà en el siguiente capitulo.



CAPITULO LXIII.

De lo mal que le avino à Sancho Pança con la visita de las galèras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

GRANDES eran los discursos, que Don Quixote hazia sobre la respuesta de la encantada cabeça, fin que ninguno dellos dièse en el embuste, y todos paravan con la promèssa, que èl tuvo por cierto, del desencanto de Dulcinèa: Allí iba, y venia, y se alegràva entre si mismo, creyèndo que avia de vèr presto su cumplimientò; y Sancho, aunque aborrecia el ser Governador, como queda dicho, todavìa desèava bolvèr à mandàr, y à sèr obedecido (que esta mala ventura tràe consigo el mando, aunque sea de burlas.) En resolusion aquella tarde Don Antonio Moreno

no su huesped, y sus dos amigos, con Don Quixote, y Sancho fuèron à las galèras. El Quatralvo, que estàva avifado de su buena venida, por vèr à los dos tan famosos Quixote, y Sancho, apenas llegàron à la marina, quando todas las galèras abatièron tienda, y sonàron las chirimias, y arrojàron luego el Esquife al agua, cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmesi; y en poniendo que puso los piès en èl Don Quixote, disparò la Capitana el cañon de cruxia, y las otras galèras hizieron lo mesmo; y al subir Don Quixote por la escala derecha, toda la chufma le saludò, como es usança, quando una persona principal entra en la galèra, dicièdo, Hu, hu, hu, tres vezes. Diòle la mano el General (que con este nombre le llamèmos) que era un principal Cavallero Valenciano, y abraçò à Don Quixote, dicièndole: Este dia señalarè yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vada, avièdo visto al Señor Don Quixote de la Mancha: Tiempo, y señal que nos muestra, que en èl se encierra, y cifra todo el valor de la andante Cavalleria. Con otras no menos cortèses razones le respondiò Don Quixote, alegre sobre manera de verse tratàr tan à lo Señor. Entràron todos en la popa, que estàva muy bien adereçada, y sentàronse por los bandines: Pàsòse el Comitè en cruxia, y diò señal con el pito, que la chufma hiziesse fueraropa, que se hizo en un instante. Sancho, que viò tanta gente en cueros, quedò pasmado; y mas, quando viò ha-

zer tienda con tanta prièssa, que à èl le pareciò, que todos los diablos andavan allí trabajando: Pero esto todo fuèron tortas, y pan pintado para lo que aora dirè.

ESTÀVA Sancho sentado sobre el estante-rol junto al espaldàr de la mano derecha; y la chusma (yà avisada de lo que avia de hazer) puesta en piè, y alerta, assiò de Sancho, y levantàndole en los braços, començando de la derecha vanda, le fuè dando y bolteando sobre los braços de la chusma de banco en banco con tanta prièssa, que el pobre Sancho perdiò la vista de los ojos, y sin duda pensò, que los mismos demonios le llevavan, y no pararon con èl, hasta bolvèrle por la siniestra banda à ponèrle en la popa. Quedì el pobre molido, hijadeando, y trasudando, sin podèr imaginàr que fuèsse lo que sucedido le avia. Don Quixote, que viò el buelo sin alas de Sancho, preguntò al General, si eran ceremonias aquellas, que se usàvan con los primeros que entràvan en las galèras; porque si acaso lo fuèsse, èl, que no tenia intención de professàr en ellas, no queria hazer semejantes exercicios; y que votava à Dios, que si alguno llegava à asirle para boltèarle, que le avia de sacàr el alma à puntillazos; y dicièndo esto, se levantò en piè, y empuñò la espada. A este instante abatièron tienda; y con grandíssimo ruydo dexàron caèr la entena de alto abaxo. Pensò Sancho, que el Cielo se desencaxava de sus quicios, y venia à dàr sobre su cabeça; y agoviàndola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvò
todas

todas consigo Don Quixote, que tambien se estremeciò, y encogiò de ombros, y perdiò la color del rostro. La chusma yzò la entena con la misma prièssa, y ruydo, que la avian amaynàdo, y todo esto callando, como fino tuvièran voz, ni aliento. Hizo Señal el Comitre, que zarpassen el ferro; y saltando en mitad de la cruxia con el corvacho, ô rebenque, començò a mosquear las espaldas de la chusma, y alargàrse poco à poco à la mar. Quando Sancho viò à una movèrse tantos piès colorados (que tales pensò èl que eran los remos) dixo entre si: Estas si son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dize. Que han hecho estos desdichados que assi los açotan? Y como este hombre solo, que anda por aqui silvando, tiene atrevimiènto para açotar à tanta gente? Ahora yo digo, que este es infierno, ô por lo menos es purgatorio. Don Quixote que viò la atencion con que Sancho mirava lo que pasàva, le dixo: A Sancho amigo! y con que brevedad, y quan à poca costa os podiades vos (si quisièssedes desnudaros de medio cuerpo arriba, y ponèros entre estos Señores) y acabàr con el desencanto de Dulcinèa. pues con la miseria, y pena de tantos no sentiriàdes vos mucho la vuestra: Y mas que podrìa fer, que el sabio Merlin tomàsse en cuenta cada açote destos (por ser dados de buena mano) por diez de los que vos finalmente os aviades de dâr.

PREGUNTAR quería el General, que açotes eran aquelleo, ô que desencanto de

Dulcinèa, quando dixo el marinero: Señal haze Monjuy de que ày baxèl de remos en la costa por la vanda del poniente. Esto oydo, saltò el General en la cruxia, y dixo: Ea, hijos, no se nos vaya; algun vergantin de cofarios de Argèl deve de ser este, que la atalaya nos señala. Llegàronse luego las otras tres galèras à la Capitana, à saber lo que se les ordenava! Mandò el General que las dos saliesfen à la mar, y èl con la otra iria tierra à tierra, porque assi el baxèl no se les escaparia. Aprètò la chusma los remos, impeliendo las galèras con tanta furia, que parecia, que bolavan. Las que salièron à la mar, à obra de dos millas descubrièron un baxèl, que con la vista le marcaron por de hasta catorze, ò quinze bancos, y assi era la verdàd: El qual baxèl, quando descubriò las galèras, se puso en caça, con intencion, y esperança de escapàrse por su ligerèza: Pero avinole mal, porque la galèra Capitana era de los mas ligeros baxèles, que en la mar navegavan; y assi le fuè entrando, que claramente los del vergantin conocièron, que no podian escapàrse; y assi el Arraez quisièra que dexàran los remos, y se entregàran, por no irritar à enojo al Capitan, que nuestras galèras regia: Pero la suerte, que de otra manera lo guiava, ordenò que yà que la Capitana llegava tan cerca, que podian los del baxèl oyr las voces, que desde ella les dezian, que se rindièssen; dos Toraquis (que es como dezir, dos Turcos borrachos, que en el vergantin venian con otros doze) disparàron dos esco-

escopetas, con que dièron muerte à dos soldados, que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo qual jurò el General, de no dexar con vida à ninguno de quantos en el baxèl tomàsse; y llegando à embestir con toda furia, se le escapò por debaxo de la palamenta. Passò la galèra adelante un buen trecho; los del baxèl se vièron perdidos; hizieron vela en tanto que la galèra bolvia, y de nuevo à vela, y remo se pusieron en caça; pero no les aprovechò su diligencia tanto, como les dañò su atrevimiènto; porque alcançandoles la Capitana à poco mas de media milla, les echò la palamenta encima, y los cogiò vivos à todos. Llegaron en esto las otras dos galèras, y todas quatro con la pressa bolvièron à la playa, donde infinita gente los estàva esperàndo, desèosos de ver lo que trayan. Diò fondo el General cerca de tierra, y conociò, que estàva en la marina el Virrey de la ciudad. Mandò echàr el Esquife para traèrle, y mando amaynàr la entena para ahorcàr luego luego al Arraez, y à los demas Turcos, que en el baxèl avia cogido, que serian hasta treynta y seys personas, todos gallardos, y los mas escopeteros Turcos. Preguntò el General, quien era el Arraez del vergantin? Y fuèle respondido por uno de los cautivos en lengua Castellana (que despues pareciò ser Renegado Español:) Este mancebo, Señor, que aqui vèes, es nuestro Arraez; y mostròle uno de los mas bellos, y gallardos moços, que pudièra pintàr la humana imaginacion: La edàd, (al parecèr,) no

no llegava à veynte años. Preguntòle el General: Dime, mal aconsejado Perro, quien te movió à matarme mis soldados, pues veñas fer imposible el escaparte? Esse respeto se guarda à las Capitanas? No sabes tu, que no es valentía la temeridad, y que las esperanças dudosas han de hazer à los hombres atrevidos, pero no temerarios? Responder queria el Arraez, pero no pudo el General por entonces oír la respuesta por acudir à recibir al Virrey, que yà entrava en la galera, con el qual entraron algunos de sus criados, y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caça, Señor General, dixo el Virrey. Y tan buena, respondió el General, que la verà vuestra Excelencia aora colgada desta entena. Como así? replicò el Virrey. Porque me han muerto, respondió el General, contra toda Ley, y contra toda razon, y usança de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venían; y yo he jurado de ahorcar à quantos he cautivado, principalmente à este moço, que es el Arraez del vergantín (y enseñòle al que yà tenía atadas las manos, y echado el cordel à la garganta, esperando la muerte.) Miròle el Virrey, y viendole tan hermoso, tan gallardo, y tan humilde (dándole en àquel instante una carta de recomendacion su hermosa) le vino desseo de excusar su muerte; y así le preguntò: Dime, Arraez, eres Turco de nacion, ô Moro, ô renegado? A lo qual el moço respondió en lengua assimismo Castellana: Ni soy Turco de nacion, ni Moro, ni renegado. Pues que eres?

eres? replicò el Virrey. Muger Christiana, respondió el mancebo. Muger Christiana, y en tal trage, y en tales passos? dixo el Virrey; mas es cosa para admirarla que para creërla. Suspendèd, dixo el moço, ô Señores, la execucion de mi muerte; que no se perderà mucho en que se dilate vuestra vengança, en tanto que yo os cuente mi vida. Quien fuèra el de coraçòn tan duro, que con estas razones no se ablandàra, ô aloménos hasta oyr las que el triste, y lastimado mancebo dezir querrá? El General le dixo, que dixèsse lo que quisièsse, pero que no esperàsse alcançar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el moço començò à dezir desta manera.

DE aquella nacion mas desdichada, que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo, de moriscos padres engendrada: En la corriente de su desventura fuý yo por dos Tios míos llevada à Berbería, sin que me aprovechàsse dezir, que era Christiana (como en efeto lo soy, y no de las fingidas, ni aparentes, sino de las verdaderas, y Catolicas) No me valió con los que tenían à cargo nuestro miserable destierro, dezir esta verdàd; ni mis Tios quisieron creërla, antes la tuvieron por mentira, y por invencion, para quedàrme en la tierra, donde avia nacido; y assi por fuerça mas que por grado me truxeron consigo. Tuve una madre Christiana, y un padre discreto, y Christiano ni mas ni menos. Mamè la Fè Catolica en la leche; crièrme con buenas costum-

tumbres; ni en la lengua, ni en ellas jamás; à mi parecèr, di Señales de ser Morisca. Al par, y al passo destas virtudes (que yo creò que lo son) creció mi hermosura (si es que tengo alguna) y aunque mi recato, y mi encerramiènto fuè mucho, no devió de ser tanto, que no tuvièsse lugar de verme un mancebo Cavallero, llamado Don Gaspar Gregorio, hijo Mayorazgo de un Cavallero, que junto à nuestro lugar, otro fuyo tiene. Como me vió, como nos hablamos, como se vió perdido por mi, y como yo no muy ganada por èl, sería largo de contar, y mas en tiempo que estòy temiendo, que entre la lengua, y la garganta se ha de travesàr el riguroso cordel, que me amenaza; y assi solo dirè, como en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio. Mezclòse con los Moriscos, que de otros lugares salieron (porque sabía muy bien la lengua) y en el viage se hizo amigo de mis dos Tios que conmigo me traían; porque mi padre prudente, y prevenido, assi como oyó el primer vando de nuestro destierro, se salió del lugar, y se fuè à buscàr alguno en los Reynos estraños, que nos acogiesse. Dexò encerradas, y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas, y piedras de gran valor con algunos dineros en cruzados, y doblones de oro. Mandòme, que no tocàsse al tesoro que dexava en ninguna manera, si acaso, antes que èl bolvièsse, nos desterràvan. Hizelo assi, y con mis Tios, como tengo dicho, y otros parientes, y allegados pasà-

passàmos à Berberia ; y el lugar, donde hizimos assiento, fuè Argèl, como si le hizièramos en el mismo Infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la diò de mis riquezas, que en parte fuè ventura mia. Llamòme ante si; preguntòme de que parte de España era, y que dineros, y que joyas traía? Dixe el lugar, y que las joyas, y dineros quedavan en èl enterrados, pero que con facilidad se podrían cobrar, si yo misma bolvièsse por ellos. Todo esto le dixe, temerosa de que no le cegàsse mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas platicas, le llegaron à dezir, como venia conmigo uno de los mas gallardos, y hermosos mancebos, que se podia imaginàr: Luego entendì, que lo dezian por Don Gaspar Gregorio, cuya belleza se dexa atràs las mayores que encarecèrse pueden. Turbème, considerando el peligro que Don Gregorio corrìa; porque entre aquellos Barbaros Turcos en mas se tiene, y estima un muchacho, ò mancebo hermoso, que una muger por bellissima que sea. Mandò luego el Rey, que se le truxèssen allí delante para verle; y preguntòme, si era verdad lo que de aquel moço le dezian? Entonces yo (casi como prevenida del Cielo) le dixe, que si era; pero que le hazìa sabèr, que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicava, me la dexàsse ir à vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostràsse su belleza, y con menos empacho parecièsse ante su presencia. Dixome que fuèsse en buena hora, y que otro dia hablarìa.

riamos en el modo que se podía tener para que yo bolvièsse à España à sacàr el escondido tesoro. Hablè con Don Gaspar; contèle el peligro que corrià el mostràr ser hombre; vestile de Mora, y aquella misma tarde là truxe à la presencia del Rey; el qual, en vièndole, quedò admirado, y hizo designio de guardàr la para hazèr presente della al gran Señor; y por huyr del peligro que en el Serrallo de sus mugeres podía tener, y temèr de si mismo, la mandò poner en casa de unas principales Moras, que la guardàssen, y la sirvièssen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negàr, que no le quiero) se dexè à la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren. Diò luego traça el Rey de que yo bolvièsse à España en este vergantin, y que me acompañassen dos Turcos de naciòn, que fuèron los que matàron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado Español (señalando al que avia hablado primero) del qual sè yo bien, que es Christiano encubierto, y que viene con mas desèo de quedàrse en España, que de bolvèr à Berbería. La demàs chusma del vergantin son Moros, y Turcos, que no sirven de mas, que de vogàr al remo. Los dos Turcos codiciosos, è insolentes, sin guardar el orden que trayamos, de que à mi, y à este renegado en la primera parte de España en habito de Christianos (de que venimos proveydos) nos echàssen en tierra, primero quisièron barrèr esta costa, y hazèr alguna presa si pudièssen, temièndo, que si pri-

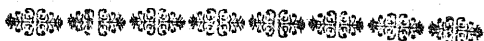
primero nos echàvan en tierra, por algun accidente que à los dos nos sucedièsse, podríamos descubrir que quedava el vergantin en la mar; y si acaso huvièsse galèras por esta costa, los tomàssen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tenèr noticia destas quatro galèras, fuymos descubiertos, y nos ha sucedido lo que avèys visto. En resolucion Don Gaspar Gregorio queda en habito de muger entre mugeres con manifesto peligro de perdèrse, y yo me vèò atadas las manos, esperando, ó por mejor dezir, temièndo perdèr la vida, que yà me cansa. Este, Señor, es el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichàda. Lo que os ruego es, que me dexèys morir como Christiana, (pues como yà he dicho,) en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caydo: Y luego callò, preñados los ojos de tiernas lagrimas, à quien acompañaron muchos de los que presentes estàvan.

El Virrey, tierno, y compassivo, sin hablàrle palabra, se llegó à ella, y le quitò con sus manos el cordel que las harmosas de la Mora ligàva. En tanto, pues, que la Morisca Christiana su peregrina hìstòria tratava, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entrò en la galèra, quando entrò el Virrey; y apenas diò fin à su platica la Morisca, quando èl se arrojò à sus piès, y abraçado dellos, con interrumpidas palabras de mil follozos, y suspiros, le dixo: O Ana Felix, desdichàda hija mia! yo soy tu padre Ricote, que bolví à buscàrte por no podèr vivir sin ti, que eres
mi

mi alma: A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza (que inclinada tenía, pensando en la desgracia de su paseo) y mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote, que topó el día que salió de su Gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la qual, yá desatada, abrazó à su padre, mezclando sus lagrimas con las suyas; el qual dixo al General, y al Virrey: Esta, Señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos, que en su nombre. Ana Felix se llama con el sobre nombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mis riquezas. Yo salí de mi patria à buscar en Reynos estranhos, quien nos albergasse, y recogiesse; y aviéndole hallado en Alemania, bolví en este habito de peregrino en compañía de otros Alemanes à buscar mi hija, y à desenterrar muchas riquezas que dexé escondidas. No hallé à mi hija, hallé el tesoro, que conmigo traygo; y aora por el extraño rodéo que avèys visto, he hallado el tesoro, que mas me enriqueze, que es mi querida hija. Si nuestra poca culpa, y sus lagrimas, y las mías, por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas à la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofendèros, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dixo Sancho: Bien conozco à Ricote, y sè que es verdad lo que dize en quanto à ser Ana Felix su hija; que en effortas çarandajas de ir, y venir, tener buena, ó mala intencion, no me entremèro. Admirà-

mirados del estraño caso todos los presentes , el General dixo : Una por una vuestras lagrimas no me dexaràn cumplir mi juramento : Vivid , hermosa Ana Felix los años de vida , que os tiene determinados el Cielo , y lleven la pena de su culpa los insolentes , y atrevidos , que la cometieron : Y mandò luego ahorcàr de la entena à los dos Turcos , que à sus dos soldados avian muerto ; pero el Virrey le pidiò encarecidamente , no los ahorcàsse , pues mas locura , que valentía avia sido la fuya. Hizo el General lo que el Virrèy le pedía ; porque no se executan bien las venganças à Sangre elada. Procuraron luego dár traça de sacàr à Don Gaspar Gregorio del peligro en que quedava. Ofreciò Ricote para ello mas de dos mil ducados , que en perlas , y en joyas tenía : Dièronse muchos medios , pero ninguno fuè tal , como el que diò el renegado Español (que se ha dicho) el qual se ofreciò de bolvèr à Argèl en algun barco pequeño de hasta seys bancos armado de remeros Christianos , porque èl sabía donde , como , y quando podia , y devia desembarcàr , y asimismo no ignoràva la casa donde Don Gaspar quedava. Dudaron el General , y el Virrey en fiàrse del renegado , ni confiàr del , los Christianos que avian de vogàr el remo. Fiòle Ana Felix ; y Ricote su padre dixo , que salía à dár el rescate de los Christianos , si à caso se perdièssen. Firmados , pues , en este parecèr , se desembarcò el Virrey , y Don Antonio Moreno se llevò consigo à la Morisca , y à su padre , encargàndole el Virrey , que los regalàsse , y

acariciàsse quanto le fuèsse possible; que de su parte le ofrecía lo que en su casa huvièsse para su regalo: Tanta fuè la benevolencia, y caridad, que la hermosura de Ana Felix infundió en su pecho.



CAPITULO LXIV.

Que trata de la aventura, que mas pesadumbre dió à Don Quixote de quantas hasta entonces le avian sucedido.

LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la hystòria, que recibió grandissimo contento de vèr à Ana Felix en su casa: Recibiòla con mucho agrado, assi enamorada de su belleza como de su discrecion, porque en lo uno, y en lo otro era estremada la Morisca; y toda la gente de la ciudad, como à campanatañida, venian à vèrla. Dixo Don Quixote à Don Antonio, que el parecèr que avian tomado en la libertad de Don Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligròso, que de conveniente; y que sería mejor que le pusiesse à èl en Berberia con sus armas, y cavallo, que èl le sacaria à pesàr de toda la Morisma, como avia hecho Don Gayferos à su Esposa Melisendra. Advierta vuestra merced, dixo Sancho, oyendo esto, que el Señor Don Gayferos sacò à su Esposa de tierra firme, y la llevò à Francia por tierra firme; pero aquí, si à caso sacàmos à Don Gaspar Gre-

Gregorio, no tenèmos por donde traèrle à España, pues està la mar en medio. Para todo ày remedio fino es para la muerte, respondió Don Quixote, pues llegado el barco à la marina, nos podrèmos embarcàr en èl, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta, y facilita vueſſa mercèd, dixo Sancho, pero *del dicho al hecho ày gran trecho*; y yo me atengo al renegado, que me parèce muy hombre de bien, y de muy buenas entrañas. Don Antonio dixo, que ſi el renegado no ſalièſſe bien del caſo, ſe tomaria el expediente de que el gran Don Quixote paſàſſe en Berbería. De allí à dos dias partiò el renegado en un ligero barco de ſèys remos por vanda, armado de valentiſſima chuſma; y de allí à otros dos ſe partièron las galèras à Levante, avièndo pedido el General al Viſorrey fuèſſe ſervido de avisàrle de lo que ſucedieſſe en la libertad de Don Gregorio, y en el caſo de Ana Felix. Quedò el Viſorrey de hazèrlo aſſi como ſe lo pedia.

Y una mañana ſalièndo Don Quixote à paſſeàrſe por la playa armado de todas ſus armas (porque como muchas vezes dezía, ellas eran ſus arreos, y ſu deſcanſo el peleàr, y no ſe hallava ſin ellas un punto) viò venir hàzia èl un Cavallero, armado aſſimifmo de punta en blanco, que en el eſcudo traía pintada una Luna reſplandeciènte: El qual, llegàndole à trecho que podia ſer oydo, en altas voces (encaminàndo ſus razones à Don Quixote) dixo: Inſigne Cavallero, y jamàs como ſe deve alabado Don Quixote de la Mancha, yo

foy el Cavallèro de la blanca Luna, cuyas inauditas hazañas, quicà te le avrán traydo à la memoria. Vengo à contendèr contigo, y à provàr la fuerça de tus braços, en razon de hazèrte conocèr, y confesàr, que mi Dama (sea quien fuère) es sin comparacion mas hermòsa que tu Dulcinèa del Tobòso; la qual verdàd, si tu la confièssas de llano en llano, escusaràs tu muerte, y el trabajo que yo he de tomàr en dàrtela: Y si tu peleàres, y yo te vencière, no quiero otra satisfacion sino que, dexando las armas, y abstenièndote de buscàr aventùras, te recojas, y retires à tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echàr mano à la espada; en paz tranquila, y en provechòso sosiego, porque assi conviene al aumènto de tu hazienda, y à la salvacion de tu alma. Y si tu me vencières, quedarà à tu discrecion mi cabeça, y seràn tuyos los despojos de mis armas, y cavallo, y passarà à la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te està mejor, y respondeme luego, porque oy todo el dia tengo de termino para despachàr este negocio.

DON Quixote quedò suspenso, y atònito assi de la arrogancia del Cavallèro de la blanca Luna, como de la causà porque le desafiàva; y con reposo y ademan severo le respondió: Cavallèro de la blanca Luna, cuyas hazañas hasta aora no han llegàdo à mi noticia, yo osarè juràr, que jamàs avèys visto à la illustre Dulcinèa; que si visto la huvièrades, yo sè, que procuraràdes no ponèros en esta demanda, porque su vista os desengañàra de
que

que no ha avido, ni puede avèr belleza, que con la fuya comparàrse pueda: Y assi, no di-
zièndoos, que mentis, fino que no acertàys
en lo propuesto, con las condiciones que
avèys referido, acepto vuestro desafío, y lue-
go, porque no se passè el dia que traeys de-
terminàdo; y solo excepto de las condiciones
la de que se passè à mi la fama de vuestras ha-
zañas; porque no sè quales, ni que tales sèan:
Con las mias me contento, tales quales ellas
son. Tomad, pues, la parte del campo que
quisièredes, que yo harè lo mismo, y à
quien dios se la dière, San Pedro se la ben-
diga.

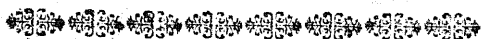
AVIAN descubièrto de la ciudad al Ca-
vallèro de la blanca Luna, y díchoselo al Vi-
sorrey, que estàva hablando con Don Qui-
xote de la Mancha. El Visorrey creyèndo,
seria alguna nueva aventùra, fabricada por
Don Antonio Moreno, ó por algun otro
Cavallèro de la ciudad, saliò luego à la playza
con Don Antonio, y con otros muchos
Cavallèros que le acompañavan, à tiempo,
quando Don Quixote bolvia las riendas à ro-
zinante para tomàr del campo lo necessa-
rio. Viendo, pues, el Visorrey, que davan
los dos señales de bolvèrse à encontràr, se
puso en medio, preguntàndoles, que era la
causa, que les movía à hazèr tan de impro-
vifo batalla? El Cavallèro de la blanca Lu-
na respondiò, que era precedencia de her-
mosura, y en breves razones le dixo las mis-
mas que avia dicho à Don Quixote, con la
acceptacion de las condiciones del desafío, he-

chas por entrambas partes. Llegòse el Visorrey à Don Antonio, y preguntòle passò, si sabìa quien era el tal Cavallero de la blanca Luna, ô si era alguna burla que querian hazer à Don Quixote? Don Antonio le respondiò, que ni sabìa quien era, ni si era de burlas, ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplexo al Visorrey en si les dexaria, ô no passàr adelante en la batalla; pero no pudiendose persuadir à que fuèsse sino burla, se apartò diziendo: Señores Cavalleros, si aqui no à y otro remedio sino confessar, ô morir, y el Señor Don Quixote està en sus treze, y vuestra merced el de la blanca Luna en sus catorze, à la mano de Dios, y dènse. Agradeciò el de la blanca Luna con corteses y discretas razones al Visorrey la licencia que se les dava, y Don Quixote hizo lo mesmo; el qual encomendàndose al Cielo de todo coraçòn, y à su Dulcinèa (como tenia de costumbre al començar de las batallas, que se le ofrecían) tornò à tomàr otro poco mas del campo, porque viò, que su contrario hazia lo mismo; y sin tocàr trompeta, ni otro instrumento belico, que les diese señal de arremeter, bolviéron entrambos à un mismo punto las riendas à su Cavallos; y como era mas ligero el de la blanca Luna, llegò à Don Quixote à dos tercios andados de la carrèra, y alli le encontrò con tan poderòsa fuèrça sin tocàrle con la lança (que la levantò al parecer de proposito) que diò con Rozinante, y con Don Quixote por el suelo una peligròsa

ligròsa caída. Fuè luego sobre èl, y ponièndole la lança sobre la visèra, le dixo: vencido soys, Cavallèro, y aun muerto; sino confelsàys las condiciones de nuestro desafío. Don Quixote, molido, y aturdido, sin alçarse la visera, como si hablàra dentro de una tumba, con voz debilitada, y enterma dixo: Dulcinèa del Tubòso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado Cavallèro de la tierra; y no es bien, que mi flaqueza defraude esta verdàd. Aprieta, Cavallèro, la lança, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. Eſſo no harè yo por cierto, dixo el de la blanca Luna: Viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la Señora Dulcinèa del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quixote se retire à su lugar un año, ô hasta el tiempo, que por mi le fuere mandado, como concertamos antes de entràr en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorrey, y Don Antonio con otros muchos que allí estavan; y oyeron assimismo, que Don Quixote respondiò, que como no le pidiesse cosa que fuèſſe en perjuyzio de Dulcinèa, todo lo demàs cumpliria como Cavallèro puntual, y verdadèro.

HECHA esta confession, bolviò las riendas el de la blanca Luna, y haziendo mesura con la cabeça al Visorrey, à medio galope se entrò en la ciudad. Mandò el Visorrey à Don Antonio, que fuèſſe tras èl, y que en todas maneras supiesse quien era. Levantaron à Don Quixote, descubrièronle el

roftro , y hallàronle fin color , y traffudando. Rozinante de puro malparàdo no fe pudo movèr por entonces. Sancho todo trifte, y todo apesàrado, no fabia que dezirfe , ni que hazèrfe: Pareciàle que todo aquel fuefso paffava en fueños, y que toda aquella maquina era cofa de encantamiènto. Veyà à fu Señor rendido, y obligado à no tomàr armas en un año: Imaginava la luz de la gloria de fus hazañas efcorecida, las efperanças de fus nuevas promèffas deshechas, como fe deshaze el humo con el viento: temia, fi quedaria, ô no contrahecho Rozinante, ô deslozado fu amo (que no fuèra poca ventura, fi deslozado quedàra.) Finalmènte con una filla de manos, que mandò tràer el Viforrey, le llevàron à la ciudad, y el Viforrey fe bolviò tambien à ella con defseo de faber, quien fuèffe el Cavallero de la blanca Luna, que de tan mal talante avia dexado à Don Quixote.



CAPITULO LXV.

Donde fe dà noticia quien era el de la blanca Luna, con la libertad de Don Gaspar Gregorio, y de otros fueffos.

SIGUIÒ Don Antonio Moreno al Cavallero de la blanca Luna, y figuièronle tambien, y aun perfiguièronle muchos muchachos hasta que le cerraron en un meson dentro

dentro de la ciudad. Entrò en èl Don Antonio con desèo de conocèrle: Saliò un escudero à recibirle y à defarmàrle: Encerròse en una sala baxa, y con èl Don Antonio, que no se le cozia el pan, hasta sabèr quien fuèsse. Vièndo, pues, el de la blanca Luna, que aquel Cavallero no le dexava, le dixo: Bien sè, Señor, à lo que venis, que es à sabèr quien sòy; y porque no ày para que negàroslo, en tanto que este mi criado me defarma, os lo dirè fin faltar un pũto à la verdàd del caso.

SABED Señor, que à mi me llaman el Bachillèr Sanlon Carrasco: Soy del mesmo lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura, y sandèz mueve à que le tengamos lastima todos quantos le conocèmos; y entre los que mas se la han tenido, he sido yo; y creyèndo que està su salud en su reposo, y en que se està en su tierra, y en su casa, di traça para hazèrle estàr en ella; y assi avrà tres meses que le salì al camino como Cavallero andante, llamàndome el Cavallero de los Espejos, con intencion de peleàr con el, y vencèrle fin hazèrle daño, ponièndo por condicion de nuestra pelèa, que el vencido quedàsse à discrecion del vencedor; y lo que yo pensava pedirle (porque yà le juzgava por vencido) era, que se bolvièsse à su lugar, y que no salièsse dèl en todo un año, en el qual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenò de otra manera, porque èl me vencìo à mi, y me derribò del cavallo, y assi no tuvo efecto mi pensamiènto. El profi-

guìò fu camino, y yo me bolví vencido, corrido, y molido de la caída, que fuè además peligròsa: Pero no por esto se me quitò el desèo de bolvèr à buscarle, y à vencerle, como oy se ha visto. Y como èl es tan puntual en guardàr las ordenes de la andante Cavallería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimièto de su palabra. Esto es, Señor, lo que passa, sin que tenga que dezìros otra cosa alguna. Suplìcoos, no me descubràys, ni le digàys à Don Quixote, quien soy, porque tengan efecto los buenos desèos y pensamiètos mios, y buelva à cobrar su juyzio un hombre, que le tiene bonissimo, como le dèxen las sandèzes de la Cavallería. O! Señor, dixo Don Antonio, Dios os perdone el agravio que avèys hecho à todo el mundo, en querèr bolvèr cuerdo al mas graciòso loco que ày en el. No veys, Señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de Don Quixote, à lo que llega el gusto que dà con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del Señor Bachillèr no ha de ser parte para bolvèr cuerdo à un hombre tan rematadamente loco; y fino fuèsse contra caridad, diría, que nunca sane Don Quixote, porque con salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Pança su escudèro; que qualquiera dellas puede bolvèr à alegràr à la misma melancolia. Con todo esto callaré, y no le dirè nada, por vèr si salgo verdadero en sospechàr, que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el Señor Carrasco.

rasco. El qual respondiò , que yà una por una estàva en buen punto aquel negociò , de quien esperàva feliz suceſſo : Y avièndose ofrecido Don Antonio de hazèr lo que mas le mandàſſe , ſe despidiò del. Y hecho liar ſus armas ſobre un macho , luego al miſmo punto , ſobre el cavallo con que entrò en la batalla , ſe ſaliò de de la ciudad aquel miſmo dia , y ſe bolviò à ſu patria ſin ſucedèrle coſa , que obligue à contàrla en eſta verdadera hiſtòria.

CONTÒ Don Antonio al Viſorrey todo lo que Carrasco le avia contado , de lo que el Viſorrey no recibìò mucho guſto , porque en el recogimiènto de Don Quixote ſe perdía el que podían tenèr todos aquellos que de ſus locuras ruièſſen noticia.

SEYS dias eſtùvo Don Quixote en el lecho , marrido , triſte , penſativo , y mal acondicionado , yèndo , y vinièndo con la imaginacion en el deſdichàdo suceſſo de ſu vencimiènto. Conſolàvale Sancho , y entre otras razones le dixo : Señor mio , alze vueſſa merced la cabeça , y alègreſe ſi puede , y dè gracias al cielo , que yà que le derribò en ſa tierra , no ſaliò con alguna coſtilla quebrada ; y pues ſabe que donde las dãn , las toman ; y que no ſiempre ày tocinos donde ày eſtacas ; dè una higa al Medico , pues no le ha meneſter para que le cure en eſta enfermedad. Bolvàmònos à nueſtra caſa , y dexèmònos de andar buscando aventùras por tierras , y lugares , que no ſabèmòs ; y ſi bien ſe confidera , yo ſoy aqui el mas perdidoſo , aun que es vueſſa

ſa

fa mercèd el mas malparado. Yo, que dexè con el Gobierno los desèos de ser mas Governador, no dexè la gana de ser Conde, que jamàs tendrà efecto, si vueſſa mercèd dexa de ser Rey, dexando el exercicio de su Cavallería, y assi vien en à bolverse en humo mis esperanças. Calla, Sancho, respondió Don Quixote, pues vèes, que mi reclusion, y retiràda no ha de passàr de un año; que luego bolverè à mis honrados, exercicios, y no me ha de faltàr Reyno que gane, y algun Condado que darte. Dios lo oyga, dixo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido dezir, que mas vale buena esperança, que ruyn possession.

EN esto estavan, quando entrò Don Antonio, diziendo con muestras de grandísimo contento: Albricias, Señor Don Quixote, que Don Gregorio, y el renegado que fue por el, estan en la playa: Que digo en la playa, yà estan en casa del Visorrey, y seràn aqui al momento. Alegròse algun tanto Don Quixote, y dixo: En verdàd, que estòy por dezir, que me holgàra, que huviera sucedido todo al revès, porque me obligàra, à passàr en Berbería, donde con la fuerça de mi brazo dièra libertad no solo à Don Gregorio, sino à quantos Christianos cautivos ày en Berbería. Pero que digo, miserable, no soy yo el vencido? No soy yo el derribado? No soy yo el que no puede tomàr armas en un año? Pues que prometo? De que me alabo, si antes me conviene, usar de la rueca, que de la espada? Dèxese deſſo Señor,
di-

dixo Sancho, viva la Gallina aunque con su Pepita; que oy por ti, y mañana por mi; y en estas cosas de encuentros, y porraços no ày tomàrles tiènto alguno, pues el que oy càe, puede levantàrse mañana, sino es que se quiere estàr en la cama (quiero dezir) que se dexe desmayàr sin cobràr nuevos brios para nuevas pependencias: Y levàntese vueſſa mercèd agora para recibir à Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y yà deve de estàr en casa.

Y assi era la verdàd, porque avièndo yà dado cuenta Don Gregorio, y el renegado al Visorrey de su ida, y buelta, deseoso Don Gregorio de vèr à Ana Felix, vino con el renegado à casa de Don Antonio; y aunque Don Gregorio, quando le sacaron de Argel, fuè con habitos de muger, en el barco los trocò por los de un cautivo, que saliò conmigo; pero en qualquiera que vinièra, mostràra ser persona para ser codiciada, servida, y estimada, porque era hermòso sobre manera, y la edàd, al parecèr, de diez y siete, ô diez y ocho años. Ricote, y su hija salièron à recibirle, el padre con lagrimas, y la hija con honestidàd. No se abraçaron unos à otros, porque donde ày mucho amor, no suèle avèr demasiada desemboltura. Las dos bellezas juntas de Don Gregorio, y Ana Felix admiraron en particular à todos juntos los que presentes estàvan. El silencio fuè alli el que hablò por los dos amantes, y los ojos fuèron las lenguas que descubrièron sus alegres, y honestos pensamientos. Contò el renegado la industria,

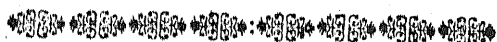
y

y medio que tuvo para facer à Don Gregorio. Contò Don Gregorio los peligros, y aprietos en que se avia visto con las mugeres con quien avia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostrò, que su discrecion se adelantava à sus años. Finalmente Ricote pagò, y satisfizo liberalmente assi al renegado, como à los que avian vogado al remo. Reincorporòse y reduxose el renegado al gremio de la Iglesia, y de miembro podrido bolviò limpio, y sano con la penitencia, y el arrepentimiento. De alli à dos dias tratò el Visorrey con Don Antonio, que modo tendrían para que Ana Felix, y su padre quedassen en España, pareciendoles no ser de inconveniente alguno, que quedassen en ella, hija tan Christiana, y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio se ofreciò venir à la Corte à negociarlo, donde avia de venir forçosamente à otros negocios, dando à entender, que en ella por medio del favor y de las dadivas, muchas cosas dificultosas se alcançan. *No, (dixo Ricote, que se hallò presente à esta platica,) ày que esperar en favores, ni en dadivas; porque con el gran Don Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, à quien diò su Magestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promessas, no dadivas, no lastimas; porque aunque es verdad que èl mezcla la misericordia con la justicia; como èl vèe, que todo el cuerpo de nuestra nacion està contaminado, y podrido, usa con èl antes del cauterio que abraza, que del unguento que molifica; y assi con prudencia,

con

con sagacidà, con diligencia, y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes ombros à devida execucion el peso desta gran maquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, sollicitudes, y fraudes ayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede, ni encubra ninguno de los nuestros, que como rayz escondida, que con el tiempo venga despues à brotar, y à echar frutos venenosos en España, yà limpia, yà desembaraçada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia (Heroyca resolution del gran Filipo tercero, y inaudita prudencia en averla encargado al tal Don Bernardino de Velasco.) Una por una, yo harè, puesto allà, dixo Don Antonio, las diligencias posibles; y haga el Cielo lo que mas fuere servido. Don Gregorio se irà conmigo à consolàr la pena que sus padres deven tener por su ausencia: Ana Felix se quedará con mi muger en mi casa, ô en un Monasterio, y yo sè que el Señor Visorrey gustará, se quede en la suya el buen Ricote, hasta ver como yo negocio. El Visorrey consintió en todo lo propuesto; pero Don Gregorio, sabiendo lo que passava, dixo: Que en ninguna manera podia, ni querla dexar à Doña Ana Felix; pero teniendo intencion de ver à sus padres, y de dar traça de bolver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Felix con la muger de Don Antonio, y Ricote en casa del Visorrey. Llegóse el dia de la partida de Don Antonio, y el de Don Quixote, y Sancho, que fuè de alli à otros dos; que la

caída no le concedió, que mas presto se pudiesse en camino. Huvo lagrimas, hubo suspiros, desmayos, y sollozos al despedirse Don Gregorio de Ana Felix. Ofrecióle Ricote à Don Gregorio mil escudos si los quería, pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó Don Antonio, prometiendo la paga dellos en la Corte. Con esto se partiéron los dos, y Don Quixote, y Sancho despues, como se ha dicho, Don Quixote desarmado, y de camino, Sancho à piè por ir el ruzio cargado con las armas.



CAPITULO LXVI.

*Que trata de lo que verá el que lo leyere,
ó lo oyrà el que lo escuchàre leèr.*

AL salir de Barcelona bolvió Don Quixote à miràr el sitio donde avia caydo, y dixo: Aquí fuè Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía se llevó mis alcançadas Glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus bueltas, y rebueltas; aquí se escureciéron mis hazañas; aquí finalmente cayò mi ventura para jamàs levantàrse. Oyendo lo qual Sancho, dixo: Tan de valientes coraçones es, Señor mio, tenèr sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades, y esto lo juzgo por mi mismo; que si, quando era Governador, estàva alegre, aora que soy escudero de à piè, no estòy triste; porque he oido

do dezir, que esta que llaman por à *Fortuna*, es una muger borracha, y antojadiza, y sobre todo ciega, y assi no vèe lo que haze, ni sabe à quien derriba; ni à quien ensalça. Muy Filosofo estàs, Sancho, respondió Don Quixote, muy à lo discreto hablas, no sè quien te lo enseña. Lo que te sè dezir, es, que no ày fortuna en el mundo, ni las cosas que en èl suceden buenas, ò malas que sean, vienen à caso, sino por particular providencia de los Cielos; y de aquí vienè lo que suèle dezirse, que cada uno es artifice de su ventura. Yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necesaria; y assi me han salido al Gallarín mis presunciones, pues devièra pensàr, que al poderòso Grandor del cavallo del de la blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rozinante. Atrevime en fin; bize lo que pude; derribàronme; y aunque perdì la honra, no perdì, ni puedo perdèr la virtud de cumplir mi palabra. Quando era Cavallèro andante, atrevido, y valiente, con mis obras, y con mis manos acreditava mis hechos; y aora quando soy Escudèro pedestre, acreditarè mis palabras, cumplièndo la que di de mi promessa. Camina, pues, amigo Sancho, y vàmos à tenèr en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para bolvèr al nunca de mi olvidado exercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminàr à piè, que me mueva, è incite à hazèr grandes jornadas: Dexèmos

Tom. IV.

Y

estas

338 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

estas armas colgadas de algun arbol en lugar de un ahorcado y ocupando yo las espaldas del ruzio, levantados los piès del suelo, haremos las jornadas, como vueſſa merced las pidiere, y midièrè; que pensàr, que tengo de caminàr à piè, y hazèrlas grandes, es pensàr en lo escusàdo. Bien has dicho, Sancho repondiò Don Quixote: Cuelguense mis armas por Trofeo, y al piè dellas, ô al rededor dellas gravarèmos en los arboles lo que en el Trofeo de las armas de Roldan estàva escrito.

Nadie las mueva,
Que estàr no puèda
Con Roldan à pruèva.

Todo effo me parèce de perlas, respondiò Sancho, y fino fuèra por la falta que para el camino nos avia de hazèr Rozinante, tambien fuèra bien dexàrle colgado. Pues ni el ni las armas, replicò Don Quixote, quiero que se ahorquen, porque no se diga, que à buen servicio mal galardón. Muy bien dize vueſſa merced, respondiò Sancho, porque segun opinion de discretos la culpa del asno no se ha de echàr à la albarda; y pues deste suceſſo vueſſa merced tiene la culpa, castìguese à si mismo, y no rebièntren sus iras por las yà rotas, y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rozinante, ni por la blandura de mis piès, querièndo que caminen mas de lo justo. En estas razones, y pláticas se les pasó lo
do

do aquel dia , y aun otros quatro fin fucèderles cosa , que estorvàsse su camino : Y al quinto dia à la entrada de un lugar hallaron à la puerta de un Meson mucha gente , que por ser fiesta se estàva allí folaçando. Quando llegava à ellos Don Quixote , un labradòr alcò la voz diziendo : Alguno destos dos Señores , que aquí vienen , que no conocen las partes , dirà lo que se ha de hazer en nuestra apuesta. Si dirè por cierto , respondió Don Quixote , con toda rectitud , si es que alcanço à entendèrla. Es pues el caso , dixo el labradòr , Señor bueno , que un vezino deste lugar , tan gordo que pesa onze arrobas , desafiò à corrèr à otro su vezino , que no pesa mas que cinco. Fuè la condicion , que avian de corrèr una carrèra de cien passos con pesos iguales ; y avièndole preguntado al desafiador , como se avia de igualar el peso , dixo , que el desafiado que pesa cinco arrobas , se pusèsse seys de hierro acuestas , y assi se igualarian las onze arrobas del flaco con las onze del gordo. Effeno no , dixo à esta fazòn Sancho antes que Don Quixote respondièsse , y à mi , que hà pocos dias que salì de ser Governadòr , y juez (como todo el mundo sabe) toca averiguàr estas dudas , y dàr parecèr en todo pleyto. Responde en buena hora , dixo Don Quixote , Sancho amigo , que yo no estòy para dàr migas à un gato , segun traygo alborotàdo , y trastornàdo el juyzio. Con esta licencia , dixo Sancho à los labradòres , que estàvan muchos al rededor del la

boca abierta, esperando la sentencia de la fuya: Hermanos, lo que el gordo pide, no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna; porque si es verdad lo que se dize, que el desafiado puede escogèr las armas, no es bien que este las escoja tales, que le impidan, ni estorven el salir vencedor; y assi es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entrefaque, pula, atilde, y faque seys arrobas de sus carnes de aqui, ò de alli de su cuerpo, como mejor le pareciere, y estuviere; y desta manera quedando en cinco arrobas de peso, se igualarà, y ajustarà con las cinco de su contrario, y assi podràn corrèrigualmente. Voto à tal, dixo un labradòr que escuchò la sentencia de Sancho, que este Señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un Canònigo; pero à buen seguro, que no ha de querèr quitàrse el gordo una onza de sus carnes, quanto mas seys arrobas. Lo mejor es que no corran, respondiò otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descàrne: Y echese la mitad de la apuesta en vino, y llevèmos estos Señores à la taberna de lo caro, y sobre mi la capa quando llueva. Yo, Señores, respondiò Don Quixote, os lo agradezco, pero no puedo detenèrme un punto; porque pensamientos, y sucesos tristes me hazen parecer descortes, y caminàr mas que de passo, y assi dando de las espuelas à Rozinante, passò adelante, dexàndolos admirados de avèr visto, y notado assi su estraña figura, como la discrecion de

de su criado (que por tal juzgàron à Sancho) y otro de los labradores dixo: Si el criado es tan discreto, qual deve de fer el amo? Yo apostarè, que si vàn à estudiàr à Salamanca, que en un *Tris* han de venir à fer Alcaldes de Corte; que todo es burla, sino estudiàr, y mas estudiàr, y tenèr favor, y ventura, y quando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano, ô con una mitra en la cabeça.

AQUELLA noche la passaron amo, y moço en mitàd del campo al cielo raso, y descubiertò, y otro día siguièndo su camino vièron que hàzia ellos venia un hombre de à piè con unas alforjas al cuello, y una azcona, ô chuzo en la mano (propio talle de correo de à piè,) el qual como llegò junto à Don Quixote, adelantò el passo, y medio corrièndo llegò à el, y abraçandole por el muslo derecho (que no alcançava à mas) le dixo con muestras de mucha alegria: O mi Señor Don Quixote de la Mancha, y que gran contento ha de llegàr al coraçòn de mi Señor el Duque, quando sepa, que vueßa mercèd buelve à su Castillo, que toda via se està en èl con mi Señora la Duquessa! No os conozco, amigo, respondiò Don Quixote, ni sè quien sòys, si vos no me lo dezis. Yo, Señor Don Quixote, respondiò el correo, sòy Tosilos el lacayo del Duque mi Señor, que no quise peleàr con vueßa mercèd sobre el casamiènto de la hija de Doña Rodriguez. Vålame Dios, dixo Don Quixote, es possible que sòys vos el que los

encantadores mis enemigos transformaron en esse lacayo, que dezis, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, Señor bueno, replicò el correo, que no hùvo encanto alguno, ni mudança de rostro; tan lacayo Tosilos entrè en la estacada, como Tosilos lacayo salì della: Yo pensè casarme sin peleàr, por avèrme parecido bien la moça; pero sucediòme al revès mi pensamiènto, pues assi como vueffa mercèd se partiò de nuestro Castillo, el Duque mi Señor me hizo dàr cien palos por avèr contravenido à las ordenanças que me tenia dadas antes de entràr en la batalla; y todo ha paràdo en que la muchacha es yà Monja, y Doña Rodriguez se ha buuelto à Castilla, y yo vòy aora à Barcelona à llevàr un pliego de cartas al Virrey, que le embia mi amo. Si vueffa mercèd quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaca llena de lo caro, con no sè quantas rajitas de queso de Tronchon, que serviràn de llamativo, y despertador de la sed, si à caso està durmiendo. Quiero el embite, dixo Sancho, y eche-se el resto de la cortesia, y escancie el buen Tosilos à despecho, y pesàr de quantos encantadores ày en las Indias. En fin dixo Don Quixote, tu eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahècho. Quédate con èl, y nàrtate; que yo me irè adelante poco à poco, esperàndote à que vengas. Riòse el lacayo; desènvaynò su calabaca;

ca; desfalforjò sus rajas, y sacando un panecillo, èl y Sancho se sentàron sobre la yerva verde, y en buèna paz, y compañía despavilàron, y dièron fondo con todo el repuesto de las alforjas con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, solo porque olía à queso. Dixo Tosilos à Sancho: Sin duda este tu amo, Sancho amigo, deve de sèr un loco? Como, deve? respondiò Sancho, no deve nada à nadie, que todo lo paga, y mas quando la moneda es locura: Bien lo vèò yo, y bien se lo digo à èl; pero que aprovecha? y mas agora que vâ rematado, porque yà vencido del Cavallero de la blanca Luna. Rogòle Tosilos le contàsse lo que le avia fucedido; pero Sancho le respondiò, que era descortesia dexar que su amo le esperàsse; que otro dia si se encontràssem, avria lugar para ello: Y levantàndose despues de avèrse sacudido el fayo, y las migajas de las barbas, antecogìò al ruzio, y dicièndo à Dios, dexò à Tosilos, y alcançò à su amo, que à la sombra de un arbol le estàva esperando.





CAPITULO LXVII.

De la resolucion que tomó Don Quixote de hazerse pastor, y seguir la vida del campo en tanto que se passava el año de su promessa, con otros sucessos en verdàd gustòsos, y buenos.

SI muchos pensamientos fatigàvan à Don Quixote antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caído. A la sombra de un arbol estàva, (como se ha dicho,) y alli como moscas à la miel, le acudian y picavan pensamientos: Unos iyan al desencanto de Dulcinèa; y otros à la vida que avia de hazer en su forçosa retirada. Llegò Sancho, y alabòle la liberal condicion del lacayo Tosilos. Es possible, le dixo Don Quixote, que toda via, ò Sancho, pienses, que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes àver visto à Dulcinèa convertida, y transformada en labradora, y al Cavallero de los Espejos en el Bachiller Carrasco: Obras todas de los Encantadores que me persiguen. Pero dime ahora: Preguntaste à esse Tosilos, que dizes, que ha hecho Dios de Altifidora? Si ha llorado mi ausencia? O si à dexado yà en las manos del olvido los enamorados pensamientos, que en mi presencia la fatigavan? No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me

me dièssen lugar à preguntàr boberías : Cu-
 erpo de mi, Señor, està vueſſa mercèd aora
 en terminos de inquirir penſamièntos agenos,
 eſpecialmènte amoròſos? Mira, Sancho, di-
 xo Don Quixote, mucha diferencia ày de
 las obras que ſe hazen por amor, à las que
 ſe hazen por agradecimiènto: Bien puede ſer,
 que un Cavallèro ſea deſamoràdo; pero no
 puede ſer (hablando en todo rigor) que ſea
 deſagradecido. Quìſome bien (al parecer)
 Altifidora; Diòme los tres tocadores, que ſa-
 bes; Llorò en mi partida: Maldixome, vi-
 tuperòme, quexòſe à deſpecho de la ver-
 guençà publicamènte: Señales todas de que
 me adoràva (que las iras de los amantes ſuè-
 len paràr en maldiciones.) Yo no tùve eſpe-
 ranças que dàrle, ni tesoros que ofrecèrle,
 porque las mias las tengo entregadas à Dulci-
 nèa; y los tesoros de los Cavallèros andantes
 ſon como los de los Duendes, aparentes, y
 falſos, y ſolo puedo dàrle eſtos acuèrdos,
 que della tengo; ſin perjuyzio, empero, de
 los que tengo de Dulcinèa, à quien tu agra-
 vias con la remiſſion que tienes en açotàrte,
 y en caſtigàr eſſas carnes, que vèa yo comi-
 das de lobos, que quieren guardàrſe antes
 para los guſanos, que para el remedio de a-
 quella pobre Señora. Señor, reſpondiò San-
 cho, ſi vâ à dezir la verdàd, yo no me pue-
 do perſuadir, que los açotes de mis polàderas
 tengan que vèr con los deſencantos de los
 encantados, que es como ſi dixèſſemos: Si
 os duele la cabeça, untàos las rodillas: Alo-
 menos yo oſarè juràr, que en quantas hiſto-
 rias

rias vueſſa mercèd hà leydo, que tratan de la andante Cavalleria, no ha viſto algun deſcantado por açores: Pero por ſi, ô por no, yo me los darè quando tenga gana, y el tiempo me dè comodidad para caſtigarme. Dios lo haga, reſpondiò Don Quixote, y los Cielos te dèn gracia para que caigas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudàr à mi Señora, que lo es tuya, pues tu eres mio.

EN eſtas platicas ivan ſiguiendo ſu camino, quando llegaron al meſmo ſitio, y lugar donde fuèron atropellados de los toros; y reconociendo Don Quixote, dixo à Sancho: Eſte es el prado donde topàmos à las bizarras paſtoras, y gallardos paſtores, que en èl querian reñovàr, è imitar à la paſtoral Arcadia: Penſamiento tan nuevo como diſcreto; à cuya imitacion (ſi es que à ti te parece bien) querría, ô Sancho, que nos convirtièſſemos en paſtores, ſiquiera, el tiempo que tengo de eſtår recogido. Yo comprarè algunas ovejas, y todas las demas coſas, que al paſtoral exercicio ſon neceſſarias, y llamàndome yo el paſtor Quixotiz, y tu el paſtor Pancino; nos andaremos por los montes, por las ſelvas, y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los liquidos criſtales de las fuentes, ô yà de los limpios Arroyuelos, è de los caudaloſos rios. Darànnos con abundantíſſima mano de ſu dulciſſimo fruto las encinas, aſiènto los troncos de los duríſſimos alcornoques, ſombra los ſauces, olor las roſas, al-

fom.

fombras de mil colores matizadas los estendidos prados , aliento el ayre claro , y puro , luz la luna , y las estrellas à pesàr de la escuridad de la noche , gusto el canto , alegria el lloro , Apolo versos , el amor conceptos con que podrèmos hazèrnos famòsos , y eternos no solo en los presentes , sino en los venideros siglos. Par diez , dixo Sancho , que me ha quadrado , y aun esquinado tal genero de vida ; y mas que no la ha de avèr aun bien visto el Bachillèr Sanfon Carrasco , y Maesse Nicolas el Barbero , quando la han de querèr seguir , y hazèrse pastores con nosotros ; y aun quiera Dios , no le venga en voluntad al Cura de entràr tambien en el aprisco , segun es de alegre , y amigo de holgàrse. Tu has dicho muy bien , dixo Don Quixote , y podrà llamarse el Bachillèr Sanfon Carrasco , si entra en el pastoràl gremio (como entrará sin duda) el Pastor Sanfonino , ô yà el pastor Carrascon. El Barbero Nicolas se podrà llamàr Niculoso , como yà el antiguo Bolcan se llamò Nemoroso , Al Cura no sè que nombre le pongàmos , sino es algun derivativo de su nombre , llamandole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes , como entre peras podrèmos escogèr sus nombres ; y pues el de mi Señora quadra , assi al de pastora , como al de Princesa , no ày para que cansàrme en buscar otro que mejor le venga. Tu Sancho pondràs à la tuya el que quisières. No pienso , respondiò Sancho , ponèrle otro alguno , sino el de Terefona , que le vendrà bien con
su

su gordura, y con el propio que tiene, pues le llama Teresa; y mas que celebrandola yo en mis versos, vengo à descubrir mis castos desèos, pues no ando à buscàr pan de trastrigo por las casas ajenas. El Cura no serà bien que tenga pastora, por dàr buen exemplo, y si quisiere el Bachillèr tenerla, su alma en su palma. Vålame Dios, dixo Don Quixote, y que vida que nos hèmoss de dàr, Sancho amigo! que de Churumbelas han de llegar à nuestros oydos! que de Gaytas Zamoranas! que de Tamborines! y que de Sonajas! y que de Rabeles! Pues que, si destas diferencias de musicas resuena la de los Albogues? Allì se vèran casi todos los instrumentos Pastorales. Que son Albogues, preguntò Sancho, que ni los he oydo nombràr, ni los he visto en toda mi vida? Albogues son, respondiò Don Quixote, unas Chapas à modo de candeleros de Açofar, que dando una con otra por lo vacío, y hueco, haze un son fino muy agradable, ni armònico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gayta, y del tamborin: Y este nombre Albogues es Morisco, como lo son todos aquellos, que en nuestra Lengua Castellana comiençan en *al*; conviène à saber, Almoça, Almorçar, Alhombra, Alguazil, Alucema, Almacén, Alcançia, y otros semejantes, que deven ser pocos mas; y solos tres tiene nuestra Lengua, que son moriscos, y acaban en *I*, y son, Borçegui, Zaquicami, y Maravedi: Albeli, y Alfaqui tanto por el *al* primero, como por

por el I en que acaban, son conocidos por Aràvigos. Eisto te he dicho de passò, por avèrmelo reducido à la memoria la ocasion de avèr nombrado Albogues; y hànos de ayudàr mucho, al parecèr, en perfeccion este exercicio, el ser yo algun tanto Poëta, como tu sabes, y el sèrlo tambien en estremo el Bachillèr Sanfon Carrasco. Del Cura no digo nada; pero yo apostarè, que deve de tenèr sus puntas, y collares de Poëta; y que las tenga tambien Maèsse Nicolas, no dudo en ello, porque todos, ô los mas son guitarristas, y copleros. Yo me quexaré de ausencia; tu te alabaràs de firme enamorado; El postor Carrascon de desdeñado; y el Cura Curiambro de lo que el mas puede servirse; y assi andará la cosa, que no àya mas que desfeàr. A lo que respondió Sancho, yo soy, Señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal exercicio me vèa. O que polidas cucharas tengo de hazèr, quando pastor me vèa! Que de migas! Que de natas! Que de guirnaldas! y que de zarandajas pastoriles! que puesto que no me grangeen fama de discreto, no dexaràn de grangeàrme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hatò; pero guarda, que es de buen parecèr, y ày pastores mas maliciosos, que simples; y no querrìa que fuèsse por lana, y bolvièsse traquilada; que tambien suèlen andàr los amores, y los no buenos desfeos por los campos, como por las ciudades, y por las pastorales choças como por los Reales palacios; y quitada

tàda la causa, se quita el pecado; y ojos que no vèen, coraçòn que no quiebra; y mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos.

No mas refranes, Sancho, dixo Don Quixote, pues qualquiera de los que has dicho, basta para dár à entender tu pensamiento; y muchas vezes te hè aconsejado, que no feas tan prodigo de refranes, y que te vayas à la mano en dezirlos: Pero parèceme, que es predicàr en desierto, y *castigame mi madre, y yo trompogelas.* Parèceme, respondiò Sancho, que vueßa mercèd es como lo que dicen: *dixo la Sartèn à la Caldera, quitate allà ojinegra.* Estàme reprehendiendo, que no diga yo refranes, y ensàrtalos vueßa mercèd de dos en dos. Mira Sancho, respondiò Don Quixote, yo traygo los refranes à proposito, y vienen, quando los digo, como anillo en el dedo; pero tràeslos tu tan por los cabellos, que los arràstras, y no los guias. Si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho, que los refranes son sentencias breves sacadas de la experiencia, y especulacion de nuestros antiguos sabios; y el refran que no viene à proposito, antes es disparate que sentencia. Pero dexèmonos desto, y pues yà viene la noche, retirèmonos del camino real algun trecho, donde passàremos esta noche, y Dios sabe lo que serà mañana. Retiràronse, cenaron tarde, y mal, bien contra la voluntad de Sancho à quien se le representàvan las estrechezas de la andante Cavallería, usadas en las selvas, y en los montes; si bien tal vez la abundancia se mostrava en los Castil-

los,

los, y casas, assi de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de Don Antonio Moreno; pero considerava no sèr possible sèr siempre de dia, ni siempre de noche, y assi passò aquella durmiendo, y su amo velando.



CAPITULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció à Don Quixote.

ER A la noche algo escùra, puesto que la Luna estàva en el Cielo, pero no en parte que pudièsse ser vista (que tal vez la Señora Diana se vò à passear à los Antipodas, y dexa los montes negros y los valles escùros.) Cumpliò Don Quixote con la naturaleza durmiendo el primer sueño sin dár lugar al segundo: Bien al revès de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le durava el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostrava su buena complexion, y pocos cuydados. Los de Don Quixote le desvelaron de manera, que despertò à Sancho, y le dixo, Maravillado estòy, Sancho, de la libertad de tu condicion: Yo imagino que eres hecho de marmol, ó de duro bronze en quien no cabe movimièto, ni sentiemièto alguno; yo velo quando tu duermes; yo llo-ro quando cantas; yo me desmayo de ayùno, quando tu estas pereçoso, y desalentado de
pura

puro harto : De buenos criados es conllevàr las penas de sus Señores, y sentìr sus sentimientos por el bien parecèr siquièra. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estàmos, que nos combida à entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levantate por tu vida, y desviàte algun trecho de aqui, y con buen animo, y denuedo agradecido, dàte trezièntos, ô quatrozièntos açotes à buena cuenta de los del desencantò de Dulcinèa; y esto, rogando, te lo suplico; que no quiero venir contigo à los braços como la otra vez, porque sè que los tienes pesados. Despues que te ayas dado, passarèmos lo que resta de la noche cantando, yo mi ausencia, y tu tu firmeza, dando desde agora principio al exercicio pastoral, que hemos de tenèr en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no sòy yo Religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante, y me discipline. Ni menos me parece, que del estremo del dolor de los açotes se pueda passàr al de la musica. Vuestra merced me dexe dormir, y no me apriete en lo de açotarme, que me harà hazer juramento de no tocarme jamás el pelo del fayo, no que al de mis carnes. O alma endurecida? dixo Don Quixote: O escudero sin piedad! O pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho, y pienso hazerte! Por mi te has visto Governador, y por mi te vèes con esperanzas propinquas de ser Conde, ô tener otro Título equivalente; y no tardarà el cumplimiento dellas mas, de quanto tarde en

en passàr este año, que yo *post tenebras spero lucem*. No entiendo esso, replicò Sancho; solo entiendo, que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien aya el que inventò el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templà el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balança y peso que iguala al pastor con el Rey, y al simple con el discreto. Solo una cosa tiene mala el sueño, segun he oydo dezir, y es, que se parèce à la muerte, pues de un dormido à un muerto ày muy poca diferencia. Nunca te he oydo hablar, Sancho, dixo Don Quixote, tan elegantemènte como aora, por donde vengo à conòcèr sèr verdàd el refran, que tu algunas vezes suèles dezir: *No con quien naces sino con quien paces*. A pesia tal, replicò Sancho Señor nuestro amo, no soy yo aora el que ensarta refranes, que tambien à vuestra mercèd se le caen de la boca de dos en dos mejor que à mi, sino que deve de avèr entre los mios y los suyos esta diferencia, que los de vuestra mercèd vendrán à tiempo, y los mios à deshora, pero en efeto todos son refranes.

EN esto estàvan, quando sintièron un sordo estruendo, y un áspero ruydo, que por todos aquellos valles se estendia. Levantòse en piè Don Quixote, y puso mano à la espada, y Sancho se agazapò debaxo del ruzio,

poniéndose à los lados el lio de las armas, y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quixote. De punto en punto iba creciendo el ruydo, y llegándose cerca à los dos temerosos (alomenos al uno; que del otro yà se sabe su valentia.) Es pues el caso, que llevavan unos hombres à vendèr à una fèrià mas de seyscientos puercos, con los quales caminavan à aquellas horas; y era tanto el ruydo que llevavan, y el gruñir, y el bufar, que enfordecieron los oydos de Don Quixote, y de Sancho, que no advirtièron lo que ser podía. Llegò de tropèl la estendida, y gruñidora piara, y sin tenèr respeto à la autoridad de Don Quixote, ni à la de Sancho, passaron por encima de los dos deshaziendo las trincheas de Sancho, y derribando no solo à Don Quixote, sino llevando por añadidura à rozinante. El tropèl, el gruñir, la presteza con que llegàron los animales inmundos, puso en confusion, y por el suelo à la albarda, à las armas, al ruzio, à rozinante, à Sancho, y à Don Quixote. Levantòse Sancho como mejor pudo, y pidiò à su amo la espada, diziéndole, que queria matàr media dozena de aquellos señores, y descomedidos puercos, que yà avia conocido que lo eran. Don Quixote le dixo: Déjalos estàr, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado; y justo castigo del Cielo es, que à un Cavallero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hollen puercos. Tambien deve de ser castigo del

Cie-

Cielo, respondió Sancho, que à los escuderos de los Cavalleros vencidos los punçen moscas, los coman piojos, y les embista la hambre. Si los Escuderos fuèramos hijos de los Cavalleros à quien servimos, ô parientes suyos muy cercanos, no fuèra mucho que nos alcançara la pena de sus culpas hasta la quarta generacion; pero que tienen que ver los Panças con los Quixotes? Aora bien, tornèmonos à acomodar, y durmàmos lo poco que queda de la noche, y amanecerà Dios, y medrarèmos. Duerme tu, Sancho, respondió Don Quixote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al día, darè rienda à mis pensamientos, y los desfogarè en un madrigallete, que sin que tu lo sepas, à noche compùse en la memoria. A mi me parece, respondió Sancho, que los pensamientos, que dan lugar à hazer coplas, no deven de ser muchos. Vuestra merced coplee quanto quisiere, que yo dormirè quanto pudiere: Y luego tomando en el suelo quanto quiso, se acurrucò, y durmiò à sueño suelto, sin que fianças, ni deudas, ni dolor alguno se lo estorvase. Don Quixote arrimado à un tronco de una haya, ô de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el arbol que era) al son de sus mesmos suspiros cantò desta fuerte.

Amor, quando yo pienso
En el mal que me das, terrible, y fuerte;
Voy corriendo à la muerte,

Z z

Pen-

Pensàndo assi acabàr mi mal inmenso:
 Mas en llegàndo al passo,
 Que es puerto en este mar de mi tormento,
 Tanta alegria siento,
 Que la vida se esfuerça, y no le passo:
 Assi el vivir me mata,
 Que la muerte me torna à dár la vida.
 O condicion no oyda,
 La que conmigo muerte, y vida trata!

Cada verso destes acompañava con muchos suspiros, y no pocas lagrimas, bien como aquel, cuyo corazón tenia traspasado con el dolor del vencimiento, y con la ausencia de Dulcinèa. Llegòse en esto el dia: Diò el sol con sus rayos en los ojos à Sancho: Despertò, y espereçose, sacudièndose, y estiràndose los pereçosos miembros: Mirò el destròço, que avian hecho los puercos en su reposteria, y maldivo la piara, y aun mas adelante.

FINALMENTE bolvièron los dos à su començado camino, y al declinar de la tarde vièron, que hàzia ellos venian hasta diez hombres de à cavallo, y quatro, ô cinco de à piè. Sobresaltòse el corazón de Don Quixote, y açoròse el de Sancho, porque la gente que se les llegava, traÿa lanças, y adargas, y venia muy à punto de guerra. Bolviòse Don Quixote à Sancho, y dixole: Si yo pudièra, Sancho, exercitâr mis armas, y mi promèssa no me huvièra atado los braços, esta maquina, que sobre nosotros viene, la tuvièra yo por tortas, y pan pintado; pero podia ser, fuèsse otra cosa de la que temèmos. Llegaron

ron en esto los de à cavallo, y arbolando las lanças, sin hablàr palabra alguna, rodeàron à Don Quixote, y se las pusieron à las espaldas, y pechos, amenazàndole de muerte. Uno de los de à piè, puesto un dedo en la boca en Señal de que callàsse, affiò del freno de Rozinante, y le sacò del camino; y los demàs de à piè antecogièndo à Sancho, y al Ruzio, guardando todos maravilloso silencio, siguièron los passos del que guiava à Don Quixote, el qual dos ò tres vezes quiso preguntàr, adonde le llevavan, ô que querian; pero apenas començava à movèr los labios, quando se los iveran à cerràr con los hierros de las lanças; y à Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas dava muestras de hablàr, quando uno de los de à piè con un aguijon le punçava, y al Ruzio ni mas ni menos como si hablàr quisièra. Cerrò la noche; apresuràron el passo, creciò en los dos presos el miedo, y mas quando oyèron, que de quando en quando les dezian: Caminad Trogloditas, callad Bàrbaros, pagad Antropofagos, no os quexeys Scytas, ni abràys los ojos Polifemos matadores, Leones carnicèros; y otros nombres semejantes à estos, con que atormentàvan los oydos de los miserables amo, y moço. Sancho iba dizièndo entre si: Nosotros Tortolitas, nosotros Barbaros, ni estropajos, nosotros perritas, à quien dicen Cita, Cita! no me contentan nada estos nombres: A mal viento vâ esta parva; todo el mal nos viene junto, como al perro los palos; y oxala paràsse en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurà-

da. Iva Don Quixote embelesàdo sin podèr atinàr con quantos discursos hazia, que serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los quales sacàva en limpio, no esperàr ningun bien, y temèr mucho mal. Llegaron en esto una hora casi de la noche à un Castillo, que bien conociò Don Quixote, que era el del Duque, donde avia poco que avian estàdo. Valame Dios, (dixo assi como conociò la estancia) y que serà esto? Si, que en esta casa todo es cortesia, y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se buelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del Castillo, y vièronle adereçado, y puesto de manera, que les acrecentò la admiracion, y les doblò el miedo, como se verà en el siguiente capitulo.



CAPITULO LXIX.

*Del mas raro, y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia aui-
no à Don Quixote.*

APEARONSE los de à cavallo, y junto con los de à piè, tomàndo en peso, y arrebatadamènte à Sancho, y à Don Quixote, los entraron en el patio, al rededor del qual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que à pesar de la noche que se mostràva algo escùra, no se echà-

va de vèr la falta del dia. En medio del patio se levantàva un tumulo como dos varas del suelo, cubièrto todo con un grandissimo dosel de terciopelo negro, al rededor del qual por sus gradas ardían velas de cera blanca sobre mas de cien candelèros de plata, encima del qual tumulo se mostràva un cuerpo muerto de una tan hermosa Donzella, que hazia parecèr con su hermosura: hermosa à la misma muerte: Tenía la cabeça sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas, y odoríferas flores texida: Las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla, y vencedora palma: A un lado del patio estàva puesto un teatro, y dos fillas sentados dos personages, que por tener coronas en la cabeça, y ceptros en las manos, davan señales de sèr algunos Reyes, yà verdaderos, ô yà fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estàvan otras dos fillas, sobre las quales los que truxèron los presos, sentaron à Don Quixote y à Sancho, todo esto callando, y dándoles à entendèr por señales à los dos, que assi mesmo callàssen; pero sin que se lo señalàran, callaron ellos, porque la admiracion de lo que estàvan mirando, les tenía atadas las lenguas. Subièron en esto al teatro con mucho acompañamiènto dos principales personages, que luego fuèron conocidos de Don Quixote sèr el Duque, y la Duquessa sus huespedes, los quales se sentaron en dos riquissimas fillas junto à los dos que parecian Reyes. Quien no se avia de admirar con esto, añadièndose à el-

360 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

lo avèr conocido Don Quixote, que el cuerpo muerto que estàva sobre el tumulto, era el de la hermosa Altifidora? Al subìr el Duque y la Duquesa en el teatro se levantaron Don Quixote, y Sancho, y les hizieron una profunda humillacion, y los Duques hizieron lo mesmo, inclinàndo algun tanto las cabeças. Saliò en esto de travès un ministro, y llegando se à Sancho, le echò una ropa de bocacì negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitàndole la caperuça, le puso en la cabeza una Coroca al modo de las que fàcan los penitenciados por el Santo Oficio; y dixo-le al oydo, que no descosièsse los labios, porque le echarian una mordaga, ò le quitarian la vida. Miràvase Sancho de arriba à baxo veíase ardiendo en llamas, pero como no le quemavan, no las estimava en dos ardites. Quitòse la coroca, viòla pintada de diablos; bolviòsela à ponèr, diziendo entre si: Aun bien, que ni ellas me abràsan, ni ellos me llevan. Miràvale tambien Don Quixote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dexò de reyrse de vèr la figura de Sancho. Començò en esto à salir al parecèr debaxo del tumulto un Son fumiso, y agradable de flautas, que por no sèr impedido de alguna humana voz (porque en aquel sitio el mesmo silencio guardava silencio) asimismo se mostrava blàndo, y amoroso. Luego hizo de si improvisa muestra junto à la Almohada del, al parecèr, cadaver un hermoso mancebo vestido à lo Romano, que al son de una harpa (que el mismo tocava)

can-

canto con suavissima, y clara voz estas dos estancias.

En tanto que en si buelve Altifidora,
 Muerta por la crueldad de Don Quixote;
 Y en tanto que en la corte encantadora
 Se vistieren las damas de picote,
 Y en tanto que à sus dueñas mi Señora
 Vistiere de Bayeta, y anascote,
 Cantarè su belleza, y su desgracia
 Con mejor Plectro, que el Cantor de Tracia.
 Y aun no sè me figura que me toca
 Aqueste oficio solamente en vida,
 Mas con la lengua muerta, y fria en la boca
 Pienso movèr la voz à ti devida,
 Libre mi alma de su estrecha roca,
 Por el Estigio lago conduzida,
 Celebràndote irà, y aquel sonido
 Harà paràr las aguas del olvido.

No mas (dixo a esta fazòn uno de los dos, que parecian Reyes:) No mas, cantor divino, que serìa proceder en infinito, representarnos aora la muerte, y las gracias de la fin par Altifidora, ni muerta como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para bolvèr la à la perdida luz, ha de passàr Sancho Pança, que està presente; y assi, ô tu Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lobrègas de Lete, pues sabes todo aquello, que en los inescrutables hados està determinàdo acerca de bolvèr en si esta Donzella, dilo, y declàralo luego, porque no se nos dilate el bien que con

su nueva buelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Minos Juez, y compañero de Radamanto, quando levantándose en piè Radamanto, dixo: Ea ministros desta casa, altos, y baxos, grandes, y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veynte y quatro mamonas, y con doze pellizcos, y seys alfilerazos braços y lomos; que en esta ceremonia consiste la salud de Altifidora. Oyendo lo qual Sancho Pança, rompiò el silencio, y dixo: Voto à tal, assi me dexe yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como bolverme Moro. Cuerpo de mi, que tiene que ver manosearme el rostro con la resurreccion desta Donzella? *Regostase la vieja à los bledos*: Encantan à Dulcinèa, y açotanme para que se desencante: Muere se Altifidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar, hazerme à mi veynte y quatro mamonas, y acribarme el cuerpo à alfilerazos, y à acardenalarme los braços à pellizcos? Essas burlas à un cuñado, que yo soy perro viejo, y no ày conmigo Tus, Tus. Moriràs, dixo en alta voz Radamanto: ablandate tigre, humillate Nembrot soberbio, y sufre, y calla, pues no te piden Impossibles; y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio. Mamonado has de ser, acrevillado te has de ver, pellizcàdo has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento, si no, por la Fè de hombre de bien, que avèys de ver para lo que nacistes. Parecièron en esto, que por el patio venian hasta seys Dueñas en procession una tras otra, las quatro con antojos,

y

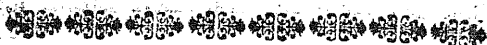
y todas levantadas las manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera para hazer las manos mas largas, (como aora se usa) No las hùvo visto Sancho, quando, bramando como un toro, dixo: Bien podrè yo dexarme manosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen Dueñas, esso no. Gatèenme el rostro, como hizieron à mi amo en este mesmo Castillo; traspàssemme el cuerpo con puntas de dagas buydas; atènazennme los braços con tenazas de fuego, que yo lo llevarè en paciencia, por servir à estos Señores; pero que me toquen Dueñas, no lo consentirè, si me llevàsse el diablo. Rompiò tambien el silencio Don Quixote, diziendo à Sancho: Ten paciencia, hijo, y dà gusto à estos Señores, y muchas gracias al Cielo, por avèr puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estàvan las Dueñas cerca de Sancho, quando èl (mas blando, y mas persuadido, poniendose bien en la silla) diò rostro, y barba à la primera, la qual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesía, menos mudas, Señora Dueña, dixo Sancho, que por Dios que traèys las manos oliendo à vinagrillo. Finalmente todas las Dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que èl no pudo sufrir, fuè el punzamiento de los alfileres, y assi se levantò de la silla, al parecèr mohino, y assièndo de una hacha encendida, que junto à èl estava, diò tras las Dueñas, y tras todos

dos sus verdugos , diziendo : Afuera , ministros infernales , que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios Martirios.

EN esto Altifidora (que devia de estar cansada por aver estado tanto tiempo supina) se bolvió de un lado : Visto lo qual por los circunstantes , casi todos à una voz dixeron : Viva es Altifidora , Altifidora vive. Mandò Rabadamanto a Sancho , que depusiesse la ira , pues yà se avia alcançado el intento que se procurava. Assi como Don Quixote viò rebullir à Altifidora , se fuè à poner de rodillas delante de Sancho , diziendole : Ahora es tiempo , hijo de mis entrañas , no que Escudero mio , que te des algunos de los açotes , que estás obligado à darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo , que es el tiempo donde tienes fazonada la virtud , y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera. A lo que respondió Sancho : Esto me parece argado sobre argado , y no miel sobre hojuelas , bueno sería , que tras pellizcos , mamonas , y alfilerazos viniessen ahora los açotes ? No tienen mas que hazer , fino tomàr una gran piedra , y atàrme la al cuello , y dàr conmigo en un pozo , de lo que à mi no me pesaría mucho , si es que para curar los males ajenos , tengo yo de ser la vaca de la boda. Dèxenme , fino , por Dios , que lo arroje , y lo eche todo à treze , aunque no se venda.

YA en esto se avia sentado en el tumulto Altifidora , y al mismo instante sonaron las chirimías , à quien acompañaron las flautas , y las voces de todos , que aclamavan : Viva , Altifi-

tisidora , Altisidora viva. Levantàronse los Duques, y los Reyes Minos, y Radamantó, y todos juntos con Don Quixote, y Sancho fuèron à recibir à Altisidora, y a baxàr la del tumulto; La qual haziendo de la desmayada, se inclinò à los Duques, y à los Reyes, y mirando de través à Don Quixote, le dixo: Dios te lo perdone, desamorado Cavallero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, à mi parecer, mas de mil años. Y à ti, ó el mas compassivo Escudero que contiene el Orbe, te agradezco la vida que possèo. Dispon desde oy mas, amigo Sancho, de seys camisas mias, que te mando, para que hagas otras seys para ti, y fino son todas sanas, alomenos son todas limpias. Besòle por ello las manos Sancho con la coroca en la mano, y las rodillas en el suelo. Mandò el Duque, que se la quitassen, y le bolviessen su caperuça, y le pusiessen el sayo, y le quirassen la ropa de las llamas. Suplicò Sancho al Duque, que le dexassen la ropa, y mitra, que las quería llevar à su tierra por señal, y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió, que si dexarian, que yà sabia èl, quan grande amiga suya era. Mandò el Duque despejâr el patio, y que todos se recogiessen à sus estancias, y que à Don Quixote, y à Sancho los llevassen à las que ellos yà se sabian.



CAPITULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia.

DURMIÒ Sancho aquella noche en una carriola en el mesmo aposento de Don Quixotè, cosa que èl quisièra escusàr la si pudièra; porque bien sabìa, que su amo no le avia de dexàr dormir à preguntas, y respuestas, y no se hallava en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios passados los tenia presentes, y no le dexavan libre la lengua; y vinièrale mas à cuento dormir en una choça solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Saliòle su temor tan verdadèro, y su sospecha tan cierta, que apenas huvò entrado su Señor en el lecho, quando dixo: Que te parèce, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta à Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumènto belico, ni con venenos mortiferos, sino con la consideracion del rigor, y el desden con que yo siempre la he tratado. Murièrase ella en hora buena quanto quisièra, y como quisièra, respondiò Sancho, y dexàrame à mi en mi casa, pues ni yo la enamorè, ni la desdenè en mi vida. Yo no sè, ni pue-

do pensàr como sea, que la salud de Altifidora, Donzella mas antojadiza que discrèta, tenga que vèr (como otra vez he dicho) con los martirios de Sancho Pança? Aora si que vengo à conócèr clara, y distintamènte, que ày Encantadores, y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sè libràr. Con todo esto suplico à vuestra merced, me dexè dormir, y no me pregunte mas, sino quièrè que me arròje por una ventana abaxo. Duerme, Sancho amigo, respondiò Don Quixote, si es que te dãn lugar los alfileràzos, y pellizcos recibidos, y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicò Sancho llegò à la afrenta de las mamonas, no por otra cosa; que por avèrmelas hecho Dueñas (que confundidas sèan) y torno à suplicàr à vuestra merced, me dexè dormir, porque el sueño ès alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea assi, dixo Don Quixote; y Dios te acompañe. Durmièronse los dos, y en este tiempo quiso escribir, y dãn cuenta Cide Hamete autor desta grande història, que les moviò à los Duques à levantàr el edificio de la maquina referida; y dize.

QUE no avièndosele olvidado al Bachillèr Sanson Carrasco, quando el Cavallèro de los Espejos, fuè vencido, y derribado por Don Quixote, cuyo vencimientò, y cayda borrò, y deshizo todos sus designios; quiso bolver à provàr la mano, esperando mejòr suceso que el passado: Y assi informàndose del page que llevò la carta, y presente à Teresa Pança muger de Sancho, adonde Don Quixote queda-

va;

va; buscò nuevas armas, y cavallo, y puso en el escudo la blanca Luna, llevándolo todo sobre un macho, à quien guiava un labrador, y no Tomè Cecial su antiguo Escudero, porque no fuèsse conocido de Sancho, ni de Don Quixote. Llegò, pues, al castillo del Duque, que le informò del camino, y derrota que Don Quixote llevaba con intento de hallàrse en las justas de Zaragoza. Dìxole asimismo las burlas que le avia hecho con la traça del desencanto de Dulcinèa, que avia de ser à costa de las posaderas de Sancho. En fin diò cuenta de la burla que Sancho hizo à su amo, dándole à entendèr que Dulcinèa estàva encantada, y transformada en labradora; y como la Duquessa su muger avia dado à entendèr à Sancho, que èl era el que se engañava, porque verdaderamente estàva encantada Dulcinèa, de que no poco se riò, y admirò el Bachillèr, consideràndo la agudeza, y simplicidad de Sancho, como del estremo de la locura de Don Quixote. Pidiòle el Duque que si le hallàsse, y le vencièsse, ò no, se bolvièsse por allì à darle cuenta del suceso. Hizolo assi el Bachillèr; partiòse en su busca; no le hallò en Zaragoza; passò adelante, y sucediòle lo que queda referido. Bolviòse por el Castillo del Duque, y contòselo todo con las condiciones de la batalla, y que yà Don Quixote bolvia à cumplir, como buen Cavallero andante, la palabra de retiràrse un año en su aldèa, en el qual tiempo podia ser, (dixo el Bachillèr,) que sanàsse de su locura. Esta era la intencion que le avia movido à

hazèr

hazèr aquellas transformaciones, por sèr cosa de lastima, que un hidalgo tan bien entendido, como Don Quixote, fuèsse loco. Con esto se despidiò del Duque, y se bolviò à su lugar, esperàndo en èl à Don Quixote, que tras èl venia.

DE aquí tomò ocasion el Duque de hazèrle aquella burla (tanto era lo que gustàva de las cosas de Sancho, y de Don Quixote;) y haziendo tomàr los caminos cerca y lexos del Castillo, por todas las partes que imaginò, que podria bolver Don Quixote, con muchos criados de à piè, y de à cavallo para que por fuerça, ó de grado le truxèssen al castillo, si le hallàssen. Hallàronle, y dièron aviso al Duque, el qual yà prevenido de todo lo que avia de hazèr, assi como tuvo noticia de su llegada, mandò encender las hachas, y las luminarias del pàtio, y ponèr à Altisidora sobre el tumulto con todos los aparatos, que se han contado, tan al vivo, y tan bien hechos, que de la verdàd à ellos, avia bien poca diferencia. Y dize mas Cide Hamete, que tiene para si, ser tan locos los burladores, como los burlados; y que no estàvan los Duques los dedos de parecèr tontos, pues tanto ahinco ponian en burlàrse de dos tontos, à los quales, el uno durmiendo à sueño suelto, y el otro velando à pensamièntos desatados, les tomò el dia, y la gana de levantàrse; que las ociosas plumas, ni vencido, ni vencedor jamàs dièron gustò à Don Quixote.

ALTISIDORA (en la opinion de Don Quixote buelta de muerte à vida) figuiendo el

Tom. IV.

A a

humor

humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda, que en el tumulto tenía, y vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada à un baculo de negro y finissimo Ebano entrò en el aposento de Don Quixote, con cuya presencia turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sabanas, y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertasse à hazerle cortesía ninguna. Sentóse Altifidora en una silla junto à su cabecera, y despues de avèr dado un gran suspiro, con voz tierna, y debilitada le dixo: Quando las mugeres principales, y las recatadas Donzellas atropellan por la honra, y dãn licencia à la lengua, que rompa por todo inconveniente, dando noticia en publico de los secretos que su corazón encierra, en estrecho termino se hallan. Yo, Señor Don Quixote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida, y enamorada; pero con todo esto sufrida, y honesta tanto, que por serlo tanto, rebentò mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias hà que con la consideracion del rigor con que me has tratado, ô mas duro que marmol à mis queexas, empedernido cavallero, he estado muerta, ô alomenos juzgada por tal de los que me han visto; y sino fuèra porque el amor, condoliéndose de mi, depositò mi remedio en los martirios deste buen Escudero, allà me quedara en el otro mundo. Bien pudièra el amor, dixo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradecièra: Pero digame, Señora (assi el Cielo la acomode con otro mas
blando

blando amante que mi amo) que es lo que vió en el otro mundo? Qué ày en el infierno, porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradèro?

LA verdad que os diga, respondiò Altifidora, es que yo no devì de morir del todo; pues no entrè en el infierno; que si allà entrà una por una, no pudièra salir dèl aunque quisièra. La verdad es, que lleguè à la puerta adonde estàvan jugando hasta una dozena de diablos à la pelota, todos en càlças y en jubon, con balonas guarnecidas con puntas de randas Flamencas, y con unas bueltas de lo mismo; que les servian de puños, con quatro dedos de braço de fuera, porque parecièssen las manos mas largas, en las quales tenian unas palas de fuego; y lo que mas me admirò fuè, que les servian en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento, y de borra (cosa maravillosa, y nueva) pero esto no me admirò tanto, como el vèr, que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecèrse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañavan, y todos se maldezian. Effeno no es maravilla, respondiò Sancho, porque los diablos jueguen, ô no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen, ô no ganen. Assi deve de ser, respondiò Altifidora: Mas ày otra cosa que tambien me admira (quiero dezir, me admirò entonces) y fuè, que al primer volèo no quedàva pelota en piè, ni de provecho para servir otra vez; y assi menudeàvan libros nuevos, y viejos, que era una maravilla. A uno dellos

nuevo, flamante, y bien encuadernado le diéron un papirotazo, que le facàron las tripas, y le esparciéron las hojas; y dixo un diablo à otro: Mirad que libro es esse? Y el diablo le respondiò: Esta es la segunda parte de la història de Don Quixote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino por un Aragonès, que èl dize ser natural de Tordefillas. Quitadmele de ay, respondiò el otro diablo, y metèdle en los abyssos del infierno, no le vèan mas mis ojos. Tan malo es? respondiò el otro. Tan malo, replicò el primero, que si de proposito yo mismo me pusiera, à hazèrle peor no acertàra. Profiguieron su juego peloteando otros libros, y yo por avèr oydo nombrar à Don Quixote, à quien tanto adamo, y quièro, procurè, que se me quedasse en la memoria esta vision. Vision deviò de ser fin duda, dixo Don Quixote, porque no ày otro yo en el mundo, y yà essa història anda por acà de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dãn del piè. Yo no me he alterado en oyr, que ando como cuerpo fantastico por las tinieblas del abyssmo, ni por la claridad de la tierra, porque no sòy aquel de quien essa història trata. Si ella fuere buena, fiel, y verdadèra, tendrà figlos de vida; pero si fuere mala, de su parto à la sepultura no serà muy largo el camino.

Iv A Altisidora à proseguir en quexarse de Don Quixote, quando le dixo Don Quixote: Muchas vezes os he dicho, Señora, que à mi me pesa de que ayais colocàdo en mi vuestros pen-

penfamièntos, pues de los mios antes pueden ser agradecidos, que remediados. Yo nací para ser de Dulcinèa del Toboso, y los hados (si los huvièra) me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura hà de ocupàr el lugar que ella en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente defengaño es este, para que os retirèys en los limites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligàr à lo imposible. Oyèndo lo qual Altifidora, mostràndo enojàrse, y alteràrse, le dixo: Vive el Señor, Don Vacallao, alma de almirèz, cuèscos de datil, mas terco, y duro que villano rogado, quando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto à vos, que os tengo de sacàr los ojos. Pensays, por ventura, Don vencido, y Don molido à palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que avèys visto en esta noche, ha sido fingido, que no soy yo muger, que por semejantes camellos avia de dexàr que me dolièsse un negro de la uña, quanto mas morirme. Effen crèo yo muy bien, dixo Sancho, que esto de morirse los enamorados, es cosa de risa; bien lo pueden ellos dezir, pero hazèr, crèalo Judas.

ESTÀNDOS en estas pláticas entrò el musico cantor, y Poëta, que avia cantado las dos yà referidas estancias: El qual haziendo una gran reverencia à Don Quixote, dixo: vueffa mercèd, Señor Cavallero, me cuente, y tenga en el numero de sus mayores servidores, porque ha muchos dias, que le soy muy aficionado assi por su fama, como por sus hazañas. Don Quixote le

374 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

respondió: Vuestra merced me diga quien es, para que mi cortesía responda à sus merecimientos. El moço respondió, que era el Mufico, y Panegirico de la noche antes. Por cierto, replicò Don Quixote, vuestra merced tiene estremada voz; pero lo que cantò, no me parece que fuè muy à proposito; porque que tienen que ver las estancias de Garcilasso con la muerte desta Señora? No se maraville vuestra merced deffo, respondió el mufico, que yà entre los intònsos Poëtas de nuestra edad se usa, que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga, ô no venga à pelo de su intento; y yà no ày necedad que canten, ô escriban, que no se atribuya à licencia poëtica.

RESPONDER quisièra Don Quixote, pero estorvàronlo el Duque y la Duquessa que entràron à verle, entre los quales passaron una larga, y dulce platica, en la qual dixo Sancho tantos donayres, y tantas malicias, que dexàron de nuevo admiràdos à los Duques, assi con su simplicidad, como con su agudèza. Don Quixote les suplicò, le dièssen licencia para partirse aquel mismo dia, pues à los vencidos Cavalleros como èl, mas les convenia habitar una zahurda, que no Reales Palacios. Dièronfela de muy buena gana, y la Duquessa le preguntò, si quedava en su gracia Altisidora? El respondió, Señora mia, sepa vuestra Señoría, que todo el mal desta Donzella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta, y continua. Ella me ha dicho aquí, que se usan randas en el infierno, y pues ella
las

las deve de faber hazèr, no las dexe de la mano; que ocupada en meneàr los palillos, no se menearàn en su imaginacion la imagen, ô imagenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecèr, y este mi consejo. Y el mio, añadiò Sancho, pues no he visto en toda mi vida ramera, que por amor se aya muerto; que las Donzellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabàr sustarèas, que en pensàr en sus amores: Por mi lo digo, pues mientras estòy cabando, no me acuerdo de mi oylo, digo de mi Teresa Pança, à quien quiero mas que à las pestañas de mis ojos. Vos dezis muy bien, Sancho, dixo la Duquessa, y yo harè, que mi Altifidora se ocupe de aquí adelante en hazèr alguna labor blanca, que la sabe hazèr por estremo. No ày para que, Señora, respondiò Altifidora, usar desse remedio, pues la consideracion de las crueldades, que conmigo ha usado este malandrìn mostrenco, me le borraràn de la memoria sin otro artificio alguno, y con licencia de vuestra Grandeza me quiero quitàr de aquí, por no ver delante de mis ojos, yà no su triste figura, sino su fea, y abominable catadura. Eflo me parèce, dixo el Duque, à lo que suèle dezirse; que aquel que dize injurias, cerca està de perdonàr. Hizo Altifidora muestra de limpiàrse las lagrimas con un pañuelo, y haziendo reverencia à sus Señores, se salió del aposento. Màndote yo, dixo Sancho, pobre Donzella, màndote, digo, mala ventura, pues las has avido con una alma de esparto, y con un coraçòn de encina: A fe, que si las huvie-

376 D. QUIXOTE DE LA MANCHA,

ras conmigo, que otro gallo te cantàra. Acabòse la platica, vistiòse Don Quixote, comiò con los Duques, y partiòse aquella tarde.



C A P I T U L O LXXI.

De lo que à Don Quixote le sucediò con su escuaèro Sancho yèndo à su aldèa.

IV A el vencido, y affendereàdo Don Quixote, pensativo ademàs por una parte, y muy alegre por otra. Causava su tristeza el vencimièto, y la alegria el consideràr en la virtùd de Sancho (como lo avia mostrado en la resurrecion de Altifidora, aunque con algun escrupulo se persuadia, à que la enamorada Donzella fuèsse muerta de veras) el casi cierto desencànto de Dulcinèa. No iva nada alegre Sancho, porque le entristecia vèr, que Altifidora no le avia cumplido la palabra de dàrle las camisas; y yèndo, y vinièndo en esto, dixo à su amo: En verdàd, Señor, que sòy el mas desgraciado Medico, que se deve de hallàr en el mundo, en el qual ày Físicos, que con matàr al enfermo que curan, quieren sèr pagados de su trabajo, que no es otro fino firmàr una cedula de algunas medicinas, que no las haze èl, fino el Boticario, y càtalo cantusàdo: Y à mi, que la salud agena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos, y açotes, no me dãn un ardite: Pues yo les voto à tal, que si me tràen à las manos algun

algun otro enfermo, que antes que le cure; me han de untar las mias; que *el Abad de lo que canta, yanta*; y no quiero creer, que me haya dado el Cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros *de Bobilis Bobilis*. Tu tienes razón, Sancho amigo, dixo Don Quixote, y hãlo hecho muy mal Altifidora en no avèrte dado las prometidas camisas, y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona. De mi te sè dezir; que si quisièras paga por los açotes del desfencanto de Dulcinèa, yã te la huvièra dado tal como buena; pero no sè, si vendrà bien con la cura la paga, y no querria, que impidièsse el premio à la medicina: Con todo esto me parèce, que no se perderà nada en provàrlo: Mira, Sancho, el que quieres, y açòtate luego, y pàgate de contado, y de tu propia mano pues tienes dineros mios.

A estos ofrecimientos abrió Sancho los ojos, y las orejas de un palmo, y diò consentimiento en su coraçòn à açotàrse de buena gana, y dixo à su amo: Agora bien, Señor, yo quiero disponèrme à dár gusto à vuestra merced en lo que desèa con provecho mio; que el amor de mis hijos, y de mi muger me haze, que me muestre interessado. Digame vuestra merced, quanto me darà por cada açote que me dière? Si yo te huvièra de pagar, Sancho, respondiò Don Quixote, conforme lo que merèce la grandeza, y calidàd deste remedio, el tesoro de Venecia, y las minas del Potosi fuèran poco para pagarte: Toma tu el tienro

à lo que llevas mio, y pon el precio à cada açote. Ellos, respondiò Sancho, son tres mil, y trecientos, y tantos: Dellos me he dado hasta cinco: Quedan los demàs: Entren, entre los tantos estos cinco y vengàmos à los tres mil, y trecientos, que à quartillo cada uno (que no llevarè menos, si todo el mundo me lo mandàsse) montan à tres mil, y trescientos quartillos, que son los tres mil; mil y quinientos medios reales, que hazen setecientos y cincuenta reales; y los trecientos hazen ciento y cinquenta medios reales, que vienen à hazer setenta y cinco reales, que juntandose à los setecientos y cinquenta, son por todos ochocientos y veynte y cinco reales. Estos desfalcàre yo de los que tengo de vueſſa mercèd, y entrarè en mi casa rico, y contento, aunque bien açotado; porque no se toman truchas... y no digo mas. O Sancho bendito! O Sancho amable, respondiò Don Quixote, y quan obligados hemos de quedàr Dulcinèa, y yo à ſervirte todos los dias que el Cielo nos diere de vida, si ella buelve al ſer perdido: (que no es poſſible, ſino que buelva.) Su deſdicha avrà ſido dicha, y mi vencimiento, felicifſimo triunfo. Y mira, Sancho, quando quières començar la disciplina, que porque la abrèvies, te añaado cien reales. Quando? eſta noche ſin falta, respondiò Sancho; procùre vueſſa mercèd que la tengàmos en el campo al Cielo abierto, que yo me abrirè mis carnes.

LLEGÒ la noche tan eſperada de Don Quixote con la mayor anſia del mundo, parecièn-

reciéndole, que las ruedas del carro de Apolo se avian quebrado, y que el dia se alargava mas de lo acostumbrado: Bien alli como acontece à los enamorados, que jamàs ajustan la cuenta de sus desèos. Finalmente se entraron entre unos amenos arboles, que poco desviados del camìno estàvan, donde dexando vacias la silla y albarda de Rozinante, y el Ruzio, se tendieron sobre la verde yerva, y cenaron del repuesto de Sancho; el qual haziendo del cabestro y de la xaquima del Ruzio un poderoso, y flexible açote, se retirò hasta veynte passos de su amo entre unas hayas. Don Quixote, que le viò ir con denuedo, y con brio, le dixo. Mira amigo, que no te hagas pedaços; dà lugar que unos açotes aguarden à otros; no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento (quiero dezir) que no te dès tan rezo, que te falte la vida antes de llegar al numero desseado: Y porque no pierdas por carta de mas ni de menos, yo estarè desde à parte contando por este mi rosario los açotes que te dières. Favorèzcate el Cielo conforme tu buena intencion merèce. *Al buen pagador no le duelen prendas*, respondiò Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme, me duela; que en esto deve de consistir la sustancia deste milagro. Desnudòse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, començò à darse, y començò Don Quixote à contar los açotes. Hasta seys, ô ocho se avria dado Sancho, quando le pareciò ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco, dixo à su amo, que

que se llamava à engaño, porque merecía cada açote de aquellos ser pagado à medio-real, no que à quartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmàyes, le dixo Don Quixote, que yo doblo la parada del precio. Dessen modo, dixo Sancho, à la mano de Dios, y lluevan açotes: Pero el focarron dexò de dàrseles en las espaldas, y dava en los arboles, con unos suspiros de quando en quando, que parecia, que con cada uno dellos se le arrancàva el alma. Tierna la de Don Quixote, temeròso de que no se le acabàsse la vida, y no confièssse su desèo por la imprudencia de Sancho, le dixo: Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy aspera esta medicina, y serà bien dàr tiempo al tiempo; que *no se ganò Zamora en una hora*. Mas de mil açotes, si yo no he contado mal, te has dado; bastan por aora; que el asno (hablando à lo gressero) sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no Señor, respondiò Sancho, no se ha de dezir por mi, *à dineros pagados, braços quebrados*. Àpàrtese vueffa mercèd otro poco, y dèxeme dàr otros mil açotes fiquiera; que à dos llevadas destas, avrèmos cumplido con esta partida, y aun nos sobrarà ropa. Pues tu te hallas con tan buena disposicion, dixo Don Quixote, el Cielo, te ayude, y pègate, que yà me aparto. Bolviò Sancho à su tarèa con tanto denuèdo, que yà avia quitado las cortezas à muchos arboles (tal era la riguridad con que se dava) y alçando una vez la voz, y dando un deffavorado açote en una haya, dixo: Aquí morirà Sansón,

y quantos con èl son. Acudiò Don Quixote luego al son de la lastimada voz, y del golpe del riguroso açote, y aßiendo del torcido cablestro, que le servia de corvacho à Sancho, le dixo: No permitta la suerte, Sancho amigo, que por el gußto mio, pierdas tu la vida, que ha de servir para sustentar à tu muger, y à tus hijos. Espere Dulcinèa mejor coyuntura, que yo me contendrè en los limites de la esperança propinqua, y esperarè, que cobres fuerças nuevas para que se concluya este negocio à gußto de todos. Pues vueßa mercèd, Señor mio, lo quiere aßi, respondiò Sancho, sea en buena hora, y echeme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estòy sudando, y no querria resfriarme; que los nuevos diciplinantes corren este peligro. Hizolo aßi Don Quixote, y quedàndose en pelota, abrigò à Sancho, el qual se durmiò hasta que le despertò el sol; y luego bolvièron à proseguir su camìno, à quien dièron fin por entonces en un lugar, que tres leguas de alli estàva.

APEARONSE en un meson, que por tal le reconociò Don Quixote, y no por Castillo de cava honda, torres, rastrillos, y puente levadiza (que despues que le vencièron, con mas juyzio en todas las Cosas discurria, como aora se dirà.) Alojàronle en una sala baxa à quien servian de guadamaciles unas sàrgas viejas pintadas, como se ùsan en las aldeas. En una dellas estàva pintada de malissima mano el robo de Elena, quando el huesped atrevido se la llevò à Menelào; y en otra estàva la història de Dido, y Eneas, ella sobre una alta torre,

torre, como que hazia de señas con una media sabana al fugitivo huespèd, que por el mar sobre una fragata, ô vergantin se iba huyendo. Notò en las dos històrias, que Elena no iba de muy mala gana, porque se reya à socapa, y à lo focarron; pero la hermosa Dido mostrava vertèr lagrimas del tamaño de nuezes por los ojos: Viendo lo qual Don Quixote, dixo: Estas dos Señoras fuèron desdichadissimas por no avèr nacido en esta edàd, y yo sobre todos desdichàdo por no avèr nacido en la suya; pues si yo encontràra à aquestos Señores, ni fuèra abasàda Troya, ni Cartago destruyda, pues con solo que yo matàra à Paris, se escusàran tantas desgracias. Yo apostarè, dixo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de avèr bodegòn, venta, ni meson, ô tienda de barbero, donde no ande pintada la història de nuestras hazañas; pero querrìa yo, que la pintàssen manos de oïro mejor pintor, que el que ha pintado à estas. Tienes razòn, Sancho, dixo Don Quixote, porque este Pintor es como Orbaneja, un Pintor que estàva en Ubeda, que quando le preguntavan, que pintava? Respondia: Lo que saliere; y si por ventùra pintava un gallo, escribía debaxo: *Este es gallo*, porque no pensàssen, que era *Zorra*. Desta manera me parece à mí, Sancho, que deve de ser el pintor, ô escritor (que todo es uno) que sacò à luz la història deste nuevo Don Quixote que ha salido; que pintò, ô escribiò lo que saliere! O avrà sido como un Poëta, que andava los años passados en la Corte, llamado Mauleon, el qual respondia de

de repente à quanto le preguntavan; y preguntàndole uno, que que quería dezir: *Deum de Deo?* respondiò: *Dè donde dière.*

PERO dexàndo esto à parte, dime, si piensas, Sancho, darte otra tanta esta noche? Y si quières que sèa debaxo de techado, ò al Cielo abièrto? Par diez, Señor, respondiò Sancho, que para lo que yo pienso darme, effo se me dà en casa, que en el campo; pero con todo effo querria que fuèsse entre arboles, que parèce que me acompañan, y me ayùdan à llevàr mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de sèr assi, Sancho amigo, respondiò Don Quixote, sino que para que tomes fuerças, lo hemos de guardar para nuestra aldèa, que à lo mas tarde llegaremos à ella despues de mañana. Sancho respondiò, que hizièsse su gusto; pero que èl quisièra concluir con brevedad aquel negocio à sangre caliente, y quando estàva picado el molino, porque en la tardança suèle estàr muchas vezes el peligro; y *à Dios rogando, y con el mazo dando*; y que *mas valia un toma, que dos te darè; y el paxaro en la mano, que el Buire volando.* No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dixo Don Quixote, que parèce, que te buelves al *Sicut erat.* Habla à lo llano, à lo liso, à lo no intricàdo, como muchas vezes te he dicho, y veràs como te vale un pan por ciento. No sè que mala ventura es esta mia, respondiò Sancho, que no sè dezir razòn sin refran, ni refran que no me parezca razòn; pero yo me enmendarè si pudière; y con esto cessò por entonces su platica.

C A-



CAPITULO LXXII.

De como Don Quixote, y Sancho llegaron à su aldea.

TODO aquel dia, esperàndo la noche estuvièron en aquel lugar y meson Don Quixote, y Sancho, el uno para acabàr en la campaña rasa la tanda de su disciplina; y el otro para vèr el fin della, en el qual consistia el de su desèo. Llegò en esto al meson un caminante à cavallo con tres, ò quatro criados, uno de los quales dixo al que el Señor dellos parecia: Aquí puede vueßa mercèd, Señor Don Alvaro Tarfe, passàr oy la fiesta; La posada parèce limpia, y fresca. Oyèndo esto Don Quixote, dixo à Sancho: Mira, Sancho, quando yo hojeè aquel libro de la segunda parte de mi història, me parèce que de passada topè allí este nombre de Don Alvaro Tarfe. Bien podrà ser, respondió Sancho: Dexèmosle apeàr, que despues se lo preguntarèmos. El Cavallèro se apeò, y frontero del aposento de Don Quixote la huespeda le diò una sala baxa enjaezada con otras pintadas fargas, como las que tenia la estancia de Don Quixote. Pùsose el rezien venido Cavallèro à lo de verano; y salièndose al portal del meson, que era espaciòso, y fresco, por el qual se passeàva Don Quixote, le preguntò, adonde bueno camina vueßa mercèd,

cèd, Señor Gentilhombre? Y Don Quixote le respondiò : A una aldèa que està aquí cerca, de donde foy natural. Y vueſſa mercèd donde camina? le preguntò Don Quixote. Yo, Señor, respondiò el Cavallèro, vòy à Granada, que es mi patria. Y buena patria, respondiò Don Quixote; pero digame vueſſa mercèd por cortesìa su nombre, porque me parèce, que me ha de importàr saberlo mas de lo que buenamente puede dezirse. Mi nombre es Don Alvaro Tarfe, respondiò el huesepe. A lo que replicò Don Quixote: Sin duda alguna pienso que vueſſa mercèd deve de ser aquel Don Alvaro Tarfe que anda impreſſo en la segunda parte de la història de Don Quixote de la Mancha, rezien impreſſa, y dàda à la luz del mundo por un autor moderno. El mismo foy, respondiò el Cavallèro, y el tal Don Quixote, Sujeto principal de la tal història, fuè grandissimo amigo mio, y yo fuè el que le facò de su tierra, ò alomènos le movì à que vinièſſe à unas justas que se hazian en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdàd en verdàd que le hize muchas amistàdes, y que le quitè de que no le palmeàſſe las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido. Y digame vueſſa mercèd, Señor Don Alvaro, parèzco yo en algo à esse tal Don Quixote que vueſſa mercèd dize? No por cierto, respondiò el huesepe, en ninguna manera. Y esse Don Quixote, dixo el nuestro, traèa consigo à un Escudero llamado Sancho Pança? Si traèa, respondiò Don Alvaro; y aunque tenia fama de

Tom. IV. B b muy

muy graciòso, nunca le oyè dezir gracia, que la tuvièsse. Eſſo crèo yo muy bien, dixo à esta fazòn Sancho, porque el dezir gracias no es para todos; y eſſe Sancho que vueſſa mercèd dize, Señor Gentilhombre, deve de ſer àlgun grandíſſimo vellaco, frion, y ladron juntamènte; que el verdadèro Sancho Pança ſoy yo, que tengo mas gracias que llovidas; y ſino haga vueſſa mercèd la experiencia, y andeſe tras de mi por lo menos un año, y verá, que ſe me càen à cada paſſo; y tales, y tantas, que ſin ſabèr yo las mas vezes lo que me digo, hago reyr à quantos me eſcuchan: Y el verdadèro Don Quixote de la Mancha, el famoſo, el valiente, y el diſcreto, el enamorado, el desfazedor de agravios, el tutor de pupilos, y huerfanos, el amparo de las viudas, el matador de las donzellas, el que tiene por unica Señora à la ſin par Dulcinèa del Tobòſo, es eſte Señor que eſtà preſente, que es mi amo: Todo qualquier otro Don Quixote, y qualquier otro Sancho Pança es burleria, y coſa de ſueño. Por Dios que lo crèo, reſpondiò Don Alvarò, porque mas gracias avèys dicho, vos amigo, en quatro razones que avèys hablado, que el otro Sancho Pança en quantas yo le he oydo hablàr, que fuèron muchas. Mas tenia de comilon, que de de bienhablàdo, y mas de tonto, que de graciòso; y tengo por ſin duda, que los encantadores que perſiguen à Don Quixote el bueno, han querido perſeguirme à mi con Don Quixote el malo; pero no sè que me diga; que oſarè yo juràr, que le dexo metido en la

caſa

casa del Nuncio en Toledo para que le curen; y aora remanece aquí otro Don Quixote, aunque bien diferente del mio. Yo, dixo Don Quixote, no sé, si soy el bueno; pero sé decir, que no soy el malo. Para prueba de lo qual quiero que sepa vueſſa merced, mi Señor Don Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza; antes por averme dicho, que esse Don Quixote fantástico se avia hallado en las justas deſſa ciudad, no quise yo entrar en ella, por facer à las barbas del mundo su mentira; y assi me pasè de claro à Barcelona, Archivo de la cortesía, albergue de los estrangeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, vengança de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades; y en sitio, y en belleza, unica: Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido, no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por averla visto. Finalmente, Señor Don Alvaro Tarfe, yo soy Don Quixote de la Mancha, el mismo que dize la fama, y no esse desventurado que ha querido usurpar mi nombre, y honrarse con mis pensamientos. A vueſſa merced suplico, por lo que deve à ser Cavallero, sea servido de hazer una declaracion ante el Alcalde deſte lugar de que vueſſa merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta aora; y de que yo no soy el Don Quixote impresso en la segunda parte, ni este Sancho Pança mi Escudero es aquel que vueſſa merced conoció. Esto harè yo de muy buena gana, respondiò don Alvaro, puesto que cau-

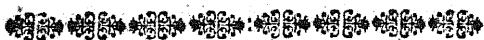
se admiracion vèr dos Don Quixotes, y dos Sanchos à un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones: Y buelvo à dezir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mi lo que ha pasado. Sin duda, dixo Sancho, que vuestra merced deve de estar encantado, como mi Señora Dulcinèa del Toboso; y pluguiera al Cielo, que estuvièra el desencanto de vuestra merced en darme otros tres mil, y tantos azotes, como me doy por ella, que yo me los dièra sin interès alguno. No entiendo esso de azotes, dixo Don Alvaro. Y Sancho le respondiò, que era largo de contar, pero que èl se lo contaria, si à caso ivan un mesmo camino.

LLEGÒ en esto la hora de comèr: comieron juntos Don Quixote, y Don Alvaro: entrò à caso el Alcalde del pueblo en el meson con un escrivano, ante el qual Alcalde pidiò Don Quixote por una peticion, de que à su derecho convenia de que Don Alvaro Tarfe, aquel Cavallero qui allì estava presente, declarasse ante su merced, como no conocia à Don Quixote de la Mancha, que assi mesmo estava allì presente, y que no era aquel que andava impresso en una historia intitulada: *Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha, compuesta por un tal de Abellaneda, natural de Tordeillas*. Finalmente el Alcalde proveyò juridicamente: La declaracion se hizo con todas las fuerças, que en tales casos devian hazerse, con lo que quedaron Don Quixote, y Sancho muy alegres, como si les importara mu-

mucho femejante declaracion, y no mostràra claro la diferencia de los dos Don Quixotes, y la de los dos Sanchos, sus obras, y sus palabras. Muchas cortesías, y ofrecimientos passàron entre Don Alvaro, y Don Quixote, en las quales mostrò el gran Manchego su discrecion de modo, que desengañò à Don Alvaro Tàrfe del error en que estàva; el qual se diò à entender, que devia de estàr encantado, pues tocàva con la mano dos tan contrarios Don Quixotes. Llegò la tarde; partièronse de aquel lugar, y à obra de media legua se apartavan dos caminos diferentes, el uno que guiava à la aldèa de Don Quixote; y el otro el que avia de llevàr Don Alvaro. En este poco espacio le contò Don Quixote la desgracia de su vencimiento, y el encanto, y el remedio de Dulcinèa, que todo pùso en nueva admiracion à Don Alvaro; el qual abraçando à Don Quixote, y à Sancho, siguiò su camino, y Don Quixote el suyo, que aquella noche la passò entre otros arboles por dár lugar à Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo, que la passada noche à costa de las cortezas de las hayas, harto mas que de sus espaldas, que las guardò tanto, que no pudieran quitàr los açotes una mosca, aunque la tuvièra encima. No perdió el engañado Don Quixote un solo Golpe de la cuenta, y hallò que con los de la noche passada eran tres mil, y veynte y nueve.

PARÈCE que avia madrugado el Sol à ver el sacrificio, con cuya luz bolvièron à proseguir su camino, tratàndo entre los dos del

engaño de Don Alvaro, y de quan bien acordado avia sido tomàr su declaración ante la Justicia, y tan autenticamente. Aquel día, y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contàrse, fino fuè, que en ella acabò Sancho su tarèa, de que quedò Don Quixote contento sobre modo, y esperava el dia por ver si en el camìno topàva yà desencantada à Dulcinèa su Señora; y siguiendo su camìno, no topàva muger ninguna, que no iva à reconocèr, si era Dulcinèa del Toboso, teniendo por infalible, no poder mentir las promèssas de Merlin. Con estos pensamientos, y deseos subieron una cuesta arriba, desde la qual descubrieron su aldèa, la qual vista de Sancho, se hincò de rodillas, y dixo: Abre los ojos, deseada patria, y mira que buelve à ti Sancho Pança tu hijo, fino muy rico, muy bien acoàdo. Abre los brazos, y recibe tambien tu hijo Don Quixote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de si mesmo, que segun èl me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos acoates me davan, bien Cavallero me iva. Dèxate dessas sandèzes, Sancho, dixo Don Quixote, y vàmòs con piè derecho à entràr en nuestro lugar, donde darèmos vado à nuestras imaginaciones, y la traça que en la pastoràl vida pensàmos exercitàr. Con esto baxaron de la cuesta, y se fuèron à su pueblo.



CAPITULO LXXIII.

De los agujeros que tuvo Don Quixote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan, y acreditan esta grande historia.

A La entrada del qual, segun dize Cide Hamete, viò Don Quixote, que en las heras del lugar estàvan riñendo dos muchachos, y el uno dixo al otro: No te canses Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyòlo Don Quixote, y dixo à Sancho: No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho hà dicho? No la has de ver en todos los dias de tu vida. Pues bien, que importa, respondiò Sancho, que àya dicho effo el muchacho? Que? replicò Don Quixote, no vèes tu, que aplicàndo aquella palabra à mi intencion, quiere significar, que no tengo de ver mas à Dulcinèa. Queriale responder Sancho, quando se lo estorvò, ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre seguida de muchos galgos, y caçadores, la qual temerosa, se vino à recoger, y à agaçar debaxo de los piès del Ruzio. Cogiòla Sancho à mano salva, y presentòsela à Don Quixote, el qual estàva diziendo: *Malum signum, malum signum*: liebre huye, galgos la figuen, Dulcinèa no parece. Estraño es vueſſa merced, dixo Sancho: Presupongàmos que esta

liebre es Dulcinèa del Tobòso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores, que la transformaron en labradora; ella hùye, yo la cojo, y la pongo en poder de vuestra mercèd, que la tiene en sus brazos, y la regala: Que mala Señal es esta? Ni que mal aguèro se puede tomàr de aquí? Los dos muchachos de la pendencia se llegaron à ver la liebre, y al uno dellos preguntò Sancho, que porque reñían? Y tuèle respondido por el que avia dicho, *no la veràs mas en toda tu vida*: Que èl avia tomàdo al otro muchacho una xaula de grillos, la qual no pensava bolvèrsela en toda su vida. Sacò Sancho quatro quartos de la faldriquèra, y diò-felos al muchacho por la xaula, y pùsola en las manos à Don Quixote, dizièndo: Hè aquí, Señor, rompìdos, y desbaratàdos estos aguèros, que no tienen que ver mas con nuestros suceßos, segun que yo imagino aunque tonto, que con las nubes de Antaño: Y si no me acuerdo mal, hè oydo dezir al Cura de nuestro pueblo, que no es de personas Christianas ni discretas, miràr en estas niñerías; y aun vuestra mercèd mismo me lo dixo los días pasàdos, dándome à entender, que eran tontos todos aquellos Christianos que miravan en aguèros; y no es menester hazer hincapiè en esto, sino passèmos adelante, y entrèmos en nuestra aldea.

LLEGARON los caçadores, pidièron su liebre, y diòsela Don Quixote; pasàron adelante, y à la entràda del pueblo topàron en un pradezillo rezando al Cura, y al Bachillèr

Caro

Carraasco: Y es de fàbèr, que Sancho Pança avia echàdo sobre el Ruzio, y sobre el lio de las armas, para que sirvièsse de repostèro, la tunica de bocacì pintàda de llamas de fuego, que le vistièron en el castillo del Duque la noche que bolviò en sí Altifidora: Acomodòle tambien la coroga en la cabeça, que fuè la mas nueva transformacion, y adorno, con que se viò jamàs jumento en el mundo. Fuèron luego conocidos los dos del Cura y del Bachillèr, que se vinièron à ellos con los braços abièrtos. Apeòse Don Quixote, y abraçòlos estrechamènte; y los muchachos (que son Linces no escusàdos) divisàron la coroga del jumento, y acudièron à vèrle, y dezian unos à otros: venid muchachos, y verèys el asno de Sancho Pança mas galan que Mingo, y la bestia de Don Quixote mas flaca oy que el primer dia. Finalmènterodeàdos de muchachos y acompañados del Cura, y del Bachillèr entràron en el pueblo, y se fuèron à casa de Don Quixote, y hallàron à la puerta della al ama, y à su Sobrina, à quien yà avian llegado las nuevas de su venida.

Ni mas ni menos se las avian dado à Teresa Pança muger de Sancho, la qual desgrena-da, y medio desnuda, trayèndo de la mano à Sanchica su hija, acudiò à vèr à su marido; y vièndole no tan bien deliñado como ella se pensava, que avia de estàr un Governadòr, le dixo: Como venis assì, marido mio? Que me parèce que venis à piè, y despeado; y mas traèys semejança de desgovernàdo, que de Governadòr? Calla Teresa, res-

pondió Sancho, que muchas vezes, donde ày estacas. no ày tocinos; y vàmonos à nuestra casa, que allà oyràs maravillas: dineros traygo, que es lo que importa, ganados por mi industria, y sin daño de nadie. Traèd vos dineros, mi buen marido, dixo Teresa, y sèan ganados por aquí, ô por allí; que como quièra que los ayàis ganàdo, no avrèys hecho usança nueva en el mundo. Abraçò Sancho à su padre, y preguntòle, si le traía algo, que le estàva esperàndo como el agua de Mayo; y asièndole de un lado del cinto, y su muger de la mano, tirando su hija al Ruzio, se fuèron à su casa, dexando à Don Quixote en la fuya en poder de su sobrina, y de su ama, y en compaña del Cura, y del Bachillèr.

Don Quixote sin guardàr terminos, ni horas, en aquel mismo punto se apartò à solas con el Bachillèr, y el Cura, y en breves razones les contò su vencimièto, y la obligacion en que avia quedado de no salir de su aldea en un año, la qual pensàva guardàr al pie de la letra, sin traspasàr la en un atomo, bien assi como Cavallèro andante obligado por la puntualidad, y orden de la andante Cavalleria; y que tenia pensado de hazèrse aquel año pastòr, y entretènèrse en la soledad de los campos, donde à rienda suelta podìa dàr vado à sus amoròsos pensamiètos, exercitándose en aquel pastoral, y virtuòso exercicio; y que les suplicava, sino tenian mucho que hazèr, y no estàvan impedidos en negocios mas importantes, quisièssen ser sus compañe-

ros; que el compraria ovejas, y ganado suficiente, que les dièsse nombre de pastores; y que les bazia sabèr, que lo mas principal de aquel negocio està hecho, porque les tenia puesto los nombres, que les vendrian como de molde. Dixole el Cura que los dixèsse. Respondiò Don Quixote: Que el se avia de llamàr el pastor Quixotiz; y el Bachillèr, el pastor Carrascon; y el Cura, el pastor Carambro; y Sancho Pança, el pastor Pancino. Pafinàronse todos de vèr la nueva locura de Don Quixote; pero porque no se les fuèsse otra vez del pueblo à sus Cavallerias, esperando que en aquel año podria sèr curado, concedièron con su nueva intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofrecièndosele por compañeros en su exercicio: Y mas dixo Sanson Carrasco, que como yà todo el mundo sabe, yo soy celeberrimo Poëta, à cada passo compondrè versospastorales, ô cortefanos, ô como mas me vinière à cuento, para que nos entretengàmos por effos andurriales, donde avèmos de andar: Y lo que mas es menestèr, señores mios, es que cada uno escoja el nombre de la pastora, quepiensá celebràr en sus versos, y que no dexèmos arbol por duro que sea, donde no se retule y grave su nombre, como es uso, y costumbre de los enamorados pastores. Effen està de molde, respondiò Don Quixote, puesto que yo estòy libre de buscàr nombre de pastora fingida, pues està ay la fin par Dulcinèa del Tobòso, gloria destas riberas, adorno destos prados, sustento de la hermosura, nata de los donayres,

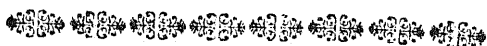
res, y finalmente sujeto sobre quien puede assentar bien toda alabanza, por Hyperbole que sea. Assi es verdad, dixo el Cura; pero nosotros buscaremos por ay pastoras mas maneras, que si no nos quadraren, nos esquiven. A lo que añadió Sanfon Carrasco; y quando faltare, daremosles los nombres de las estampadas, è impressas, de quien està lleno el mundo: Filidas, Amarilis, Dianas, Fleridas, Galateas, y Belisardas; que pues las venden en las plaças, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama (ô por mejor dezir mi pastora) por ventura se llamare Ana, la celebrare debaxo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamare yo Francenia, y si Lucia, Lucinda; que todo se sale allà: Y Sancho Pança, si es que ha de entrar en esta cofradia, podrá celebrar à su muger Teresa Pança con nombre de Teresaina. Riôse Don Quixote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabò infinito su honesta, y honrada resolucion, y se ofreciò de nuevo à hazerle compania todo el tiempo que le vacasse de atender à sus forçosas obligaciones. Con esto se despidieron del, y le rogaron, y aconsejaron, tuvièlle cuenta con su salud, y con regalarse lo que fuèsse bueno.

Quiso la suerte que su sobrina, y ama oyeron la platica de los tres, y assi como se fueron, se entraron entrambas con Don Quixote, y la sobrina le dixo: Que es esto, Señor Tio? Aora que pensavamos nosotras, que vuestra merced bolvia à reducirse en su casa, y passar en ella una vida quèta, y honrada,

se

se quiere meter en nuevos laberintos, haziéndose, pastorcillo tu que vienes, pastorico tu que vàs? Pues en verdad, que està yà duro el alcacèr para zampoñas. A lo que añadió el ama: Y podrá vuestra merced pasàr en el campo las fiestas del verano, los serenos del invierno, y el aullido de los lobos? No por cierto, que este es exercicio, y oficio de hombres robustos, curtidos, y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: Aun mal por mal, mejor es ser Cavallero andante que pastor. Mire Señor, tome mi consejo, que no se le dòy sobre estàr harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: Estése en su casa, atienda à su hacienda, confièsse à menudo, favorezca à los pobres, y sobre mi anima si mal le fuere. Callad hijas, les respondió Don Quixote, que yo sè bien lo que me cumple. Llevadme al lecho, que me parece que no estòy muy bueno; y tenèd por cierto, que aora sea Cavallero andante, ô pastor por andar, no dexarè siempre de acudir à lo que huvièredes mēestèr, como lo verèys por la obra; y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina le llevaron à la cama, donde le dièron de comèr, y regalàron lo possible.





CAPITULO LXXIV.

De como Don Quixote cayò malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

COMO las cosas humanas no sèan eternas, yèndo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar à su ultimo fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de Don Quixote no tuvièsse privilegio del cielo, para detenèr el curso de la suya, llegó su fin, y acabamiento, quando èl menos lo pensàva; porque, ô yà fuèsse de la melancolìa que le causàva el vèrse vencido, ô yà por la disposicion del cielo, que assi lo ordenàva, se le arraygò una calentura, que le tùvo seys dias en la cama, en los quales fuè visitado muchas vezes del Cura, del Bachillèr, y del Barbero sus amigos, sin quitàrsele de la cabecera Sancho Pança su buen Escudèro. Estos (creyèndo que la pesadumbre de vèrse vencido, y de no vèr cumplido su desèo en la libertad, y defencànto de Dulcinèa, le tenia de aquella fuerte) por todas las vias posibles procuràvan alegràrle, dizièndole el Bachillèr, que se animàsse, y levantàsse para començar su pastoral exercicio, para el qual tenia yà compuesta unà Ecloga; que mal año para quantas Sanazaro avia compuesto; y que yà tenia comprados de su propio dinero dos famosos Perros para guardàr el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butron, que se
los

los avia vendido un ganadero del Quintanar: Pero no por esto dexava Don Quixote sus tristezas. Llamaron sus amigos al medico; tomòle el pulso, y no le contentò mucho, y dixo, que por si, ò por no, atendièsse à la salud de su alma, porque la del cuerpo corrìa pelìgro. Oyòlo Don Quixote con animo sossegado, pero no lo oyeron assi su ama, su sobrina, y su Escudero, los quales comenzaron à llorar tiernamènte, como si yà le tuvièran muerto delante. Fuè el parecer del medico, que melancolias, y desabrimientos le acabavan. Rogò Don Quixote que le dexàssen solo, porque queria dormir un poco. Hizièronlo assi, y durmiò de un tiròn, como dizen, mas de seys horas, tanto que pensaron el ama, y la sobrina, que se avia de quedàr en el sueño. Despertò al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dixo: Bendito sea el poderòso Dios, que tanto bien me ha hecho: En fin sus misericordias no tienen limite, ni las abrevian, ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina à las razones del Tio, y parecièronle mas concertadas, que èl solia dezirlas, à lomènos en aquella enfermedad; y preguntòle: Que es lo que vuestra merced dize, Señor? Tenèmos algo de nuevo? Que misericordias son estas? ò que pecados de los hombres? Las misericordias, respondiò Don Quixote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, à quien, como dize, no las impiden mis pecados. Yo tengo yà juyzio libre y claro sin las sombras caliginòsas de la ignorancia

cia que sobre èl me pusieron mi amarga, y continua leyenda de los detestables libros de de las Cavallerias. Yà conozco sus disparates, y sus embelecocos, y no me pesa, sino que este defengaño hà llegado tan tarde, que no me dexa tiempo para hazer alguna recompensa, leyendo otros que seàn luz del alma. Yo me siento, sobrina, à punto de muerte; y querria hazerla de tal modo, que dièsse à entender, que no avia sido mi vida tan mala, que dexasse renombre de loco (que puesto que lo hè sido, no querria confirmàr esta verdad en mi muerte.) Llámame, amiga, à mis buenos amigos el Cura, el Bachillèr Sanson Carrasco, y à Maèsse Nicolas el Barbero; que quièro confesarme, y hazer mi testamento: Pero deste trabajo se escusò la sobrina con la entrada de los tres.

APENAS los viò Don Quixote, quando dixo: Dadme albricias, buenos señores, de que yà yo no sòy Don Quixote de la Mancha, sino Alonso Quixano, à quien mis costumbres me dièron renombre de bueno. Yà soy enemigo de Amadìs de Gaula, y de toda la infinita caterva de su linage. Yà me son odiosas todas las històrias profanas de la andante Cavalleria. Yà conozco mi necesidad, y el peligro en que me pusieron avèrlas leyendo. Yà por misericordia de Dios, escarmen-tando en cabeça propia, las abomino.

QUANDO esto le oyeron dezir los tres, creyeron sin duda, que alguna nueva locura le avia tomado; y Sanson le dixo: Ahora, Señor Don Quixote, que tenemos nuevas, que
està

està defencantàda la Señora Dulcinèa, fale vueſſa mercèd con eſſo: Y aora que eſtàm tan à pique de sèr paſtores, para paſàr cantando la vida como unos principes, quièr vueſſa mercèd hazèrſe Ermitaño? Calle por ſu vida, buelva en ſi, y dèxeſe de cuentos. Los de haſta aquí, replicò Don Quixote, que han ſido verdaderos en mi daño, los ha de bolvèr mi muerte con ayùda del cielo en mi provècho. Yo, Señores, ſiento, que me vòy muriendo à toda prièſſa: Dèxenſe burlas à parte, y tràyganme un confessor, que me confièſſe, y un Eſcrivano que haga mi teſtamento; que en tales trances como eſte, no ſe ha de burlàr el hombre con el alma; y aſſi ſuplico, que en tanto, que el ſeñor Cura me confièſſa, vayan por el Eſcrivano. Miràronſe unos à otros, admiràdos de las razones de Don Quixote, y aunque en duda, le quièron creèr; y una de las ſeñales por donde conjeturàron ſe morlà, fuè el avèr buelto con tanta facilitad de loco à cuerdo; porque à las yà dichas razones añaðiò otras muchas tan bien dichas, tan Chriſtianas, y con tanto concièrto, que del todo les vino à quitàr la duda, y à creèr, que eſtáva cuerdo. Hizo ſalir la gente el Cura, y quedòſe ſolo con èl, y confesòle. El Bachillèr fuè por el Eſcrivano, y de allí à poco bolviò con el, y con Sancho Pança, el qual Sancho (que yà ſabía por nuevas del Bachillèr en que eſtado eſtáva ſu Señor) hallando à la ama, y à la ſobrìna lloròſas, començò à hazèr pucheros, y à derramàr lagrimas. Acabòſe la confeſſion, y

faliò el Cura, dizièndo: verdaderamènte se muere, y verdaderamènte està cuerdo Alonso Quixano el bueno: Bien podèmos entràr para que haga su testamento. Estas nuevas dièron un terrible empujon à los ojos preñados de ama, sobrina, y de Sancho Pança su buen Escudèro de tal manera, que les hizo reben-tar las lagrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamènte, (como alguna vez se ha dicho) en tanto que Don Quixote fuè Alonso Quixano el bueno à secas; y en tanto que fuè Don Quixote de la Mancha, fuè siempre de apacible condic-ion, y de agradable trato, y por esto no so-lo era bien querido de los de su casa, sino de todos quantos le conocian.

ENTRÒ el Escrivàn con los demàs, y des-pues de avèr hecho la cabeça del testamento, y ordenàdo su alma Don Quixote con todas aquellas circunstancias Christianas, que se re-quièren, llegàndo à las mandas, dixo: Iten, es mi voluntàd, que de ciertos dineros, que Sancho Pança (à quien en mi locura hize mi Escudèro) tiene; que porque ha avido entre èl y mi ciertas cuentas, y dares, y tomares, quièro que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna; sino que si sobràre al-guno, despues de avèrse pagado de lo que le devo, el restante sea suyo (que serà bien po-co) y buen provecho le haga: Y si como es-tàndo yo loco, fuý parte para dàrle el Go-vierno de la infula, pudièra aora, estàndo cuerdo, dàrle el de un Reyno, se le dièra porque la sencillèz de su condicion, y fide-li-

dad,

dàd de su trato lo merèce. Y bolvièndose à Sancho, le dixo: perdoname, amigo, de la ocaſion que te he dado de parecèr loco como yo, hazièndote caèr en el error en que yo he caydo, de que hùvo, y ày Cavallèros andantes en el mundo. Ay! respondiò Sancho, lloràndo, no ſe muera vueſſa mercèd, Señor mio, ſino tome mi conſejo, y viva muchos años; pòrque la mayor locura, que puede hazèr un hombre en eſta vida, es dexàrſe morir ſin mas ni mas, ſin que nadie le mate, ni otras manos le acaben, que las de la melancolía. Mire no ſea pereçòſo, ſino levànteſe deſſa cama, y vàmonos al campo veſtidos de paſtores, como tenèmos concertàdo, quiçà tras de alguna mata hallarèmos à la Señora Doña Dulcinèa del Tobòſo deſcanta-da, que no àya mas que vèr. Si es que ſe muere de peſàr de vèrſe vencido, echeme à mi la culpa, dizièndo, que por avèr yo cinchado mal à Rozinante, le derribàron: Quanto mas, que vueſſa mercèd avrà viſto en ſus libros de Cavallerías, ſer coſa ordinaria derribàrſe unos Cavallèros à otros, y el que es vencido oy, ſer vencedòr mañana. Affi es, dixo Sanſon, y el buen Sancho Pança eſtà muy en la verdad deſtos caſos. Señores, dixo Don Quixote, vàmonos poco à poco, pues yà *en los nidos de Antaño, no ay pàxaros ogaño*. Yo fuý loco, y yà ſoy cuèrdo: Fuý Don Quixote de la Mancha, y ſoy aora, como hè dicho, Alonſo Quixano el bueno. Pueda con vueſſas mercèdes mi arrepentimiento, y mi verdad, bolvèrme à la eſtimacion

que de mi se tenía: Y prosiga adelante el Señor Escrivano.

ITEN, mando toda mi hazienda à puerta cerrada à Antonia Quixano mi sobrina, que està presente, avièndo sacado primero de lo mas bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dexo hechas; y la primera satisfacion que se haga, quièro que sea pagar el salario, que devo, del tiempo que mi ama me ha servido; y mas veynte ducados para un vestido. Dexo por mis Albaceas al Señor Cura, y al Señor Bachillèr Sanson Carrasco, que estàn presentes. Iten es mi voluntad, que si Antonia Quixano mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre, de quien primero se àya hecho informacion, que no sabe que cosas sean libros de Cavallerias; y en caso que se averiguare, que lo sabe, y con todo esso mi sobrina quisiere casarse con èl, y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo qual puedan mis Albaceas distribuïr en obras pias à su voluntad. Iten suplico à los dichos Señores mis Albaceas, que si la buena fuerte les truxere à conocèr al autor, que dicen, que compuso una història, que anda por ài con el titulo de, *La segunda parte de las baxañas de Don Quixote de la Mancha*; de mi parte le pidan quan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion, que sin yo pensarlo, le di de avèr escrito tantos, y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto desta vida con escrupulo de avèrle dado motivo para escribirlos. Cerrò con esto el testamento, y tomàndole un desmayo, se

se tendiò de largo à largo en la cama. Alborotàronse todos, y acudièron à su remedio, y en tres dias que viviò despues deste, donde hizo el testamento, se desmayava muy amenudo. Andava la casa alborotada, pero con todo comia la sobrina, brindava el ama, y se regozijava Sancho Pança (que esto del heredar algo, borra, ô templa en el heredero la memoria de la pena, que es razòn que dexe el muerto)

EN fin llegò el ultimo de Don Quixote despues de recibidos todos los Sacramentos, y despues de avèr abominado con muchas, y eficaces razones de los libros de Cavallerias. Hallòse el escrivano presente, y dixo, que nunca avia leydo en ningun libro de Cavallerias, que algun Cavallero andante huvièsse muerto en su lecho tan sossagadamente, y tan Christiano como Don Quixote; el qual entre compassiones, y lagrimas de los que allì se hallaron, diò su espiritu (quiero dezir) muriò. Viendo lo qual el Cura, pidiò al Escrivano, le dièsse por testimonio, como Alonso Quixano el bueno, llamado comunmente Don Quixote de la Mancha, avia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que pedia el tal testimonio, para quitàr la ocasion de que algun otro autor, que Cide Hamete Benengeli, le refucitasse falsamente, y hizièsse inacabables històrias de sus hazafias.

ESTE fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dexar que todas

las villas, y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijarsele, y tenerle por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero. Dèxanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina, y ama de Don Quixote, los nuevos Epitafios de su sepultura, aunque Sansón Carrasco le puso este.

Yaze aquí el hidalgo fuerte,
Que à tanto estremo llegó
De valiente, que se advierte,
Que la muerte no triunfò
De su vida con su muerte.
Tùvo à todo el mundo en poco,
Fuè el espantajo, y el coco
Del mundo en tal coyuntura,
Que acreditò su ventura
Morir cuèrdo, y vivir loco.

Y el prudentíssimo Cide Hamete dixo à su pluma: Aquí quedaràs colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni sè, si bien cortada, ô mal tajada, Peñola mia, adonde viviràs luengos siglos, si presuntuòsos, y malandrines historiadores no te delcuelgan para profanarte; pero antes que à ti lleguen, les puedes advertir, y dezirles en el mejor modo que pudières: Tate, tate, follonzicos, de ninguno sea tocada, porque esta emprefa, buen Rey, para mí estàva guardada. Para mí sola nacio Don Quixote, y yo para èl. El supò obrar, y yo escribir: Solos los dos somos para en uno à despecho, y pesar del escritor fingido, y Tordefillesco, que se atrevió,

viò, ô se ha de atrevèr à escrivir con pluma de Àvestruz grossèra, y mal deliñada las hazañas de mi valeròso Cavallèro; porque no es carga de sus ombros, ni assunto de su refriado ingenio, à quien advertiràs (si à caso llegas à conocèrle) que dexe reposàr en la sepultura los cansados, y yà podridos hueffos de Don Quixote; y no le quiera llevàr contra todos los fueros de la muerte à Castilla la vieja, hazièndole salir de la fuesça, donde real, y verdaderamente yaze tendido de largo à largo, impossibilitado de hazèr tercera jornada, y salida nueva; que para hazèr burla de tantas como hizieron tantos andantes Cavallèros, bastan las dos que èl hizo tan à gusto, y beneplacito de las gentes, à cuya noticia llegaron, assi en estos, como en los estraños Reynos: Y con esto cumpliràs con tu Christiana profession, aconsejando bien à quien mal te quiere; y yo quedarè satisfecho, y ùfano de avèr sido el primero que gozò el fruto de sus escritos enteramènte, como deseàva, pues no hà sido otro mi desèo, que ponèr en aborrecimiento de los hombres las fingidas, y disparatadas històrias de los libros de Cavallerias, que por las de mi verdadero Don Quixote van yà tropezando, y han de caèr del todo sin duda alguna. Vale.

Fin de la Quarta Parte, y Quarto Tomo.